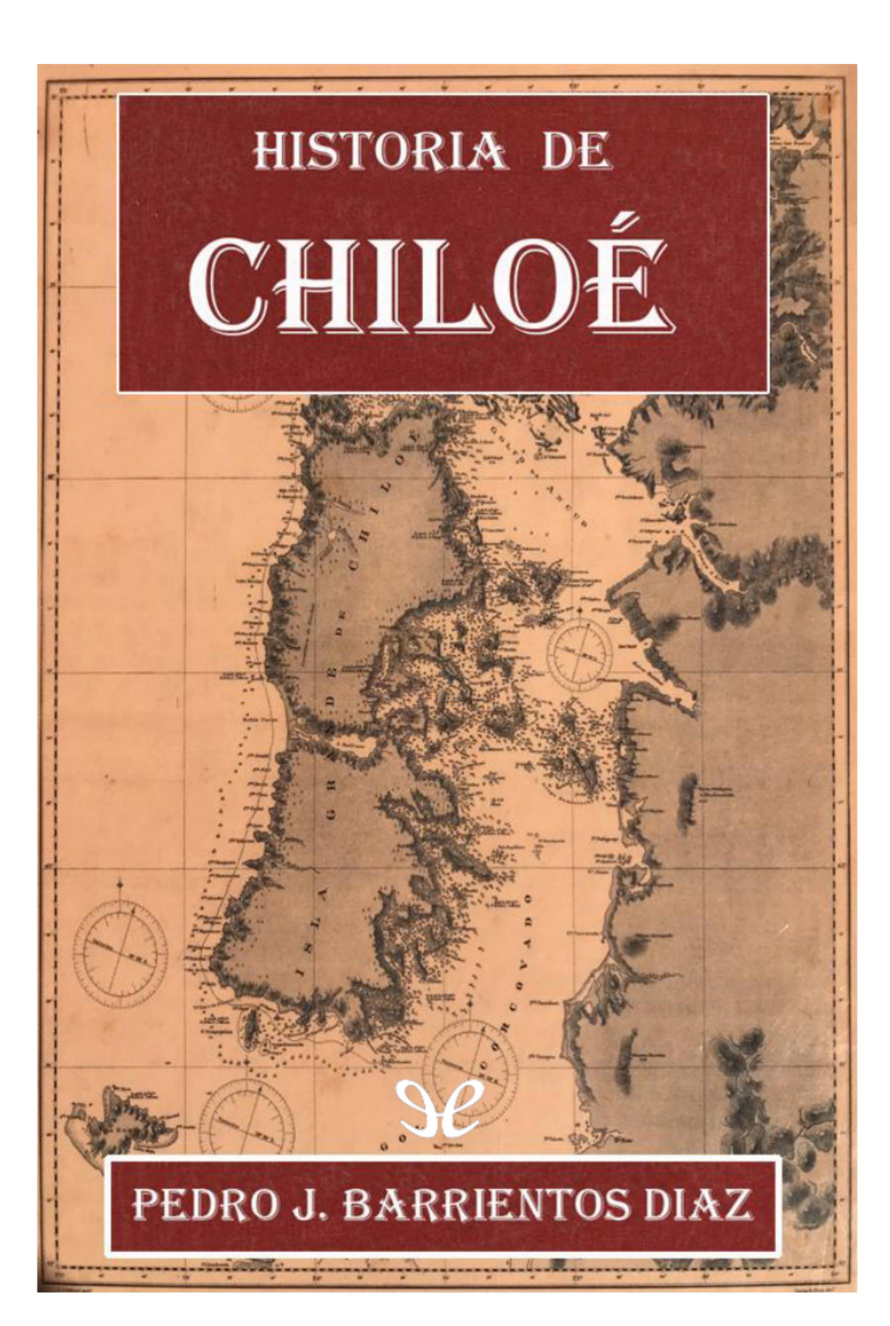

HISTORIA DE
CHILOÉ
PEDRO J. BARRIENTOS DIAZ

Pocas regiones de Chile son más favorecidas por la naturaleza que Chiloé. Aquí la raza vibró potente, mostrándose generosa y altiva en toda circunstancia. En la época de la independencia, Chiloé hizo sacrificios costosos por la causa que defendía. Su adhesión al monarca costó ríos de sangre y cuantiosas sumas de dinero reunidas entre los habitantes.

Chiloé, que abarca una zona extensa y rica, provincia conocida y visitada desde hace siglos por navegantes, por militares, por misioneros, por hombres de ciencia y en cuyo suelo los dramas de la libertad se desenvolvieron con caracteres especiales, no puede carecer de una crónica que relate, siquiera sea en compendio, los acontecimientos más importantes de que fueron testigos estas islas.

La *Historia de Chiloé*, por lo mismo que ha sido compuesta con alguna premura, no será una obra acabada por cierto; pero a lo menos satisface un fin inmediato, mientras no se dé la definitiva, que aún la vemos distante.

Pedro J. Barrientos Díaz

Historia de Chiloé

ePub r1.0

Titivillus 07.09.2024

Título original: *Historia de Chiloé*
Pedro J. Barrientos Díaz, 1932
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Presentación

La Agrupación de Rescate del Patrimonio Histórico, Cultural y Natural de
Ancud-Chiloé,
con el financiamiento del Gobierno Regional de Los Lagos, Fondo Regional de Cultura, y el patrocinio del Museo Regional de Ancud y Centro del Patrimonio de Chiloé, tiene el honor de presentar la reedición del libro *Historia de Chiloé* (2.ª edición, año 1949) de Pedro J. Barrientos Díaz.

Nuestros agradecimientos en forma muy especial a doña Vanessa Díaz, ejecutiva de proyectos del Fondo Regional de Cultura; a doña Marijke van Meurs, directora del Museo Regional de Ancud; a doña Jannette González Pulgar, Encargada de Desarrollo Institucional del Museo, quien se dedicó a formular y ejecutar el proyecto, y sin cuyo aporte y experiencia no hubiera sido posible lograrlo; y también a Víctor Hugo Bahamonde Brintrup, profesional que trabajó también en la formulación y ejecución del proyecto. En forma destacada debemos agradecer a doña Martita Wörner Tapia, Notario Público y Conservador de Bienes Raíces de Ancud y a su personal, por habernos apoyado en la realización de los trámites y actuaciones legales que el uso legal de la obra requería, considerando la avanzada edad de las herederas del autor.

La decisión de reeditar la 2.ª edición de la *Historia de Chiloé* de Pedro J. Barrientos Díaz, se fundó en los méritos, objetivamente evaluados, de su dilatada y sobresaliente trayectoria como profesor, académico, historiador y periodista; cuyas obras así lo demuestran, como también las importantes distinciones que le fueron otorgadas. La finalidad de esta reedición es entregar los ejemplares a bibliotecas, establecimientos de enseñanza básica y media,

institutos profesionales, universidades e instituciones afines.

A esta reedición se le ha incorporado, para conocimiento de historiadores, estudiosos y lectores que se interesen en la historia de Chiloé, los datos biográficos y curriculares del autor, la nómina de sus obras, ensayos, conferencias y escritos.

Es interesante y útil destacar la inmensa cantidad de crónicas y artículos que le fueron publicados en revistas, en la prensa nacional, y muy especialmente en el diario «La Cruz del Sur» de Ancud; y que junto a manuscritos, muchos inéditos, que se mantienen en un archivo privado, están siendo clasificados para su futura difusión. Todo ello no sería posible si no se hubiera contado con el decidido apoyo de sus hijas María Luisa y María Adriana, y de su nieto primogénito Jaime Barrientos Eisele, quien ha recopilado todo el material bibliográfico, escritos, fotografías y documentos personales del autor. Soporte importante con su experiencia, también han sido su nieta Olaya Barrientos Eisele y su bisnieto Gonzalo Arellano Barrientos, Licenciado en Historia.

Don Pedro José Barrientos Díaz, dado su carácter, no podía menos de vivir como vivió, con la mejor y más cristiana humildad; sin orgullo y egoísmo alguno, toda vez que la humildad, decía, es devoción a las causas justas. Discreto, respetuoso en el actuar, con un amplio espíritu participativo, frecuentó los círculos más cultos. Optimista, siempre creyó en la mejor y sana educación desde la primera infancia, el buen ejemplo de los padres, la obligación de no deshonrar ni deslustrar el buen nombre y el vivir en un medio culto, como incentivo para ser virtuosos, discretos y dignos a la vez. Sostenía que los libros son lentos como el pesado cañón de fortaleza, su poder depende de los contenidos que inspiren a su autor; mientras los diarios, son rápidos como ametralladoras, no imponen jamás, sugieren siempre, pudiendo aplicarse el proverbio «dime qué diario lees y te diré qué piensas».

Finalmente, no puedo dejar de señalar que don Pedro José Barrientos Díaz, con valentía y apasionamiento, amó profundamente a la provincia que lo vio nacer, y con artículos de prensa, cartas dirigidas a las autoridades gubernamentales, administrativas y legislativas pertinentes, o viajando a Santiago, hizo oír su voz en defensa del progreso de su querido Chiloé.

Ancud, septiembre de 2012.

Jaime Barrientos Eisele

Nota sobre esta Edición

El libro *Historia de Chiloé* del escritor local Pedro J. Barrientos Díaz fue publicado por primera vez el año 1932 (Ancud: Imprenta La Provincia), para luego ser reeditado en 1949 (Ancud: Imprenta La Cruz del Sur) en una versión más acabada. Cincuenta años más tarde, se realizó una nueva edición de la publicación de 1949 a cargo de la Editorial Andujar de Santiago, pero sin la autorización de las herederas.

Desde su segunda edición, la obra de Barrientos se constituye como referente obligado de quien desee investigar sobre el archipiélago, desde historiadores como Rodolfo Urbina hasta botánicos como Carolina Villagrán Moraga; no existiendo una publicación tan completa (en relación a los temas y años que abarca) como la del autor; y evidenciando elocuentemente, además, el contexto de enunciación de la obra, las décadas
del’
30
y’
40 del siglo XX chilote.

No obstante, los habitantes de la región y del país no tienen un fácil acceso a la obra, dado que son muy pocos los ejemplares que circulan y ni siquiera todas las bibliotecas públicas lo poseen [1], teniendo que poner a disposición de los usuarios borrosas fotocopias corcheteadas o, en el mejor de los casos, anilladas.

Además, tampoco existe una versión digital del libro, ni en la página de Memoria Chilena (ver www.memoriachilena.cl) ni en ninguna otra, motivo por el cual también hemos considerado subir esta nueva edición en formato PDF a la página web del Museo Regional de Ancud (www.museodeancud.cl). El libro que

presentamos es la reedición de la publicación de 1949, y el resultado del trabajo de Víctor Hugo Bahamonde B. (Licenciado en Historia, Universidad de Valparaíso), Jaime Barrientos E. (nieto de Pedro J. Barrientos y conocedor de su obra), Jannette González P. (Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica, Universidad de Chile) y Marco Vargas P. (Diseñador Gráfico, Universidad Arcis), quienes realizaron la digitalización del libro, revisión del texto digitalizado, edición final y diseño y diagramación, respectivamente.

En cuanto a las modificaciones realizadas a la 2.ª edición, se actualizó la ortografía literal y acentual de su texto (a excepción de las citas) debido, principalmente, a que era muy difícil saber si estábamos ante una grafía caída en desuso, una falta de autor o una errata (probablemente por equivocaciones del componedor de la imprenta). Además, y gracias a la comparación realizada entre la 1.ª y la 2.ª edición por parte de Jaime Barrientos, se pudieron corregir omisiones de notas al pie de página, frases incompletas y repetidas. Por otra parte, se realizó una modificación en la numeración de los capítulos, ya que no eran correlativos; y en el índice, pues el temario que precedía cada capítulo era mucho más completo que el presentado en aquel.

Finalmente, cabe mencionar que se agregó una fotografía del autor y, a modo de anexo, sus datos biográficos, su bibliografía y la recepción de la 2.ª edición del libro. Tarea emprendida por Jaime Barrientos Eisele.

Prólogo

Cuando en 1932 dimos a luz un opúsculo sobre *Historia de Chiloé*, estábamos muy lejos de creer que tan insignificante obrita hubiérase hecho acreedora a una segunda edición. Pero el interés con que fue recibida en el archipiélago, no menos que las palabras alentadoras con que amigos benévolos nos movieron a proseguir la rebusca de documentos y noticias, hiciéronnos cambiar de parecer. Estaba comprometida nuestra gratitud, y no hay acicate más poderoso que el estímulo.

Sin dar de mano a otros trabajos, seguimos recopilando datos con resultados halagadores. La provincia de Chiloé tiene una historia que cautiva, tan sustanciosa como variada, que está por escribirse. Se inicia en 1553 con noticias fragmentarias de escasa importancia que han quedado esparcidas en diarios de viajes, informes, cartas, escrituras y otros documentos, muchos ya publicados en revistas y anales científicos que se editan en Chile y en el extranjero. Con lo cual se ha hecho un bien positivo a la bibliografía literaria de estas islas y se han salvado del olvido materiales preciosos que futuros investigadores aprovecharán alguna vez para estudios más completos que el que ahora ofrecemos a nuestros conterráneos. Lástima grande que los incendios hubieran destruido, por falta de previsión, tantos manuscritos y títulos relativos a la conquista y coloniaje. Con ellos desaparecieron los fundamentos históricos de la familia insulana, mil diversos datos curiosos sobre viajes, costumbres, encomiendas y encomenderos, comercio e industria, que hacen tanta falta para poder restaurar una época llena de interesantes recuerdos, como son todos los que miran al pasado, mayormente si se refieren al terruño y nos hablan al sentimiento y al corazón. Así el de 1857 concluyó con el «valiosísimo archivo judicial de Ancud», referente al cual Vicuña

Mackenna en 1855 hacía ver, desde las columnas de «El Ferrocarril», la necesidad de defenderlo, poniéndolo en sitio seguro. Oportuno aviso, excelente idea que pasó inadvertida como todas las que encierran una mira patriótica.

Consumidos por el fuego desaparecieron también los de Valdivia y Osorno, cuya historia, la de Valdivia y Osorno, se halla íntimamente relacionada con la de Chiloé, el de Castro en 1897, los de varias parroquias y notarías, incluso dos bibliotecas pertenecientes a los padres franciscanos y el de la Curia Eclesiástica en 1927. De este modo se frustraban, malográndose los avisos patrióticos de Vicuña Mackenna y de otros espíritus previsores que dieron la voz de alarma, aconsejando poner a salvo tantos papeles valiosos.

Mucho se perdió, es cierto, por simple incuria; pero no es poco lo que aún queda en archivos particulares, en la Biblioteca Nacional de Santiago, en la de Lima, Madrid y otros centros de la Península. Lo que hemos recogido y utilizado para componer este volumen es sólo una pequeñísima parte de cuanto pudiera decirse acerca de los acontecimientos acaecidos en Chiloé desde su descubrimiento hasta nuestros días.

En orden a la historia contemporánea habría no poco que modificar. Las costumbres y modo de ser de los habitantes, así de los pueblos como de los campos, ha ido variando gradualmente con los sucesos ocurridos en el mundo, con los inventos y necesidades de la vida diaria. En la educación, en la familia misma, en la higiene, en los medios de movilización, en la agricultura, en las industrias, si bien no se han hecho progresos rápidos como en otros centros de la república, Chiloé no ha quedado estacionario por cierto. Pero una obra impresa no se puede modificar con la rapidez que exigen los sucesos hasta tanto no se reimprima. Y aun así cuesta introducir cambios sustanciales.

Entre otras ideas, anotamos en la primera edición:

La historia, llámese general o particular, es la voz del pasado, el sentir íntimo de la raza. No necesitaremos explicar aquí la importancia que tiene para la cultura de los pueblos. De todos los ramos del saber humano, éste es uno de los que más influjo ejerce en la vida social, intelectual y moral del individuo.

Pocas regiones del país más favorecidas por la naturaleza que la

nuestra. Aquí la raza vibró potente, mostrándose generosa y altiva en toda circunstancia. En la época de la independencia, Chiloé hizo sacrificios costosos por la causa que defendía. Su adhesión al monarca costó ríos de sangre y cuantiosas sumas de dinero reunidas entre los habitantes.

Esos ejemplos de viril entereza, de serena rectitud, de apasionada inclinación a la tierra, de amor fuerte y reconcentrado a todo lo que ennoblece el alma y la levanta desde el suelo en que bullen las bajas aspiraciones, no pueden quedar ocultos. Para norma de los que viven, para estímulo de grandes y pequeños, es necesario infundir el respeto que nos merece el pasado, mostrándolo a los hombres que se sacrificaron por sus semejantes y enaltecieron con sus actos a la patria grande y a la patria chica.

Varias ciudades y provincias de Chile tienen ya escrita su historia: La Serena, Santiago, Valparaíso, Concepción, Curicó, etc.— Chiloé que abarca una zona extensa y rica, que fue conocida y visitada desde hace siglos por navegantes, por militares, por misioneros, por hombres de ciencia y en cuyo suelo los dramas de la libertad se desenvolvieron con caracteres especiales, no puede carecer de una crónica que relate, siquiera sea en compendio, los acontecimientos más importantes de que fueron testigos estas islas.

La Historia de Chiloé, por lo mismo que ha sido compuesta con alguna premura, no será una obra acabada por cierto; pero a lo menos satisface un fin inmediato, mientras no se nos dé la definitiva, que aún la vemos distante. Y a pesar de sus defectos, la ofrecemos al profesorado de Chiloé, a la juventud que frecuenta las aulas, a todos los que se interesan por las cosas de este archipiélago.

Después de lo anterior, toca a nuestros lectores pronunciarse. Ellos son los jueces y a su fallo nos sometemos.

PEDRO J. BARRIENTOS DIAZ

Capítulo 1

Primeros navegantes que recorrieron el archipiélago de Chiloé. — Alonso de Camargo. — Juan Bautista Pastene en la bahía de San Pedro. — Francisco de Ulloa, descubridor de Chiloé. — Cortés Ojea.— Los Coronados.— San Martín de Huafo.— Ulloa penetra al Estrecho de Magallanes.— Regreso al norte.— Juan Fernández Ladrillero.— El capitán Juan de Alvarado.— Francisco Cortés Ojea.— El San Luis y el San Sebastián.— Horrible tempestad.— Naufragio de la San Sebastián.— El San Salvador.— Regreso de los náufragos.— Exploraciones en el golfo de Ancud.— El San Salvador arriba a Carelmapu. — El auxilio de los indígenas.— Gratas noticias.— Pedro de Valdivia llega hasta el canal de Chacao y golfo de los Coronados.— Francisco de Villagra recorre por segunda vez el canal de Chacao.

Después del descubrimiento de América, las expediciones marítimas a este continente se sucedieron unas tras otras. Prodújose una especie de fiebre por los viajes, no sólo en España, que tomó la delantera desde Colón protegiendo a los navegantes, sin distinción de nacionalidad, sino también en los demás países de Europa. Tanto el esfuerzo privado como el de los gobiernos dejóse sentir, dando cima a una serie de empresas difíciles que tenían por mira la conquista de tierras desconocidas o el acopio de ingentes tesoros.

Aventureros, hombres de negocios y de letras, ilustres capitanes, palaciegos, mercaderes e hidalgos desfilaron ante las diversas cortes en demanda de alguna licencia, concesión o empleo. Quienes hicieron valer títulos nobiliarios, recomendaciones, servicios

prestados a la corona por algún antepasado; quienes atentos sólo al valor y energía de que se creían capaces, imploraron ayuda en favor de algún proyecto o empresa que les daría honra y provecho.

Las riquezas fabulosas descubiertas en algunos países americanos, excitaron de tal modo la ambición que las imaginaciones impresionables dejáronse atraer por los relatos fantásticos que andaban de boca en boca. Hasta los menos animosos se sintieron estimulados por la sed de aventuras.

Abiertas las rutas del mar desconocido, los grandes navegantes asombran a sus contemporáneos cruzando las soledades del océano tormentoso en frágiles barquichuelos. Al mismo tiempo que el comercio extiende el radio de sus conquistas, la ciencia astronómica y geográfica resuelve problemas intrincados.

Por los años de 1535, el obispo de Placencia obtenía de Carlos V para Francisco Camargo, pariente suyo, la gobernación de la Nueva León, cuyos dominios abarcaban los vastos territorios que se extienden a lo largo del Estrecho de Magallanes, desde el Atlántico hasta el mar Pacífico.

Según lo convenido con el soberano, Camargo debía explorar las tierras confiadas a su gobierno, sometiéndolas de grado o por fuerza. Para poder cimentar sus conquistas, encomendósele, al mismo tiempo, la fundación de algunas ciudades y fuertes en diversos puntos de la costa.

Sin embargo de lo cual, Camargo no pudo dar cima a tamaña empresa. Tomola a su cargo el caballero don Francisco de la Rivera, quien salió de Sevilla con tres naves en 1539, logrando llegar en enero del año siguiente al Estrecho de Magallanes, después de muchas fatigas y peripecias.

Las horribles tempestades que se levantan a menudo en esas latitudes, concluyeron con la nave capitana, haciéndola encallar entre las rocas. Por fortuna, la tripulación, arrostrando todo género de peligros y dificultades logró salvarse a nado. Otra volvió a España al cabo de diez meses de crueles padecimientos, con la arboladura rota, las velas hechas jirones, sin amarras ni cables. La tercera entró por fin al océano Pacífico, no sin graves obstáculos, al mando de Alonso Camargo. A su paso pudo este valiente oficial reconocer de cerca y admirar las bellas perspectivas de las costas occidentales de la Isla Grande, conocida ya desde época inmemorial

por más o menos después del descubrimiento de Hernando de Magallanes, en los momentos en que Pedro de Valdivia penetraba con su hueste expedicionaria al valle del Mapocho, iniciando de hecho la conquista de Chile.

Tres años más tarde, el 5 de septiembre de 1544, el ilustre marino genovés Juan Bautista Pastene, al mando del navío San Pedro y del bergantín Santiaguillo, salía de Valparaíso con el fin de recorrer las costas australes. En los primeros días la navegación fue algo pesada: vientos fuertes del norte, neblinas, cerrazones, chubascos del oeste en seguida y a los catorce días vientos del sur con cielo despejado. Hallábanse los navegantes a los cuarenta y un grados y un cuarto de latitud, entre la Isla Grande de Chiloé y una bahía que denominaron San Pedro. De regreso descubrieron el puerto de Corral y el río que allí cerca desemboca, el actual Valdivia.

Más tarde, en la primavera de 1552, el capitán Francisco de Ulloa, natural de Extremadura, que hacía de Jefe y el piloto Francisco Cortés Ojea recibieron del conquistador de Chile la comisión de explorar los mares australes hasta el Estrecho de Magallanes. Parece que Ulloa salió de la ciudad de Valdivia a fines de octubre de 1553 y que el 8 de noviembre del mismo año entraba al canal de Chacao y bautizaba con el nombre de Coronados, en recuerdo de los cuatro mártires que la iglesia venera en tal fecha, el golfo que se extiende al sur del Reloncaví, el mismo que más tarde los geógrafos denominarían golfo de Ancud. Tres días después llamó «San Martín» a la de Huafo, islote solitario y azotado por los vientos del oeste, que aparece como un fantasma en medio del océano embravecido, entre la Isla Grande y las Guaitecas, frente a la de Guapiquilán.

Siguiendo su marcha hacia el Estrecho, halláronse luego los expedicionarios en medio de ese laberinto de islas que forman el archipiélago de los Chonos, expuestos a toda suerte de contratiempos. Hombres esforzados, no les intimidó el peligro de los escollos, ni la amenaza de los indígenas; y a despecho de las tempestades no desistieron de su empresa, aun cuando ya los víveres escaseaban a bordo. En los primeros días de enero de 1554 penetraba Ulloa al Estrecho, internándose en seguida aguas adentro unas treinta leguas, para tornar al norte un mes más tarde.

De ida y vuelta se dedicó a hacer reconocimientos y exploraciones, visitando islas, puertos, bahías y canales, a los que dio nombres y señaló en sus apuntes y diseños. El capitán Francisco de Ulloa es considerado como el verdadero descubridor y el primer explorador de Chiloé.

En 1556, el capitán Juan de Alvarado, que salió de Valparaíso con su mujer, hijos y algunos soldados en un galeón que debía conducirlos a Valdivia, fueron arrebatados por un furioso viento norte, que los arrojó «a las provincias de los Coronados e tierra nunca vista», al parecer a la playa sur de la bahía de Ancud, según el señor Errázuriz.

La pérdida de la nave pudo haber sido de graves consecuencias para los náufragos, lo mismo que el ataque de los indígenas. Por fortuna procedieron con calma eligiendo capitán a Alvarado, quien supo atraer con tanta habilidad a los naturales que de atacantes se convirtieron los salvajes en amigos y coadyuvadores. Alvarado dispuso en seguida, con los restos del buque náufrago, la construcción de un bergantín que les sirvió para regresar a Valdivia, después de haber visitado no pocos puntos del archipiélago. Este episodio marítimo guarda estrecha similitud con aquel otro que se produjo en los mares patagónicos el año 1558 y del cual se habla con alguna extensión más adelante. A semejanza de Cortés Ojea, Juan de Alvarado debe haber puesto nombre a su barco; pero no hay testimonio que lo confirme.

En el orden cronológico el capitán Juan Fernández Ladrillero, es otro de los navegantes que deben mencionarse, en homenaje a sus méritos y a la importancia de la empresa que le fue encomendada. Por disposición de don García Hurtado de Mendoza salió del puerto de Valdivia el 17 de noviembre de 1557 al mando de una escuadrilla compuesta de tres barcos, el «San Luis», que hizo de capitana; el «San Sebastián» y un pequeño bergantín que parece hubiera naufragado en los primeros días de haber emprendido la jornada. Francisco Cortés Ojea, que ya había hecho el mismo viaje en 1553 bajo las órdenes de Ulloa, tomó el mando de la «San Sebastián».

Alejado un tanto de la costa, por temor a los escollos, hizo rumbo al sur con viento favorable. A los ocho días de navegación no interrumpida, desencadenose una horrible tempestad que puso en

peligro inminente a los exploradores. Alejada la amenaza de un naufragio, disipada la tormenta, la escuadrilla arribó a una bahía de la isla de la Campana, en las cercanías del canal de Fallos.

El 6 de diciembre, Ladrillero se hizo de nuevo a la vela. Desgraciadamente, el 9 en la noche una tempestad más violenta que la anterior separó para siempre a las dos naves. La «San Luis», por ser más ligera, pasó adelante. Aunque Cortés Ojea hizo los mayores esfuerzos por alcanzar a su compañera o avistarla a lo menos, no pudo conseguirlo, no obstante las señales y avisos que hacía fijar en los puntos más visibles de la costa, a medida que avanzaba en sus reconocimientos y búsquedas.

Extraviados en medio de un laberinto de islas y canales, detenidos por vientos contrarios, expuestos a los peligros de ser arrastrados por las corrientes, después de haber perdido dos anclas y casi todas las amarras del barco, los expedicionarios se hallaron a mediados de enero de 1558 al sur del canal Nelson sin esperanzas de poder dar con el Estrecho.

Reunida la tripulación en consejo, oídas y aceptadas las explicaciones del jefe, Cortés Ojea hizo rumbo al norte, arrostrando ahora nuevos y mayores peligros, ya que la nave se hallaba en estado miserable, haciendo agua por cuatro aberturas y con el velamen deshecho.

«La tempestad, más que la voluntad de los hombres, dice Barros Arana, llevó la nave en un estado inservible a una caleta abrigada de una isla que, sin embargo, los exploradores tomaron al principio por tierra continental». El paraje era desierto, absolutamente aislado. No se divisaron medios como obtener socorros desde allí. Sólo una resolución suprema podía salvar de una muerte segura a los intrépidos expedicionarios. En medio de la mayor angustia y agotamiento físico, resolvieron construir un bergantín, haciendo uso de los escasísimos medios de que podían disponer.

El navío, que denominaron «San Salvador», resultó sin ninguna comodidad, una obra rudimentaria, como puede suponerse. Con todo, quedó terminado al cabo de dos meses de rudo y perseverante esfuerzo en que cada uno puso de su parte el mayor empeño. Pero fue necesario que las borrascas del invierno amainaran un poco, para poder utilizarlo. Sólo el 25 de julio fue posible lanzarlo al agua. Cuatro días después de esa fecha zarpaba de la famosa caleta

hacia los canales de Chiloé, navegando a vela y remo a la vez para vencer las fuertes corrientes y ganar tiempo. En el golfo Corcovado, que recorrió en distintas direcciones, Cortés Ojea hizo reconocimientos de alguna importancia geográfica. De aquí pasó a Huafo, siguió luego por el oeste de la Isla Grande hasta la bahía de Ancud, entró al canal de Chacao y golfo de los Coronados. Y repasando de nuevo el Desaguadero, a fines de septiembre de 1558 penetraron los castellanos la ensenada de Carelmapu, absolutamente faltos de vitualla, enfermos y extenuados a causa de los crueles padecimientos sufridos en el curso de la desgraciada expedición que queda descrita. Vivían allí indios pacíficos y hospitalarios de quienes obtuvieron víveres para seguir a Corral y no pocas noticias de importancia sobre la comarca.

Después de tantas fatigas y peripecias, de tantos peligros y sacrificios soportados con ánimo heroico una nota consoladora vino a levantar el espíritu debilitado de los pobres náufragos, y fue el haber oído que los indígenas hablaban con gratitud de don García, de Ercilla y Altamirano que en febrero de ese mismo año, esto es siete meses atrás, habían visitado aquellos sitios de paso para Osorno. Para los tripulantes del «San Salvador» no era presumible que don García hubiese podido llegar por tierra hasta Chiloé, mientras ellos combatían con los elementos desencadenados en los canales patagónicos.

Cortés Ojea, piloto valeroso y abnegado, con bastante práctica para las exploraciones y reconocimientos de costas, pudo sacar buen partido de aquel segundo viaje. Los apuntes y trazos que se refieren a las márgenes occidentales de la Isla Grande, golfo de Ancud y canal de Chacao, denotan cierta destreza y no pocas aptitudes en la materia. Estos datos no fueron perdidos, por lo mismo que la geografía, al propio tiempo que ensanchaba sus horizontes y los estudios hidrográficos se perfeccionaban, iba aprovechándolos, ya corrigiendo los errores de cálculo con el auxilio de nuevos instrumentos, ya aceptando aquellos que resultaban exactos.

Por lo expuesto antes, se colige que Chiloé fue conocido a la distancia unos veinte años después que Hernando de Magallanes, salvando los peligros que ofrecía entonces el estrecho a los navegantes, se internó por el océano Pacífico. Más tarde por marinos que recorrieron sus canales en comisiones exploradoras,

ocasionalmente por náufragos a quienes la tempestad arrojó a estas playas, por conquistadores, corsarios y filibusteros.

Réstanos señalar ahora quienes, desde el continente, columbraron por primera vez la silueta risueña y poética de estas islas, ver a aquellos expedicionarios que llegan, tras larga y fatigosa jornada, hasta el canal, lo atraviesan, toman posesión de estas tierras y las conquistan.

Mientras Jerónimo de Alderete marchaba desde Valdivia hacia el este para establecer el pueblo de Villarrica, el conquistador de Chile, saliendo del mismo punto emprendía una rápida excursión «Por entre la costa e la cordillera», llegando, según Góngora de Marmolejo, «cuarenta leguas adelante».

Un error gravísimo en que incurrieron nuestros historiadores da como término de ese viaje el lago Ranco. De los datos que nos ha dejado el mismo Valdivia, de las informaciones de servicios, de las crónicas de Mariño de Lobera, Góngora de Marmolejo y cartas de Villagra, de los estudios hechos por don José Toribio Medina, don Crescente Errázuriz, don Alberto Edwards y don Tomás Thayer Ojeda, se infiere, sin lugar a duda, que el conquistador de Chile alcanzó hasta el canal de Chacao, recorrió la costa y navegó en piraguas el golfo de Ancud para formarse una idea de su extensión.

Un documento de la época dice que «pasando en ese dicho descubrimiento por tierras impenetrables y ríos caudalosos y en canoas mal seguras», no se detuvieron «hasta llegar al gran lago de Chiloé, que les cortó el paso». Ese gran lago no era otro que el golfo de Ancud o la bahía de los Coronados, que desde entonces fue conocido con el nombre de «lago de Valdivia», lo mismo que el Llanquihue y aún el Ranco hasta nuestros días.

Con los escasos documentos existentes, pruébase, pues que Valdivia, Francisco de Villagra, oficiales y soldados que formaban la columna llegaron hasta las márgenes del canal de Chacao y que «el río caudaloso de ancho más de una milla que les cerró el paso», después de haber caminado cuarenta leguas al sur, no es otro que dicho canal. Apoyose Thayer Ojeda para sostener su tesis en el hecho de que ahí se nota el flujo y reflujo de las mareas que pasa de siete y nueve millas, como en los demás ríos de Chile, cuya influencia alcanza hasta veinte y treinta kilómetros de la costa.

Al llegar al canal de Chacao, Valdivia dice que subió «derecho a

la sierra», caminando «río arriba» y se halló con un gran «lago, de donde procedía el río, que al parecer de todos los que iban allí conmigo, tenía cuarenta leguas de boje». Ese río que menciona no es otro que el canal y el lago, el golfo de Ancud, como ya queda dicho, cuya circunferencia calcula en cuarenta leguas. Infiérese así mismo que los castellanos llegaron al canal en los momentos del reflujo, cuando la marea corre del este al oeste. Y así se explica también que siguiendo el curso de las aguas hayan podido descubrir el que llamaron «lago» y que Cortés Ojea denominó golfo o bahía de los Coronados, el mismo que más tarde bautizaron los geógrafos con el nombre de golfo de Ancud, volvemos a repetirlo.

Y para hacer ver que no pudo atravesar el caudaloso río, Góngora de Marmolejo dice que a Valdivia «le pareció ser menester hacer bergantines para poderlo pasar, aunque después acá se ha pasado infinitas veces, los caballos nadando hasta la otra banda y los españoles metidos en canoas, remando, llevan los caballos de cabestro y así lo pasan hoy».

Ruiz de Gamboa fue el primero que lo atravesó de este modo, el coronel Francisco del Campo, después y muchos otros en seguida.

«No se limitó a recorrer la provincia», dice don Crescente Errázuriz en su obra «Don García de Mendoza», refiriéndose al viaje de Villagra, «sino que anduvo toda la costa del seno del Reloncaví y del golfo de Ancud y después recorrió el canal de Chacao hasta salir al Pacífico, probablemente en Carelmapu y bahía de Ancud».

Capítulo 2

Don García Hurtado de Mendoza.— Su expedición a Chiloé.— Don Alonso de Ercilla y Julián Gutiérrez de Altamirano.— El archipiélago de la Cananea.— Los Indígenas.— Reconocimiento de algunas islas.— En el canal de Chacao.— Ercilla toca tierra en la Isla Grande.— La famosa inscripción.— El regreso.— Desaliento de los expedicionarios.— Un guía les señala el camino más corto. — Fundación de la ciudad de Osorno, 27 de marzo de 1558.

Las huestes españolas, a despecho de su indomable heroísmo, no habían podido dominar a las tribus araucanas, después de crudas y sangrientas refriegas por más que Valdivia y sucesores desplegaron todo el valor y energía posibles. Inútil esfuerzo. No consiguieron, al fin y al cabo, sino triunfos parciales seguidos de cortas treguas, con derrotas sin consecuencias graves. Cuando se creía que estuvieran agotados, era precisamente cuando se hallaba con mejores ánimos para emprender nuevos y más formidables ataques.

A la llegada de don García Hurtado de Mendoza, la insurrección de los indios, desde Biobío, era general. Querían los salvajes deshacerse a toda costa de los odiados castellanos, desbaratarlos, arrojarlos del suelo nativo, aún cuando para conseguirlo fuese necesario hacer el sacrificio de sus vidas.

Aquel deseo íntimo de los naturales no pasó inadvertido en el ánimo del nuevo gobernador. Joven, valiente y ardoroso, sediento de glorias, quiso darse a conocer con algún hecho digno de la fama que se había conquistado, niño aún, en las guerras de Italia. La

pacificación de Arauco y la conquista de nuevos territorios, empresas todas que requerían tiempo y pericia, ocuparon principalmente sus actividades.

Con el fin de que se continúen las exploraciones del estrecho de Magallanes, despachó a Ladrillero al mando de una escuadrilla. Para hacer reconocimientos en la otra banda, un puñado de valientes traspasó la cordillera de los Andes, reservándose él la tarea de venir en persona hacia los territorios insulanos. Anhelaba en esta difícil empresa segar nuevos laureles e impedir que navegantes al servicio de países extranjeros se apoderasen de estas tierras. Influyeron en su ánimo, además, aparte de los triunfos que obtuvo en los alrededores de Cañete, las noticias que los mismos indios se encargaban de llevarle, asegurándole que en los países que pensaba explorar existían grandes riquezas.

Hurtado de Mendoza se puso en marcha a fines de enero o principios de febrero de 1558, al parecer desde Villarrica. La fecha exacta de la partida no se conoce. Acompañábalo el gobernador de Valdivia, licenciado Julián Gutiérrez de Altamirano y el famoso poeta madrileño Alonso de Ercilla y Zúñiga, que debía ilustrar esta parte de la historia de Chile con las rotundas estrofas de su celebrado poema.

El viaje fue difícil. Los valientes expedicionarios, desafiando las asperezas del clima, los peligros de una emboscada o los rigores del hambre, siguieron impertérritos sin que nada los hiciera desistir.

> *«Caminamos algunos días de sólo el tino por el sol guiados», dice Ercilla en «La Araucana».*

Las espesas selvas y pantanos, las tempestades de lluvia y granizo, las quiebras de un suelo oliente a humedad y las malezas del bosque hacían punto menos que imposible el paso de la caballada en algunas partes. Desmontando aquí la maraña, avanzando por entre matorrales, trepando breñas allá, subiendo cuestas, descendiendo boscosas quebradas, calados de agua, ateridos de frío, sin abrigo y sin alimentos, llegaron por fin, venciendo las mayores dificultades, al pie de unas colinas pintorescas que descendían en suave declive hasta el llano. Una mañana límpida y despejada puso delante de los expedicionarios.

> *«Un ancho archipiélago, poblado de innumerables islitas deleitosas cruzando por el seno y otro lado góndolas y piraguas presurosas».*

Maravillado por la belleza del paisaje, aspirando a pulmón lleno la brisa confortante del golfo, los españoles, penetrados de ardor religioso, doblan reverentes la rodilla y dan gracias a Dios. Era el 24 de febrero de 1558, esto es, el segundo día de cuaresma, llamado de la Cananea, por lo cual se denominó a aquellas islas archipiélago de la Cananea. Bajaron luego al plano, quizás al mismo sitio en que hoy se levanta la ciudad de Puerto Montt, probablemente más al sur, o bien cerca del Canal de Chacao, según la opinión autorizada de don Crescente Errázuriz.

Los bordes de la playa y campos vecinos al mar estaban cubiertos de pequeños arbustos, cuya fruta los indios llamaban «gury» y que no es otra que la conocida «murta» que hemos saboreado con delicia en la época de su madurez. Para los exploradores, aquello fue un feliz hallazgo, pues faltos de alimentos como se hallaban, la comieron gustosos para calmar el hambre en los primeros momentos.

Por suerte, en las riberas del Reloncaví e islas adyacentes vivían indígenas pacíficos y hospitalarios. De los diversos puntos de la comarca acudieron con sus piraguas trayendo para los extranjeros frutas silvestres, pescado, mariscos y carne de guanaco. Ercilla alude con entusiasmo a la bondad ingénita de esos sencillos pobladores y piensa «que la codicia no había penetrado en aquella tierra. El robo, la injusticia y la maldad, fruto ordinario de las guerras, no habían inficionado allí la ley natural».

Ciertamente que el poeta soldado, al discurrir así, no deja de tener razón. Hombre de talento y de mundo, observador, hidalgo, generoso, atribuye a aquellos sencillos indígenas cualidades que en realidad les son características. Crédulos hasta lo inverosímil, curiosos, ingenuos, la vista de los extranjeros, su aspecto, sus vestidos, sus armas, sus caballos los impresionaron favorablemente. Manifestáronse no sólo hospitalarios con ellos, serviciales, obsequiosos, sino también dispuestos a cooperar personalmente en todo lo que fuese menester, interesándose por hacerles grata la estada y ganándose la voluntad de los europeos en una forma tal

que Ercilla no pudo menos que recordarlo en su poema.

Como primera providencia, pusieron a disposición de la columna una de sus mejores piraguas, que don García hizo tripular con diez hombres al mando del licenciado Julián Gutiérrez. Importa dejar constancia aquí que entre los diez valientes exploradores iba don Alonso de Ercilla.

Haciendo rumbo al sur, con muy buen acuerdo, no se separaron mucho de la costa, no obstante visitar algunas islas apartadas. Después de tres días de viaje, parte de la expedición consiguió pasar el canal de Chacao el 28 de febrero de 1558, en el punto que denominan el Desaguadero, desembarcando en una playa arenosa, entrecortada por espesos e impenetrables bosques. Luego bajaron a tierra e internándose Ercilla selva adentro, dice en el canto treinta y dos:

> *«Pero yo por cumplir el apetito, que era poner el pié más adelante fingiendo que marcaba aquel distrito, cosa al descubridor siempre importante, corría una media milla, do un escrito quise dejar para señal bastante, y en el tronco que vi de más grandeza escribí con cuchillo en la corteza».*
>
> *«Aquí llegó donde otro no ha llegado, don Alonso de Ercilla, que el primero en un pequeño barco deslastrado, con sólo diez pasó el desaguadero; el año cincuenta y ocho entrado sobre mil y quinientos por febrero a las dos de la tarde, el postrer día volviendo a la dejada compañía».*

Don Diego Barros Arana, vacila que esta estrofa haya sido tallada materialmente en el tronco de un árbol y cree que tal decir sea una simple ficción del poeta. No vemos por qué pueda ello ponerse en duda, ya que Ercilla no tenía inconveniente para hacerlo. Y de hecho creemos que lo hizo para comprobar la hazaña. Como quiera que sea, el rasgo es bellísimo y lo citamos como una de las noticias más interesantes que han llegado hasta nosotros sobre el viaje de don García y el paso del canal de Chacao que don Alonso de Ercilla y sus demás compañeros efectuaron en un débil barquichuelo antes que ningún otro europeo pisara la Isla Grande.

Al decir de Ercilla, los indígenas vestían llevando:

«La cabeza cubierta y adornada con un capelo en punta rematado, pendiente atrás la punta y derribada, a las ceñidas sienes ajustado, de fina lana de vellón rizada y el riso de colores variado, que lozano y vistoso parecía señal de ser el clima y tierra fría».

Desgraciadamente, la caballada, elemento de primer orden en las grandes marchas, quedó detenida al otro lado del canal, por falta absoluta de medios como poder transportarla. Este serio tropiezo, unido a lo impenetrable de la selva, produjo un verdadero desaliento en el ánimo resuelto de aquellos hombres acostumbrados a vencer siempre las mayores dificultades. En cuanto a las noticias recogidas en el trayecto en orden a las riquezas que don García pensaba descubrir, no pasaban de ser meras fábulas urdidas con el ánimo de exaltar la codicia de los castellanos. En todo caso, si algo había, como en efecto más tarde se comprobó la existencia, de arenas auríferas, hallábase oculto a las miradas de los mismos indígenas. Los expedicionarios se dieron cuenta de todo esto y regresaron llevando al gobernador la desconsoladora noticia de que el viaje a las regiones australes no era cosa fácil.

Desalentados y tristes, emprendieron la vuelta, sirviéndoles de guía un indio joven que se ofreció de buena voluntad para enseñarles un camino más corto. En las inmediaciones del río de las Canoas, don García fundó la ciudad de Osorno el 27 de marzo de 1558, con el nombre de «San Mateo de Osorno».

Capítulo 3

Don Francisco de Villagra intenta colonizar a Chiloé.— Enferma de gravedad.— Comisión en su reemplazo.— Los expedicionarios penetran al golfo de Ancud.— El desembarco.— Noticias favorables referentes a Chiloé.— La nave en la desembocadura de un río. Asalto de los indígenas. — El regreso. — Ocupación de Chiloé. — Fundación de Castro y Chacao. — Los expedicionarios regresan a Valdivia.

Después de la expedición de don García Hurtado de Mendoza a Chiloé, emprendida desde Villarrica en enero o a principios de febrero del año 1558, nadie pensó seriamente en la ocupación definitiva del archipiélago. Parece que las fatigas y peripecias soportadas en tan largo viaje influyeron para que los castellanos abandonaran la empresa, dejándola para mejores tiempos. Una muralla infranqueable de bosques vírgenes, ríos, lagos, golfos y canales los separaba de los territorios que se extienden de Osorno al sur hasta Magallanes. Pero las noticias de otro orden que se corrían sobre estas lejanas comarcas eran tan halagadoras que luego comenzaron a despertar verdadero interés entre los militares y gobernantes. Hablábase de grandes riquezas, de extensos territorios abundantes en oro y plata. Eran acaso las primeras versiones que en Chile se corrían acerca de la Ciudad de los Césares.

Corresponde a don Francisco de Villagra, nombrado gobernador de Chile en reemplazo de Hurtado de Mendoza, la idea de extender hacia las zonas isleñas los dominios españoles y fundar en esta provincia centros poblados donde pudiera arraigarse la civilización española con la ayuda de los misioneros y conquistadores.

Desde los tiempos de Pedro de Valdivia, a quien sirvió en diversas comisiones y aún como su teniente o substituto, Villagra conocía el territorio chileno hasta el mismo canal de Chacao, bahía de los Coronados y seno del Reloncaví. Ahora lo conocería como gobernador, recorriéndolo de norte a sur hasta Villarrica.

Góngora de Marmolejo asegura que luego de haber llegado a la capital (primeros días de julio de 1561), supo Villagra que en los confines de la provincia de Valdivia se explotaban unos ricos lavaderos de oro descubiertos por Hurtado de Mendoza. Por manera, pues, que a su salida de Santiago en setiembre de ese año, esto es después de un mes de su arribo a la capital como gobernador del reino, ya sabía a qué atenerse con respecto a esos yacimientos. Tanto deben haberle interesado, que despachó enseguida al licenciado Julián Gutiérrez de Altamirano con el encargo de poner orden en las explotaciones.

Mientras tanto Villagra avanzaba hacia el sur pasando por Concepción, Cañete, Angol e Imperial tan rápidamente como le fue posible, con el propósito de procurar algunos auxilios a esos pueblos y reconocer las tan ponderadas minas. Y como éstas se hallaban más cerca de Villarrica que de Valdivia, dice don Crescente Errázuriz, a Villarrica se fue. Por desgracia los trabajos debían suspenderse luego, a causa de la epidemia de viruelas que se propagaba con suma rapidez entre los indios, haciendo grandes estragos. Mucho debe haber molestado al mariscal tamaño contratiempo, si se considera que fue él quien la trajo en su buque; pero le consolaba la esperanza de que las labores se reanudarían una vez desaparecido el flagelo, tanto como la idea, expresada en carta al virrey, «que cada día se descubran minas ricas con que los quintos de su Majestad vayan en mucho acrecentamiento, que si tengo vida, espero las tendremos en breve de plata por relación que tengo se han descubierto en algunos puntos de este reino, que con esto no le faltará nada».

Una grave dolencia venía minando, desde algún tiempo la salud de Villagra, agravada ahora por un comienzo de reumatismo, de muy mal aspecto.

> *«Había pensado llegar hasta Chiloé, dice el mismo señor Errázuriz. Era quien más conocía las cercanías y alrededores del archipiélago quien en toda su extensión*

había recorrido el canal de Chacao: deseaba pasarlo ahora que se veía gobernador de Chile, conquistar y repartir aquellas desconocidas tierras, de cuya fertilidad y riquezas tantas ponderaciones se oían».

El mal de ijada y el grave ataque de reumatismo a los pies que le sobrevino, lo redujeron a la impotencia, viéndose en el trance de suspender sus atenciones administrativas y militares, y lo que fue más duro aun, diferir para ocasión más propicia su expedición al archipiélago. En su reemplazo comisionó a Juan López de Porres y a Juan Álvarez de Luna, quienes parece que salieron del puerto de Corral en un pequeño bergantín.

Nada se sabe de esos improvisados expedicionarios hasta su arribo al canal de Chacao, ni de los recursos con que contaban. Lo único de positivo al respecto es que recalaron al norte de la Isla Grande, y penetrando hasta el golfo de Ancud fueron a desembarcar, por rara coincidencia, en el mismo sitio donde «después se pobló la ciudad de Castro», según lo expuesto por Álvarez de Luna, probablemente el jefe de la empresa.

Es de suponer que el bergantín tocó en varios puntos de los canales, tal vez en el archipiélago de los Chauques, en Quinchao, Lemuy y otras islas. Lo cierto es que los castellanos regresaron llevando al gobernador noticias sumamente halagadoras de cuanto habían visto y oído. Por la carta que escribió al virrey don Diego de Acevedo, en la cual pinta con colores subidos las bondades de esta tierra, Villagra debe haberlas tomado muy en cuenta.

«Entiendo, dice entre otras cosas, que han de hacer ventaja a las que basta agora están vistas en todas las indias, por ser muy poblada gente, vestidas de manta y camiseta como la del Cuzco, y haber mucha comida y grandes insignias de oro y plata, buen temple y buenas aguas, tierra de riego y otras cosas que dan evidentes señales a que se crea de ella sea rica y próspera y donde su Majestad ha de ser servido y su patrimonio real muy acrecentado». Y termina expresando el anhelo de venir el «próximo verano para el aumento y ampliación de estas provincias».

De las palabras transcritas se infiere claramente que Villagra seguía alimentando la idea de conquistar y poblar estas tierras, que las consideraba ricas y abundantes en toda suerte de recursos, de temperamento sano y habitadas por hombres que denotaban cierta civilización hasta en los trajes que vestían.

A causa de sus dolencias, habíase quedado el gobernador en Villarrica, con la idea sin duda de trasladarse a Valdivia tan pronto como ello le fuera posible. Allí esperaría el regreso de los expedicionarios, para embarcarse de nuevo en dirección a este archipiélago trayendo elementos más abundantes; pero los sucesos de Cañete lo obligaron a desistir. La rebeldía de los indios se hacía allí cada vez más visible, agravada ahora por el descontento profundo que se notaba entre los soldados. Gustosos habrían acompañado al gobernador en su viaje a Chiloé, porque aquí esperaban obtener repartimientos, al paso que en Cañete veían sólo las amenazas de la guerra, el hambre y la muerte. Para Villagra aquella situación era por todo extremo desagradable y no halló otra escapatoria que suspender la empresa y volver al norte. Con su presencia acallaría a los descontentos. Hombre varonil y esforzado, a despecho de sus dolores, hízose trasladar a Imperial en hombros de los indígenas, sentado en una silla. Allí permaneció dos semanas y al partir para Angol el 21 de enero de 1562, tenía en su poder noticias de Chiloé que deben haberlo dejado muy satisfecho. El estado de su salud no era satisfactorio; pero el deseo de emprender viaje al archipiélago pudo más, tanto que a mediados de junio ya lo vemos en Imperial y el 28 del mismo mes en Valdivia. Por desgracia, las necesidades de la guerra lo hicieron variar de propósitos; y en los mismos instantes en que escribía a diversos capitanes y soldados de Cañete, Arauco y Concepción rogándoles que lo acompañen, los cabildos de estas mismas ciudades le enviaban comunicaciones alarmantes en que le pedían que apresure su regreso. Con la premura que le fue posible, dispuso el enganche de tropa para ir en socorro de los pueblos amenazados. Pero la campaña de Arauco no era ahora la misma que en tiempos de la conquista. Los salvajes instruidos en el arte de la guerra, habían cambiado de táctica y peleaban, si no con más valor, a lo menos con más destreza y ensañamiento. No pocos de los españoles de Osorno y Valdivia que pudieron acompañarlo se ocultaron en los bosques.

> *«Otra cosa hubiera sido, dice don Crescente Errázuriz, si la invitación del mariscal fuese, como él tanto lo deseaba, para ir a Chiloé: habría tenido cuanta gente hubiese querido llevar. Chiloé significaba repartimiento, fortuna; Arauco, guerra encarnizada, sin ventaja alguna pecuniaria».*

Los elementos que el gobernador pudo reunir en Valdivia fueron pocos: unos treinta y cinco hombres, algunos caballos y pertrechos. Con lo cual salió para Arauco en obedecimiento al llamado urgente que se le hacía. Casi a la altura de la Mocha, dicen documentos de la época, asaltáronle vientos contrarios que le impidieron gobernar, haciendo rumbo a este archipiélago.

Los historiadores que han tratado la materia se muestran perplejos ante la resolución de Villagra. Algunos creen, o más bien dicho se inclinan a creer, que el gobernador saltó de Valdivia con el firme propósito de venir a Chiloé y que las tempestades más bien fueron simuladas que reales. El problema ha quedado sin resolverse, y es seguro que no se resolverá por falta de antecedentes. Lo que aparece claro ni admite discusión, es que Villagra soñaba con el viaje a Chiloé y, según Bastidas, «entró por el archipiélago (…) a mano derecha y a espaldas de los Coronados hasta veinte leguas» el 20 de noviembre de 1562. El señor Barros Arana, más parco en pormenores que don Crescente Errázuriz, dice sencillamente que las tempestades lo arrojaron a estas costas y que la nave, habiéndose varado sobre un banco de arena en la embocadura de un río, que cree fuera el Pudeto, estuvo a punto de perderse. Y agrega que desembarcados los caballos y tropa, viose en la necesidad de permanecer algunos días en tierra. Mientras se hacían reconocimientos en los alrededores, los españoles fueron asaltados una noche por gran número de indígenas y obligados a hacerles frente tras un fiero combate que pudo haber sido de consecuencias fatales, si los castellanos no logran subir a sus caballos y reponerse, emprendiendo una ofensiva enérgica y sangrienta.

Errázuriz y Thayer Ojeda creen que la nave encalló poco después del novilunio y en la alta marea, por el hecho de haber logrado reflotarla ocho días más tarde. Villagra se puso al habla con los naturales y vio que éstos, efectivamente, se mostraban pacíficos como en el primer día de su arribo. Pero al notar que el barco se

zafaba del escollo enderezándose, los indios calcularon que se le iba la presa de las manos y una noche, divididos en escuadrones, acercáronse sigilosos a la tienda de Villagra dispuestos a concluir con todos los que allí dormían. Un combate recio y desigual por el número se empeñó enseguida, prolongándose con algunas alternativas hasta la mañana siguiente. Los castellanos, después de larga y dura prueba, habían logrado por fin dominar al enemigo y derrotarlo, en cuya persecución ocuparon gran parte del día.

Las averías que sufrió el buque al dar sobre las peñas, con ser tan graves, no pudieron notarse sino hasta que se le puso a flote. Aventurarse con aquel barco desvencijado, golpeado por las olas, era exponerse a un naufragio casi seguro. No había otro remedio que proceder enseguida a hacer las reparaciones indispensables para lo cual fue necesario alivianarlo un poco de su peso, quitándole la arboladura y botando al agua una parte del lastre.

Aquel episodio trágico, debió haber hecho meditar al gobernador de Chile. Los escasos elementos de que disponía no eran suficientes para llevar a cabo la ocupación del archipiélago. El grito herido de los pobladores de Arauco y Cañete, que lo llamaban con urgencia, lo hizo mirar hacia el norte, haciéndose a la vela el 30 de noviembre de 1562, diez días después de su arribo a la Isla Grande.

Hay en el viaje de Hurtado de Mendoza a las regiones australes del país, si bien se mira, no poca semejanza con el de Almagro a Chile.

Las dos expediciones tuvieron fines mercantiles y anhelos de gloria. El incentivo del oro, el noble deseo de servir a la patria honrándola y engrandeciéndola con donaciones de sangre y territorios conquistados a fuerza de sacrificios heroicos, excitó el ánimo de esos dos grandes capitanes al poner sobre sus hombros el fardo de una empresa difícil y costosa.

El joven y bizarro gobernador, lo propio que Almagro, no pensó en reanudar las exploraciones iniciadas antes con tan pobres resultados por los motivos expuestos en el capítulo anterior. Sus sucesores, excepción hecha de Villagra, comprometidos en una guerra contra los araucanos, aplazaron indefinidamente la idea de incorporar a la corona de España los territorios que se extendían de Osorno al sur hasta el Estrecho de Magallanes.

Sólo en 1566, el gobernador Rodrigo de Quiroga, escribía al rey

dándole cuenta de ir «a poblar las provincias de Chiloé, y a descubrir y tener relación de otras de que hay gran noticia, conforme a las instrucciones de V. M.».

Enseguida dispuso la ocupación del archipiélago, para lo cual ordenó construir en Valdivia una fragata destinada a traer los elementos que por tierra no podrían transportarse.

El cabildo y vecindario de Santiago, que desaprobaban la empresa por considerarla no sólo onerosa para los colonos, cuyos gastos pesarían sobre ellos en forma de contribuciones, sino porque también acarrearía el consiguiente debilitamiento del ejército, distrayendo fuerzas en los momentos de mayor peligro. Rodrigo de Quiroga desmintió la noticia y trató de acallar las justas alarmas despertadas entre los pobladores. Así y todo, los planes del gobernador siguieron ejecutándose con toda diligencia y sigilo bajo la dirección de su yerno, don Martín Ruiz de Gamboa, de tal modo que cuando éste llegó a Valdivia ya se hallaba terminada la fragata y en estado de hacerse a la mar. El embarque de las provisiones, armas, herramientas de labranza, semillas y otros elementos para los colonos fue obra relativamente fácil y rápida, tras la cual Ruiz de Gamboa se vino a Osorno en donde pudo reunir unos ciento diez hombres de a pie y a caballo.

Terminados los preparativos, emprendiose la difícil marcha hacia el sur, talvez por los mismos senderos que años atrás habían recorrido Pedro de Valdivia, Hurtado de Mendoza y Villagra. Por suerte, la época los favoreció, pues el viaje se hizo en el mes de enero, cuando el sol brilla alegre y orea la tierra. Con todo, se presume que al canal de Chacao no deben haber llegado antes del veinte de ese mes.

El conocido marino, don Roberto Maldonado, autoridad en la materia, en sus interesantes estudios geográficos e hidrográficos que hizo sobre Chiloé, su provincia natal, es de opinión que:

> *«el balseo de la gente y caballada debe haberse ejecutado seguramente partiendo del Astillero o desde Carelmapu, y no, como creen algunos escritores, por la parte más estrecha del canal. Ahí, a más de no haber lugares accesibles y apropiados para el trasbordo, las aguas son más arrebatadas y los escarceos bruscos y bulliciosos».*

Concuerdan todos los autores que han tratado la materia, en que los indios del lugar, lo mismo que en tiempo de la expedición de don García, recibieron a los extranjeros con marcadas muestras de benevolencia y aun prestáronles desinteresada ayuda ofreciéndoles sus dalcas, embarcaciones primitivas formadas por tres tablones y que hoy, un tanto reformadas, conocemos con el nombre de canoas o bongos.

Si bien el número de caballos que pasaron a nado, aferrados a las pequeñas navecillas alcanza, según unos, hasta trescientos y según otros, no sube de quince, no por eso es menos sorprendente que la operación demorara sólo cuatro días de ruda labor.

Libres ya los españoles de un paso peligroso y en vista de que la nueva selva, espesa y llena de tremedales, no les ofrecía camino por el centro, tomaron la costa y ayudados por las mareas y por la nave que vino de Valdivia, pudieron caminar sin grandes dificultades por las playas arenosas y sembradas de mariscos.

Alrededor de diez días duró la pesada marcha, al cabo de los cuales arribaron los audaces exploradores a la cabeza de treinta jinetes, al margen noroeste de un pintoresco y tranquilo estuario que recibe las aguas de un río, el Gamboa. El arribo debe haberse efectuado en los primeros días de febrero.

Recorrido y examinado el suelo, así del lado del mar como de tierra, conocida su configuración, sus medios de defensa en caso de ataque exterior, echaron por fin las bases de la ciudad en febrero de 1567, tal vez entre el diez o el doce, sobre una meseta aireada y pintoresca, después de haber plantado el legendario rollo como signo de dominio, según las prácticas invariables de aquella época lejana. Diose a la provincia el nombre de Nueva Galicia, en honor del gobernador de Chile, que era gallego y a la ciudad el de San Antonio de Castro, en recuerdo del licenciado López García de Castro que por esos días gobernaba interinamente el virreinato del Perú. Designose al mismo tiempo gobernador de la nueva ciudad al maestre de campo don Alonso Benítez.

Es de notar que los aborígenes se mostraron sumisos y hospitalarios desde los primeros momentos. Sometiéronse a los extranjeros, a quienes ayudaron, no sólo en la pesca, construcción de casas y piraguas, desmonte de bosques, vigilancia de los animales, pastoreo y cultivo de los campos, sino también con los

escasos víveres que poseían.

Terminados los preparativos y demás quehaceres que se siguieron a la fundación de la ciudad, instruido el jefe que había de regir la provincia, Ruiz de Gamboa ordenó que se alistara la fragata para emprender el viaje de regreso. A su paso por los canales hizo reconocimientos de importancia, explorando varios puntos del archipiélago. Detúvose particularmente en la isla de Quinchao, con el fin de recoger noticias sobre los medios de vida, producciones y costumbres de los habitantes. Estos datos eran indispensables como elementos de informe para las autoridades. Rodrigo de Quiroga necesitaba justificarse ante el cabildo de Santiago y vecindario, que se opusieron tenazmente a esta empresa. Y Ruiz de Gamboa no podía, por lo mismo, volver sin llevar consigo muestras y antecedentes que tuviesen importancia real y efectiva a los ojos de aquellos censores, que lo estarían esperando con no disimulada desconfianza.

Los primeros síntomas del invierno, que en las regiones isleñas suelen algunas veces manifestarse ya a fines de marzo, con neblinas espesas, cerrazones y vientos del norte, obligaron al jefe a suspender sus trabajos y hacerse a la vela con dirección al canal.

Un problema de gran trascendencia, para la vida misma de la provincia, lo detuvo en Chacao. La ciudad de Castro quedaba muy lejos de Osorno y mucho más aun de Valdivia y Villarrica. Era obra harto costosa y difícil, en efecto, comunicarse con esos centros, por falta de naves y caminos, tanto más cuanto que entre Castro y las ciudades citadas no existía un punto intermedio que sirviera de apoyo a los viajeros, ya para proveerse de víveres, ya para hospedarse. Chacao era una caleta abrigada y estratégica, muy a propósito para asiento de una villa. Próxima al océano, distaba sólo ocho millas de Carelmapu, que es el término austral del camino que viene de Osorno y el punto de recalada abocado a los canales. La fundación se imponía y Ruiz de Gamboa, tras las ceremonias del caso, la denominó San Antonio de Chacao. Trazada la respectiva planta, hízose el reparto de tierras e indios, entregando a los pobladores los escasos elementos agrícolas que iban en la nave, como ser utensilios de labranza y algunas semillas.

Son pocos los pueblos fundados en la época colonial que recuerden la fecha en que fueron establecidos, lo que no deja de ser

un inconveniente grave para el historiador, que necesita hacer deducciones y ajustarse en lo que pueda a los sucesos que narra. Se menciona el año y aun el mes; pero el día y hora en que se plantó el famoso rollo, insignia de la jurisdicción y de la autoridad, se ignoran. Mucho más previsores que los conquistadores y gobernantes fueron los párrocos. Estos llevaron un archivo exacto y ordenado, en que no sólo se anotaban las partidas de nacimiento, los matrimonios y defunciones de los feligreses, sino también aquellas fechas importantes dignas de perpetuarse.

Todo lo que sabemos de la villa de Chacao es que fue erigida en el mes de marzo de 1567, tal vez a principios de la segunda quincena, si se piensa que el general Martín Ruiz de Gamboa, su fundador, terminada sus labores en Castro, salió de ahí ese año a fines de febrero en dirección a Quinchao para llegar a Valdivia de regreso en los últimos días de marzo. Y como es de suponer que tocó en varias islas con el ánimo de reconocerlas, se infiere que un recorrido hecho con una embarcación defectuosa, como eran las de aquella época, no pudo demorarse hasta el canal menos de quince a dieciocho días.

A fines de marzo de 1567, como queda dicho, los expedicionarios regresaron a Valdivia satisfechos de haber podido llevar a feliz término una empresa que no les ofreció grandes inconvenientes, salvo el viaje que fue harto pesado.

Con lo anterior, la conquista de Chiloé quedaba de hecho terminada e incorporadas al dominio de España las islas del archipiélago, sin derramamientos de sangre, ni siquiera tener que recurrir a las amenazas o castigos corporales como en las provincias del norte. Sometiéronse de grado los naturales desde los primeros momentos, ofreciendo su ayuda no sólo a los colonos, sino también a los misioneros. Es necesario que trascurra mucho tiempo y se les trate muy mal para que se produzca el levantamiento de Calbuco o mediten una rebelión como la que se descubrió en tiempos del general don Cosme Cisternas Carrillo. La ayuda que en Carelmapu y Castro prestaron a los filibusteros, haciendo causa común con ellos, más bien se debió a un engaño de los holandeses que al deseo de sacudir el yugo.

CAPÍTULO 4

Las primeras poblaciones.— Su desenvolvimiento.— Falta de documentos.— Traslado de Chacao.— Razones que se tuvieron en vista.— Fundación de Ancud.— Fundación de Chonchi.— San Miguel de Calbuco.— San Antonio de Carelmapu.— Sistema de construcciones.— El problema de la alimentación.— Error de González Nájera.— Contradicciones.— Comercio y agricultura.— La instrucción.

Tanto la ciudad de Castro, la más antigua del archipiélago de Chiloé, como la humilde villa de Chacao, que se levantó en la ensenada conocida actualmente con el nombre de «Chacao Viejo», para ser trasladada más tarde al sitio denominado «El Estero», llevaron una vida lánguida, pobre, sin expectativas de progreso, por su aislamiento con el mundo civilizado.

No es de sorprenderse entonces que los colonos de Chacao y Castro se vieran sometidos, desde su arribo a la Isla Grande, a las más duras privaciones. Las dificultades para comunicarse con algunas ciudades del continente que, como Osorno, Valdivia, Villarrica, alcanzaban a la sazón cierto progreso, merced a las atenciones de la autoridad central y a los recursos naturales del suelo. Influyeron en forma efectiva, acentuando aún más el atraso.

Las faenas del oro, que se extraía en pequeñas cantidades de las arenas de los ríos o de ciertas playas abiertas al mar, pudieron haber dejado ganancias no despreciables a los encomenderos; pero ya sea porque los indígenas no eran lo suficientemente diestros en estas labores o por otra razón, lo cierto del caso es que las abandonaron para dedicarse a la pesca, al cultivo de los campos,

crianza de cerdos y ganado, desatendiendo de hecho esta rama de la industria minera.

El pueblo de Castro, por ser el más distante del centro, era también el más desamparado. Su comercio no daba señales de vida. Los productos del suelo no podían exportarse. Faltaban los medios como hacerlo. Sólo mantenía comunicaciones muy tardías con Osorno. El gran temblor de tierra del 16 de diciembre de 1575, que azotó la comarca, vino a colmar sus desgracias aumentando su pobreza. Las casas construidas de madera, con techos pajizos, como en casi todos los centros coloniales de Chile, sufrieron las consecuencias de los fuertes y prolongados sacudimientos del suelo.

Es lamentable que casi todos los pueblos de Chiloé establecidos en aquella etapa de la colonización española carezcan de historia propiamente tal. Faltan los documentos pertinentes: actas, diarios, crónicas, cartas, escrituras, etc. Los autores que quisieran hacer revivir el pasado isleño, tropezarían con este serio obstáculo, ya que las páginas referentes a las costumbres, a las ocupaciones de los habitantes quedaron en blanco o poco menos. Parece que a las autoridades ni siquiera se les ocurrió anotar las fechas de mayor importancia.

No puede decirse lo mismo de los eclesiásticos. Nótase en ellos más diligencia y espíritu previsor. En sus archivos, muchos de los cuales se conservan hoy día en buen estado, se han trasmitido a la posteridad las fechas que se relacionan con el establecimiento de capillas y misiones, creación de parroquias, itinerarios de viajes a la cordillera y archipiélago de los Chonos, destinados a evangelizar indígenas, descubrir derroteros o vías más cortas o más fáciles que las conocidas hasta entonces.

Entre los pueblecitos que datan de aquellos tiempos se hallan Quemchi, Quicaví, Añihué, Tenaún, Dalcahue, Puqueldón, Queilen, Achao, etc. Muchos años después, en 1764, fundose la villa de San Carlos de Chonchi por orden del gobernador de Chile Guill y Gonzaga, hecho que fue confirmado por cédula de 3 de agosto de 1767.

En virtud de una real orden, don Carlos Beranger, gobernador de la provincia, fundó la villa de «San Carlos de Chiloé» en 1768, tomando como base los habitantes de la aldea de Chacao, cuyo traslado se hizo en forma perentoria. Por ley de 4 de julio de 1834

confiriósele el título de ciudad con la denominación de Ancud, en recuerdo de un cacique de este nombre, según opinión de algunos y según el marino don Francisco Vidal Gormaz por haberse llamado así la reducción indígena que pobló la parte norte de la Isla Grande, pasando a ocupar la categoría de capital en vez de Castro.

Veamos las razones que tuvo en vista Beranger para pedir al rey el traslado del puerto de Chacao, o más bien dicho para solicitar la fundación de la ciudad de Ancud. Hasta el año 1768 no hubo en todo el archipiélago de Chiloé otro puerto más importante que ese. A él arribaban las naves procedentes del Callao, Valdivia o la Península. Mirado a la simple vista, la bahía no ofrecía peligro alguno. Los abrigos naturales que la defienden contra los vientos del sur, oeste y norte, la mostraron hasta entonces como la más segura. Lo peligroso era el canal que estaba al pie. El banco Inglés; los temibles escollos de «Pugueñún» y «Remolinos»; las rocas hundidas de Carelmapu; la corriente impetuosa que impide, en los días de calma, el gobierno de las embarcaciones que navegan a vela; el fondo movedizo sobre el cual no puede echarse ancla, en un momento de apuro, sin el riesgo de una varadura, eran, para los marinos de aquella época, motivos de constante alarma.

No pocas catástrofes se produjeron por falta de mapas y desconocimiento de las mareas. El puerto de Castro tampoco podía recomendarse, metido como se halla en el fondo de un surgidero, distante del océano y de la ruta que seguían los barcos que traficaban entre Chile, Perú, el Atlántico y España. Cordes mismo, con ser un marino tan intrépido y experimentado, estuvo a punto de perder su buque varándose más de una vez antes de abandonar los canales. Tales fueron las razones en que necesitó apoyarse Beranger al solicitar el traslado de Chacao y pedir, que se establezca la villa de «San Carlos de Chiloé».

Reconocido el terreno y elevados al soberano los antecedentes, despachose la real cédula. Sobre la punta Tique, que es la misma en que ahora se sientan los edificios de la Escuela Normal, construyó Beranger la fortaleza, en cuyo recinto, que tenía la forma de un gran cuadrado, se podían instalar hasta veinticuatro cañones, dice al respecto González Agüero. Junto a ella estableciose la población, con sus dependencias y accesorios. Bautizose la rada con el nombre de «Bahía del Rey» y «Puerto de San Carlos», quedando defendida la

entrada por el susodicho fuerte y por el de Agüi que un poco más tarde hizo construir el gobernador de la provincia, teniente coronel don Juan Antonio Garretón y Pibernat. Coincidencia feliz fue que San Carlos quedara establecida en el mismo sitio que en 1759 reconoció el piloto español don Manuel José Orejuela y que recomendó para asiento de una plaza militar y comercial a la vez.

Luego la «Bahía del Rey» se vio animada con la presencia de naves que llegaban del Perú, principalmente, y con la construcción de pequeños barcos que debían cruzar los canales y alcanzar hasta los puertos de la cordillera. En 1771, nos dice González Agüero botábase al agua la fragata «Favorita», que en seguida fue enviada al Callao para dedicarla a los viajes que desde allí se hicieron el año 1779 a la «Nueva California».

Los historiadores y cronistas de la época celebran el traslado de Chacao como un hecho de gran trascendencia. Chiloé, dicen, ganó notablemente con ello, facilitándose los viajes a España y a la metrópoli del Perú, de la cual dependía y de donde cada año venían el situado, tres o cuatro barcos cargados con mercaderías que se cambiaban por productos, empleados, hombres de negocio, marinos, militares, sacerdotes y hasta maestros de escuela. Los hombres de esta tierra entraron en relaciones de familia y comerciales con españoles de la Península y del Perú, quedando de este intercambio social muestras características que aún se conservan y han persistido, tanto en las costumbres y modos de ser, como en el lenguaje y pronunciación. El mismo Beranger asegura en su interesante relación geográfica que ya en su tiempo la villa de San Carlos contaba con ciento sesenta casas y más de cuatrocientas sesenta almas. El progreso de Ancud se hizo más efectivo, con la llegada de colonos que aquí establecieron definitivamente sus hogares.

A Beranger le sucedió en el cargo el coronel de los ejércitos reales don Juan Antonio Garretón y Pibernat, que llegó a Chile en los días del gobernador general don Manuel Amat y Juniet, de quien era pariente. Las excelentes disposiciones de este activo mandatario luego se tradujeron en hechos efectivos. A la fortaleza de «San Carlos», que construyó por orden de Beranger y que fue el centro de la ciudad de Ancud, agregó en seguida la de Agüi y otras más en los alrededores de la bahía. Promovió las exploraciones a la

cordillera, a los ríos Palena y Aysén, a los archipiélagos de las Guaitecas y patagónicos.

Aunque faltan pormenores, es un hecho evidente que en 1602 ya se habían establecido las villas de San Miguel de Calbuco y San Antonio da Carelmapu, con las pocas familias que lograron escapar del largo asedio y destrucción de Osorno por los indígenas. Sábese así mismo, o se presume a lo menos, que no pocos otros pueblecitos y caseríos que hoy día existen en la provincia, tienen su origen en la instalación de alguna familia española con los indios entregados en calidad de servidores. Queda comprobado con esto que el sistema de encomiendas se introdujo también en Chiloé y aun perduró por espacio de largos años entre determinadas familias favorecidas por el rey con donaciones de tierras.

Una vez que ese centro de población arraigaba, extendiéndose con la llegada de nuevos colonos, levantábase la capilla tradicional. Allí acudían los misioneros, en ciertas épocas del año, con el fin de instruir a aquellas sencillas gentes que, junto con aprender la legendaria cartilla, aprendían también la señal de la cruz y otras prácticas piadosas que en muchos hogares del campo han persistido hasta nuestros días, con gran ventaja para las costumbres y moralidad de los habitantes.

El sistema de construcciones, en los albores de la colonia, fue aquí como en el resto del país, de lo más rudimentario y sencillo que cabe, atendida la carestía de los elementos y medios de vida. Para los colonos, sin embargo, la casa fue lo primero. Ayudados por los indígenas, reunían los materiales y tras esto se levantaba el rústico edificio, que generalmente techaban con paja o canutillo. Sólo muchos años más tarde se usó la tabla de alerce, mañío, canelo o avellano.

Terminada esta obra, surgía el problema de los víveres. Por suerte, las playas ofrecían mariscos en abundancia; los estuarios y surgideros, peces de variadas calidades. En los campos se cultivaba la quinua, el maíz, la cebada, las habas, el trigo. La agricultura y la pesca fueron los ramos a que se dedicaron de preferencia los pobladores de Chiloé. La papa, con ser originaria de este suelo y crecer como planta silvestre, no se explotó sino hasta mucho más tarde, llegando a ser con los años uno de los artículos de comercio más importantes del archipiélago.

Para formarnos una idea del poco valor que entonces se le daba, bastaría referirnos a las palabras de González Nájera, hablando de las prolongadas incomunicaciones y la falta de alimentos que trajo consigo la carencia de buques destinados al cabotaje entre el archipiélago y Callao. Y como si quisiera impresionar a las autoridades obligándolas a tomar medidas en favor del comercio marítimo, encarece al mismo tiempo la poca fertilidad del suelo y dice al respecto, con una falta de conocimientos que abisma, que sólo produce unas «raíces que se llaman papas».

Los filibusteros holandeses nos dan buena prueba de lo contrario, al recorrer la isla de Quinchao y alrededores de Castro para proveerse de chanchos, gallinas, huevos, corderos, vacas, pescado, maíz, manzanas, etc., con que surtieron las bodegas de su barco antes de seguir viaje al norte. Al hacer rumbo al océano, el buque pirata tenía almacenado a bordo cien fanegas de trigo recogidas en Chiloé y un número considerable de vacas hechas cecinas.

Las condiciones económicas realmente precarias de los negocios en los comienzos del coloniaje, impidió el aumento de la población. Eran pocos los emigrados que venían a tentar suerte a estas tierras. Entre los comerciantes y armadores dominaba la usura más irritante. Las mismas autoridades daban mal ejemplo, con muestras de avaricia en el desempeño de sus cargos. Las exigencias desmedidas en el cobro de los impuestos, multas, deudas y otras duras gabelas llegaron a convertirse, en ciertos periodos en verdaderas exacciones que abatieron el ánimo de los criollos y aborígenes, limitando sus esfuerzos y enervando sus facultades para las empresas que requieren voluntad y carácter. El trabajo perdió su virtud y su interés. Los encomenderos se entregaron al ocio que atrofia y debilita los sentimientos morales, dejando las faenas del campo en manos de los indios. Introdujéronse, a consecuencia de estas prácticas nocivas, vicios funestos, con grave detrimento de la salud.

En materia de instrucción se avanzó muy poco. Faltaban los maestros y las escuelas. Las personas que se dedicaban a la enseñanza carecían de conocimientos pedagógicos y hasta de vocación; y como la paga era pobre, no había expectativas ni para los alumnos, ni para los institutores. Enseñábase la doctrina

cristiana, la lectura, en textos inadecuados; la escritura, con tiza en tablillas de avellano, ciruelillo o mañío; (…) se dedicaban a la instrucción de los niños en escuelas públicas, sin los útiles más necesarios[2]. Por falta absoluta de papel, hacíanse las planas en tablas de pelú bien cepilladas, del ancho y largo de un pliego de papel común. Terminada y corregida la plana, lavábanla y secábanla, sin que fuera posible dejar el modelo con las correcciones. Faltaban asimismo los libros. Sólo con el advenimiento de la república, la escuela adelantó un poco más. A contar de entonces, los hijos de Chiloé comenzaron a distinguirse en las disciplinas del espíritu. Mostráronse inclinados al estudio y por seguir alguna profesión hicieron toda suerte de sacrificios. Las leyes, la medicina, la pedagogía, la marina, la milicia, el sacerdocio han sido entre ellos las carreras más acariciadas y las que más honran al terruño, según lo hemos de ver más adelante cuando tratemos estas materias.

Capítulo 5

El archipiélago bajo la capitanía general de Chile.— Misioneros Jesuitas.— Arribo de Corsarios.— Ataques a Castro y Carelmapu.— Proceder cobarde de Cordes.— Los auxilios.— El asalto.— El castigo de los indios.— Intento de despoblar a Castro.— Desistimiento.— Don Agustín de Santa Ana.— Luis Pérez de Vargas.— Los caciques de Lacuy.— Su culpabilidad y castigo.— Otras correrías de los filibusteros.

Terminada la conquista de Chiloé con la fundación de Castro y demás pueblecitos que mencionamos en el capítulo anterior, el archipiélago de hecho quedó agregado a la capitanía general de Chile; pero expuesto a mil contingencias a causa de las incomunicaciones.

El levantamiento de los araucanos que provocó el desastre de Curalava, tuvo también su resonancia dolorosa en el sur de Chile. La ciudad de Osorno fue incendiada y arrasada hasta sus cimientos. Los habitantes, perseguidos por los indígenas, huyeron en dirección a Chiloé para ponerse a salvo. Un contraste gravísimo soportado por las armas españolas en el centro del país, vino a favorecer de rebote los intereses de la corona en estas islas. El archipiélago recibió un contingente inesperado de pobladores, sin gastos de ningún género para el erario.

Por este mismo tiempo arribaron también a Chiloé los misioneros jesuitas, que establecieron iglesias y casas en varios puntos de las islas, ayudando en forma efectiva a las autoridades y evangelizando con la palabra y el ejemplo, no sólo a los indígenas y criollos, sino también a los propios españoles. Su acción en este

sentido es digna de señalarse, porque muestra las aptitudes sobresalientes de estos hombres apostólicos y da la medida de lo que son capaces como educadores.

La paz absoluta no reinó tampoco en el archipiélago. Si bien los indígenas no daban que hacer a los colonos, las guerras que sostuvo España con las potencias europeas ocasionaron molestias y perjuicios de todo género a los habitantes de Chiloé. Corsarios ingleses y holandeses penetraron en más de una ocasión al Pacífico, con el intento de satisfacer odios y venganzas en las colonias españolas. Recorrieron costas y canales robando e incendiando sin piedad a pueblos indefensos, como Castro y Carelmapu. Por los años 1600 y 1643 poco faltó para que los holandeses se convirtieran en dueños y señores de estas comarcas.

Con el propósito de alcanzar a los mares del Asia, pasando por el Estrecho de Magallanes, a mediados del año 1598 se hacía a la mar, en un puerto de Holanda, una escuadrilla de cinco naves. La expedición, aunque tenía fines meramente comerciales, no descuidó los preparativos bélicos. Los empresarios dotaron a sus barcos de elementos de combate, con la idea de atacar donde fuera posible. Pero no contaban con las epidemias y tempestades que se levantan terribles en el océano, con los inconvenientes propios de unas naves endebles y de una travesía tan larga. Es así como en las costas de Guinea mueren, primero el jefe de la escuadrilla y en el Estrecho de Magallanes, el comandante de la «Fidelidad». A aquél lo reemplaza el segundo, llamado Simón Cordes; a éste, Baltasar Cordes, hermano del anterior.

La «Fidelidad» era un barco armado en guerra de doscientas ochenta toneladas con dieciséis piezas de artillería de diverso calibre, cuatro de bronce y las demás de hierro, pudiendo disparar balas de ocho a catorce libras. Poseía seis cámaras y su tripulación, muy reducida ya a causa de las enfermedades al salir de Holanda era de ochenta y seis hombres. Llamábase su capitán Antonio Antoine, más conocido con el nombre de Antonio el Negro, hombre temerario y resuelto, con audacias de bandido. Esta es la nave que penetró al archipiélago de Chiloé por el canal de Chacao, después de haber tocado en los puertos de Lacuy y Carelmapu.

La hospitalidad e índole pacífica de los indígenas, alentó a los holandeses en su empresa. Necesitaban víveres frescos y les fue

ofrecido carne, maíz, pescado y otros comestibles, particularmente cuando supieron que eran enemigos de los españoles. En cambio, los naturales recibieron, según se infiere de las narraciones que se conservan, hachas, cuchillos y algunas mercaderías de poco precio. Tres españoles descontentos con las autoridades, traicionando la patria, uniéronse a los aventureros. Informados éstos de cuanto pormenor podía serles útil, se internaron por los canales en demanda de Castro.

La circunstancia de no ocurrir ningún suceso desde Ruiz de Gamboa y la fama de dóciles que se habían conquistado los indígenas, permitieron a los colonos vivir en paz, sin pensar en peligros exteriores. Por tanto, al arribo del buque pirata el 19 de abril del referido año 1600, la ciudad de Castro no ofrecía ninguna seguridad. Faltaban armas, faltaban municiones y, por tanto, faltaba también un plan de defensa que oponer a las miras poco tranquilizadoras de los extranjeros. Sólo existía una débil fortaleza levantada con toda premura en el centro de la población; y esto era bien poco ciertamente.

Antes de dirigirse a Castro, los holandeses celebraron con los indígenas una verdadera alianza ofensiva. Convínose que los extranjeros atacarían por mar a los españoles y los naturales por tierra, para impedirles en lo posible la retirada, obligándolos a rendirse o concluir fácilmente con ellos. Cogidos así los castellanos, el triunfo de los aliados era seguro.

Notábase en esos días en todo el país vientos de revuelta. Los mismos aborígenes, siempre dóciles y respetuosos abandonaron sus actitudes tranquilas para mostrarse altaneros, casi provocativos. Por lo cual pudo colegirse que estuvieran tramando alguna conspiración con los indios de Osorno y Valdivia. Y como si esas manifestaciones hostiles no fueran suficientes, de pronto comenzó a susurrarse la llegada de un buque inglés a las costas de Chiloé y hacerse públicos ciertos acuerdos y tratos con los naturales.

Signos tan evidentes alarmaron al corregidor, obligándolo a tomar una serie de medidas por vía de precaución. Dispuso, entre otras, que el capitán Martín de Uribe, con treinta soldados aguerridos, salga a reconocer la costa en distintas direcciones, al mismo tiempo que se comenzaba a construir dentro de la plaza una empalizada en donde pudieran refugiarse los habitantes. Y como

para que las dudas terminaran de una vez y el vecindario y autoridades supieran a qué atenerse, don Pedro Contreras Borra, cura y vicario de Castro, supo por una india que no sólo habían llegado los corsarios de que venía hablándose, sino que en esos momentos ya navegaban en demanda del puerto. Ruiz de Pliego ordenó entonces que todos los españoles se reúnan en el fuerte y allí atrincherados esperen hasta tanto se conozcan los propósitos de Cordes.

A las ocho de la mañana, en efecto, probablemente el 19 de abril de 1600, vieron con gran sorpresa que la «Fidelidad», hinchado el velamen por viento favorable, cruzaba la bahía en busca de fondeadero, cubierta de gallardetes y totalmente embanderada, como si se tratara de una fiesta, o de rendir un homenaje. Luego vibraron a bordo los clarines y se oyó el estampido de los cañones saludando a la plaza. Las músicas marciales resonaron dentro de la bahía y los pobladores, que no salían de su sorpresa, apenas se daban cuenta de lo que pasaba. El temido ataque se trocaba como por encanto en un arribo jubiloso y cordial de los extranjeros.

Baltasar de Cordes no pierde tiempo. Con la mirada ansiosa se pasea sobre el puente de mando. Ordena, atisba la plaza y sobre la marcha se pone al habla con los españoles, a quienes expresa, por intermedio de sus comisionados, que no trae intérprete ni malas intenciones para con nadie. Y como para desvanecer toda sospecha, pide al gobernador que se envíe a bordo a una persona seria a fin de que observe y compruebe por sí misma los buenos propósitos que lo mueven.

Aquella petición no era tan sencilla para resolverla con ánimo ligero, en vista de los rumores que se corrían. Consultados los militares y vecinos en un cabildo abierto, contestaron que nada de particular veían en todo eso. Y sin otros pormenores, Ruiz de Pliego dispuso que el capitán Pedro de Villagoya se traslade a bordo de la «Fidelidad». En todo caso procedería con cautela. Villagoya fue recibido con la mayor atención y aún obligado a pasar la noche en el buque, agasajado y festejado, oyendo interesantes confidencias del capitán que terminaron por desvanecer en su ánimo toda duda. Refiriole, con vivos pormenores, los sufrimientos soportados en tan larga travesía asegurándole que su viaje a la América sólo tuvo fines comerciales, para lo cual traía un daño, como ocurriría en caso de

una negativa, ya que comisionado español, como si quisiera deslumbrarlo con el brillo de aquellos objetos [3].

Gastó mucho empeño en demostrarle que era católico y que sentía por los españoles grandes simpatías. Y como para que Villagoya no tuviera la menor duda, a renglón seguido le reveló el propósito traidor de los indígenas y los ofrecimientos que éstos le habían hecho a cambio de una ayuda para arrojar de Castro a los castellanos. Terminó diciéndole que sólo necesitaba víveres para el regreso: legumbres, viscocho y treinta vacas hechas cecinas, víveres que serían pagados con los efectos que quisieran elegir.

Tan satisfecho desembarcó Villagoya y tan prendado con el trato de Cordes que no tuvo empacho, llegado a tierra, en apoyar las peticiones de los holandeses, por cuanto en ellas iba envuelto más bien un beneficio que un daño, como ocurría en caso de una negativa, ya que contaban esos navegantes con los elementos suficientes para imponerse. Las razones eran obvias y estaba de más discutirlas. Redujese el acuerdo a escritura y retribuidos los regalos que Cordes hizo a Ruiz de Pliego, Villagoya volvió a la nave, renovándose los agasajos y viéndose comprometido una vez más a pasar la noche con el corsario. Cordes sentíase feliz con el triunfo; y por lo mismo que las cosas marchaban sin dificultades, quiso probar si podía apoderarse de la plaza a fuerza de engaños. Mucho confiaba en la credulidad de los españoles; y como Cordes era astuto, supo insinuarse a las mil maravillas en el ánimo del delegado, demostrándole sus agradecimientos por los beneficios recibidos. De confidencia en confidencia, dice don Crescente Errázuriz, llegó hasta revelarle el plan de ataque a Castro que los indios le propusieron, asegurando que él había fingido aceptarlo para no enemistarse con ellos. Por tanto, era el momento de proceder contra esos súbditos peligrosos y traidores, de acuerdo con las señales convenidas. Pero como Villagoya estaba sólo autorizado para oír y recoger impresiones, se convino en que éste daría cuenta al jefe de todo lo que ahí se trató. La falta de pertrechos en el fuerte que pudo haber sido un inconveniente grave, subsanolo Cordes despachando a tierra una botija de pólvora y mil balas de arcabuz. Con lo cual desapareció hasta la última sombra de duda. Según convenio, al amanecer del día siguiente, quemose un rancho en las afueras del pueblo, disparándose al mismo tiempo siete

mosquetazos que fueron contestados por cuatro de la «Fidelidad». Hecho esto, Villagoya volvió a bordo para finiquitar los últimos aprestos.

No bien el comisionado puso la planta en el buque. Cordes lo hizo prender por falta de cumplimiento en la ejecución del plan. Tras esto ordenó el desembarco de toda su gente y pidió al corregidor que le envíe seis capitanes escogidos con los que concertaría el ataque. Llegados a bordo, Cordes los hizo degollar, desembarcando en seguida para unirse a los suyos. En esos momentos aparecían hileras interminables de indígenas desde diversos puntos.

Sorpresa produjo en el ánimo de los españoles la ausencia de los seis capitanes. Pero Cordes, felón y artero, no se inmutó por ello. Antes bien, valiéndose de nuevos ardides, quiso seguir explotando la candidez de los castellanos y les hizo creer que el plan había sufrido modificaciones a causa de no haberse quemado el rancho propuesto. Y como el indio es muy suspicaz, ahora no quedaba otro arbitrio que tenderle una celada. Para lo cual era indispensable que todos los españoles se encerraran en la iglesia como si estuvieran prisioneros. Los indígenas se acercarían y una vez al alcance de los sitiados habría llegado el momento de salir, tomándolos sorpresivamente.

Recelosos o no los españoles, lo cierto es que penetraron al templo, y rodeados allí por sus enemigos, sin armas con que poder resistir, sucumbieron a manos de los indígenas y corsarios en una vil y cobarde emboscada. Cordes hizo asesinar a todos los hombres con exclusión de las mujeres, que quedaron prisioneras, entre las cuales se contaba dona Inés de Bazán, oriunda de Osorno y viuda del capitán guipuzcoano don Juan de Oyarzún. Reducida a la impotencia, rodeada de malhechores, aquella heroica mujer no perdió el ánimo en medio del peligro. Tras esto, el pueblo fue entregado al saqueo y al incendio; la iglesia, los objetos del culto, los santos, pisoteados y befados como cosas despreciables.

Si por el momento los holandeses nada tenían que temer de los españoles, necesitaban en cambio asegurar su situación dentro de la plaza conquistada. El ataque indefectiblemente se produciría con fuerzas de refresco; y para prevenirse de cualquiera tentativa, desembarcaron cuatro piezas de artillería, municiones, fusiles,

arcabuces y mosquetes. A los indios se les repartió lanzas, corseletes de cuero y grandes clavos con los que hicieron dardos y flechas arrojadizas, ya que los españoles no sólo procederían contra los extranjeros, sino también contra sus aliados. El alma de todos estos aprestos fue Antonio el Negro, hombre de crueles instintos, temible y audaz.

Los españoles confiaron demasiado en la palabra de Cordes. Sólo el capitán Pérez de Vargas, que se hallaba fuera de Castro con veinticinco hombres, mostróse contrario a todo acuerdo con el filibustero. Producida la hecatombe, el noble capitán no tuvo otro pensamiento que la libertad de su mujer, hijos y suegra que se hallaban presos dentro del fortín. Por suerte, uno de sus soldados de apellido Torres, hombre patriota y resuelto, fingiéndose víctima de sus jefes y abandonando las filas, fue a refugiarse entre los corsarios con el fin de preparar un asalto.

Es entonces cuando doña Inés de Bazán, de acuerdo con Torres, muestra toda la energía de su alma generosa y de su raza. Multiplícase y se ofrece para las comisiones más arriesgadas y difíciles. Había visto el ensañamiento de aquellos hombres contra seres débiles e indefensos y estaba dispuesta a sacrificarse por ellos. Moja las mechas-cuerdas e impide por este medio que den fuego los cañones. Pérez de Vargas lleva a feliz término su temeraria empresa, penetrando al fuerte, en busca de los seres que lo esperan ansiosos. En pocos momentos pone en libertad a siete mujeres, saca el ganado que allí tienen oculto los corsarios, mata a dos de éstos, hiere a su capitán y se lleva consigo un estandarte que arrebata al enemigo. Desgraciadamente lo escaso de sus fuerzas le impidieron seguir combatiendo, y mal de su grado viose en la necesidad de ocultarse hasta la llegada de los refuerzos pedidos a Osorno.

Cordes no esperaba aquel asalto llevado a cabo en forma tan repentina; y no bien supo que Pérez de Vargas había hallado ayuda dentro de la plaza se propuso castigarlo con la crueldad que le era propia. Desde luego hizo ahorcar a Torres que, cercado por sus enemigos, no pudo huir a tiempo. Doña Inés de Bazán hubiera corrido igual suerte, pues cuando ya estaba todo preparado para la ejecución, el capitán holandés, por uno de esos movimientos inexplicables del ánimo o de la conciencia, dejola en libertad, expulsándola del recinto, más no sin haberle hecho aplicar antes

crueles azotes. Datos muy probables hacen subir a treinta el número de hombres asesinados por aquel bandido.

La situación de los españoles en Castro, como es de suponerlo, se presentaba desesperante. Sin el pronto auxilio de Osorno, existía el temor de que los holandeses sentaran pie firme en la plaza, pues parece que no era otro su propósito. El coronel Francisco del Campo, llegado a Valdivia, desde Lima con el encargo de reconstruir la ciudad y prestar auxilios a Villarrica, al saber que los ingleses, léase holandeses, habían arribado a Carelmapu, dispuso que el capitán Cristóbal de Robles partiera a Chiloé con alguna tropa.

Diligente y resuelto, Robles salvó la distancia en corto tiempo, imponiéndose en seguida de lo ocurrido en la villa. El caso era grave. Los filibusteros dominaban en el puerto, ayudados por los naturales, que hacían causa común con ellos. El capitán Robles no quiso saber más. Con la rapidez que le fue posible, envió al coronel los informes pertinentes. Sin pérdida de tiempo y postergando sus socorros a Villarrica, del Campo se puso en marcha a la cabeza de cien soldados escogidos, ya muy entrado el mes de abril.

En las costas de Carelmapu esperaban a los expedicionarios el capitán Juan Serón con treinta hombres y unas veinte piraguas para el transporte de la gente. Los diversos destacamentos ascendían allí ahora a ciento cincuenta individuos, más o menos. Cuatro días ocuparon los españoles en atravesar el canal. En el camino se unieron los sobrevivientes de Castro.

Engrosadas de este modo las filas, aumentó el entusiasmo y el ardor por libertar pronto al cautivo. Las piraguas seguían a corta distancia sin perder de vista a los de tierra llevando a su bordo parte de las tropas, en tanto los demás y la caballada iban contorneando la costa favorecidos por las mareas; pero venciendo también grandes dificultades en aquellos puntos en que los acantilados cubren la playa y cierran el paso al viajero.

Resguardaban la ciudad de Castro treinta y ocho corsarios y tres españoles desertores. Los demás cubrían la guarnición de la nave. Para la defensa había construido Cordes un fuerte «de dos buenas tapias en alto y medio estado de parapeto» en el cual tenía dos cubos de madera con tres piezas de artillería «que jugaban las dos a los cuatro lienzos y un pedrero muy bueno que habían sacado de la

nao que tenían a la puerta principal». Junto a la muralla del fuerte, por la parte de adentro, montaban guardia seiscientos indios isleños y algunos de Osorno, armados perfectamente: los más tenían coseletes de cuero y lanzas, y otros, clavos muy grandes con los que «hicieron buenos gorguces que prometo a V. S., dice Francisco del Campo, que no he visto indios más bien armados que lo que ellos estaban».

A dos leguas de Castro los esperaba el bizarro capitán Luis Pérez de Vargas con sus veinticinco hombres. De acuerdo con él, allí mismo se detuvo la columna para combinar el ataque a la plaza y distribuir las fuerzas, aprovechando todos los elementos disponibles a fin de no comprometer la acción por errores de cálculo o exceso de confianza. Hallábase el enemigo fuertemente atrincherado, y era necesario sorprenderlo y desalojarlo de sus posiciones en las primeras embestidas.

Los holandeses, aún cuando sabían que en la parte norte de la Isla Grande habían arribado fuerzas españolas, no creyeron que pudieran alcanzar hasta Castro, desprovistas como se hallaban de naves para el transporte de tropas en una estación tan contraria. Fortalecidos con esta idea e ignorando los arrestos del soldado español y las energías de que eran capaces los hombres de la conquista, quedáronse tranquilos.

A una legua de la población hicieron una nueva paradilla y luego, con las precauciones del caso, favorecidos por las sombras de la noche, avanzan, poniéndose a unas ocho o diez cuadras del fuerte. Aquí del Campo se dirige a sus soldados, los arenga y les dice que el ataque ha de hacerse antes que amanezca. Recomiéndales disciplina férrea, resolución firme de vencer y la más severa obediencia a los capitanes, cuidando de no alejarse de ellos. Recordoles la crueldad del enemigo y los peligros a que estaban expuestos si eran derrotados. Y para estimularlos, les dijo, por último, que premiaría con un repartimiento que poseía en Osorno al primer soldado que entre al fuerte. En seguida procedió a distribuir la fuerza. A Francisco Rosa dio veinte hombres provistos de escalas para caer por la puerta principal; a Jerónimo de Pedraza otros veinte y orden de tomar un torreón artillado; Agustín de Santa Ana acometería con veinticinco soldados por el lado opuesto de la muralla. Para guardar los pasos que daban a la playa cercana,

quedose el coronel con los capitanes Gaspar Viera, Luis Salinas y veinte soldados. Colocáronse los restantes en los diversos puntos que se les señaló, dispuestos a vender caras sus vidas.

Era el 15 de agosto de mil seiscientos. Antes del amanecer, según lo ordenado, ya estaban todos en sus puestos. Un centinela, que no alcanzó a dar la voz de alarma fue el primero en caer. Los tres capitanes cumplieron sus instrucciones al pie de la letra. Francisco de Rosa escaló la muralla y fue el primero quien puso pie en la fortaleza; Jerónimo de Pedraza se apoderó del torreón y Agustín de Santa Ana abrió un portillo en la muralla, penetrando con sus hombres al recinto sin que nadie pudiera detenerlo.

Procediose con tanta rapidez y destreza, que los holandeses vinieron a darse cuenta sólo cuando ya los asaltantes se hallaban dentro de los muros peleando fieramente con los seiscientos indígenas «arrimados al lienzo del fuerte». Para alcanzar al sitio en que se hallaban protegidos los corsarios, era indispensable romper este cordón y exponerse a muchos y muy duros sacrificios. Un combate feroz se trabó desde los primeros momentos, a cuyo estruendo y bullicio despertaron los que dormían, convencidos de que el asaltante no era otro que el capitán Pérez de Vargas que ahora se presentaba con gente de refresco. Dice don Crescente Errázuriz y con él todos los historiadores que han tratado de los indios insulares que éstos tenían fama de pacíficos y demostraban muy pocas aptitudes para la guerra. Pero esta vez revelaron lo contrario. «Nos tuvieron muy a pique de desbaratarnos», asegura el coronel del Campo en su relato sobre esta campaña. La refriega duraba ya más de dos horas, sin ventaja para ninguno. Hasta aquí habían caído muertos diez españoles y doce heridos. La luz del nuevo día vino a demostrar el cuadro en toda su dura realidad; y entonces no fueron los indígenas los que acobardaron, sino los holandeses, según el decir del mismo historiador antes citado.

Pero la retirada ofrecía graves peligros y para evitar nuevas bajas se parapetaron los corsarios en «una casafuerte que tenía el fuerte», dejando que sus aliados continuaran el combate en descubierto. Mas por mucha que fuera la resolución de los naturales, no pudieron éstos seguir luchando en presencia de trescientos cadáveres que yacían tendidos en el suelo; y se dispersaron por los bosques cercanos, huyendo a la desbandada.

El coronel no quiso perseguirlos para concretarse en los holandeses. Pero convenía mucho que la brega no se prolongara y para ponerle término ordenó allegar fuego al fortín por las tres puertas que daban al patio. Medios sofocados por las llamas y el humo corrieron entonces hacia una salida falsa oculta y trepando la muralla, guarecidos por uno de los torreones, ganaron la playa para embarcarse en una lancha de la «Fidelidad», que los llevó a bordo.

Un marino holandés, que no pudo alcanzar a sus compañeros, echose a nado; pero Francisco de Zúñiga, ciego de ira, precipitose al agua de a caballo y a lanzadas lo mató. Tal era el encono que los españoles sentían por los corsarios. Sólo doce holandeses volvieron a bordo y de esos cuatro iban heridos malamente. En el campo de batalla quedaron no pocas armas abandonadas, algunos pertrechos y veinticinco muertos. Un desertor español llamado Joanes, que hallaron oculto en el fuerte, fue arcabuceado en el acto. El triunfo de los castellanos trajo consigo la libertad de las infelices mujeres, que lloraban la muerte de sus padres, de sus esposos, de sus hijos y hermanos asesinados a su vista.

Pasada la refriega, del Campo escribió a Cordes una carta en que le echaba en cara su proceder villano y sus crueldades. Desentendiose Cordes y por toda respuesta solicitó el envío de leña y una vela que estaba en tierra, a trueque de cinco prisioneros que tenía a bordo. Contestole el coronel diciéndole que despreciaba a esos españoles, ya que no supieron defenderse y que en buena hora se los llevara.

Capítulo 6

La Fidelidad deja el puerto.— Seis piraguas la persiguen.— El buque corsario es arrastrado sobre un banco de arena.— Cordes considérase perdido.— Pánico a bordo.— Contraorden.— Una carta y algunos obsequios.— Burla odiosa.— Dos comisiones.— Tripulación del buque pirata. — Rumbo al océano.— Cuadro desolador.— Reconstrucción de Castro.— Los nuevos pobladores.— Pesquisas.— Los indios de Lacuy.— El castigo.— Otras correrías de los corsarios.

La falta de lanchas y otros elementos indispensables para un ataque serio impidió a los castellanos abordar al buque pirata, que aún permaneció dos días fondeado en la bahía, al fin de los cuales hizo amago de marcharse. Y era tan notoria la falta de gente a bordo que para despegar el ancla del fango en que estaba hundida y elevarla fue necesario un esfuerzo de más de dos horas. Tras el buque corsario, salieron en su seguimiento seis piraguas al mando del capitán Jerónimo de Pedraza. Querían observarla para impedir que tocara en algún punto del archipiélago. A pocas millas, la Fidelidad perdió dos anclas, quedando solo con una en muy mal estado. Más adelante fue arrastrada sobre un banco de arena durante una noche tempestuosa. Cordes considerose perdido; pero como era hombre que no se dejaba vencer así no más, hizo llamar en el acto a los cinco españoles para que lo apadrinasen ante el coronel y le otorgara la vida. Martín de Iribe y Andrés Vásquez cumplirían la comisión, mientras los otros quedaban como rehenes. Diéronse cuenta los tripulantes de lo que pasaba y cundió el pánico en un momento, culpándose ellos mismos por no haberse entregado

en Castro. Ahora se rendirían a discreción y el enemigo procedería sin contemplaciones. Calmolos Cordes aconsejándolos que desembarquen en seguida para ponerse voluntariamente en manos de la autoridad antes que Pedraza los alcance.

La resolución del jefe estaba tomada y no había otro remedio que ponerla en práctica en seguida, a despecho de temores y peligros. Entonces una escena realmente conmovedora se produjo a bordo. Los holandeses, acaso más cobardes que culpables, ya que como subalternos no habían hecho otra cosa que obedecer a sus superiores, abrazan a los españoles pidiéndoles que intercedan por ellos. Pero Vásquez, uno de los comisionados, demorose tanto en acicalarse que la marea, volviendo a subir, cubrió el banco y la «Fidelidad» logró zafarse, circunstancia que aprovechó Cordes para dar contraorden.

Cordes era una mezcla extraña de héroe y de bandido, un hipócrita y un cobarde a la vez. Con el fin de explorar el ánimo de sus enemigos, despacha a Iribe y a Vásquez con una carta llena de cumplimientos y algunos obsequios consistentes en picas y otras armas de valor. Maliciosamente, en la carta no se hablaba de la entrega de la nave; pero Iribe, tal vez para congratularse, dijo que Cordes quería tratar en persona con el coronel sobre la rendición y que, en consecuencia, se trasladara éste a bordo. Del Campo convino en ello; pero habiendo los holandeses hallado una de las anclas perdidas antes, cambiaron de fondeadero para ir a situarse en un punto más seguro donde pudieran ser tratados con menos dureza si caían prisioneros.

Una evasiva más en que Cordes se retrataba de cuerpo entero y una nueva molestia para el jefe español. Llegado éste al lugar de la cita y no encontrando la nave, escribió al capitán holandés para exigirle el cumplimiento de su palabra. De aquel falsario nada podía esperarse. Excusose con todo descaro asegurando que en ningún momento pensó en rendirse. La burla era odiosa; pero del Campo no quiso que las cosas quedaran ahí.

Presumíase que los corsarios desembarcaran en Quinchao; y como les faltaba víveres frescos, allí seguramente se los procurarían, ya que los indígenas eran sus amigos. Dos comisiones salieron al mismo tiempo para impedirlo. Una de ellas, compuesta de treinta hombres, iba a cargo del mayor Agustín de Santa Ana. La otra, de

dos soldados y cuatro indígenas. Opondríase aquella al desembarco; ésta, favorecida por las sombras de la noche, cortaría las amarras de la única ancla buena con que la «Fidelidad» se sujetaba al fondeadero. Efectivamente, el 31 de mayo, víspera de Corpus, los holandeses fondearon en Quinchao; pero no se atrevieron a desembarcar, porque Santa Ana estaba al tanto en tierra para oponerse. En cambio la otra no pudo acercarse al buque a causa de la gran corriente. Al cuarto día la «Fidelidad» hizo rumbo al océano, después de haber desembarcado a los tres españoles presos.

Incluyendo los sirvientes, a bordo del barco pirata iba ahora una tripulación de sólo veintidós hombres, en las bodegas cien fanegas de trigo y mucha carne salada. Se infiere que la «Fidelidad» tocó en alguna caleta peruana, porque en el diario de viaje se habla de un desertor español remitido a Concepción para ser ajusticiado. En las islas Molucas, a donde arribaron, los portugueses cayeron sobre los filibusteros y los trataron como a tales, aunque no con la dureza a que eran acreedores por sus crímenes.

Libres ya los españoles de los holandeses, la ruina y matanza de Castro apareció a los ojos del coronel como un verdadero fantasma, que amenaza la existencia misma de la colonia. Ahí estaba la ciudad convertida en cenizas; asesinada la flor de sus pobladores: las mujeres y los niños llorando su desgracia; talados los campos; destruidas las sementeras; con mermas considerables el ganado. Quedaban en pie sólo veinticinco hombres que salvaron de la hecatombe, las viudas y los huérfanos como para dar testimonio de la horrible tragedia que la historia insulana guarda en sus páginas.

La reconstrucción de Castro o el abandono definitivo ofrecía graves dificultades y no pocos peligros para los intereses de la corona. Para del Campo aquello era un problema. Ante la idea de desposeer a los que pelearon heroicamente, llevándolos a Osorno y dejar en libertad a los aborígenes que luego harían causa común con los cuncos, optó por reconstruir la ciudad y repoblarla. Y sin más trámites se puso a la obra, demostrando el mismo empeño que siempre gastó en todas sus empresas.

Como primera providencia dispuso que quedaran cuarenta y cuatro hombres de su escuadrón, los que, sumados a los veinticinco sobrevivientes, subían ahora a sesenta y nueve. Hay que agregar además al mayor don Agustín de Santa Ana, que contrajo

matrimonio en esos días, dispuesto a radicarse en Castro. Era Santa Ana un hidalgo de relevantes prendas que había llegado del Perú con muy buenas recomendaciones del virrey.

En las pesquisas y trámites que se siguieron para conocer el grado de culpabilidad que cabía a los naturales, procedió el coronel del Campo con tino y parsimonia, sin dejarse llevar por las impresiones del momento. Citados los jefes para comparecer ante su presencia y proveídos de un salvo conducto, supo por ellos que Cordes había permanecido cuatro días en los alrededores del puerto de Lacuy buscando inútilmente la entrada para ponerse al habla con la gente de tierra. Un cacique de las cercanías que observó aquellos movimientos, sin darse cuenta de lo que pasaba, se propuso salir de la curiosidad trasladándose a bordo en una piragua. Los corsarios, que ya probablemente tenían meditado algún plan, lo recibieron bien; pero como el cacique no pudo entender el idioma ni las explicaciones que le dieron, volvió a tierra en busca de un indio que hablaba castellano para que sirviera de intérprete. Por este medio entraron en relaciones los extranjeros con los indígenas y se pusieron de acuerdo. Conquistados los naturales con obsequios y promesas de libertad, mostráronse comunicativos y afables. Cordes, maestro en el engaño, pérfido y artero, obtuvo cuanto necesitó: fondeadero seguro para su buque, ayuda personal, víveres frescos y todos aquellos datos referentes a los recursos y fuerza con que contaban las autoridades de Castro.

Conocidos estos pormenores, el coronel amonestó a los caciques e indios allí presentes, dejándolos en seguida libres, convencido de que el castigo no podía hacerse extensivo a todos, sin arruinar la comarca. Concretaríase por ahora a los de Lacuy, que a su juicio eran los verdaderos culpables. Notificados éstos, la reunión se efectuó en un punto cercano al canal de Chacao, terminando con un castigo realmente inhumano. Los caciques, en número de dieciocho, fueron encerrados en una choza y quemados vivos.

A su llegada a Osorno, supo del Campo que Oliverio Van Noort, corsario de la catadura de Cordes, estaba cometiendo en Valparaíso crueldades inauditas; y en prevención de que otros repitieran en Castro las anteriores incursiones, ofició al corregidor Pérez de Vargas ordenándole que haga ajusticiar a treinta caciques más y con ellos algunos indios que se consideraran culpables. La orden fue

cumplida, sin demoras ni contemplaciones.

Los filibusteros continuaron sus correrías en son de guerra por las costas del Pacífico, en la primera mitad del siglo XVI, dando algunos de ellos la vuelta al mundo. La expedición holandesa de Schauten y Le Marie descubrió el Cabo de Hornos; el almirante L’Hermite y Enrique Brouwer penetraron también al Pacífico. Chiloé era considerado «la llave» principal de las colonias españolas en estos mares, dice González y de ahí el interés por ocuparlo. Después de Cordes, en 1615, el pirata Jorge Spilberg destruyó y saqueó en Carelmapu cuanto pudo, haciendo graves daños a los pobladores.

El once de diciembre de 1719 Juan Cliperton fondeó en puerto Inglés con el designio de emprender nuevas correrías en el archipiélago; pero habiéndose arrepentido no se sabe porqué, concretose con reconocer algunas bahías, canales y ensenadas con el auxilio de una lancha. El gobernador de la provincia, don Nicolás Salvo, salió en su persecución y Cliperton huyó al sur contorneando la Isla Grande hasta puerto Inglés. En seguida hizo rumbo al océano.

El año 1643, cuando Pernanbuco estaba en poder de los holandeses, salió de ese puerto Enrique Brum, gobernador del Brasil, con el general príncipe de Orange, a cargo de una armada de diez navíos, una urca para el transporte de granos y herramientas de labranza, un patache con pertrechos, gente de mar y guerra, cuatrocientos carretoncillos, noventa y dos piezas de artillería y muchos otros útiles. Capitanes, ni soldados conocían a bordo los propósitos de sus jefes, y, por tanto, ignoraban asimismo el término del viaje. Llegados los expedicionarios al Estrecho de Magallanes, pretendieron quedarse por algún tiempo en la Isla de San Bernabé; pero no les fue posible a causa de la nieve y temporales, siguiendo a las costas de Chile, en busca tal vez de clima más benigno. En el trayecto naufragó la urca con toda su carga y el seis de mayo recalaba la armada en Puerto Inglés. Al abrirse allí los pliegos, encontráronse con la orden de ir a Corral para en seguida apoderarse de Valdivia. Hecho esto, despacharíanse dos navíos en busca de siete mil colonos que ya estaban listos en el Brasil.

La presencia de piratas en el archipiélago y los actos de crueldad ejecutados por ellos en Castro y Valparaíso, era motivo de alarmas,

mayormente esta vez al vérseles comandando una escuadra tan poderosa. Las autoridades y pobladores se presume que estaban en asecho, porque el maestre de campo con seis españoles de arrojo y diez indios lograron apresar en un descuido a varios filibusteros. Irritado el príncipe, despachó en el acto un navío contra Carelmapu. Por primera providencia, los corsarios quemaron allí una embarcación que se hallaba al ancla en la bahía. Luego, saltando a tierra, dieron muerte a cuantos cayeron en sus manos; destruyeron la iglesia, despedazaron las imágenes y cometieron una serie de crímenes más. El fallecimiento del general Elvis Aramans les produjo honda consternación, tras lo cual se alejaron de los mares de Chiloé para no volver.

El treinta de abril de 1643, el ya citado Enrique Brouwer, con tres buques y trescientos cincuenta soldados de desembarco, llegaba a las costas septentrionales de Chiloé, fondeando al día siguiente en una bahía abierta, que pudo ser Cucao o Huechucuicuy. Con sorpresa notaron los holandeses que desde diversos puntos de la isla se elevaban columnas de humo. Eran señales convenidas entre los habitantes del archipiélago para significar la presencia de buques sospechosos. Asimismo vieron correr de un lado a otro, junto a la playa, hombres de a caballo y de a pie. Pero no pudiendo los aventureros comunicarse con ellos a causa del fuerte oleaje que azotaba la costa, levaron anclas para venir a fondear en puerto Inglés, así conocido desde entonces el que existe entre Agüi y Punta Corona. Los holandeses lo denominaron puerto Brouwer, en honor de su almirante; y los españoles Inglés, porque para ellos no había diferencia, a lo menos en América, entre ingleses y holandeses. Eran sus enemigos y bajo este nombre genérico los conocían indistintamente. Los indígenas del suelo lo llamaban Lacuy, el mismo nombre que lleva hoy día la península que cierra la rada de Ancud por el noroeste.

Seguro Brouwer de que la comarca estaba habitada, hizo desembarcar gente a fin de ponerse al habla con los pobladores e informarse de las condiciones de vida que ofrecía la tierra. Pero aquellas gentes, ocultándose en el bosque, no se dejaron ver y lo único que consiguió fue apoderarse de dos casas de españoles que habían sido abandonadas, de dos canoas y algunos víveres. En cambio, los holandeses perdieron un soldado que cayó prisionero al

separarse de sus compañeros e internarse descuidadamente en la espesura.

Trasladáronse en seguida a la orilla opuesta del canal, a la bahía de Carelmapu, defendida a la fecha por un fuerte construido de palizadas. Sesenta hombres que lo guarnecían huyeron al desembarcar los holandeses. En un tiroteo trabado allí cerca murió el capitán Muñoz Herrera que mandaba en Chiloé con el título de corregidor. Muñoz Herrera había hecho en esos días un viaje rápido desde Castro, con el fin de arrojar a los invasores. Tras esto quiso Brouwer dirigirse a Calbuco, pero por temor a los arrecifes. Acordose entonces de Castro y hacia allá enderezó la proa, llegando frente al puerto el cinco de junio. Don Fernando de Alvarado, nuevo corregidor en reemplazo de Muñoz Herrera, natural de la destruida ciudad de Osorno y establecido como encomendero en la Isla Grande desde cuarenta años atrás, hizo abandonar la ciudad, ocupándola los holandeses sin resistencia y retirándose los vivientes a los bosques con todo lo que pudieron cargar, expuestos a las inclemencias y lluvias del invierno. Los holandeses pegaron fuego a las casas y en seguida salieron en persecución de los fugitivos. El intento no dio resultados prácticos. Desconocían el suelo, y la falta de caminos y huellas impidioles seguir adelante, conformándose con hacer, en cambio, una buena provisión de manzanas y otros frutos del suelo. Sentíanse fuertes y deseosos de medirse con los españoles; pero éstos no estaban para pruebas estériles e inútiles. El ataque de Cordes aún los tenía en la miseria y no era prudente exponerse a nuevas contingencias. Antes de embarcarse dejaron escrito en latín este letrero burlesco: «Vuestra fama, decía, llegará a oídos de vuestro rey. No habéis hecho lo que hicieron los habitantes de Carelmapu, una parte de los cuales murió como mueren los soldados. Vosotros os habéis fugado como los cobardes».

Descorazonados los holandeses por no hallar el oro apetecido ni la adhesión de los indígenas, el ocho de junio levó anclas el fatal navío para seguir al norte. Necesitaban recoger antecedentes sobre la región y esta idea los llevó a desembarcar en varias islas, aprovisionándose de cerdos, ovejas y gallinas. En Quinchao se apoderaron de un indio joven y de una anciana española, llamada Luisa Pizarro, viuda de Jerónimo de Trujillo, antiguo encomendero de Osorno, de quienes obtuvieron algunos datos. En resumen, de sus

informes minuciosos, del anhelo por granjearse la amistad de los indígenas, de la insistencia por repetir sus correrías atacando pueblos indefensos, infiérese el propósito de sentar la planta en el archipiélago.

El 20 de junio toda la escuadrilla se hallaba reunida en puerto Inglés. Mientras tanto, la grave enfermedad de Brouwer seguía su curso, falleciendo éste el 7 de agosto. Sucediole en el mando el segundo jefe, Elias Erckmans. Con la idea de buscar un fondeadero más abrigado contra los vientos de la estación, el nuevo comandante se trasladó con su buque a Carelmapu. Aquí hicieron esta vez un desembarco provechoso. Tres españoles tomados en el asalto mostraron el punto en que los fugitivos habían dejado oculto el único tesoro de que disponían, consistente en trescientos veinticinco pesos de ocho reales y veintiséis libras de plata labrada.

Por fin el 24 de agosto de ese mismo año, con tiempo favorable y llevando a bordo unos quinientos indios, la escuadrilla se hizo a la vela con dirección a Valdivia. Cuatro días después penetraban al río de este nombre, y avanzando luego aguas arriba, halláronse el veintiocho del mismo mes frente a la destruida ciudad. Los naturales del suelo, ansiosos por verse libres, se mostraron cariñosos y expansivos con los extranjeros, resueltos a prestarles ayuda en cualquiera empresa contra los españoles. Pero los corsarios carecían de víveres y en Valdivia ni alrededores era posible obtenerlos. Por lo cual se vieron compelidos a retirarse, dirigiéndose al Brasil.

Las relaciones de estas correrías, que los mismos holandeses se encargaron de hacer, demuestran gran interés por Chiloé. Describen la región con entusiasmo, hablan de las costumbres, vestidos y hábitos de los habitantes, poniendo de relieve las cualidades que adornan al insular; de la pequeña industria, de los animales exóticos aclimatados, de los productos y comercio. Refiérennos que en la época en que visitaron estas islas había en ellas cerca de cien encomenderos, algunos con treinta y más naturales que les servían como esclavos en hacer camas, cubiertas, en los faenas de la agricultura, pesca, corta de maderas y cuidado de siembras y rebaño. Agregan que los mitayos no podían ser «vendidos ni enajenados, ni siquiera trasladarse de una isla a otra, sino que debían permanecer en el mismo lugar en que habían sido adquiridos o nacidos». Las encomiendas, otorgadas en recompensa

de servicios prestados, a la muerte del jefe, pasaba al hijo primogénito, y a falta de éstos a la viuda legítima. Terminada la sucesión, apoderábase de ellas el rey.

Capítulo 7

Los misioneros de Chiloé. — Franciscanos, mercedarios y jesuitas. — Sus exploraciones. — Su obra civilizadora. — El padre Fray Francisco Menéndez. — Comisión de reconocimiento. — Diario de viaje. — Comentarios del Dr. Fonck. — El obispo Dr. Diego Montero de Águila. — Tres curatos atienden el servicio religioso.

Lo mismo que en el resto de la América, los misioneros que vinieron a Chiloé soportaron duras penalidades, no sólo porque los elementos de transporte, entonces mucho más imperfecto que ahora naturalmente, les impedían trasladarse con rapidez a los diversos puntos del archipiélago, sino porque los medios de vida y manutención eran pobres y escasos.

Padres franciscanos y mercedarios fueron los primeros apóstoles que aquí se establecieron en 1590, dando comienzo a la obra civilizadora entre los aborígenes, sin descuidar, por cierto, a los españoles e hijos de éstos que necesitaban ser instruidos en las verdades de la fe y en los conocimientos de la lectura, escritura y matemáticas.

En los comienzos del siglo dieciséis llegaron a Chile los padres jesuitas. Estableciéronse en Castro en una casa que cedió para la misión el gobernador don Tomás de Olavarría, casa que a poco fue convertida en colegio.

Entre aquellos infatigables obreros de la fe figuran los padres Melchor Venegas y Juan Bautista Ferrufino. Al primero se le llama «el apóstol de Chiloé», por su ardoroso celo en favor de los insulares. Procedentes de Carelmapu, los dos llegaron aquí a fines de 1608, permaneciendo en las islas alrededor de seis meses

dedicados a las prácticas de la caridad y enseñanza de los catecúmenos.

Adornaban al padre Venegas dotes de abnegación extraordinaria. Tratándose de instruir infieles, nada lo detenía: ni los peligros del mar, ni las privaciones, ni las distancias. A Chiloé hizo cuatro viajes. En el tercero, verificado en 1611, vino con el padre Mateo Esteban, «apóstol de los chonos», quien fundó definitivamente la residencia de Castro, pueblecito que en aquel entonces apenas contaba con cincuenta familias. Nombrado rector del Colegio que la orden tenía en Concepción, trasladose a esa ciudad en 1621, dejando en su reemplazo a los padres Agustín de Villaza y Gaspar Hernández. Dos años más tarde, estos dos sacerdotes se trasladaban al archipiélago de los Chonos, arrostrando fatigas y privaciones sin cuento. El servicio religioso era allí por todo extremo duro. Los misioneros, como es de suponerlo, carecían de los principales elementos de vida; y aún cuando las tormentas incesantes, las lluvias copiosas y el frío intenso les oponían serias dificultades, no se intimidaron. Por suerte, la índole sumisa y pacífica de los indígenas los favoreció no poco. Enfermo de cuidado el padre Hernández, viose en la necesidad de volver a Castro y en seguida a Concepción, para estar de nuevo en Chiloé en 1625 con el padre Juan López Ruiz y el obispo Dr. Jerónimo de Oré, que vino en visita pastoral a este extremo de su diócesis. Era la segunda vez que llegaba a estas tierras un prelado, después de cuarenta y cinco años.

Cerca de doce meses empleó el padre Oré en recorrer el archipiélago, incluso los presidios de Calbuco y Carelmapu, embarcándose al fin para el norte con el padre Hernández. Con las nuevas capillas que iban levantándose, el servicio religioso fue extendiéndose considerablemente. Pero los sacerdotes comenzaron a escasear. Para satisfacer en forma más cumplida las necesidades de los fieles, el Obispo obtuvo de las autoridades la promesa de que se mantendrían en adelante, en el pueblo de Castro, cuatro jesuitas encargados de las misiones.

En cumplimiento de lo anterior, volvió por cuarta vez a Chiloé, en 1626, el padre Venegas, después de haber obtenido del gobernador Sores el privilegio de que los fiscales del archipiélago, al cuidado de las capillas, quedaban libres de todo servicio personal, ni podían ser alejados de su residencia por encomenderos

o ministro alguno. Acompañaba al ilustre apóstol el padre Juan Pozo, joven jesuita, activo y de encendida piedad. Con él recorrió el archipiélago de Chiloé, Guaitecas y los Chonos, regresando al fin a Concepción para desempeñar por segunda vez el rectorado de aquel colegio.

La tarea de los misioneros jesuitas en Chiloé fue harto pesada. Tenían a su cargo, como ya queda dicho, el colegio de Castro, en donde, por lo general, había permanentemente tres o cuatro padres que salían a las islas por turnos llevando el auxilio espiritual y material a los pobladores, ayudándolos en las enfermedades del cuerpo, como ocurrió en 1632, época en que se vieron azotados por el chavalongo o fiebre tifoidea y por un espantoso huracán que destruyó las casas de la villa de Carelmapu, el fuerte y la iglesia. Sus viajes en débiles piraguas al Estrecho de Magallanes, Guaitecas, los Chonos, istmo de Ofqui, Nahuelhuapi, estuario y ríos de la cordillera, están señalados por una serie de hechos heroicos.

Los jesuitas enseñaron en el archipiélago la música y los cantos sagrados. El padre Francisco van den Bergh, que los isleños tradujeron por Vargas fue, se cree, el introductor de los cánticos que aún hoy día se entonan después de algunos siglos, no sólo en las parroquias y capillas, sino en las propias casas, en los viajes por tierra y mar que emprenden los pobladores a lo largo de los canales. ¡Cuán gratamente resuenan, al compás de una boga, oídos desde la orilla, en una noche de calma alumbrada por la luna!

A los ya nombrados habría que agregar el padre Jerónimo de Montemayor, valeroso y enérgico varón quien, embarcándose en Castro en 1640 con el capitán Hurtado, partieron los dos en busca de la Ciudad de los Césares, por orden del Gobernador de Chiloé don Dionisio Rueda.

Por este tiempo penetraron a Carelmapu, con tres buques, los piratas holandeses. Adueñados de la población, dieron muerte al general Andrés Herrera y a varios soldados, saquearon en seguida la hermosa iglesia de la Compañía, pegándole fuego con tres edificios.

El padre Juan López Ruiz, dándose prisa, trasladose a Castro con los fugitivos, embarcados en piraguas y balsas, con el fin de llevar el aviso a los pobladores acerca del peligro que los amenazaba. Ya el Padre Montemayor los había reunido alentándolos y ayudándolos a ponerse en salvo con sus familias y escasos bienes. Por la captura de

un soldado holandés, se supo que los piratas traían el intento de establecerse, desde luego, en Carelmapu. El punto era estratégico, distante sólo un paso del océano, término del camino a Osorno y abocado a los canales. El Pacífico les ofrecía ancho campo para sus correrías y facilidades de poder ayudar a los araucanos en la guerra contra los españoles. Al abrigo de los estuarios y surgideros, nada los intimidaba, ni siquiera la amenaza de los indígenas, que más bien se mostraron inclinados a su favor.

En tales circunstancias urgía mandar aviso al gobernador general de Chile, residente entonces en Penco, la antigua Concepción. Mas el caso era difícil. Los filibusteros tenían cerrado el canal con sus buques armados y las embarcaciones faltaban. Sólo un acto de heroísmo podía salvarlos; y ese lo ofreció el padre Domingo Lázaro de las Casas, quien embarcándose en una débil piragua con el capitán Domingo Lorenzo, algunos soldados y el prisionero holandés, dieron vuelta por el sur de la Isla Grande, logrando llegar a Penco, a despecho de las tempestades, después de muchos riesgos y padecimientos. El gobernador, marqués de Baides, luego que se impuso de los sucesos los envió a Lima con un barco más seguro para recabar auxilios del virrey. Los sacrificios del padre Domingo se vieron coronados con el envío de una poderosa escuadra que arribó al puerto de Corral el 6 de febrero de 1645, en circunstancias que ya los holandeses se habían retirado.

Mientras tanto, los padres Vargas (van den Bergh), Villaza, López Ruiz, Montemayor y otros, seguían, con algunos intervalos, trabajando en Chiloé por evangelizar e instruir a los habitantes. Este último, después de haber libertado algunos misioneros en la tierra de los cuncos, llevándolos sanos y salvos a Concepción, volvió a Chiloé y embarcándose con el general Cosme Cisternas, dirigiose en busca de la Ciudad de los Césares con sólo tres débiles piraguas, llegando hasta el estrecho de Magallanes. Los frutos fueron nulos; pero no por eso desistió de hallar a los cristianos perdidos. Una segunda expedición emprendida con más calma, le produjo resultados semejantes. Datos aparentemente seguros recogidos en el último viaje, moviéronlo a confiar la empresa a otro misionero, al padre Nicolás Mascardi, joven e intrépido jesuita que ya se había distinguido en la misión de Buena Esperanza y en 1655 en Chillán combatiendo la peste y las incursiones de los indios, que

provocaron ese año una sublevación general.

El padre Mascardi figura como uno de los más audaces y valientes exploradores de la Patagonia. Llegó a Chiloé en 1662, precisamente cuando la Residencia de Castro era elevada a Colegio incoado, siendo él su primer rector. Presúmese, por su apellido, que descienda de familia italiana.

Sin descuidar su cargo, el padre Mascardi acomete viajes a las Guaitecas y Chonos hasta más allá del Golfo de Penas, interesado por los perdidos Césares y por convertir algunas tribus de la Patagonia. Con el permiso de su superior y autoridades civiles, pasa por la boca del Reloncaví acompañado de indios poyas que él libertó de la cautividad, trepa las cumbres nevadas y va a establecerse en la margen boreal del lago Nahuelhuapi a fines del año 1670. Este fue el centro de sus expediciones evangélicas.

Movido por impulsos de caridad, emprende desde allí «cuatro gigantescos viajes en cuatro años», cruzando en diversas direcciones territorios inmensos e inexplorados, grandes ríos, cordilleras, páramos, estepas heladas, etc., hasta llegar al puerto de San Julián en el Atlántico. Con el crucifijo en la mano, ardiendo por la gloria de Dios, con sólo unos cuantos fieles poyas sucumbió «con la muerte gloriosa del martirio el 14 de diciembre de 1673 a manos de indios salvajes». Este hombre verdaderamente grande, dice don Miguel Luis Amunátegui, cuya ilustre figura será siempre estrella de primera magnitud en la historia del sur de Chile y Patagonia, aunque no logró su intento acerca de los Césares, no por eso trabajó en vano.

A la muerte de Mascardi arriba de nuevo a Chiloé el padre Juan del Pozo, dedicando sus últimas energías al cuidado de la misión de Nahuelhuapi. Hallábase entregado a sus trabajos apostólicos, cuando la muerte lo sorprendió allí a los setenta y seis años de edad. El padre Diego Rosales, que en su rango de Viceprovincial en Chile visitó a Chiloé en 1660, habla de ese religioso en términos por demás encomiásticos, poniendo de relieve sus virtudes ingénitas, su mansedumbre y sus bondades admirables para con los indios.

Por los años 1675 llegan para la misión de Chiloé los padres Antonio de Amparán y Francisco Tejero. El primero de éstos acompañó al ilustre militar Antonio de Vea en la peligrosa expedición por los archipiélagos australes hasta la isla de

Guayaneco. Iban comisionados por el virrey del Perú para arrojar a los piratas y enemigos extranjeros que se creía estuviesen ocultos en esa parte. De la relación escrita por Antonio de Vea aparece que se veneraba en una iglesia de Chacao, al cuidado de padres jesuitas, una imagen de Nuestra Señora de Carelmapu.

Mucho costó a los jesuitas establecerse a firme en Nahuelhuapi. El Padre José de Zúñiga, hijo del marqués de Baides, antiguo gobernador de Chile, que fue de propósito para hacer la instalación, tuvo que retirarse a Castro en donde desempeñó el cargo de rector por los años 1692. Estaba reservada la empresa a los padres Felipe van den Maeren, de origen flamenco y Juan José Guillelmo, de la isla de Cerdeña. Al primero le corresponde la gloria de haber descubierto, tras infinitas peripecias y tentativas, el paso de Bariloche sin tocar lagunas. Los dos religiosos murieron prematuramente, el segundo de los nombrados, a causa de algún veneno propinado por los indígenas, acaso por los mismos que asesinaron al padre Francisco de Elguea.

Los que ejercían su ministerio en Chiloé continuaban sin descanso sus tareas, prestando, como siempre, a los pobladores, toda suerte de ayuda. En la terrible peste de viruelas que sobrevino en 1696, se multiplican. Van y vienen por las diferentes islitas llevando el socorro espiritual y material a los infelices, que mueren en sus pobres chozas privados hasta del auxilio de sus familias, que huyen por miedo al contagio. Si no es por estos religiosos algunas islas habrían quedado desiertas.

Casi al término de los noventa años, en el verano de 1711 al 17, arriba a Chiloé el obispo Dr. D. Diego Montero de Águila que viene para hacer la tercera visita diocesana. Por este tiempo ya existían las Misiones de Chequián, en el extremo este de la isla de Quinchao y la de Huar, en el departamento de Carelmapu. Por los años 1754 aparece en funciones la de Chonchi. En cambio, se suprime la de Chequián que queda reemplazada por la Residencia de Achao. Tres curatos atendían los servicios religiosos del archipiélago: el de Santiago de Castro, San Antonio de Chacao y San Miguel de Calbuco. El primero de los citados contaba con cincuenta y un pueblos o capillas; el de Chacao con diecisiete, incluyendo en este número Carelmapu y otros puntos del continente; Calbuco, trece. El número de feligreses correspondientes a cada uno de estos curatos,

respectivamente, era de 6 387, 3 025 y 1 215 entre españoles y criollos, a más de 5 922 para el primero, 1 326 para el segundo y 1 484 indígenas para el tercero. Por todo, 19 359 entre hombres, mujeres y niños.

Y hemos llegado, dejando de mencionar muchos otros nombres, al famoso padre Fray Francisco Menéndez, perteneciente antes a la provincia franciscana de Santiago de Galicia y ahora al colegio de Santa Rosa de Ocopa en el Perú, de donde vino. El Padre Menéndez es uno de los más intrépidos exploradores y misioneros de aquellos tiempos. Ya por los años 1779 al 87 había emprendido dos arriesgadas expediciones a los mares del sur y cuatro a la cordillera del este. Su anhelo era descubrir la laguna de Nahuelhuapi, entrando por el estero del Reloncaví. A este propósito hizo dos viajes al Perú para interesar en favor de esa empresa al virrey Gil y Lemus. Vuelto a Chiloé con algunos recursos, vio satisfechos sus sueños el 2 de enero de 1792. Embarcado en una débil canoa, internose con su inseparable amigo don Miguel Barrientos hasta tocar el lado oriental, en donde halló papas, nabos, romaza y otras verduras que le hicieron presumir fuera ese sitio el lugar en que en otro tiempo estuvo la misión y en donde, ayudado por su amigo y compañero, conferenció con los indios de la otra banda, anudándose así las relaciones interrumpidas.

Ese feliz hallazgo fue para el padre Menéndez una verdadera revelación. El desacuerdo con los naturales había desaparecido y la idea de continuar sus exploraciones renació en su espíritu animoso tan fuerte como en los mejores tiempos. Pero necesitaba recursos y en busca de ellos trasladose al Perú. Felizmente los obtuvo a medida de sus deseos y el tercer viaje a Nahuelhuapi lo emprendió con noventa soldados. Los indígenas, reconocidos por los obsequios anteriores, recibieron al misionero con muestras de alegría. A la vuelta del cuarto viaje que hizo al Perú, salió de San Carlos con tres piraguas, tocando en Calbuco para proveerse de gente.

Superior de las misiones de Chiloé, continuó incansable sus exploraciones acompañado por sus fieles y buenos amigos los Barrientos, dueño a la sazón el jefe de una encomienda en el lugarejo denominado Quiquel. El Dr. Francisco Fonck, que comentó en dos interesantísimos libros el diario del padre Menéndez, nos ofrece datos valiosos sobre el particular.

Para el padre Menéndez, el archipiélago de Chiloé no tuvo secretos. Anheloso por dar con los perdidos Césares y extender los dominios del rey, impidiendo que naciones extranjeras se apoderen de territorios sobre los cuales España tenía derecho, recorrió los rincones más apartados de los Andes, salvó ríos y torrentes, bosques impenetrables, lagunas y alturas tajadas, según se infiere de la relación que dejó escrita. En los últimos tiempos lo veremos en Chacao atendiendo el servicio religioso en reemplazo del padre franciscano Fr. Norberto Fernández, primer misionero establecido en Tenaún el año 1771, explorador de los Cesares en 1779 y hábil arquitecto en la construcción de iglesias.

La fama y aptitudes de Menéndez se habían extendido de tal modo que el virrey Francisco Gil y Lemus, queriendo sacar partido de ellas, le encomendó la importante comisión de reconocer la laguna de Nahuelhuapi. Cuatro viajes sucesivos emprendió a esa antigua residencia de misioneros este explorador sin que el natural cansancio de los años ni las dificultades de la empresa lo arredraran.

Quien necesite conocer noticias más precisas sobre los viajes al istmo de Ofqui, lagos Cholila y Nahuelhuapi emprendidos por el padre Menéndez, puede recurrir a su «Diario» publicado en Valparaíso el año 1896 por la imprenta «La Patria» y comentado por el Dr. D. Francisco Fonck, como ya queda dicho. Sacará también notable provecho leyendo el volumen que el mismo doctor Fonck compuso sobre los cuatro citados viajes a la laguna de Nahuelhuapi que el gran explorador y misionero efectuó. Tanto los comentarios que Fonck hace en este tomo como en el primero, son de una gran importancia científica y geográfica. En los dos eleva los méritos del ilustre franciscano, lo sigue paso a paso, estudia su itinerario, rastrea sus huellas, anota sus aciertos, discute sus dudas, salva sus omisiones y no le deja hasta el término y regreso de sus viajes. «Los rasgos breves con que pinta el paisaje, dice Fonck, son admirables por su precisión y nos dan una idea casi perfecta del territorio recorrido. Su descripción es muy exacta y las más veces suficiente para ubicar los objetos geográficos que observa». Y agrega más adelante:

> *«Los viajes de Menéndez poseen además un gran valor como publicación local. Varias provincias o fragmentos de*

territorios del antiguo reino de Chile como Copiapó, Serena, Arauco, Valdivia y Juan Fernández poseen una historia local bastante rica. Pocos de ellos tal vez tengan una historia lugareña tan abundante en datos y episodios dignos de memoria como Chiloé».

CAPÍTULO 8

Estado económico de Chiloé.— Situación geográfica e importancia estratégica del archipiélago.— Chiloé bajo el gobierno de los virreyes, 1766.— Don Carlos Beranger y fundación de la ciudad de Ancud (20 de agosto de 1765). — Radio ocupado.— La población— Expulsión de los jesuitas (8 de diciembre de 1767).— Los padres franciscanos.— Anexión de Chiloé a la capitanía general de Chile.— Límites de la provincia.— Gobierno civil y gobierno militar.— Las guarniciones.— Tropas regulares.— Las milicias.— Los oficiales reales.— El cabildo secular.

La guerra contra los araucanos, que ya se prolongaba demasiado, trajo consigo no sólo el peso de exorbitantes gastos, sino la necesidad de aumentar y mantener en buen pie las fuerzas del ejército. El gobierno de Chile ya no pudo hacer frente con sus propias entradas a tan subidos desembolsos, y fue indispensable que de la Península y del Perú vinieran en su ayuda. No era menos desconsolado, por desgracia, el estado económico de Chiloé, cuyas escasas rentas no daban ni con mucho para el pago de los destacamentos y empleados, permaneciendo siempre la caja del tesoro a merced del auxilio real.

El archipiélago, por su situación geográfica y estratégica, ofrecía seguridades tales que aconsejaban no abandonarlo por ningún motivo. El gobernador Beranger, con ojo de marino experto y matemático, llamó a Chiloé «antimural» de la América del Sur. Desde antiguo fue tenido como la llave del Pacífico. Así lo consideraron también los corsarios y más tarde Moraleda. Don Bernardo

O’Higgins
creía que la «conquista de Chiloé» era el complemento indispensable de la independencia nacional. Don Ramón Freire habla más o menos en los mismos términos, haciendo hincapié en la necesidad de incorporarlo al territorio de la república antes que los gobernantes españoles acumulen nuevos elementos para su defensa. Los exploradores extranjeros y geógrafos que visitaron en seguida estas islas, se expresan con entusiasmo y lamentan el abandono en que se las mantiene. Para el capitán King, de la marina británica, Chiloé causó la sorpresa más agradable que puede sentir un hombre de ciencia apasionado por los fenómenos físicos, geográficos y geológicos. No bien cruzó algunos de sus canales y pudo admirar el cuadro grandioso que le ofrecía la naturaleza circunstante, se propuso hacer un estudio acabado, estudio que continuó y perfeccionó Roberto
Fitz-Roy.

Seguir anotando otros juicios favorables sobre el archipiélago, sería inoficioso. Son muchos y todos tienden a lo mismo: dejar en claro la importancia que ofrece como posición estratégica de primer orden en el sur de Chile.

Fue el virrey don Manuel Amat y Juniet quien hizo las gestiones ante la corte de España para incorporarlo al virreinato. Interesábale sobre manera conservar para la Madre Patria una de las zonas más pintorescas e interesantes del mundo, en medio de cuyas islas, canales y bahías podían ocultarse las escuadras de guerra, sin temor de ninguna especie. En cumplimiento de tales propósitos en 1766 dejaba de pertenecer a la capitanía general de Chile, quedando solo en lo eclesiástico dependiendo del Obispado de Concepción.

El traspaso fue favorable, mirado desde algunos aspectos. La provincia hizo progresos evidentes, merced a esa medida y a la designación del nuevo gobernador, que recayó en el capitán de dragones don Carlos Beranger. En virtud de la real orden del veinte de agosto del año 1765, procedió a fundar la «Villa de San Carlos de Chiloé» tras un reconocimiento minucioso del suelo y tomando como base los habitantes de la villa de Chacao, cuyo traslado se hizo el año 1770. La planta de la futura ciudad de Ancud se trazó en la parte septentrional de la Isla Grande, sobre un terreno prominente y aireado, con vista a todos los vientos. Hacia el sur

corría junto a unos pantanos profundos y tepuales impenetrables, el río de la «Toma», formando, hasta las márgenes del Pudeto, una verdadera valla contra cualquier incursión de los indígenas.

Por el este y norte, barrancas cortadas casi a plomo, que van a rematar en las playas cercanas a San Antonio y Guaigüén. En los contornos de la bahía construyéronse fuertes que el sucesor de Beranger, don Antonio Garretón, afianzó con varios otros. Sólo muchos años más tarde la ciudad fue extendiéndose dentro de su nuevo radio y el puerto de Ancud convertíase en una de las plazas más formidables del Pacífico. Por su situación estratégica, pasó a ser de hecho el asiento militar del archipiélago y la ciudad más importante en todo sentido, puesto que ha conservado hasta nuestros días, a pesar de los grandes incendios que por los años 1844, 1859 y 1899, redujeron a pavesas lo más valioso de su comercio [4] y de otros golpes que han tenido resonancia económica de graves consecuencias. Castro, con ser la capital política, arrastró una vida precaria, alejada del centro, sin comunicaciones marítimas ni terrestres. Dejósele entregada a sus propios esfuerzos viviendo de lo que producían sus fértiles campos.

Diez años después, Ancud contaba con doscientas ocho familias y una población de mil doscientas cuarenta y tres almas. Concentráronse aquí la guarnición, los abastecimientos militares y navales, la tesorería y otros servicios. Más tarde, los azares de la vida y las exigencias del comercio continuaron aglomerando gente hasta alcanzar en el censo de 1895 a cerca de seis mil habitantes.

Producida la expulsión de los jesuitas, que en Chiloé se verificó el día 8 de diciembre de 1767, esta provincia quedaba sin misioneros ni maestros, necesidad que el virrey Amat llenó en parte, enviando de Lima padres franciscanos pertenecientes al colegio de Santa Rosa de Ocopa. Las casas y las treinta y tantas iglesias construidas por los jesuitas en diversos puntos sirvieron a los nuevos sacerdotes para el desempeño de sus tareas.

Chiloé seguía incorporado al Perú, a despecho de los inconvenientes geográficos y de otro orden que en la práctica se hicieron aún más notorios. Los gobernadores de Chile se consideraron desairados, al ver que una de las provincias de la capitanía general por derecho de conquista, pasaba, de una plumada, a depender de los virreyes. Además, para la integridad del

territorio chileno, para su defensa y vigilancia, aquella real orden fue improcedente. Todas estas razones pesaron en el ánimo de la corona y la movieron a expedir un decreto el 1.º de octubre de 1788 en que se dejaban las cosas como antes. Sin embargo, la orden no fue cumplida. Los virreyes del Perú, previendo lo que podía ocurrir, no quisieron abandonar la presa, manteniéndola hasta la época de la independencia. Don Ambrosio O'Higgins, para comunicarse con el archipiélago, hizo repoblar a Osorno y abrir un camino desde Valdivia hasta Carelmapu.

La provincia de Chiloé abarca toda la región de las islas y los territorios cercanos de la costa firme, como ser lo que hoy día es Maullín, Carelmapu, Puerto Montt y cordillera del este hasta los Chonos. Gobernábala un militar de alta graduación nombrado por el rey, con autoridad política y militar. En Castro «residía un cabildo compuesto de dos alcaldes ordinarios y seis regidores; entre éstos dos tenían el título de alcaldes de la santa hermandad. Tanto los primeros como los últimos estaban encargados de la administración de justicia».

> *«El puerto de San Carlos era la capital militar de la provincia, y la residencia casi ordinaria del gobernador. Tenía éste a sus órdenes dos compañías de infantería veterana con ciento sesenta hombres, una de dragones con ochenta plazas y otra de ciento treinta artilleros para el servicio de los cañones de todas las fortalezas y baterías del archipiélago. De bien poco habrían servido estas fuerzas para la defensa y mantenimiento del orden, si sus gobernadores no hubiesen tenido a su disposición un importante auxilio en las milicias provinciales. Componíanse éstas de cien artilleros y de treinta y ocho compañías sueltas de infantería con cerca de tres mil hombres, dependientes de los jefes veteranos del arma que residían en San Carlos. De ordinario, estas fuerzas ayudaban a las tropas veteranas en el servicio de guarnición, y servían en las composturas del único camino público que poseía la provincia»* [5].

El ataque de los corsarios principalmente y algunos conatos de

descontento entre los aborígenes, puso a la vista la necesidad de mantener guarniciones disciplinadas, tanto en Castro como en Quinchao, Carelmapu y Calbuco. Paralelamente comenzaron a funcionar las autoridades administrativas y militares; aquellas, en la ciudad de Castro; estas, en Chacao y Carelmapu, antes que se fundara la ciudad de Ancud, o más bien dicho, antes que se abriera el puerto de San Carlos.

Según lo expuesto, había en Chiloé un gobernador político y otro militar, los dos con nombramiento del rey y su correspondiente situado. Al poder militar estaban sujetos todos los pueblos del archipiélago, los que a su vez dependían del virreinato de Lima, como antes de 1766 dependieron de la capitanía general de Chile. El gobernador militar, por razones de estrategia y mayores facilidades para comunicarse con el resto de Chile, el Perú y España, fijó su residencia en el puerto de San Carlos y tuvo a su cargo las fortalezas de la plaza y la de Agüi. Fue el comandante, jefe neto de las tres compañías que aquí mantuvo el rey: dragones, artilleros e infantes, destinadas a cubrir por turnos las dichas guarniciones y las de Chacao y Calbuco. Para el pago de esta tropa, enviose anualmente del Perú el real situado; pero como la falta de naves y el riesgo de caer en manos de los corsarios impedía que las comunicaciones se efectuaran con seguridad, en los primeros tiempos se hicieron adelantos en ropa y otros efectos como un medio de satisfacer necesidades premiosas. El sistema, de por si inconveniente, produjo abusos y desconfianzas. Por lo cual fue necesario darle a cada interesado la suma que le correspondía, para evitar que las quejas y reclamos, siempre odiosos, se trocaran en recelos.

Esta tropa debía adiestrarse en el manejo de las armas y adquirir conocimientos suficientes, de acuerdo con las necesidades de la época. Pero se sabe que la disciplina se hallaba corrompida por culpa de los mismos oficiales que ocupaban a los soldados en tareas ajenas a la profesión. Para corregir tales abusos y dar a los cuadros militares la instrucción requerida llegaron de España dos tenientes de la asamblea.

Junto a estas tropas regulares existían también en el archipiélago las milicias, que al principio estaban formadas por la compañía de encomenderos, la de los moradores y quince más

reclutados entre el vecindario español, hasta el año 1769 en que don Carlos Beranger las ordenó y elevó a regimiento. Hay que mencionar además un escuadrón de caballería, una brigada de artilleros y una compañía de maestranza. En la época de la reforma alcanzaron a mil quinientos sesenta y nueve individuos, incluso los oficiales. Estas fuerzas, como las otras, servían en los fuertes de la ciudad, en los de Chacao, Calbuco, Maullín, Achao y en comisiones extraordinarias, alternándose por meses, sin sueldo ni gratificación, pues cada individuo tenía que costearse sus víveres y vestuario. Las tres compañías de tropa regular o de línea se componían de ciento treinta y nueve hombres, repartidos así: cincuenta y tres en la de dragones, cincuenta y tres en infantería y treinta y tres en artilleros, cada una con sus respectivos oficiales.

En el puerto de San Carlos tenían su residencia los tenientes de oficiales reales, que eran el tesorero y el contador, cuya caja, para substraerla de peligros, se hallaba instalada en el fuerte. Cargos más bien honoríficos, en los primeros tiempos de la colonia los agraciados no gozaron de asignación fija, sino de algunos escasos emolumentos. Más tarde el rey les señaló sueldo para estimular sus esfuerzos y aligerar el despacho, como ser el expendio del tabaco que venía de Lima para toda la provincia, el papel sellado y otras especies. Con el correr de los años nuevas labores se agregaron a estos puestos y a fin de regularizar el servicio perfeccionándolo, nombrose un administrador con renta fija, a quien quedó sujeta toda la intervención del ramo.

En Castro residía el cabildo regular, compuesto, según González Agüero, de un corregidor, dos alcaldes ordinarios, dos de la santa hermandad, cuatro regidores, un alférez real y un escribano, el único para toda la provincia. El corregidor cuidaba de la justicia y de todas las funciones gubernativas concernientes a las islas inmediatas. El teniente desempeñaba las mismas atribuciones en Quinchao. En cuanto al partido de Calbuco, sábese que allí había un comandante con autoridad para ejercer el cuidado de los trece pueblos que constituían su jurisdicción y que eran Calbuco, Menmén, Caicaén, Llaica, Machil, Chope, Poluque, Quenu, Tabón, Abtao, Chiduapi, Huar y Chayahué. Las reducciones, esto es aquellos centros habitados solamente por indígenas, dependían directamente del gobernador, y el cacique del alcalde.

CAPÍTULO 9

Fundación de los pueblos «Nombre de Jesús» y «Rey don Felipe». — El origen de unos viajes. — La Ciudad de los Césares. — Descubrimientos geográficos e hidrográficos. — Exploraciones de Beranger y Garretón. — Moraleda, Fitz-Roy y otros. — Fuentes históricas. — Documentos arqueológicos y documentos escritos. — Bibliografía.

El naufragio de Alonso de Camargo en 1540 y la malograda fundación de los pueblos «Nombre de Jesús» y del «Rey don Felipe» por Pedro Sarmiento de Gamboa en el Estrecho de Magallanes, fue el origen de no pocas relaciones, cuentos e historias acerca de una o más ciudades existentes en la falda oriental de los Andes patagónicos. Esas noticias, propaladas y adornadas de episodios, dieron origen a una serie de viajes emprendidos desde varios puntos de Chiloé.

La Ciudad de los Césares llegó a ser la más famosa leyenda de América y tema predilecto en Chiloé. Aunque nadie la había visto, todo el mundo comentaba su existencia como evidente. Dábanse al respecto pormenores, tales que al más reacio convencían. Hablábase de las riquezas de sus edificios y comercio, del bienestar de sus habitantes. Afirmábase que sus iglesias eran de jaspe; el piso y las campanas de oro labrado; que en sus fiestas eran tan rumbosos que toda comparación resulta pobre y desmedrada. Creían unos que la poblaban españoles; peruanos del tiempo de Francisco Pizarro, otros. No faltaban quienes asegurasen que fueran descendientes de corsarios ingleses. En el norte la situaron entre los cajones de la cordillera, o márgenes de oculto lago. En Chiloé, era opinión

generalizada que sus murallas venían a rematar en alguno de los estuarios de Cochamó, Riñihue, Palena o Aysén, cuya puerta misteriosa a nadie le era dado abrir sin estar en connivencia con los porteros, o poseer el secreto de sus llaves.

El origen de esta fábula es oscuro. Autores hay que la enlazan con las ruinas de la ciudad de Osorno; otros, con el naufragio del «San Sebastián». Como quiera que sea, las primeras noticias sobre «lo de César», en el extremo austral del continente americano, están relacionadas con el navegante Sebastián Cabot.

Refiérese al respecto que Cabot despachó cuatro españoles desde su fortín del Paraná, con el encargo de explorar tierras del interior, uno de los cuales se llamaba César. Errando, llegaron a un país en que vivía un señor muy poderoso y rico. Vueltos al punto de partida para dar cuenta de su comisión, vieron que la fortaleza se hallaba destruida, por lo cual determinaron internarse de nuevo, alcanzando esta vez, después de muchos sufrimientos, hasta el Perú, en los momentos en que Francisco Pizarro apoderábase de aquel rico imperio (1532). Desde entonces el mito de los Césares se esparció por los cuatro vientos, dándole por existente en la parte austral de la América. En Chiloé, cobró sabor local.

Don José de Moraleda dice que la difusión de esa leyenda la causó una solicitud de Silvestre Antonio Díaz de Rojas al Consejo de Indias en 1715. Díaz de Rojas aseguraba haber vivido cautivo tres años entre los indios de la Patagonia. Obtenida su libertad, dirigiose a España en donde redactó una minuciosa descripción, presentándola como un segundo paraíso terrenal, por la abundancia de cipreses, cedros, álamos, pinos, naranjos, robles, palmas, profusión de frutos sabrosos y tan sanos que la gente «muere de puro vieja». (A. Mutizábal-Monografía Histórica).

Atraídos por tan maravillosas narraciones, el piloto y práctico Juan Tao salió de Castro en tres dalcas el 6 de octubre de 1620. Recorrió el archipiélago de los Chonos e istmo de Ofqui para volver convencido de que esa ciudad existía realmente; y si no pudo llegar hasta el término de la jornada fue sólo por falta de víveres.

Seguidamente continuaron explorando islas y canales los jesuitas José García y Juan Vicuña. En 1762 reconocieron el río Buta Palena

y gran parte de esa zona. En octubre de 1766, el mismo padre García emprendió una nueva expedición al archipiélago de los Chonos y costas orientales de la Patagonia.

Don Diego Barrientos y sus tres hijos, José, Diego y Dionisio, emprendieron en 1765 un segundo reconocimiento al río Palena y un tercero a la misma región por los misioneros franciscanos Fr. Norberto Fernández y Fr. Felipe Sánchez.

Por los años 1783 a 1786, el padre Fr. Francisco Menéndez, presidente de las misiones de Castro, emprendió sus famosos viajes desde esa ciudad para unirse con sus amigos los Barrientos en un punto equidistante entre Quetalco y Dalcahue, en donde don Miguel era jefe de partido y heredero de una encomienda. Tenían el propósito de descubrir el camino de Bariloche, y, por descontado, la Ciudad de los Césares. Los Barrientos se encargaban de las piraguas, vitualla y peonada. Provistos de todo lo necesario, los argonautas salieron hacia la cordillera. Doce viajes consecutivos hicieron con el incansable padre Menéndez.

Cuanto más se repetían los fracasos, tanto más arraigaba en el ánimo de los exploradores y viajeros la convicción de que la Ciudad de los Césares era una realidad evidente. Unos aseguraban haber oído toques de campanas, redoble de tambores, marchas musicales, descargas de rifles, estampidos de cañones; quienes haber recogido maderas labradas que bajaban flotando por tales o cuales ríos, restos de comestibles, retazos de géneros, etc., señales demostrativas, en fin, de la existencia de seres humanos. Don Lázaro Pérez, cura párroco de San Carlos hizo en 1785 un viaje al estero de Comau.

Muchas otras tentativas se hicieron con pobres resultados. Don Antonio de Vea, capitán de navío de la armada española, en 1675 al 76 recorrió en dos barcos y algunas piraguas la zona interior del archipiélago de Chiloé. En su diario señala distancias y rumbos, describe canales y puertos. Vese que este marino da más importancia a la parte geográfica e hidrográfica que a las fábulas. A Vea siguió el teniente de infantería don Pedro Mansilla, acompañado del piloto don Cosme Ugarte. Alcanzaron hasta la costa occidental de la Patagonia. Este viaje vale más por los esfuerzos físicos que por los resultados náuticos y geográficos. Otra cosa demuestra lo que ordenó el gobernador de Ancud don Carlos

Beranger con la goleta «Nuestra Señora de Monserrate» y dos piraguas que hicieron de escampavías.

El gobernador Beranger mostrose incansable. De él se conservan estudios políticos, militares, estadísticos, comerciales y de costumbres. Hiciéronse levantamientos hidrográficos, planos de la parte septentrional de la Isla Grande, de la costa oriental, del canal de Chacao y Remolinos, del puerto de San Carlos, de la bahía de Castro y muchos otros. Don José Manuel Moraleda y Montero, alférez de fragata de la armada española, exploró a continuación los archipiélagos de Chiloé, Guaitecas y Chonos.

Los antiguos griegos, con la expedición de los argonautas en busca del vellocino de oro, dejaron expedita a los viajeros una ruta desconocida hasta entonces. Los isleños, con las suyas a la cordillera y archipiélagos patagónicos tras un mito, prestaron a la geografía y a la náutica incalculables beneficios, abriendo derroteros e interesando a los hombres de ciencia en empresas hidrográficas.

Para escribir la historia de Chiloé hemos tenido que valernos de las pocas noticias que nos dejó su descubridor y de aquellas que se registran en crónicas, diarios u otras compuestas en épocas subsiguientes. Faltan las ruinas, los monumentos; y aún cuando existen restos arqueológicos de otro orden, son escasos y de un valor relativo. Conocemos algunas armas de que hicieron uso los naturales, utensilios de cocina, depósitos de conchas, cementerios, naves, restos humanos petrificados, huellas de caminos y algunas muestras más de la vida prehistórica en las regiones isleñas. Pero esto, naturalmente, no es mucho para restablecer una época.

Para el fin que nos hemos propuesto, no nos detendremos en un análisis de los elementos arqueológicos existentes, ni en teorías relativas al idioma y fecha en que las islas fueron ocupadas.

Las primeras noticias escritas que se refieren al archipiélago de Chiloé datan del año 1553, y las hallamos en el «Diario» del capitán extremeño Francisco de Ulloa. Narra el marino español el viaje que emprendió a fines de octubre de 1553 desde Corral hasta el Estrecho de Magallanes, y su regreso al puerto de salida pasando por el canal de Chacao. A la Isla Grande, la califica de limpia; pero observa que carece de surgideros y puertos en el oeste. En cambio dice que sus costas las vio muy pobladas y con muchas ovejas. En esto hay un error manifiesto. Lo que Ulloa tomó por ovejas, eran

simplemente guanacos.

Cuatro años más tarde aproximadamente, esto es en 1557, el capitán Juan Fernández Ladrillero nos describe su viaje al Estrecho de Magallanes a bordo del barco San Luis.

Y llegamos al tercer documento que en el orden cronológico habla del archipiélago, a «La Araucana» de Ercilla y Zúñiga, obra literaria e histórica justamente apreciada por la crítica y uno de los poemas épicos de mayor renombre en su tiempo. En las estrofas que se refieren a Chiloé, describe la marcha de la columna que viene al mando de don García Hurtado de Mendoza. Menciona las islas de Calbuco, el canal de Chacao, el paso del «Desaguadero» en compañía del licenciado Julián Gutiérrez de Altamirano y el regreso al norte por Carelmapu y Maullín.

Sería del caso recordar lo que sobre Chiloé dicen Juan López de Porres y Juan Álvarez de Luna que, saliendo de Valdivia comisionados por el gobernador Francisco de Villagra, recorrieron el canal de Chacao, el golfo de Ancud, los canales interiores de la provincia hasta llegar al mismo sitio en que más tarde se levantó la ciudad de Castro. López de Porres y Álvarez de Luna hablan con verdadero entusiasmo de Chiloé.

Los filibusteros que penetraron al archipiélago, ya para merodear o tomar posesión de estas tierras, nos han dejado noticias en un «Diario de viaje». El contenido de esta obra es interesante, aunque escrito en estilo descuidado y desigual por tratarse de una mera compilación de diarios redactados por algunos marineros de abordo. Descríbese en ella la Isla Grande con muchos pormenores, particularmente la costa de Cucao.

En forma minuciosa van los cronistas relatando sus correrías por los canales en busca de víveres y prisioneros. Hablan de sus depredaciones, como la cosa más natural del mundo, de los habitantes, de los encomenderos, de los animales exóticos, del aspecto de los indígenas, etc.

La «Relación Geográfica de la Isla Grande de Chiloé», compuesta por don Carlos Beranger es lo mejor que se conserva de aquella época. Trata de la división y situación geográfica del archipiélago; de las poblaciones principales como Castro, San Carlos, Chacao, Calbuco y Carelmapu; de los puertos, ríos y lagunas; del clima, cosechas y frutos; del ganado y pesquería; del comercio, costumbres

y modo de ser de los habitantes. Pero, observa Maldonado, que el juicio sobre los aborígenes es parcial y, por tanto, erróneo.

Las expediciones de los padres franciscanos, Fray Benito Marín, Fray Julián Real, Fray Francisco Menéndez y Fray Ignacio Vargas, son también de alguna importancia, particularmente las de Menéndez.

Trata también del archipiélago el padre Pedro González Agüero en su colección general de las expediciones practicadas por misioneros pertenecientes al colegio de Santa Rosa de Ocopa y en su «Descripción Historial de la provincia de Chiloé».

Por orden del gobierno de Lima, el alférez don Lázaro de la Ribera escribió en 1782 su «Discurso sobre la provincia de Chiloé», dividido en tres partes. En la primera habla de la situación geográfica, población y decadencia de la provincia, del clima y producciones.

En la segunda se refiere al fomento que puede recibir la provincia, protegiéndola para sacarla del atraso en que se halla, impidiendo que los habitantes emigren. Ya desde entonces se presenta el problema de la emigración en Chiloé. En contraposición a otros autores, de la Ribera cree que los insulanos son diligentes, vigorosos e inclinados al trabajo.

En la tercera parte trata de la defensa de Chiloé y deja establecido que tanto los cuerpos regulares como las milicias jamás estuvieron en mediano pie. Asegura que en 1780 era una lástima ver la tropa. Los oficiales, en vez de ocuparse en la instrucción de los cuadros, ejercitaban a los soldados en la corta y acarreo de maderas, que pagaban con mercaderías recargadas. Arruinose la obediencia, que es la disciplina misma, dice, rebajose el carácter y la voluntad.

Alonso de Góngora Marmolejo, en el cuarto tomo de su «Historia de Chile», narra la expedición que emprendió don García Hurtado de Mendoza a estas comarcas; habla del licenciado Julián Gutiérrez de Altamirano y de las piraguas con que éste y Ercilla cruzaron el «Desaguadero». Refiérese asimismo al viaje que hizo el general Martín Ruiz de Gamboa y enaltece la difícil empresa de cruzar el canal con la caballada.

Por los años 1786 a 1796, don José de Moraleda y Montero, exploró el archipiélago de Chiloé hasta el canal que lleva su

nombre, el archipiélago de los Chonos y costas occidentales de la Patagonia. En su «Diario de Navegación» se contienen noticias de la mayor importancia.

Los datos anotados por Moraleda se refieren a 1790. En aquel entonces, la población de la provincia, incluyendo Carelmapu y Calbuco, alcanzaba a 15 072 españoles y a cerca de 12 000 indios. No había en el archipiélago otro pueblo habitado a firme que San Carlos de Ancud, con sus doscientas cuarenta y ocho familias. Los otros, como Castro, dice, daban señales de vida sólo en los días festivos y conmemoraciones. Los centros boscosos se hallaban inexplorados. La única vía longitudinal, el «Caicumeo», abierta en 1781, era tan mal construida que generalmente sólo la utilizaban los peatones.

La obra de Moraleda ha sido aprovechada por los marinos, geógrafos e historiadores, que aún la consultan con provecho. Desgraciadamente, al referirse a los indígenas y criollos, comete injusticias. Deja de ser el hombre de ciencia para convertirse en un mediano observador. Otro tanto ocurre con los marinos ingleses Parker King y Robert Fitz-Roy. Como exploradores son verdaderas autoridades. Pero al referirse a otras materias, se extravían y pierden la madurez.

Carlos Darwin, desbarró no pocos refiriéndose a los habitantes. Recorrió la Isla Grande y contiguas, los Chonos y la península de Tres Montes. Visitó Ancud, Castro, las regiones de Huillinco y Cucao estudiando la flora, la fauna y la geología.

Alejandro Malaspina, a bordo de «La Descubierta» y «La Atrevida», visitó Chiloé en 1790. Fijó las coordenadas geográficas de San Carlos de Ancud, hizo algunos estudios hidrográficos y su «Descripción Política» de la Isla Grande encierra capítulos de importancia. En ellos se refiere al carácter de los habitantes, que denomina «chiloenses», de su vida y costumbres.

Don Abraham Silva de Molina, oriundo de Chiloé y hombre de ilustración poco común en su tiempo, dejó inédita una historia muy extensa sobre el archipiélago. En ella pueden leerse capítulos extensos sobre los gobernadores y corregidores que tuvo la provincia. Habla de las encomiendas, de los misioneros y familias principales por su origen limpio y medios de fortuna.

Nuestros grandes historiadores se han ocupado también de Chiloé, Barros Arana en su «Historia General» y en su memoria referente a la independencia de estas islas. Crescente Errázuriz, Eyzaguirre, Sotomayor Valdés, Gonzalo Bulnes, Domeiko, el abate Molina, los padres Ovalle, Rosales, Henrich y otros más, nos han dejado noticias y juicios de la mayor valía.

Don Benito Pérez Galdós, en sus famosos «Episodios», trae no pocas reminiscencias acerca de la historia de Chiloé. En «Numancia» se habla de la toma de la Covadonga y del combate de Abtao. Pérez Rosales en su «Recuerdos del Pasado», el Pbro. Señor Francisco J. Cavada en «Chiloé y los Chilotes», su hermano Darío, Antonio y Humberto Bórquez Solar, el Padre Luis Mansilla y muchos otros autores, navegantes, geógrafos y viajeros han escrito páginas interesantísimas sobre estas tierras.

No pocos marinos de nuestra armada de guerra, entre los cuales es bueno mencionar a Roberto Maldonado, hijo de Ancud, el almirante Nef, el capitán de navío Juan A. Rodríguez, deben citarse como autores de excelentes estudios científicos sobre la Isla Grande y otras.

En el «Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile», lo mismo que en la «Revista de Historia y Geografía», diéronse a luz memorias, informes, monografías y viajes sobre Chiloé.

CAPÍTULO 10

Los aborígenes de Chiloé.— Carácter, costumbres, habitantes.— La dalca primitiva y la navegación en los canales.— Los cultivos.— El curanto.— Olvido del idioma y costumbres.— El linao.—
Fitz-Roy
clasificó a los habitantes.— Juicio de Lázaro de la Rivera.— Duros reproches.— Intercambio de productos.— Monopolio irritante.— La emigración.— La palabra empeñada.— Supersticiones.— El gusto por la lectura.

Al tratar esta materia, de suyo complicada y oscura, surge un verdadero problema que no tiene más apoyo que simples conjeturas. Opiniones sobre los aborígenes de Chiloé no faltan; pero ninguna ha sido comprobada, por más que los huilliches o indígenas chilotes pertenezcan a la gran familia de indios chilenos que ocupaban el territorio patrio, en la época del descubrimiento por Almagro, desde Atacama al sur.

Por tanto, al referirnos a este punto, no hemos podido hablar sino en hipótesis. Con todo, ateniéndonos a la opinión común podemos decir que las islas del archipiélago fueron pobladas por los primitivos habitantes de Chile, seguramente algunos siglos antes de verificarse la conquista española. En consecuencia, los huilliches, hombres del sur en idioma araucano, son los originarios de estas regiones y ellos son también, según la opinión autorizada del abate Molina, los que dieron el nombre de Chiloé a la Isla Grande, nombre derivado de Chile y adoptado en recuerdo y como homenaje a la patria de sus antepasados.

La idea anterior es respetable, sin duda; pero hallamos más

lógica la que nos ofrece nuestro filólogo, Pbro. Señor Francisco J. Cavada, en su obra «Chiloé y los Chilotes», que la hace derivar de «Chille» (gaviota) y «hué», «lugar poblado de gaviotas»; y la verdadera pronunciación no sería Chiloé sino Chilhué.

Surge ahora un problema que no podrá resolverse nunca: la fecha en que los aborígenes llegaron al archipiélago y la forma en que se verificó la ocupación de las islas. Como quiera que sea, se supone que esa conquista no fue violenta, ni tuvo fines civilizadores. Tal vez algún cacique, seguido de su familia y partidarios, dieron el ejemplo. Tal vez las necesidades de la vida salvaje y errante, el temor de ciertas tribus belicosas de Osorno, Valdivia o Arauco los empujaron hacia estas regiones.

Es de notar, como un hecho característico, que en tiempos de la conquista, todos los indígenas de estas tierras vivían unidos por estrecha amistad y vínculos de familia. Hablaban el mismo idioma, excepto los chonos, patagones y fueguinos. No hay noticias de querellas sangrientas y pleitos lugareños. Así se explica el grado de civilización a que habían llegado y los progresos hechos en la agricultura y otras faenas campesinas.

Las viviendas del aborigen chilote eran humildes cabañas cubiertas de paja y barro, que se hallaban diseminadas alrededor de la Isla Grande, no muy lejos del mar. Cosa semejante podía observarse en el resto del archipiélago. El aspecto primitivo, el modelo de la casa fue el mismo en todas partes. Nunca formaron los indígenas caseríos con trazas de aldea. Siempre permanecieron junto a la playa, sin alejarse más de una o dos cuadras tierra adentro.

El caballo de los indígenas era la dalca, para sus comunicaciones. Este ejercicio los adiestró en las luchas del mar, a las que se acostumbraron desde niños con arrojo temerario. Ni las olas, ni las tempestades, ni los escollos les causó espanto. La piragua indígena, dalca por los españoles, transformose más tarde en piragua, voz antillana, cuando la arquitectura naval comenzó a desenvolverse. El «bongo», que aún subsiste, está construido de un solo trozo de árbol, a cuyos costados adaptan remos. A veces, cuando es liviano, lo dirige un hombre desde la popa cinglando, en forma tan diestra e impetuosa que reemplaza con ventaja a tres o más remeros fuertes. Es la primitiva hélice.

Construíanse las piraguas de tres o cinco tablones. El padre franciscano, Fr. Pedro González de Agüeros, las describe así:

> *«Las construyen de cinco o siete tablas de dos a cuatro brazas de largo, media vara o tres cuartas de ancho, y dos o tres pulgadas de grueso. Lábranlas de tal modo que por los extremos las angostan para formar la popa y la proa, las que ponen luego al fuego dejándolas quemar por encima. Para construir después la piragua y unir aquellas tablas, hacen en éstas, a distancia de dos pulgadas por ambos lados, unos pequeños barrenos, y por éstos las cosen con unas soguillas que tejen de unas cañas sólidas que llaman coligües, y forman una verdadera costura como si unieran dos retazos de paño. Para que por la unión de las tablas no se introduzca el agua en la embarcación, aplican por dentro y fuera, a lo largo de la tabla, unas hojas de árbol machucadas y sobre éstas pasaban las puntadas; y con las mismas hojas calafatean los barrenos».*

La navegación en Chiloé data de época remota. Cuando los primeros navegantes al servicio de España se aventuraron por los mares interiores, pudieron observar que los indígenas se valían de pequeñas embarcaciones para trasladarse de un punto a otro. Como los antiguos normandos, estos indios sentíanse atraídos por la vida marítima. No hubo distancia, escollo, ni pasaje arriesgado que no salvaran con rara destreza, ni peligro que no burlasen con intrepidez pasmosa. Visitaban los lugares más apartados de la cordillera del este, por curiosidad, por impulso espontáneo, penetrando por los estuarios y ríos en cualquiera época del año.

Aunque de un modo muy rudimentario pero característico, cultivaban el campo que les servía para sus labores agrícolas. Tenían en uso una especie de arado compuesto de dos estacas de luma, aguzadas como una lanza endurecida al fuego, que empujaban con el bajo vientre, revolviendo el suelo hasta dejarlo en condiciones para la siembra. El maíz, el mango, la quinua, la papa constituyó el ramo principal de la agricultura entre ellos.

Manera tan rara de hacer los cultivos nos está indicando que las siembras forzosamente tenían que ser reducidas y los resultados muy poco halagadores. Sin embargo de lo cual la cosecha daba de

sobra para las necesidades de la familia. Por lo que hace a la estación del verano, las playas, merced a las grandes bajamares, ofrecían como ahora mariscos en abundancia. Los pobladores no tenían otro trabajo que ir a recoger lo preciso para cocerlos en seguida en hoyos hechos en la tierra. He aquí la historia del famoso curanto.

Prepárasele dentro de un hoyo hecho en el suelo, cuyo tamaño varía en proporción al número de invitados. Presúmese que ello ha de verificarse en el campo, al aire libre, bajo la fresca sombra de los árboles y en presencia de una numerosa comitiva, bullidora y alegre. El curanto es, pues, el rey de los paseos campestres en la estación de estío.

Terminado el hoyo, se llena éste de leña seca convenientemente dispuesta, de modo que pueda depositarse en la parte superior algunas docenas de piedras, elegidas de antemano por el técnico. Dispuesta así la operación, se le allega fuego por el fondo a fin de que el calor se concentre en un solo punto. Consumado el sacrificio, es quemada la leña y reducida a carbones encendidos, se mueven las piedras con unos palos largos alineándolas entre las brasas. Acto continuo se las cubre con una capa de mariscos: choros, quilmahues, tacas, cholgas, etc.; se agregan algunos pangues y encima de éstos, trozos de carne de cerdo, de cordero, longaniza, queso, milcao, tortillas, etc. Tápase todo lo anterior con hojas de pangue o coles y se agrega sobre ellos una capa más de mariscos, habas, arvejas, papas, lo cual se cubre a la vez con ramas, césped y tepes, teniendo cuidado de que no haya escape de vaho. El jugo de los mariscos, estimulado por el calor, brota abundante y comienza a empapar las viandas. Déjase por espacio de una hora o más, tiempo suficiente para que ese conjunto de variados comestibles empiece a despedir un tufillo agradable. Es la señal de que la cocción se ha hecho y se acerca el momento de proceder a «destapar» el curanto.

Este que hemos descrito aquí a la ligera, es el curanto que bien podemos llamar aristocrático o clásico. Hay otro que no exige tantos preparativos ni es tan costoso. Ese es el curanto corriente, un poco más complicado que aquellos que preparaban los naturales hace algunos siglos.

Sería del caso mencionar, por último, el curanto hecho con fines industriales, preparado por los que se ocupan en la explotación y

venta del producto, curanto que sólo se diferencia del anterior en que éste es más sencillo y no se tiene en vista otro fin que cocer el marisco y secarlo para en seguida venderlo.

Con la conquista sufrió la armonía social entre los indígenas. Sometidos éstos de grado o por fuerza al capricho de los encomenderos, los españoles y criollos pasaron a ser dueños de la tierra, con autoridad absoluta sobre sus mitayos. Fue así como los aborígenes olvidaron sus costumbres y hasta su lengua. En el día de hoy es muy difícil hallar en Chiloé quien hable siquiera una palabra de su idioma. Todo el elemento autóctono se halla incorporado a la nacionalidad chilena, recibiendo los beneficios de la educación pública o privada que se da en los colegios y escuelas. Aquí no existió ni existe el problema indígena que aún se halla por resolver en las provincias de Valdivia, Malleco y Cautín. Aun más: se ofrece el caso raro de no pocos aborígenes que han traducido sus apellidos con el deseo de españolizarse. Aquel que antes era Necul, Millalonco, Millao, Rain, hoy día se firma Carreras, Aguilar, Bañados, Villalón, Millán, Larraín, etc.

Hay un hecho característico que habla en favor de las costumbres isleñas y que conviene hacer resaltar por la importancia que tiene: es el que se refiere al matrimonio y, por tanto, a la familia. Todos los historiadores que han tratado del indígena chilote están contestes en decir que éste no practicó la poligamia.

Los aborígenes isleños y también los criollos, fueron muy aficionados al linao y chueca, juegos que requieren notable esfuerzo corporal, mucha resolución en el ánimo y gran destreza en los movimientos y lances. Parecido al fútbol inglés, balompié, balón o pelotón, en castellano corriente, el linao, sobre todo, es un ejercicio físico algo rudo que en Chiloé se practicó por largos años.

Las costumbres sanas y sencillas en la región insular, particularmente en la Isla Grande, han perdurado hasta nuestros días, con pocas alteraciones. Hízose siempre en los campos una vida realmente patriarcal. En las villas y lugarejos dominó el sentimiento religioso, el apego a la familia, al sacerdote y al jefe de la casa. Los hijos se consideraron dependientes de sus mayores, aún hasta después de haber contraído matrimonio. El padre y la madre merecieron de parte de ellos el más profundo respeto. Entre los hermanos y progenitores de éstos reinó la unión y la ayuda mutua

pocas veces interrumpida por desacuerdos o malquerencias. Nunca faltó de punto en punto un hombre que sobresaliera del nivel de los demás por su honradez reconocida y costumbres ejemplares, a quien se consultaba para los negocios de importancia. Verdadero patriarca, su palabra fue oída como un oráculo.

Uno de los sentimientos que más ennoblecen a los hijos de Chiloé es el apego a la tierra natal. La aman entrañablemente y por ella se sacrificarían gustosos llegado el caso de probar con hechos el cariño hacia el suelo que los vio nacer. En cualquier circunstancia en que se hallen, pobres o ricos, instruidos o no, siempre que del terruño se trate y noten que en las palabras va envuelta alguna alusión despectiva o ataque, los veréis erguirse, dispuestos a rechazar la ofensa. Si el chilote ha formado hogar lejos del archipiélago, no faltará medio o razón para dedicar siquiera sea una corta temporada en visitar a los suyos y aquellos lugares benditos en que discurrió su infancia. No son pocos los nativos que llegan todos los años por saludar a sus padres, hermanos, parientes o amigos de la niñez. Al chilote ingrato se le señala como a un ser despreciable y de sentimientos bajos. Hospitalarios los habitantes del archipiélago por natural inclinación de sus almas, aunque sea pobre y de poco valor lo que poseen, lo ofrecen con todo desprendimiento. El forastero en Chiloé luego se acostumbra a la tierra. Se le obsequia, se le visita, se le atiende. Estas cualidades innatas las han notado y hecho resaltar los hombres de estudio y alma recta que visitaron las ciudades y pueblos isleños. Por desgracia, no todos los que llegan aquí, al alejarse, corresponden a estas muestras de cariño.

Roberto Fitz-Roy, hablando de las costumbres y carácter de los habitantes de Chiloé, clasificó a éstos en cuatro categorías: los «huihuenches» o «chonos»; los «huilliches» o habitantes del sur de Chile; los «extranjeros» o «criollos». Refiriéndose a los primeros, dice que disminuyen notablemente a causa de las enfermedades y emigraciones.

Los huilliches, que habitaban en las cercanías de Castro y Cucao, eran gobernados por caciques. Su alimento ordinario consistía en moluscos, peces y lobos. El trabajo de campo les atraía bien poco. Descendientes éstos de los aborígenes de Valdivia, conocían el cultivo de la papa, maíz, arveja y otras leguminosas, la manera de

hacer ponchos y la crianza de ganado vacuno y lanar. Los extranjeros, aunque en escaso número, seguían, en cuanto les era posible, sus costumbres y hábitos. Entre 1829 a 1834 notose una gran crisis de dinero sellado. Hacíanse los pagos en tablas de alerce, azul de Prusia, tabaco, pimienta, sal, ají, añil, etc. En cambio, en 1836 se produjo un fenómeno diametralmente opuesto y podíanse obtener todos los pesos en plata y oro que se quisiera al cambio de cuarenta y ocho peniques.

El alférez Lázaro de la Rivera, que vivió en Chiloé por los años 1787 y escribió sobre estas tierras, dice que su suelo abarca un espacio inmenso, situado bajo un hermoso clima. Es un terreno, que sin otro cultivo y beneficio que el que le franquea la naturaleza gratuitamente, da por lo regular quince y veinte por uno. La abundancia de pesca y mariscos es infinita; el lino, de fácil cultivo y la lana, de excelente calidad, lo mismo que las maderas. La comodidad y seguridad de sus puertos abren el paso a un comercio lucrativo. Los habitantes son por naturaleza dóciles, obedientes, robustos, bien dispuestos y sufridos para toda clase de trabajos. Calificose a los isleños de perezosos, agrega Rivera, cuando los mismos que así los juzgaban eran los primeros en contribuir al exterminio del comercio y de la moral.

Chiloé fue por largo tiempo un verdadero feudo que explotaron los comerciantes de Lima y las primeras autoridades coloniales que gobernaron la provincia. El abuso y la tirantez de unos y otros produjo el sistema absurdo e inmoral de un comercio leonino que se prolongó casi hasta nuestros días. Si los sagrados derechos de conmiseración humana, de justicia y de sana política no se hubieran violado, dice de la Rivera en un enérgico y viril reproche, es cierto que la prosperidad y la opulencia hubieran dado vida a aquel cuerpo ya cadáver. No es posible que vasallos industriosos, trabajadores y de buen juicio, empleados constantemente en duras y mal pagadas faenas, muestren su esfuerzo para cosas en que el tiempo les falta.

El intercambio de productos, como ser maderas, ponchos, jamones, pescado, marisco, etc., a la llegada a Ancud de buques procedentes del Perú, se convertía en el más vil engaño y estafa. Eran inútiles los ruegos y lamentos de las víctimas. El monopolio, erigido en sistema, anticipadamente se los había arrebatado

haciéndose dueño de la mercadería, que pasaba a pocas manos, manchadas con el sudor y esfuerzo de los infelices. Ningún isleño, de esta suerte, podía equilibrar sus gastos con sus entradas. Siempre resultaban deudores.

Costumbre arraigada que ha perjudicado mucho a la economía doméstica y pública, es la de salir a emigrar todas las primaveras. Muchos miles dejan sus casas para trasladarse a Antofagasta, Valparaíso, Talcahuano, Valdivia, Magallanes, Aysén y república Argentina. No pocos de éstos se quedan para no volver más, o siguen adelante, ya embarcándose en algún buque en calidad de marineros, ya comprometidos para faenas mineras, para las fábricas o para el campo. De este modo recorren el mundo, y un día cualquiera se les ve en el Brasil, en la América del Norte, en Europa, Asia o África. No hay punto del globo en donde tal vez no haya un chilote, ni acontecimiento que no le cuente entre sus cooperadores o adversarios. Cansados de vagar, sienten la nostalgia de la tierra y regresan, algunos con dinero, otros tan pobres como antes, casi todos con el espíritu enfermo, con ideas extrañas en la mente y alguna espina en el alma.

La palabra empeñada fue una verdadera escritura pública, un contrato hecho y derecho para el chilote. A gala tenían los hombres de esta tierra respetar lo prometido; y de ahí que no pocas compraventas hechas entre vecinos no reconocieran más formalidad que un mero convenio de palabras, con o sin testigos, o bien un mal papel que firmaban otros a ruego de los interesados, cuando éstos no podían hacerlo.

Se les ha tildado de fríos y apáticos, con injusticia. ¡Apáticos! ¡Cómo pueden serlo estos hombres que dieron su sangre y su vida en defensa del suelo que los vio nacer! Leed lo que sobre esto dice Barros Arana en su informe elevado a la Universidad de Chile sobre las campañas de Chiloé y veréis qué valor puede asignarse a esos juicios que no tienen la madurez del entendimiento, ni la seriedad que dan el estudio de los fenómenos sociales y políticos. Las islas que en 1813 suministraron al ejército realista la vigésima parte de su población y en 1823 hicieron esfuerzos más considerables aunque aquellos, no pueden tacharse de pusilánimes ni apocadas. El historiador buscará inútilmente en sus recuerdos algo que se parezca a este sacrificio; pero no hallará en América ningún pueblo

como el isleño que se deje sangrar por mantener los ideales que sustenta.

Fatalistas y supersticiosos son los insulares. Creen en brujos y duendes, en apariciones y entierros. Ciertos fenómenos físicos los anonadan. El grito de aves nocturnas, los sueños, la presencia de animales marinos, de una araña o de un jote con las alas abiertas que toma el sol, los hacen discurrir, ora anunciando la buena suerte, ora la desgracia próxima o remota. Pero esto tiene sus explicaciones. El aislamiento en que han vivido durante siglos; la naturaleza exuberante que los rodea; el clima, los cambios atmosféricos, bruscos y violentos, que se producen, etc., han influido en el modo de ser íntimo de los habitantes de esta zona. Pueblo de marinos fue también el griego; y ya se sabe cómo la fantasía tejió allí, entre islas, bahías y canales las fábulas más inverosímiles y dedujo de una insignificancia todo un ciclo de leyendas.

El gusto por la lectura es innato en el isleño. Ya lo dijimos en cierta ocasión: por los días de lluvia, durante las largas noches de invierno, frías e inclementes, el honrado campesino, libre ya de las labores agrícolas, llena la troj con el producto de su trabajo, se entretiene al amor de la lumbre, en sus ocios bien ganados, leyendo ora el rústico Bertoldo, ora Carlo Magno, los cuentos de Schmidt, la Historia Bíblica o la vida de algún santo. La mujer, los hijos, el vecino participan a menudo de aquellos solaces domésticos, dignos de ser estimulados.

CAPÍTULO 11

Industrias y comercio.— Agricultura.— El arte culinario.— Bebidas fermentadas.— El tabaco.— La industria naval.— Crianza de cerdos.— Intercambio de productos.— Explotaciones inicuas.— Los resultados.— El sentimiento regional.

Aunque en este ramo de la economía pública y privada los aborígenes hicieron pocos adelantos, sin embargo trataremos de resumir en un capítulo todo lo que sobre la materia han dicho autores que nos merecen respeto. Hay testimonios para creer que los indígenas de Chiloé eran más aficionados a la agricultura que a la crianza de ganado. Infiérese este hecho de algunas relaciones, de informes y documentos suscritos por misioneros y navegantes.

Entre las gramíneas que cultivaban, es bueno hacer notar el mango o bromus mango. Sobre ella dice el señor Roberto Maldonado:

> *«Los aborígenes de Chiloé se hallaban un tanto más adelantados que los cuncos y valdivianos, pues si bien cuidaban del Chilihueque y de algunas vicuñas que le daban lana para sus vestidos y abrigos, cultivaban también el maíz, la quinua, la papa y el mango, gramínea ésta que ha dado que hacer más tarde a naturalistas para comprobar su existencia; pero que don Claudio Gay halló cultivada en un huerto indígena de Chonchi. Era una especie de cebada, inferior a la de Europa que servía para hacer harina y con ella una especie de pan. La introducción de las semillas europeas la hicieron fenecer, como la buena moneda acaba con la mala».*

En materia de tejidos hicieron algunos progresos. No de otro modo se explica la impresión que produjo a los españoles el uso de un vestido entre los aborígenes, cuyas telas fabricaban las mujeres con la lana del carnero y la vicuña. A más de ser abrigadoras y durables, dábanles colores vistosos con ciertas composiciones vegetales que han ido perfeccionándose con el tiempo. Tejían además redes para la pesca con hilo de ñocha, canastos y otros objetos de boque y quilineja. El desconocimiento de la elaboración de metales los llevó a fabricar hachas de piedra, flechas de huesos y aun hasta anzuelos.

Consérvanse restos de una alfarería rudimentaria. Con el correr de los años han introducido algunos adelantos en esta industria. La experiencia les mostró nuevos procedimientos para las mezclas y cocido del barro.

En el arte culinario avanzaron algo. El instinto de conservación, las necesidades de la vida, el clima y lo prolongado de los inviernos los indujo a secar al humo el pescado para preservarlo de la humedad. Lo propio hacían con algunos moluscos de que abundan las playas. Con los años se mostraron previsores, acopiando en el verano lo que les iba a hacer falta en el invierno.

En la arquitectura naval, distinguiéronse los aborígenes de Chiloé sobre todos los de Chile. Poseían la dalca que los españoles denominaron «piragua». Como ya queda dicho, construíanlas con tres o cinco tablones que encorvaban con auxilio del fuego y del agua. Marinábanse estas piraguas con seis o más pares de remos, y había algunas de alto bordo capaces de contener hasta cuarenta hombres.

En la colonia, las construcciones navales alcanzaron notable desenvolvimiento, por lo mismo que los viajes y negocios debían hacerse en el archipiélago con barcos movidos a vela o remo. De esta suerte eran recorridos los canales, bahías y golfos, con lanchas, balandras y goletas, en busca del alerce. Para el comercio de cabotaje a lo largo de las costas de Chile y Perú, se construyeron bergantines, al principio en forma tosca y rudimentaria, más tarde algo perfeccionados, gracias a la práctica que iban adquiriendo los arquitectos y obreros.

No les era desconocido el licor espirituoso. Lo preparaban con la fruta del maqui, de la luma, del maíz o quinua que hacían

fermentar, convirtiéndolo en una especie de cidra, agradable al gusto en los primeros días, embriagadora, pasado el término de la descomposición química. Infiérese que desde antiguo los naturales sintieron inclinaciones a la bebida.

Cultivose el tabaco en algunos puntos de la Isla Grande, con buenos resultados. Lo menciona Maldonado en sus estudios hidrográficos y Moraleda en los suyos mucho antes.

> *«Yo lo vi, dice éste, y conserva después de seco un color algo verdoso, de buen gusto y de una fuerza próxima al mediano de la isla de Cuba y superior a muchos de los que se producen en los territorios de Guayaquil, costas de Caracas, Nicaragua y Guatemala».*

En la época colonial prosperó una de las industrias más lucrativas del pueblo: la salazón de carne de cerdo y la fabricación de jamones, que originó la introducción de buenas razas. Manteníanse en las playas y vegas grandes manadas de puercos, alimentándose con los mariscos, algas, raíces y pastos tiernos que crecen a la vera de los ríos, pantanos y estuarios, de las avellanas y otros frutos silvestres.

Tanto o más importante fue la explotación de maderos de luma para carruajes y cedro blanco para cajas: en los últimos tiempos de la colonia la remesa de tablas se hace subir a doscientas mil. Por lo general, el embarque se efectuaba en los meses de verano, época en que llegaban los buques del Perú con sus cargamentos de artículos para proceder al intercambio, estableciéndose en seguida una verdadera feria. A ella acudían los isleños con sus embarcaciones cargadas de alerce, que traían de la cordillera, de Carelmapu y Maullín, puntos en donde crecían árboles tan gigantescos que hubo ejemplares que dieron hasta seiscientas tablas de cuatro varas de largo, a siete pulgadas de ancho y una y media de grueso. Desgraciadamente, la compra y venta de efectos no se vigiló y los pobres madereros fueron víctimas de una explotación inicua. Al paso que las mercaderías llegadas del Perú se cotizaban a un precio muy subido, obteníanse los productos del archipiélago a precios irrisorios. En su memoria escrita en Lima, hace notar don Lázaro de la Rivera que en 1782 se vendía en Chiloé la pieza de bretaña, que

en Lima costaba tres pesos cincuenta centavos, por ochenta tablas de alerce, que en el Perú producían una cantidad más de diez veces superior. Asegura el mismo de la Rivera que en la época en que él vivió en San Carlos de Ancud la explotación de alerce y otras maderas ya subía de doscientas mil piezas, doce mil jamones, mil ponchos que denominaban «tolunes» y un buen número de calidad superior, cuyo precio no bajó de ochenta pesos; doscientas barricas de tocino, setenta a cien quintales de pescado seco y unas cuarenta mil sardinas en salmuera. Por el valor de la mercadería embarcada en Chiloé, que fluctuaba en unos catorce mil pesos, más o menos, los exportadores recibían en el Perú más de sesenta mil.

Estas explotaciones acarrearon la salida de habitantes a otros puntos donde poder vivir con más desahogo. Llegó un momento en que la población del archipiélago hallose reducida en varios miles, que se fueron ocultos en los navíos. El fenómeno, grave en sí mismo, pasó inadvertido a los ojos de la autoridad. En vez de corregir los efectos que producía la usura, culpaban de inercia y flojedad a los habitantes. Hasta los mismos historiadores, influidos por cronistas de mala fe, por informaciones interesadas, no escasean juicios arbitrarios que en el fondo no son otra cosa que la repetición de ofensas gratuitas que se han venido profiriendo desde antiguo en desmedro de un pueblo honrado y digno de todo respeto.

CAPÍTULO 12

Progresos de Chiloé durante la colonia. — Comercio. El piloto Juan Fernández.— Cambio de dinastía.— Naves francesas obtienen permiso para entrar a nuestros puertos. — Contrabandos.— Instrucción pública.— Franciscanos, mercedarios y jesuitas.— Creencias religiosas.— Españoles y criollos.— Tendencia social.— La fiesta del Cabildo.— Vida social.— Costumbres.— Entretenimientos. Fiestas en honor a Carlos IV. — Diversiones públicas.

El estado de aislamiento en que se mantuvo a Chile durante la colonia; la guerra de Arauco; la falta de barcos para los viajes; las frecuentes correrías de corsarios, impidieron el progreso económico de la provincia, manteniéndola postrada y sin recursos. El comercio, maniatado, a causa de un monopolio absurdo, no pudo extenderse, conformándose con el intercambio de productos, tardío y oneroso, que mantuvo con el Perú durante mucho tiempo.

Aún cuando aquí no se conoció el bandolerismo que en el centro y norte del país detuvo los negocios, haciéndose muy difíciles los viajes y las empresas. La falta absoluta de caminos y de naves adecuadas para el cabotaje en las costas, impidieron también el mejoramiento del comercio exterior y el incremento de habitantes en las villas y ciudades isleñas. De ahí la razón por qué los productos agrícolas como el trigo y la cebada, por qué el ganado vacuno y lanar no alcanzaron precios siquiera medianos.

La prohibición absoluta de tratar con otras naciones fuera de España, elevó en forma excesiva el valor de los artículos importados. Los comerciantes sólo podían cambiar productos dos o tres veces en el año, al arribo de buques procedentes del virreinato.

Del Perú venía azúcar, arroz, cacao, chancaca, canela, pimienta, pisco, tabaco, añil, telas, etc. En retorno se enviaban maderas, jamones, sebo, cobertores, alfombras, ponchos, pieles, plumas, estopa y otros artículos más.

El descubrimiento de la corriente de Humbolt en el año 1574 por el marino español Juan Fernández, vino a impulsar el movimiento de naves entre las costas de Chile y el Callao. Antes de la citada fecha, los viajes desde ese puerto hasta Valparaíso se demoraban noventa y más días. Ahora podían hacerse en sólo un mes y aun menos, con vientos favorables. Y como Fernández descubrió al mismo tiempo las islas que llevan su nombre, los buques que venían a Valdivia o a Chiloé, o de aquí se iban al norte, ya tenían un punto seguro donde hacer escala en caso de necesidad.

En el siglo dieciocho, con el cambio de dinastía en la península, se produjo una modificación notable en el comercio con las colonias de América. Por disposición de la corte española pudieron entrar a nuestros puertos buques franceses, encargados de defender las costas del Pacífico contra los corsarios de Inglaterra y Holanda. Si bien este permiso no tuvo caracteres comerciales, el contrabando en grande escala no se dejó esperar. Habíase substituido, con gran ventaja para Chile, la antigua ruta del istmo de Panamá por la directa del cabo de Hornos, descubierta en 1616 por la expedición holandesa de Schouten y Lemaire.

Como en los otros centros poblados del país, la instrucción pública en Chiloé hizo muy pocos progresos en la época colonial, a causa de la guerra. El cultivo de la inteligencia no fue considerado necesario. Y como no hubo, por lo mismo, apego por las carreras profesionales, cuando no se dedicaban al foro los que disponían de medios para trasladarse a Lima o a Córdoba del Tucumán, generalmente seguían la profesión de las armas o abrazaban el estado eclesiástico.

Sólo por los años de 1773 se obligó a los cabildos sostener escuelas para instruir a la juventud. Y si bien es cierto que esta fue una orden real terminante, con todo no se puso en práctica en Chiloé, por lo mismo que las entradas de esas corporaciones eran demasiado exiguas. En cambio la iglesia, las órdenes religiosas llenaron en parte con sus escasos medios el vacío.

En Chiloé fueron los franciscanos y mercedarios los primeros

que se dedicaron a la enseñanza del pueblo allá por los años de 1590, manteniendo en sus conventos escuelas de primeras letras. A comienzos del siglo dieciséis llegaron los padres jesuitas. En Castro abrieron el primer colegio de que hay recuerdo y, según Menéndez y Pelayo, hizo con el tiempo, al par que los de Santiago, Serena, Valparaíso y Concepción que tenían estos religiosos, ventajosa concurrencia, en lo que respecta a letras humanas, a la Universidad de Santo Tomás establecida por bula pontificia de Pablo V. Apóstoles incansables, iban de isla en isla bautizando a los indios e instruyendo a los colonos, al mismo tiempo que les enseñaban las primeras letras y conocimientos rudimentarios en lectura, gramática, aritmética y latín. Entre los jesuitas más sobresalientes, debemos mencionar a los padres Melchor Venegas, Juan Bautista Ferrufino, Agustín de Villaza, Gaspar Hernández, Jerónimo de Montemayor, Nicolás Mascardi, Antonio Amparán y José de Zúñiga, hijo de don Francisco López de Zúñiga, marqués de Baides.

En Chiloé no existió esa división profunda entre españoles y criollos que en Santiago y otras ciudades del norte dio origen a dos partidos que se odiaban cordialmente: el partido «realista» y el partido «patriota». Aquí los peninsulares eran españoles y no «godos», como en las otras provincias. El criollo o chileno de nacimiento, si logró conservar la pureza de sangre transmitida por sus progenitores, en nada se diferenció del castellano. Cierto es que los puestos públicos, sobre todo en los primeros tiempos, fueron desempeñados casi exclusivamente por peninsulares; pero hubo no pocos casos en que lo fueron también por sujetos nacidos en el archipiélago.

En Chiloé dominó por mucho tiempo una tendencia aristocrática muy marcada. Considerose desdoroso el entroncamiento entre personas de diverso origen y motivo de orgullo poder ostentar limpieza de sangre. Sólo así se explica la repetición de ciertos apellidos, particularmente en algunas regiones donde los consanguíneos contrajeron matrimonio, siguiendo una tendencia social en boga.

Los indígenas y mestizos constituyeron el último grupo. Eran los que trabajaban en la corta de maderas, en la pesca, en la caza, en la agricultura y lavaderos de oro. El trato que se les dio fue duro y si se les veía sumisos y obedientes es porque hasta Chiloé no llegaba

sino muy mitigado el ardor bélico de los cuncos y porque estos isleños hallaban más cómodo incorporarse a la nacionalidad chilena antes que resistir a los dominadores. Y como el espíritu de imitación fue siempre muy fuerte en ellos, no es raro que olvidaran poco a poco sus costumbres y su idioma, dándose el caso curioso de cambiar de apellido, traduciéndolo al castellano, ya para disfrazarlo y borrarle la marca de origen con el nuevo sonido, ya adoptando el del amo a quien servían, ya comprándolo por una suma determinada.

Sin embargo, el régimen de las encomiendas perduró en Chiloé por más de dos siglos, hasta que fue abolido por don Ambrosio O'Higgins.

Desde entonces, criollos, mestizos e indios, todos quisieron hacerse propietarios, adquiriendo su parcela. De ahí que en el archipiélago se halle tan subdividido el suelo.

Talvez en pocos puntos de la república se conservó más definido el carácter español que en el archipiélago. Las fisonomías de los individuos, el lenguaje, las costumbres, el espíritu religioso, el modo de ser íntimo revelan a la legua su procedencia.

Entretenimiento obligado fue el de las visitas. Las familias respetables cultivaban amistades tradicionales; y era de regla que se vieran periódicamente y aún se obsequiasen con algún manjar exquisito, de preferencia a la hora de almuerzo. La criada más antigua y de mayor confianza era la encargada de llevar el recado y repetir el mensaje al pie de la letra. La mamá y las hijas cumplían con el deber de «pagar» a tiempo la visita, yendo a casa de la amiga entre una y media a dos de la tarde, cuando no por las noches. Recibidas en la «sala» o «cuadra» se conversaba largo y tendido a la vera del brasero, limpio y brillante como el oro. Salían a relucir los títulos, la descendencia, los «pañolones» y mantillas.

Con la fundación de San Carlos de Chiloé, la importancia comercial, militar y social se concentró de hecho en Ancud. De ordinario residieron aquí el gobernador, las autoridades militares y el cuerpo de empleados civiles. San Carlos de Ancud comenzó a poblarse y adquirir vida propia. El rey, en premio de sus servicios, le otorgó el título de ciudad «muy noble y muy leal».

Las diversiones públicas tampoco faltaron en el archipiélago. Las hubo en los puntos urbanos y rurales, en los aniversarios y días

festivos. Las visitas y tertulias en la ciudad, las carreras de caballo, la «chueca» y el «linao» en los campos. En las conocidas canchas de Butalelbún, Lechagua, Pechaco, Petó, San Javier, Putemún, Curaco de Vélez, etc., no hubo casi domingo en que no se reuniera un gran número de aficionados. No fueron pocos los limpios patacones que pasaron de un bolsillo a otro.

Las riñas de gallos atraían también públicos numerosos, los juegos de caña y de la sortija, el de los «dados», la «chaya», el paseo del estandarte y los cabildos en las capillas, la trilla, la «maja», la «minga», los «medanes», etc. Las fiestas que se celebraron a la llegada de un gobernador o a la subida al trono de un nuevo soberano, fueron, en otro orden, las más aparatosas. La que describe don José de Moraleda, con ocasión de la proclamación de Carlos IV, es digna de conocerse.

Las creencias religiosas de los hijos de esta tierra son ingénitas. Sin el sentimiento religioso, que los conforta en la desgracia, el insulano no ofrecería los rasgos de altivez que lo adornan. Descendiente directo de aquellos fervientes católicos que llegaron con Ruiz de Gamboa, empuñando la espada y el crucifijo, han conservado intacta la fe de sus antepasados, el amor a la patria, el respeto a la autoridad, el cariño al suelo nativo.

Con la creación de parroquias se han ido estableciendo otros santuarios. Casi no hay punto de importancia que no tenga su capilla y, por tanto, su patrono, en cuyo homenaje se celebraron fiestas muy concurridas, como la de Candelaria en Carelmapu, de Jesús Nazareno en Caguach, de San Judas Tadeo en Curaco de Vélez, de Nuestra Señora de Gracias en Quinchao y de Lourdes.

Los misioneros, con los escasos medios de que disponían, influyeron sobre neófitos y criollos. Valiéronse de representaciones sagradas como medio catequístico, poniendo en escena, ya la explicación del dogma eucarístico, ya un pasaje bíblico o la verdad de algún misterio.

La fiesta de Nuestra Señora de Gracias que se celebra en Quinchao, lugarejo situado en la isla del mismo nombre, ofrece características dignas de notarse, no sólo por la gran concurrencia de peregrinos que acuden de diversos puntos del archipiélago y aún del continente, sino por las funciones que en ella desempeña el «Cabildo», institución de origen desconocido y que está constituida

por trece personas, diez hombres y tres mujeres.

Las funciones del «Cabildo» son esencialmente decorativas y se reducen a unas marchas al son de instrumentos músicos, a cantos y recitaciones alrededor de la iglesia, antes de la misa, a homenajes tributados a la Virgen en el curso de la procesión, al almuerzo con que se sirve al sacerdote y a un banquete costeado por el supremo y la suprema en que participan personas de calidad e íntimos de los oferentes.

Las fiestas del Cabildo tienden a desaparecer, como ya han desaparecido las representaciones catequísticas que en otro tiempo estuvieron tan en boga y que seguramente hicieron mucho bien entre los fieles, por los recuerdos que conservan de ellas personas que las presenciaron. Los Cabildos que aún se mantienen en pie van poco a poco perdiendo el sello original y pintoresco que lucían en Carelmapu, Caguach, San Javier, Nercón y otros puntos.

> *«El día 11 de abril de 1790, dice don José de Moraleda, hizo solemnemente la proclamación de nuestro augusto soberano, el señor don Carlos IV, que Dios guarde, el señor coronel de los reales ejércitos don Francisco Garos, Gobernador Intendente de esta provincia».*
>
> *«Para este acto se formó una vistosa alameda de frondosos laureles, adornada con arcos que ocupaba un espacio de trescientas varas, mas o menos, que hay desde la capilla real hasta la de la Orden Tercera de San Francisco. En los extremos y en medio de esta alameda se construyeron tres tablados revestidos de laureles, flores y colgaduras, donde se colocó el real retrato de Su Majestad: el inmediato a la capilla real a expensas del Gobernador; el del medio, por el comercio y el de San Francisco, por el vecindario del pueblo».*
>
> *«A las nueve de la mañana el alférez de dragones, don Antonio Flores, a caballo acompañado del señor Gobernador, toda la oficialidad, Ministro e Interventor de la real hacienda, diputados del pueblo, tropa de dragones e infantería, condujo el estandarte real a la habitación de S. S., donde, colocado con toda decencia y su*

correspondiente guarda de dragones, estuvo expuesto al pueblo hasta las 11, haciendo un saludo de veintiún tiros la artillería del fuerte».

«A dicha hora, presidido de tres reyes de armas de a caballo, montó el señor Gobernador en otro vistosamente enjaezado, el citado alférez a su derecha con el estandarte y dos capitanes a los lados. Apeados en la inmediación del primer tablado, subieron a él, y tomando S. S. el estandarte en la mano, e impuesto silencio y atención al pueblo por los reyes de armas, gritó el señor Gobernador en alta voz: "España y las Indias por el rey, nuestro señor don Carlos IV, que viva muchos años" repitiéndolo por tres veces y arrojando luego cantidad de toda suerte de monedas de plata al pueblo que, con la oficialidad, no cesaba en sus vítores, al mismo tiempo que resonaba la artillería de los fuertes de San Carlos, Agüi y Balcacura».

«Igual ceremonia se ejecutó en los otros dos tablados erigidos por el comercio y el pueblo, y al finalizar se canto el Te Deum en la Capilla de la Orden Tercera».

«Al retirarse pasando el estandarte por el tablado del comercio. Sus individuos desde él arrojaron porción de monedas de plata al pueblo, con continuas aclamaciones de vivas al rey. Expúsose al pueblo el estandarte en el primer tablado, donde se mantuvo todo el día custodiado con guardias y dragones».

«El señor Gobernador dió convite a todos los eclesiásticos, militares y diputados del pueblo, resonando la música y la artillería en los repetidos brindis que por la salud del rey y reina, nuestros señores, hizo S. S. y demás convidados en prosa y verso. Por la noche se iluminó con faroles vistosamente colocados en toda la alameda».

«Al día siguiente, a expensas de S. S. se cantó el Te Deum y misa de gracia en la capilla real con toda

solemnidad y tres saludos por la feliz exaltación al trono de nuestros augustos soberanos. Por la noche hubo iluminación, y el comercio dio baile y abundante refresco en la habitación del señor Gobernador, franqueándola S. S. con el mayor regocijo. El siguiente día 13, en la capilla de la Tercera Orden, el comercio celebró misa de gracias por el mismo fausto motivo, con repetidas salvas. Por la noche hubo iluminación como en las anteriores, y los diputados del pueblo dieron baile y refresco en la citada habitación».

Capítulo 13

Estado de Chiloé en la época de la independencia americana. — El camino Caicumeo. — Levantamiento de los indios de Calbuco. — Censo de la población. — Conmemoraciones religiosas. — Movimiento revolucionario de 1810.

No son pocos los autores que han escrito sobre Chiloé, desde diversos puntos de vista. Desgraciadamente no todos están exentos de errores. Faltos de documentos serios, no investigan los hechos a la luz de una crítica honrada y se dejan llevar por meras impresiones.

El mismo Moraleda, explorador competente que estudió la región de las islas con criterio científico, no bien se aparta de los cálculos matemáticos y deja que discurra la fantasía, piérdese en una serie de consideraciones antojadizas. Observa, pero no deduce con acierto. Habla de la pobreza de sus habitantes, de la desidia, del poco interés por el cultivo racional de los campos, en tono de reproche. Admírase que el chilote no demuestre aspiraciones superiores. Profundo error. Moraleda, como ya lo dijo alguien, era ante todo español y súbdito. No podía, pues, condenar a las autoridades de quienes dependía, ni a sus propios paisanos. Y como no es difícil salir del paso cortando por lo más débil explícase el fallo adverso sin atenuantes para el pobre isleño. En cambio, Lázaro de la Rivera, en su memoria sobre Chiloé, se acerca más a la verdad al referirse a este punto. No es de maravillarse entonces que el grito de independencia hallara a Chiloé en un estado de atraso lamentable.

Aparte del único camino abierto entre Ancud y Castro, no había

otro medio de comunicación más expedito que la legendaria piragua o la dalca primitiva. Aunque mucho más largo y costoso el recorrido, los pobladores preferían hacer sus viajes por mar, a despecho de las corrientes y vientos que soplan en los canales. En cambio, el estrecho sendero que cruzaba la selva en una extensión de veinte leguas, poco más o menos, hallábase en un estado casi intransitable, aún durante el verano. Era forzoso sentir la urgencia de la necesidad para aventurarse de a caballo o de a pie por una vía, sembrada de obstáculos, solitaria, cruzada de ríos que se transforman en verdaderos torrentes en la época del invierno.

El hecho mismo de haberse anexado la provincia al virreinato del Perú, nos revela el aislamiento en que quedó Chiloé. Los viajes al Callao eran tardíos y los gobernantes, atentos sólo a la propia conveniencia, olvidaron el interés de sus gobernantes. Santiago estaba lejos y para ir a Valdivia, Talcahuano o Valparaíso faltaban las naves. Por tierra era punto menos que imposible hacer el recorrido, pues aún no existía la senda que don Ambrosio O'Higgins ordenó que se abriera hasta Carelmapu, en contra de la voluntad del virrey.

El anhelo de los habitantes, por las razones conocidas, era limitado. Adquirir más de lo indispensable para la vida diaria, para prevenirse de futuras contingencias o por especulación, fue caso raro. ¿Sumisos? Eso sí. Lo fueron en extremo. Lo acataban todo sin protestas. Hoy día como van las cosas en el mundo, no sabríamos decir si este distintivo es un defecto o una virtud. Así se explica la facilidad con que se sofocó la revolución promovida por los indígenas de Calbuco a principios de 1710.

El indígena no trabajaba o trabajaba muy poco. Eran las mujeres las que corrían con las siembras, con los telares y la pesca, con los cuidados de la familia y de la casa. Indolentes por naturaleza, los hombres se ocupaban en ejercicios de esfuerzo, en viajes con sus piraguas, sin cuidarse gran cosa del ahorro de tiempo, que para ellos no tuvo valor alguno. Ni los vientos más recios los intimidó.

Relegados a sus viviendas, sin noticias del exterior, los habitantes de Chiloé conocieron tarde los movimientos revolucionarios de 1810. Las autoridades de la península y del Perú seguían comunicándose con estas islas; pero manteniendo en la

reserva, hasta donde fue posible, el avance en América de las ideas separatistas.

Un censo levantado el año 1788 nos dice que en esa fecha existían en la Isla Grande y demás adyacentes quince mil setenta y dos españoles y mestizos y once mil seiscientos diecisiete indios, incluso los de Calbuco y Carelmapu. Cálculos estadísticos hacen subir esta cifra en 1810 a cerca de cuarenta mil almas entre indios, mestizos y peninsulares. La mayor parte de ellos vivían en los campos, pues de los ochenta y tres pequeños pueblos de entonces sólo San Carlos de Ancud y Castro eran habitados durante todo el año. En los restantes se notaba movimiento en ciertos días festivos, como ser la pascua, semana santa y domingos.

CAPÍTULO 14

El movimiento revolucionario de 1810 — El brigadier Pareja — La adhesión de los isleños. — El gobernador Yustis. — Dificultades económicas. — Los batallones chilotes y las medidas del coronel Osorio. — Renuncia de Yustis. — Don Antonio Quintanilla. — Nuevos sacrificios. — Tropas a Valdivia. — Guerra marítima.

En este capítulo vamos a exponer, con la rapidez y claridad que nos sea posible, la situación política y económica del archipiélago, a la vista de los acontecimientos separatistas que se produjeron en las colonias hispanoamericanas, singularmente de aquellos que se refieren a nuestro país.

El movimiento revolucionario que venía preparándose en Chile y que tuvo su primera manifestación práctica el dieciocho de septiembre de 1810, pasó inadvertido en Chiloé por largo tiempo. Y no es de sorprenderse. El archipiélago en aquel entonces padecía, en grado superior, los mismos males que desde la independencia han venido retardando su progreso. Hubo temporadas hasta de seis meses y más en que no arribó un solo barco mercante al puerto de San Carlos. Esta circunstancia y el sigilo con que procedieron las autoridades realistas en orden a impedir que las noticias revolucionarias las conociera el pueblo, comprueban el hecho histórico a que hacemos referencia.

A fines de 1812 y a principios de 1813 aún no se explicaban los isleños el significado de la contienda entre patriotas y realistas de la metrópoli. Por manera, pues, que el arribo a las costas de la Isla Grande de una escuadrilla de cinco naves el dieciocho de enero de mil ochocientos trece, produjo verdadero pánico. Sin más datos que

simples conjeturas, lo primero que se creyó fue en un ataque preparado por los enemigos de España o por el gobierno revolucionario de Chile. Pero luego las dudas se disiparon. La temida escuadrilla venía del Perú despachada por el virrey don Fernando Abascal y comandada por el brigadier don Antonio Pareja para reclutar gente con que someter a Chile y Argentina al antiguo régimen. Un cuadro de oficiales y suboficiales instructores acompañaban al jefe.

La franca adhesión de los isleños al rey de España se tradujo en seguida en un doloroso sacrificio de hombres y dinero. Todos, desde las autoridades abajo, ayudaron la empresa con lo poco que les fue posible. El ministro de la Tesorería, don Juan Tomás Vergara, terminadas las erogaciones, entregó al comisionado real más de doscientos mil pesos en dinero efectivo, que en aquel entonces era una suma considerable. El gobernador Yustis, por su parte, dando pruebas de una gran actividad, no escatimó fatigas ni halagos. Secundado por sus agentes, pudo reunir antes de dos meses las milicias y las tropas veteranas de su mando hasta completar dos batallones de infantería con más de mil doscientos hombres y una brigada de ocho piezas de artillería al servicio de ciento veinte soldados. Con esto la comisión del general Pareja quedaba terminada y lista la escuadrilla para hacerse a la mar. El primero de marzo de ese mismo año, los buques españoles, repletos de soldados, salían del puerto de San Carlos con destino a Talcahuano, tocando de paso en Valdivia.

Pero los sacrificios que hacía Chiloé por la causa del rey no habían terminado. Vuelto Yustis a la provincia de su mando en junio de 1813, se puso a reunir nuevos auxilios. En setiembre del mismo año llegaban los emisarios del coronel Juan Francisco Sánchez y en seguida el bergantín Potrillo, a cuyo bordo viajaba el sargento mayor Ramón Jiménez Navia enviado por el virrey para reclutar aquí seiscientos hombres. La entereza de Yustis por servir la causa del soberano se puso a prueba.

No necesitamos encarecer las dificultades económicas creadas con estas verdaderas sangrías de hombres y dinero. Más de doscientos mil pesos reunidos entre los pobladores y dos mil hombres arrebatados a la agricultura y comercio, no eran poca cosa para una provincia lejana y desatendida como Chiloé. El general

Pareja vio que la situación era realmente aflictiva para el archipiélago y se propuso remediarla en parte, ordenando que la caja real entregue cierta suma a las familias de los soldados que iban con él. Pero todo no pasó de un buen deseo, a causa de la pobreza suma en que se hallaba el erario. Fueron inútiles las peticiones. Las pobres familias seguían gimiendo en la miseria, mientras el padre, el esposo o el hijo combatían en el norte. Terminada la campaña de la reconquista, pudo resolverse la situación apremiante de tantos infelices. Vana esperanza. Ni antes ni después fue posible.

Al contrario, parece que todo se conjuraba en contra de los intereses isleños y de sus pobres hijos que habían derramado su sangre en encuentros memorables. La última esperanza que alentaban quedó desvanecida, con las medidas injustas del coronel Osorio. Contra toda expectativa, al dar éste término a su campaña en octubre de 1814, descuidó totalmente el auxilio de los batallones chilotes por atender a las tropas españolas que servían en su ejército. Las solicitudes y las quejas, tanto de los propios soldados como de las familias insulares, renovábanse con más ahínco. El mismo gobernador de la provincia despachó peticiones al presidente de Chile y éste al virrey. Sólo una cantidad insignificante les fue acordada por los dos años de duras privaciones soportadas en el ejército. Chiloé, por tanto, seguía sufriendo. El comercio, falto de entradas, decayó a un extremo lamentable, por la escasez de naves con que transportar las maderas y productos agrícolas. Muchos brazos quedaron inútiles con la guerra. Para colmo de males, suspendiose el situado que llegaba del Perú y los pobres inválidos regresaron a sus hogares, engrosando el número de menesterosos.

No obstante esto, el gobernador Yustis supo insinuarse en el ánimo de sus gobernados, infundiéndoles fe en el porvenir. La tormenta, que ya se cernía sobre su cabeza, quedaba conjurada por el momento. Restablecida la calma, pudo reunir nuevas tropas, que envió a Valdivia en los primeros días de 1817, en resguardo de un ataque de los patriotas. Entre las autoridades peninsulares era creencia generalizada que las fuerzas de San Martín harían irrupción por alguno de los pasos de esa provincia.

Los sacrificios de dinero y gente hechos hasta entonces habían sido sólo para reforzar el poder español en el norte del país; y como

la provincia quedaba indefensa contra los peligros interiores y exteriores, presentábase para Yustis un nuevo problema. Sin comprometer la agricultura, ni descuidar el sustento de las familias, era indispensable instruir algunas fuerzas. Difícil tarea, por cierto. Pero Yustis logró al fin su intento, reclutando un buen número de milicianos que harían el servicio por meses.

En condiciones tan precarias, a Yustis no le fue posible continuar frente al gobierno y elevó al virrey, Joaquín de la Pezuela, la renuncia de su cargo. La situación se presentaba oscura y urgía buscar un reemplazante que influyera en el ánimo de los isleños, manteniéndolos adictos a la causa del soberano. El virrey aceptó la renuncia de Yustis, nombrando al coronel don José Antonio Quintanilla, hombre que reunía aptitudes excepcionales para el gobierno de la isla.

A ejemplo de otros jóvenes españoles, Quintanilla había dejado la tierra natal en los primeros años de su vida para venirse a Chile y ocuparse en Concepción al lado de unos parientes suyos que trabajaban en el comercio. Pero no eran por cierto las tareas del mostrador las que más le atraían. Fuertes inclinaciones hacia el ejército lo indujeron a enrolarse en las milicias. Desde ese instante comienza su carrera militar. Espíritu equilibrado, supo mantenerse al margen de las contiendas políticas sostenidas entre patriotas y peninsulares. A la llegada del general Pareja ingresó al ejército activo. Derrotados los españoles en Chacabuco, dirigiose Quintanilla a Valparaíso para en seguida trasladarse al Perú y luego después a Chiloé como gobernador de estas ínsulas.

Estaba ya para finalizar el año 1817 cuando arribó a la Isla Grande. A la sazón era ayudante mayor de la plaza de San Carlos don José Hurtado, con quien Quintanilla hizo en el norte la primera parte de la campaña realista. Con la ayuda entusiasta de este jefe, procedió a levantar y equipar un batallón de milicias. Las arcas del tesoro estaban exhaustas pero Quintanilla no se desalentó. El cariño a la causa que defendía pudo tanto en él que no tuvo inconveniente en desprenderse del dinero que trajo del Perú para sus propios gastos.

De lo expuesto se infiere que el gobernador de Chiloé no era hombre a quien arredraran los obstáculos. Mientras cuidaba de sus soldados, adiestrándolos en el manejo de las armas, llegaba a Ancud

un auxilio en dinero y cinco oficiales españoles como instructores, entre otros el teniente don Saturnino García, que se puso al frente del batallón de milicias. Los cuatro restantes fueron distribuidos en diversos puntos de la provincia.

Al mismo tiempo que Quintanilla preparaba la resistencia, la libertad de Chile podía considerarse asegurada con los triunfos de Chacabuco y Maipú. País marítimo el nuestro y de costas dilatadas, para poder ejercer el dominio en el Pacífico, era de todo punto necesaria la ayuda de una poderosa escuadra. Los dirigentes de la campaña emancipadora lo creyeron así. Los primeros ensayos dieron por resultado la toma de la fragata María Isabel en la bahía de Talcahuano, el apresamiento de algunos transportes, la dispersión de una expedición naval despachada desde la península y el bloqueo de los puertos del Perú.

El gobierno de Santiago quiso que el litoral chileno quedase libre de buques enemigos. Para esto ordenó que se intensificara la guerra marítima ordenada a raíz del triunfo de Maipú. Treinta barcos de diverso tonelaje eran apresados sucesivamente; y si Cochrane fracasó en su intento de destruir la escuadra del virrey, en cambio ejecutaba en seguida, como en desquite, la heroica hazaña de tomarse la plaza fuerte de Corral con sólo trescientos fusileros.

CAPÍTULO 15

Lord Cochrane, con la goleta Moctezuma, hace rumbo a Chiloé.— Fondea en la ensenada de Huechucuicuy (17 de febrero de 1820).— El mayor Guillermo Miller.— Ataque al castillo de Agüi (18 de febrero de 1820).— El rechazo. — La retirada.— Proposiciones de O'Higgins.— Don Clemente Lantaño.— Entrevista con Quintanilla.— La negativa.— El teniente don Saturnino García.— Coronel José Ballesteros.— Mateo Maineri.— El bergantín Puig.— Los derrotados de Valdivia.

Con la toma de la plaza de Valdivia, puede decirse que la independencia de Chile aún no estaba asegurada. Aparte de los montoneros que operaban en el norte auxiliados por los virreyes y capitaneados por los famosos Benavides y Pincheiras, Chiloé permanecía bajo la tutela de España. Los elementos de defensa acumulados metódicamente por Quintanilla, hacíanlo ahora temible. Pero Lord Cochrane no tomó en cuenta esta circunstancia. Movido por ímpetus de libertad, pocos días después de haberse apoderado de los fuertes de Corral, hizo proa al archipiélago con la goleta Moctezuma y el transporte Dolores. El 17 de febrero de 1820, a la caída de la tarde, fondeaba en la ensenada de Huechucuicuy, al norte de la Isla Grande y a corto trecho de Punta Corona. Sin perder tiempo, el mayor don Guillermo Miller desembarcaba con ciento setenta individuos de tropa y emprendía la marcha en demanda de los primeros puntos fortificados.

El enemigo apenas opuso una débil resistencia. Un mero simulacro y unos cuantos cohetes explosivos bastaron para que las

fuerzas españolas de caballería e infantería abandonaran Punta Corona, replegándose hacia el castillo de Agüi.

Mientras tanto la tarde había caído, y una noche negra y sin luna empezaba a cubrir el paisaje. Guiada la columna por un hombre de las cercanías, que simuló haber extraviado el camino, avanzó lenta y trabajosamente por entre bosques enmarañados y quebradas profundas, expuesta a los peligros de una sorpresa.

Sólo hasta las primeras horas de la mañana pudo la tropa salir del atasco, consiguiendo apoderarse de Guapacho y fuerte Corona.

Ahora el camino quedaba libre de obstáculos. El mayor Guillermo Miller, con ciento setenta hombres, podía maniobrar hasta ponerse en contacto con la temible fortaleza. Con sus sólidas murallas de piedra y argamasa, el castillo alzábase soberbio sobre la cima de un promontorio que mide unos treinta metros de altura. Un bosque impenetrable mostraba por el lado de tierra la red enmarañada de las quilas y bejucos que crecían bajo la pompa de los árboles. En ese punto la península de Lacuy estrecha sus líneas contra los arrecifes y la playa abordable desaparece tras una serie de pequeñas ensenadas. La faja de tierra que antes de sepultarse en el mar forma el promontorio, penetra en la bahía como una punta de acero.

Sobre ese montículo, circundado por fosos profundos, cubiertos de espinos y malezas, erguíase el castillo, que defienden trescientos individuos de tropa. Doce grandes cañones muestran aún sus bocas de acero y nos traen a la memoria una época de heroísmos y sacrificios. Desde las troneras y atalayas los soldados observan al enemigo.

Miller tiene una consigna y a ella se atiene. Sereno y cauteloso, avanzó resuelto al frente del puñado de bravos que lo secundan. Empezaba a desenvolverse la parte culminante del drama. Impulsados por ardor guerrero, chilenos contra chilenos, patriotas contra españoles mostrarán luego, en lucha desesperada, el empuje de que es capaz nuestra raza cuando la mueve y la agita el ideal que defiende. Si bien las fuerzas expedicionarias eran inferiores a las de Quintanilla, los soldados de Miller, por el hecho de ser los atacantes, considerábanse obligados a resistir.

Abriose el fuego con sesenta hombres, en los precisos momentos en que los realistas eran reforzados con un escuadrón de infantes a

cargo de don Saturnino García y una lancha armada. Los resultados no se dejaron esperar. Una recia descarga de cañones y fusiles produjo la pérdida de treinta y ocho soldados, entre muertos y heridos En esta primera arremetida pagaba su tributo de sangre el valiente Miller. Herido de gravedad, el capitán Eréscano, ocupó su puesto. Aún continuaron los chilenos resistiendo por algún tiempo, hasta que una segunda carga hizo ver que toda tentativa era sacrificio inútil. No quedaba otro remedio que emprender la retirada. La conciencia de la responsabilidad les dio alientos. Rápidamente cargaron con los heridos, en condiciones muy desventajosas. Las lanchas cañoneras y las fuerzas de tierra no cesaban de hostilizarlos. Y si no es por el arrojo del subteniente Vidal que contuvo el ardor bélico de los isleños, es seguro que sucumben todos. Reembarcados en seguida, Lord Cochrane dispuso la vuelta a Valdivia el mismo dieciocho por la tarde.

La victoria de Agüi, con ser tan rápida y decisiva, no dejó en mejores condiciones que antes a los realistas de Chiloé. En cambio sirvió para hacer ver a Quintanilla que la defensa del archipiélago no era cosa tan difícil, siempre que se procediera con orden y criterio, ya que una expedición marítima poderosa de parte de los chilenos no podía prepararse en corto tiempo, sin correr el riesgo de un fracaso. El gobernador Quintanilla supo a qué atenerse.

La derrota total que el comandante Beauchef infligió a los destacamentos españoles que operaban en el interior de Valdivia, le trajo ayuda inesperada, precisamente en los instantes en que Quintanilla hacía los mayores esfuerzos por colocar a la provincia en el mejor pie de defensa. Los perseguidos vinieron a Chiloé en busca de refugio o de una colocación en el ejército, y hallaron las dos cosas a la vez.

Don Bernardo O'Higgins, mientras tanto, por más hacedera que considerase la empresa de libertar a Chiloé, no podía distraer fuerza alguna, a causa de que el ejército y la escuadra se hallaban empeñados en empresas más urgentes. En esta disyuntiva resolvió valerse de la diplomacia, poniéndose al habla con un hábil militar chileno al servicio de la corona, don Clemente Lantaño, oriundo de Chillán, que había caído prisionero en el pueblo de Huara peleando contra los patriotas. Lantaño no excusó sus buenos oficios, y embarcándose en la corbeta Chacabuco arribaba a Chiloé a fines de

enero de 1822 con una carta de
O'Higgins
para Quintanilla.

Efectuose la entrevista; pero las razones expuestas por el diplomático chileno no convencieron al brigadier; y desoyendo éste todo argumento en favor de un arreglo honorable, terminó por excusarse. Para el gobernador español aquella negativa envolvía grave responsabilidad. El problema del archipiélago, ahora más intrincado que nunca, resolveríase al fin en el campo de batalla. Puso sobre las armas a cuanto ciudadano halló apto para la guerra, con lo cual Chiloé daba el más alto ejemplo de energía patriótica que otro pueblo americano, en iguales circunstancias, comparable sólo, pero no superado, con lo que hizo la Francia republicana en los años 1792 y 1893 al cubrir sus fronteras con catorce ejércitos, según lo expresa Barros Arana.

Hasta ese momento, el ejército lo formaban un batallón de seiscientas plazas al mando del teniente don Saturnino García, una compañía de noventa artilleros y un escuadrón de dragones de cien plazas. No era mucho, por cierto. Pero con Ballesteros le llegaba una ayuda eficaz. Medida acertada fue poner en manos de este bizarro jefe el mando del partido de Castro con el encargo de instruir las milicias y tenerlas listas para moverlas al primer asomo de peligro. Quintanilla ordenó en seguida la creación de otro cuerpo en la isla de Calbuco; reclutó civiles en Ancud para reforzar la artillería y dispuso que sus agentes de Maullín y Carelmapu incorporasen a las tropas de caballería todas las milicias de los alrededores.

Por este tiempo se apareció en San Carlos el montonero genovés Mateo Maineri, hombre audaz que había recorrido el mundo en busca de aventuras. Al servicio de la escuadra chilena, traicionó a los patriotas: guerrillero entre las huestes de Benavides, terminó por entregar al famoso caudillo a las autoridades de la república; desterrado a Guayaquil, viósele pasar de contramaestre a capitán en la fragata «Cinco Hermanos», merced a una revuelta. Una vez dueño del mando, se vino a Chiloé para ponerse a las órdenes de Quintanilla. Una patente de corso diole ocasión para recorrer las costas chilenas y peruanas, ejerciendo depredaciones por algún tiempo.

Procedente de Río Janeiro entró al puerto de San Carlos en esos días el bergantín inglés «Puig», contratado por un comerciante de Arequipa y armado en guerra. Venían a bordo veintiséis oficiales realistas que lograron evadirse del presidio argentino de Bruscas. Su capitán Michel, antes de seguir al norte, quiso conocer el rumbo de la campaña marítima. No debe haberla hallado muy segura cuando Michel y compañeros prefirieron armarse de una patente de corso en vez de seguir viaje. Y cambiando de bandera, el «Puig» se hizo a la mar con el nombre de «General Valdés». En la caleta de Quilca apresó la fragata Mackenna que conducía trescientos hombres del regimiento Sucre, y con ellos se vino a San Carlos. Poco antes de su arribo a este puerto caía un barco genovés con armas y otros auxilios para los independientes del Perú. Tan valiosos recursos avivaron el ánimo de los isleños. Pero hay más aún: muchos de los derrotados de Valdivia, que tomaron el camino de Chiloé, deteniéndose en el distrito de Carelmapu y norte del río Maullín, constituyeron la base de un escuadrón de cazadores, que el gobernador, ordenó levantar allí.

Capítulo 16

El problema de Chiloé. — Segunda expedición de Freire. — Freire sale de Valparaíso (3 de enero de 1824). En la isla de Quiriquina.— Rumbo a Corral.— La salida de Corral (17 y 18 de marzo de 1824).— Horrible tempestad.— En la ensenada de Huechucuicuy (25 de marzo de 1824).— La escuadra fondea en Pugueñún.— El mayor don Pedro Godoy intima rendición.— Rechazo.— En Chacao.— Salida de Chacao hacia Dalcahue (29 de marzo).— Arribo a Dalcahue (31 de marzo).— Batalla de Mocopulli (1.º de abril de 1824).— Junta de guerra.— Regreso a Dalcahue. — Reembarco de tropas.— La escuadra en Pugueñún y su regreso al norte (15 de abril de 1824).

La independencia de Chiloé siguió retardándose por diversas causas. Ya se ha dicho que el archipiélago, por su situación geográfica, ofrecía a España un punto de apoyo importantísimo, sin el cual muchas de las expediciones con auxilios para la guerra no habrían podido verificarse. Refugiados los barcos entre las islas y canales o al abrigo de las fortalezas, sentíanse fuertes y seguros. De los puertos y ensenadas salían los corsarios para recorrer la costa del litoral norte; y a medida que iban cayendo las presas, tornaban con ellas a sus escondites. Para el gobierno de Chile estas circunstancias no pasaban inadvertidas; pero no estuvo en su mano corregirlas. Hallábase empeñado en empresas impostergables, y mientras no quedasen finiquitadas, el problema del archipiélago continuaría aplazándose.

Junto con el envío de nuevas tropas para ayudar a Bolívar, el general Freire, Director Supremo en reemplazo de

O’Higgins,
resolvió poner término a tal estado de cosas. La tarea no era fácil, considerada la suma pobreza del erario y las trabas que le puso el congreso al negarle los recursos solicitados.

El 3 de enero de 1824 pudo al fin Freire emprender viaje a Chiloé, saliendo para Valparaíso y dejando al frente del gobierno, como substituto, a don Fernando Errázuriz, a la sazón presidente del Senado. El 27 hizo rumbo a Talcahuano. En las fragatas Independencia y Lautaro, respectivamente, iban los batallones siete y ocho a cargo de los coroneles Beauchef y Rondizzoni.

Para el buen éxito de las operaciones, importante era que Quintanilla, ignorase la cuantía de los armamentos. Escogió Freire para cuartel la isla Quiriquina, a un paso de Talcahuano y a una jornada o poco más de Chiloé. Desplegose allí una actividad extraordinaria. Las fuerzas quedaban divididas en tres cuerpos principales, al mando de los coroneles Beauchef, Pereira y Rondizzoni.

De la Quiriquina, la flota hizo rumbo a Corral, en espera del bergantín Galvarino y la corbeta Voltaire, portadores del segundo batallón de la guardia de honor compuesto de quinientos hombres y un piquete de veinticuatro artilleros con dos piezas de montaña. Para despistar a Quintanilla, Freire dispuso que el mayor Manuel Labbé, con la caballería de Osorno, ataque a los realistas desplegados al norte del río Maullín, procediéndose en seguida al embarque de la gente, provisiones y bagajes. Las fuerzas expedicionarias constaban de dos mil quinientos hombres, una escuadra de cinco buques de guerra, la Lautaro que mandaba en jefe, la Independencia, la Chacabuco, la Ceres y la Voltaire, los transportes Mercedes, Valparaíso, Pacífico y Tucapel. Durante los días 17 y 18 de marzo hizo su salida de Corral el ejército independiente.

El plan de ataque había dado materia para un detenido estudio, y aun cuando los pareceres se dividieron, acordose al fin entrar de frente, a despecho de las fortalezas y castillos. Por desgracia, la escuadra, no bien se hizo a la vela, la asaltaron graves contratiempos. Una horrible tempestad de norte que se desencadenó a la salida de Corral, la puso en grave peligro de perderse. Dispersa en medio del océano embravecido, pudo al fin el 25 por la mañana

reunirse en la bahía de Huechucuicuy. Esa misma tarde, en medio de un entusiasmo desbordante, levaron anclas los barcos. Una orden del general en jefe, que alteraba el plan de ataque, hizo que la flota cambiase de rumbo, pasando a velas desplegadas por entre la isla Sebastiana y el banco Inglés. Antes de llegada la noche fondeaba detrás del islote de Lacao, en una espaciosa ensenada que ahí se abre. La alegría patriótica de los soldados y marinos, los vivas y hurras atronadores con que contestaban los disparos hechos por el enemigo desde los fuertes, cesaron con el cambio de rumbo.

A excepción del bergantín «Pacífico» que trasbordó a la Chacabuco la tropa que conducía, para ir a repararse a Valdivia de las averías sufridas en el viaje y del Valparaíso separado del convoy a consecuencia del recio temporal de la víspera, todos los buques se reunieron en Lacao, libres de la corriente y vientos reinantes. Hasta ese momento, a bordo eran simples expectativas. Nada se hizo antes del 25 por la mañana en que Freire despachó al sargento mayor don Pedro Godoy para intimar rendición a Quintanilla. Godoy, según Barros Arana, era un oficial de gran valor, de fácil palabra y fino trato. Pero Quintanilla no era hombre que se dejara convencer con meras frases. Aquello de la efusión inútil de sangre y seguridades de triunfo, más bien lo enardecieron. Cerrándose a todo avenimiento, el gobernador contestó con una negativa resuelta.

El jefe realista supo oportunamente que los patriotas se preparaban en Valparaíso para libertar a Chiloé. Los marinos de la fragata norteamericana «Urón», apresada por el corsario Maineri, lo informaron con algunos pormenores. A ciencia cierta, Quintanilla dispuso en seguida que se tomaran las providencias del caso. Los caminos no fueron los menos atendidos. Un piquete de cien voluntarios se ocupó de los arreglos del Caicumeo, vía obligada entonces y única por donde necesariamente habrían de ponerse en contacto y darse la mano las fuerzas acantonadas en el interior de la provincia con las que resguardaban este puerto. Los realistas permanecieron día y noche con el arma al brazo, esperando que la temida expedición se presente de un momento a otro. Transcurridos los meses de enero y febrero sin otras novedades que las zozobras producidas por los rumores que fomenta y propaga el público en los días de ansiedad, llegose a creer que se hubiera postergado para una época más propicia, o por alguna otra causa. De ahí el

desaliento que produjo la presencia de una poderosa escuadra en Huechucuicuy. Cuéntase al respecto que Quintanilla, en pie sobre los bastiones del castillo de Agüi, exclamó: «Estoy perdido». «Desde hoy he dejado de ser gobernador de Chiloé». Mas, al ver horas después que los buques hacían proa a los canales, su pesadumbre trocose en optimismo.

Mientras Godoy marchaba a San Carlos, el general Freire ordenaba al general Beauchef tomar posesión del puerto de Chacao. El batallón número ocho y una compañía de la guardia de honor, hiciéronse cargo de esta empresa. Dos cañones de veinticuatro dominaban el camino por el lado de tierra. Aunque peligroso el acceso, el ataque fue tan rápido que sólo siete disparos pudo hacer el enemigo sin dar en el blanco. Tras esto los españoles, a la cabeza del comandante Quinteros, jefe de la fuerza acantonada allí, abandonaron el puerto en algunas piraguas. Siguiose a este movimiento el repliegue al interior de las baterías de Remolinos, Lobos y la Pampa.

De Pugueñún, la escuadra se trasladó a Chacao. Al acercarse a la parte más angosta del canal, el fuerte Coronel le hizo algunos disparos. Aquel reducto era un peligro y un obstáculo para el libre paso de los buques. Cincuenta hombres de la guardia de honor, al mando del comandante Young, se encargaron de tomarlo por la noche.

Las operaciones anteriores, tan rápidas como felices, hicieron concebir a Freire fundadas esperanzas en un triunfo decisivo. La pérdida de la corbeta Voltaire, varada cerca de la playa de Carelmapu a consecuencia de la corriente, no le produjo desaliento; y con fecha veintiocho ordenaba que el comandante don Manuel Riquelme se embarcara en el bergantín Galvarino con doscientos ochenta hombres y un cañón de montaña. El propósito de Freire era limpiar de todo obstáculo la costa norte del canal y apoderarse en seguida del fuerte San Javier de Maullín para abrir paso a las fuerzas que venían de Osorno. Todo se hizo de acuerdo con el plan propuesto. Pero la campaña estaba apenas iniciada; y sólo hasta el 29 de marzo comienzan las operaciones con el embarque en la fragata Chacabuco y transporte Ceres de una división compuesta de los batallones siete y ocho y la compañía de granaderos número uno bajo el mando del coronel Beauchef. Esa misma tarde los buques

dejaban el puerto de Chacao y enderezaban la proa hacia el golfo de Ancud para dirigirse a Dalcahue, caleta situada en el canal del mismo nombre, en el punto en que la Isla Grande y la de Quinchao se estrechan y recogen sus costas. La idea de Freire era atacar al enemigo por el sur y por el norte simultáneamente. Aquellos, penetrando por el camino Caicumeo; éstos, avanzando desde Chacao. El 31 de marzo se presentaban las naves frente a la villa de Dalcahue. Fuerzas destacadas desde Castro opusieron alguna resistencia; pero luego abandonaron la ribera, retirándose a Mocopulli. La población quedaba solitaria, con sus casas cerradas y expuestas al saqueo. Por fortuna, una orden terminante de Beauchef impidió que se cometieran desmanes.

Era del caso no detenerse a fin de impedir que el enemigo se parapetara en algún punto desconocido o se subdividiera en destacamentos, concretándose a hacer una guerra de sorpresas. Aquella región boscosa se prestaba admirablemente para ello y el camino Caicumeo habría sido a la postre la tumba de los patriotas. Previendo esto, Beauchef formó tres cuerpos con su división dando a cada soldado veinte cartuchos a bala. El primer cuerpo, compuesto de las compañías de granaderos del uno y del ocho, mandaríalo don Guillermo de Vic Tupper, valeroso oficial inglés; el centro, formado por el resto del número ocho, el coronel Beauchef y la retaguardia con el siete, Rondizzoni. Dispuestas de tal modo las tropas, emprendieron la marcha hacia Mocopulli el primero de abril.

Dalcahue dista de las ciénagas de Mocopulli alrededor de siete kilómetros y el camino era en aquel entonces una simple senda, estrecha y llena de lodazales, con hoyos profundos en que las cabalgaduras y bestias de carga tropezaban a cada paso. El arbolado y falta de poblaciones impedían la vista, facilitando las emboscadas. Para prevenir cualquiera sorpresa, Beauchef ordenó que a cierta distancia de la división marchen ocho soldados y un cabo con indicaciones precisas. Ordenadas así las fuerzas, arribaron los independientes a las doce del día a las ciénagas, sitio abierto al noroeste y cerrado en forma de herradura al sur y al este por una serie de colinas cubiertas de espeso y enmarañado bosque.

> *«Mandé hacer alto a la vanguardia, dice Beauchef en sus memorias, y buscar un sitio apropiado para reunir los*

> *batallones que marchaban algo desparramados, a causa del mal camino. Luego las bandas del siete y del ocho sucesivamente, se dejaron oir, produciendo sus ecos en aquellas soledades el más agradable efecto».*

Tras un descanso de unos tres cuartos de hora se dio la orden de continuar la marcha. Era poco más o menos la una de la tarde.

El coronel José Ballesteros, acantonado en Castro, supo oportunamente que los patriotas se hallaban en Chacao y, según indicios, con el ánimo de internarse por los canales. El caso era grave y un militar tan experto como él no podía desentenderse sin tomar las medidas pertinentes. Entre otras cosas dispuso que todos los cuerpos cívicos, reunidos en la ciudad al mando del coronel de milicias don Ramón Vargas, se mantengan listos. Tras esto Ballesteros se largaba a Dalcahue, en la creencia de que allí desembarcarían los patriotas. Para impedir esa operación, púsose al habla con el piloto español José Garro, que guardaba el canal a cargo de dos lanchas cañoneras. Convínose que Garro haría fuego sobre los buques y el coronel Hurtado, con doscientos fusileros, sobre la tropa que pretendiera ganar la costa. Ballesteros en seguida fue a situarse entre las colinas boscosas que circundan el médano de Mocopulli, quedándose allí en acecho hasta que sus espías le anunciaron el movimiento de Beauchef. Frente a la laguna, por la orilla opuesta del camino, dándose los dos la mano, emboscó al coronel don José Hurtado con doscientos hombres. Para cerrar un sendero oculto que corre al pie de la laguna, destacó al lado derecho, una compañía de granaderos milicianos. En resguardo del flanco izquierdo, colocose en punto estratégico un destacamento de su mando; y en previsión de lo que pudiera ocurrir, el resto de las fuerzas quedaba a cargo de las municiones. Por último, sobre el camino principal, un cañón de montaña, provisto de metralla menuda. Vigías trepados en los árboles observaban a los patriotas.

Oigamos lo que dice al respecto el mismo Ballesteros:

> *«Emboscada y dispuesta de este modo la división chilota, se mandó guardar un profundo silencio, que fue observado rigurosamente, y que ninguno rompiese el fuego hasta la voz preventiva para ello. A las once de la mañana un vigía del árbol más elevado del bosque avistó la división*

enemiga que marchaba en dos columnas; a las doce estuvo a tiro de fusil, pero con tanta confianza por la retirada de Dalcahue, que descansó divirtiéndose con su música militar, sin despachar partidas de descubierto, y teniendo sus fusiles con cubre llaves».

Lo que afirma Ballesteros nos ofrece algunas dudas. Tanta confianza supone de parte de los independientes un error que pudo haberles costado muy caro. Pero no es improbable, porque apenas abierta la marcha por el sendero del frente que le recomendaron los guías cuando la partida de avanzada hizo alto en presencia del enemigo. Inmediatamente transmitió Beauchef a Tupper el aviso, ordenando al mismo tiempo acometer. Aquello fue casi instantáneo. Una lluvia de balas y metralla menuda cayó sobre su columna, produciendo gran desconcierto y estragos. Mientras Beauchef reunía los soldados del número ocho, ordenó a Tupper calar bayoneta e ir sobre el enemigo que maniobraba al frente. Tupper y los granaderos de su mando, en tan difícil trance, mostráronse resueltos y heroicos. El sargento mayor Godoy y los oficiales del número ocho, secundan con eficacia a Beauchef y éste persiste volviendo a la carga. Unidos en un solo anhelo, reaniman el aliento de la tropa. En esos instantes de verdadera alarma, dominados aún por la sorpresa, sin atinar casi lo que se hace, ni ver de dónde vienen los disparos, Tupper recibía dos bayonetazos y el propio jefe de la división salvaba providencialmente, merced a la fidelidad de uno de sus soldados. El capitán Yorsín, a pocos pasos, al ir contra una emboscada con la cuarta compañía del número ocho, cae muerto de un balazo en la frente. El capitán don Francisco Javier Bascuñán, corre entonces para ponerse a la cabeza del cuadro que queda sin jefe; pero no puede hacerlo, a causa de una herida que recibe en un muslo. Los tenientes, animados por el mismo ardor, corren igual suerte.

La acción de Mocopulli, trabada en condiciones tan precarias, costaba a los patriotas cerca de doscientas bajas, principalmente del ocho y del uno. El siete no sufrió tanto como los anteriores, porque, colocado en la retaguardia, no le fue posible atacar la emboscada por sus dos flancos. Las grandes dificultades que ofrecía el terreno en esos puntos impidieron a los capitanes Correa y Prado cumplir la orden.

En las condiciones descritas, la lucha prolongábase indecisa. Los

defensores del rey, fuertes en las alturas, no querían desalojar el terreno ocupado. Quiso entonces Beauchef atraerlos a la planicie, ordenando un repliegue de sus fuerzas. La operación ofrecía grandes dificultades, no sólo por las fallas del suelo y los pantanos, sino por el poco orden con que se peleaba. Ballesteros no cejó en sus propósitos, ni se dejó tentar.

En esos mismos instantes, una compañía de soldados veteranos, que llegaba de San Carlos al mando del capitán don Pedro Téllez, uniose a la división de Ballesteros, sosteniendo por un momento un corto tiroteo para retirarse en seguida. El capitán Cesáreo Ayala, después de las primeras descargas, cedió el campo, desbandándose. Estos síntomas claros de desaliento no eran muy consoladores para los realistas. Las bajas en el cuerpo de Ballesteros, comenzaban a producir la desmoralización.

Los chilenos, mientras tanto, ordenábanse en el llano animados por Beauchef y Tupper. Por desgracia, las fuerzas de Rondizzoni no podían avanzar dominadas por el pánico. La situación era por todo extremo angustiosa; y Beauchef, para salir del trance, ordenó que ese batallón ocupara los desfiladeros del sur, a fin de impedir que Ballesteros lo envuelva por la espalda, ocasionando el temido desastre.

No bien los realistas notaron un movimiento defensivo por ese lado, su jefe hizo destacar una columna de caballería por el flanco izquierdo de los independientes, con el intento de cortarlos y separarlos del número siete. Pero Beauchef, jefe aguerrido y perspicaz, ordenó en el acto detener el golpe. Procediose con tal acierto y rapidez que, flanqueada la columna, los jinetes se tiraban al suelo para fugarse por entre los árboles del bosque, antes de caer prisioneros. La carga no se detuvo ahí solamente. El empuje de los patriotas no cesó hasta el sendero del norte. Ningún obstáculo los detuvo en su carrera. Sentíanse ardorosos ante el triunfo. Efectuose con tal arrojo y denuedo la embestida, que el campo quedaba luego limpio de enemigos. No pocos oficiales independientes se extralimitaron, con grave riesgo de ser aislados.

Hasta aquí la desgraciada campaña de Mocopulli. Fue en realidad una victoria de Pirro la obtenida por los independientes. Costábales noventa muertos, cerca de doscientos heridos, catorce oficiales, cuatro de ellos muertos en el campo de batalla. Las

municiones quedaron totalmente agotadas; los fusiles con serios desperfectos y la campaña de hecho terminada. Así y todo, Beauchef no quiso tomar ninguna resolución definitiva sin consultar antes el parecer de una junta de guerra, reunida al efecto.

Resuelta la consulta, que fue negativa, no quedaba mucho que hacer, si no es el recuento de la tropa, la sepultura de los muertos, la destrucción de los fusiles sobrantes que no podían transportarse. En sitio esquivo enterrose una cureña abandonada para impedir que la utilice el enemigo.

El regreso a Dalcahue se hizo en muy malas condiciones, a causa de los barrizales del camino. El lamento de los heridos y el paso dificultoso en el sendero, ponían una nota lúgubre en el silencio de la noche. Sólo hasta la mañana siguiente, y guiada por la luz del nuevo día, hizo su entrada la tropa a la villa. Aquello semejaba más bien una procesión fúnebre por sus apariencias de derrota, que no las arrogancias y bizarrías de una victoria.

Reembarcados los cuadros, la escuadrilla, por precaución, fue a poner anclas al otro lado del canal en espera de instrucciones. Libre ahí de sorpresas, Beauchef pudo aprovisionarse tranquilamente y atender a los heridos.

Mientras ocurrían los sucesos que quedan relatados, el general Freire desembarcaba una partida de veintidós jinetes con la orden de reconocer la playa hasta el río Pudeto. Hecho esto, trasladose la escuadrilla a Pugueñún. Allí recibió el Director la nota sobre la batalla de Mocopulli y la retirada de las fuerzas a Dalcahue. La noticia produjo un efecto desastroso; y antes que se presentaran nuevas dificultades, Freire ordenó el regreso de las tropas y buques. Fue así como el día ocho volvía a reunirse toda la escuadra expedicionaria en la ensenada de Pugueñún. Seguidamente los jefes celebraron una larga conferencia, que al parecer no fue muy tranquila.

La campaña hasta aquí, representaba un verdadero fracaso. La derrota de Mocopulli, y la inmovilidad de Freire al norte de la Isla Grande, eran razones para creer que Quintanilla se sintiera satisfecho y seguro. Esto no obstante, el Director no desistió de emprender por el lado de Pudeto su soñado ataque, ahora más fortalecido con la unión de las tropas de Riquelme que regresaban de Carelmapu y las que se salvaron en el sur. Tal idea parece que no

fue bien recibida, si hemos de atenernos al resultado de la consulta que en seguida se hizo a los jefes y oficiales.

La opinión dominante, en efecto, manifestose contraria, apoyada por razones poderosas. Desde luego la pérdida de soldados y de un buque de guerra, la próxima llegada del invierno, con sus lluvias y fuertes temporales. Hubo un motivo más de zozobra y fue que los prisioneros tomados al enemigo hicieron saber que pronto arribaría a San Carlos una escuadrilla española con refuerzos para los realistas del Perú. En junta celebrada con fecha diez, en el lugarejo denominado Picuy, no hubo discrepancias. La idea de abandonar a Chiloé antes de verse acorralados movió todos los ánimos. Acordose allí mismo que el número siete pasara a la costa de Carelmapu para seguir por tierra hasta Valdivia. En seguida comenzó el reembarco; pero con tan serias dificultades, a causa de los fuertes vientos, que algunos buques perdieron sus anclas y corrieron serios peligros de romperse unos contra otros. Sólo hasta el día quince de abril pudo la escuadra hacerse mar afuera. En el camino no los abandonó las tempestades y se dispersaron. Un transporte desembarcó en Valdivia; la Independencia y otros, en Talcahuano; la Lautaro en Valparaíso.

Ballesteros, satisfecho con los resultados de Mocopulli, se replegó con sus soldados al lugarejo de Putemún, que se halla a una corta jornada de Castro. Reuniéronsele allí las milicias desbandadas; y hecho el recuento de las fuerzas, viose que las pérdidas subían a ciento cincuenta hombres, entre muertos y heridos.

El gobernador Quintanilla, no bien supo que una gran parte del ejército de Freire se había dirigido a los canales con el intento de emprender el ataque por ese lado, salió con el batallón veterano, alcanzando hasta Putemún, en donde se unió a Ballesteros. Pero luego tuvo que regresar a marchas forzadas, cuando supo que Beauchef y los suyos se reembarcaban en Dalcahue. A su paso por Mocopulli hizo recoger el armamento que dejaron tirados los fugitivos en su precipitada huida hacia Castro. Los cadáveres, próximos ya a descomponerse, hallábanse diseminados por el suelo. Por falta de tiempo no fue posible darles sepultura honrosa. En su defecto fueron incinerados y las cenizas depositadas en una fosa.

Quintanilla siguió atendiendo la obra de la defensa, ahora con más decisión que nunca. Debía suponer que los patriotas insistirían

con fuerzas de refresco y seguramente más aguerridas y disciplinadas. Obligado estaba, por tanto, no sólo a estimular la fidelidad de sus gobernados, sino a empeñarse por ellos, devolviendo la calma a los hogares y los medios de subsistencias.

CAPÍTULO 17

Arriban a San Carlos dos naves españolas. — Don Roque Guruceta. — Una comisión difícil. — Maineri cae en poder de la fragata «Diligente». — Quintanilla continúa los preparativos de la defensa. — En Ayacucho sucumbe el poder de España (9 de diciembre de 1824). — Motín Militar (7 de febrero de 1825). — Argucia que no da resultados. — Reposición del gobernador Quintanilla. — García del Postigo sale de Valparaíso con una nota. Quintanilla se niega a entregar el archipiélago. — El ejército expedicionario. —Vacilaciones de Quintanilla. — La goleta inglesa Gracián. — Nuevos aprestos de Quintanilla.

La noticia del pronto arribo a San Carlos de una escuadrilla española con auxilios para los realistas del Perú, puso temores en el ánimo de Freire, moviéndolo a apresurar su regreso al norte antes que el enemigo le cortase la retirada o lo obligara a refugiarse con sus buques en los canales. Los informes que oportunamente recibió sobre esta expedición eran por desgracia efectivos. A poco de haber abandonado el archipiélago, fondeaba en el puerto de San Carlos, en viaje al Perú, el capitán don Roque Guruceta con el navío «Asia» y el bergantín «Aquiles».

El marino español ignoraba el movimiento de los insurgentes en estos mares del sur, y para prevenirse de cualquiera sorpresa juzgó oportuno hacer escala en Ancud. Las noticias recogidas al respecto parece que no fueron muy favorables, porque Guruceta prefirió quedarse aquí en espera de los acontecimientos. Encargose de los pliegos que traía para el virrey el teniente de fragata don Ramón

Alvarado, quien embarcándose en una pequeña nave logró llegar al Perú y cumplir su difícil comisión tras una serie de arribadas, quites y maniobras realmente admirables. Mientras tanto el corsario Maineri, a bordo de la goleta Quintanilla, recorría las costas de Chile hasta el norte del Callao, ejecutando toda suerte de violencias. En uno de esos cruceros cayó en poder de la fragata «Diligente», siendo tratado como corsario y encerrado a bordo de la gabarra Mossella.

El golpe fue rudo; pero ya se ha dicho que Quintanilla, revestido ahora por el virrey La Serna con los arreos de brigadier del ejército insular, no era hombre que se amilanara por cualquier obstáculo. Antes bien, parece que aquel contraste le sirvió de estímulo para seguir preparando la defensa con más empeño. Los fuertes fueron reforzados con nuevos cañones y aislados con fosos y empalizadas. Así como así, la situación de Chiloé se tornaba amenazante. Los sacrificios de hombres y dinero hechos por la causa del rey, habían agotado los recursos; y seguir esperándolo todo de la lealtad y patriotismo de los habitantes, no era cuerdo. Y sin embargo de lo expuesto, Quintanilla se veía en el duro trance de corresponder a la confianza ilimitada que le demostraban las autoridades superiores. La idea de que los independientes no podrían triunfar en el Perú y de que luego llegarían ayudas efectivas de la Península, lo sostuvieron en su puesto.

Por desgracia o por fortuna, tales cálculos fallaron. En los campos de Ayacucho sucumbía para siempre el 9 de diciembre de 1824 el poder de España. La fragata «Trinidad» y la goleta Real Felipe que en febrero de 1825 arribaron a San Carlos con oficiales del ejército realista, fueron las portadoras de tan triste nueva. La idea de continuar resistiendo se consideró inútil. Chiloé quedaba ahora aislado, sin otros recursos que los del propio suelo o aquellos muy problemáticos que pudieran recibirse de España. Hasta los mismos militares sintiéronse con el ánimo decaído. Los capitanes Manuel Velásquez y Fermín Pérez, de origen chilote, vieron que Chiloé no podía soportar por más tiempo el peso de la guerra. Puestos al habla con otros compañeros acordaron poner término a una situación por demás aflictiva, provocando un movimiento que se produjo al amanecer del 7 de febrero de 1825. La tropa estaba bien dispuesta, y sin otros pormenores cayeron sobre Quintanilla

llevándolo a bordo de una embarcación próxima a salir para Río Janeiro. Junto con el gobernador iban también don Saturnino García, don Tomas Plá y don Antonio Gómez Moreno, comandante del batallón de milicias, jefe de la brigada de artillería y Ministro de la Real Hacienda, respectivamente.

A las once de ese mismo día y en la creencia de que todo marchaba sin inconvenientes, los jefes de la asonada invitaron a una reunión, a la que concurrieron tres padres franciscanos y los empleados civiles y militares.

Medida de prudencia fue casi en toda revuelta no dar a conocer desde los primeros momentos los verdaderos propósitos. Como siempre, esta vez la idea principal quedó oculta en la penumbra. El capitán Pérez presidió el acto e inició sus explicaciones asegurando que el movimiento no tenía otro fin que impedir la entrega de la provincia a los patriotas, para lo cual Quintanilla se hallaba comprometido y en connivencia con su colega independiente de Valdivia. Agregó que tales procedimientos eran indignos de un jefe e implicaban una traición a la lealtad de los isleños, tanto más condenable cuanto que el gobernador estaba dispuesto a alejarse de San Carlos inmediatamente después de haberse repartido, con algunos íntimos, los fondos existentes en caja.

La argucia no dio resultados. El coronel don José Ballesteros, Inspector general de las milicias y el comandante don José Hurtado, allí presentes, pronunciáronse en contra combatiendo la medida en forma resuelta. Ballesteros pidió la reposición inmediata del gobernador, por cuanto, fuera de él, no había en el archipiélago quien representara con mejores títulos los intereses del rey y la fidelidad de los isleños. Oídas las razones anteriores, casi todos los asistentes las aceptaron con entusiasmo aplaudiendo a Quintanilla. Una arenga del comandante Hurtado al batallón descontento vino a restablecer la calma. El fracaso de la revolución estaba de manifiesto y tanto Pérez como Velásquez no pensaron sino en capitular, obligados por fuerzas superiores. Ellos mismos propusieron las bases del arreglo, según las cuales obtenían el perdón y Quintanilla y demás presos inmediata libertad, con el agregado de que Pérez y Velásquez se trasladarían en seguida a las costas del continente para no volver a las islas.

El amago revolucionario que queda referido fue harto

desagradable para Quintanilla; pero éste no se dejó abatir. Con ánimo entero continuó gobernando la provincia, convencido de que pronto llegarían recursos de España, ya que no del Perú. Cartas recibidas de Río Janeiro le trajeron poco después noticias muy alentadoras y con ellas la esperanza de poder obtener, en fecha no lejana, un triunfo decisivo sobre el enemigo. Una escuadra rusa, tomando a su cargo la defensa de España en América, sometería de grado o por fuerza a las colonias rebeldes. Aún cuando se trataba sólo de un ardid, de infundir aliento en los ánimos decaídos, Quintanilla no las puso en duda. El mismo Freire se mostró también alarmado con aquellos rumores, que se extendieron por todo el país. La pronta ocupación de Chiloé era ahora, para el Director Supremo, más urgente que nunca.

El triunfo de los revolucionarios en el Perú le trajo alientos y, quiso aprovecharlo, dándolo a conocer a Quintanilla para inducirlo a un arreglo inmediato. El capitán don Carlos García del Postigo fue el portador de una nota en tal sentido, quien salió de Valparaíso a bordo de la corbeta Chacabuco en los primeros días del mes de febrero de 1822.

Quintanilla contestó con fecha siete de marzo. Aunque muy cortés en la forma, negábase en cambio a entregar el archipiélago, alentado por los auxilios prometidos. Confiaban además en la lealtad y buena fe de los isleños.

Siguiéronse a estas incidencias momentos de verdadera inquietud que provocaron el desconcierto. El tiempo transcurría y los auxilios no llegaban. El ánimo de Quintanilla, sereno hasta en los momentos más difíciles, mostrose ahora vacilante. En una carta escrita a Ballesteros se traducen las ansiedades de su espíritu y veladamente insinúa la idea de dimitir. También los habitantes de Chiloé se sintieron dominados por el desaliento y más de alguno pidió a Valdivia y Concepción que se enviara un parlamentario. A mediados de octubre llegaba uno a las orillas del río Maullín. La respuesta de Quintanilla fue una simple evasiva, con el fin de ganar tiempo.

Para la buena marcha de la república, este estado de cosas constituía un serio peligro. Seguir indecisos esperando que el tiempo resuelva el problema, no era prudente. Optose por aligerar los preparativos de la segunda campaña. He ahí el remedio.

Informes más o menos exactos acerca de la empresa llegaron pronto a la Isla Grande. Una balandra procedente de Valparaíso, fue la que trajo a los realistas de San Carlos noticias abundantes, según las cuales el ejército expedicionario no bajaría de tres mil hombres. Como no hay mal que por bien no venga, los habitantes pensaron que ahí estaba la salvación. Doce años de zozobras y sacrificios de todo género no era poco para una provincia empobrecida. Hubo consulta de oficiales y de jefes para resolver en definitiva. Con escasas excepciones, todos los demás se inclinaban por el término de la guerra.

Con tales antecedentes, tampoco era aventurado pensar en un arreglo definitivo. Quintanilla estaba resuelto a subscribirlo. Así las cosas, entró a San Carlos la goleta Inglesa «Gracián» procedente de Río Janeiro. A su bordo venía un oficial chilote de apellido Adriasola con una partida de paño para el ejército y varios artículos de primera necesidad. Adriasola era portador asimismo de una gran nueva: la pronta llegada de una expedición con abundantes socorros para el sometimiento de los insurgentes. Quintanilla, con el optimismo del que espera, la comunicó a Ballesteros en carta muy alentadora. Rogábale al mismo tiempo hacer reunir las milicias; y en cuanto a los cazadores, granaderos y caballería que esperasen órdenes en Castro antes de trasladarse a San Carlos, en donde según todas las probabilidades, efectuaríase el ataque. Los ánimos reanimáronse. Ya no se habló de capitulación ni de arreglos. A don Manuel Velásquez, enviado en calidad de parlamentario a bordo de la Chacabuco, no se le quiso oír. Velásquez era aquel compañero de Pérez que se vio compelido a dejar la isla, a causa del golpe contra Quintanilla. Antes de volverse al norte hizo desembarcar con proclamas al teniente don José Ojeda. Por desgracia, Ojeda fue tomado preso y pasado por las armas en la plazuela que hoy día lleva su nombre.

La situación geográfica de Chiloé reclamaba una defensa segura. Quintanilla no la descuidó. San Carlos y el canal ofrecían buenas muestras con sus baterías y fuertes, con sus lanchas cañoneras, sus guarniciones y destacamentos colocados en los puntos más vulnerables de la zona amenazada. Supo aprovechar de tal modo las aptitudes y habilidades de los isleños en el arte de construir embarcaciones, que no hubo partido casi que no contribuyera con

una lancha, sin más gastos para el erario que los aparejos, clavos y armamento respectivo.

El mal estado de la hacienda pública hizo meditar a Freire antes de emprender la segunda campaña. Esta fue también, entre otras, una de las razones que la retardaron. La expedición de 1824 costó al erario más de cien mil pesos, aparte de los auxilios llevados al Perú. La que ahora se preparaba era más gravosa aún. Comenzáronse en Santiago los alistamientos a mediados de 1825, haciendo salir para Concepción y Valdivia algunos cuerpos de ejército, al mismo tiempo que se solicitaba el apoyo de Bolívar. El Libertador, ya sea porque le interesara la posesión del archipiélago o porque tenía echadas sus cuentas sobre el particular, o por otra razón, desentendiose del auxilio pedido, concretándose a contestar las notas. Mientras tanto, para mover favorablemente el ánimo de los insulares, Freire despachó la corbeta Chacabuco al mando del capitán don Carlos Postigo, trayendo espías y proclamas revolucionarias.

La obra de la libertad avanzaba. Con fecha doce de noviembre se eligió un consejo que gobernaría el país en ausencia del Director Supremo compuesto por don José Miguel Infante, don Joaquín Campino, don Manuel Gandarillas y don José María Novoa. Ordenadas así las cosas, pusiéronse en marcha las tropas para Valparaíso el 13 de noviembre. Venía como jefe del estado mayor el brigadier don José Manuel Borgoño, joven general que se distinguió en la batalla de Maipú y en las campañas del Perú; don José Francisco Gana, don José Rondizzoni y don Jorge Beauchef, a cargo de los batallones 4 - 7 y 8 respectivamente; el sargento mayor don Gregorio Amunátegui, a cargo de una compañía de artilleros con cuatro piezas de campaña y don Francisco Borcoski, teniente coronel, al mando del escuadrón de guías.

Componíase la escuadra de la fragata O'Higgins, ex-María Isabel; de la fragata Independencia, al mando del capitán Mr. Cobett; del bergantín Aquiles, al mando del capitán Woster; de la corbeta Chacabuco, al mando del capitán don Carlos García del Postigo; de la fragata Lautaro, al mando del capitán Guillermo Bell; del transporte Resolución, al mando del capitán Manuel García; del transporte Ceres y del bergantín Infatigable, a más del bergantín

inglés Swaov (Golondrina) con su capitán Kierulf. La mandaba en jefe el vicealmirante don Manuel Blanco Encalada, a bordo de la fragata
O'Higgins.

CAPÍTULO 18

Tercera expedición. — La escuadra expedicionaria se reúne en Corral. — Plan de desembarco desaprobado. La escuadra fondea en la bahía del Inglés (9 de enero de 1826). — Balcacura cae en poder de los patriotas (10 de enero). — La escuadra entra al puerto (11 de enero). Desembarca el ejército en las cercanías de Lechagua.— Se propone la rendición de la plaza.— Quintanilla no acepta. — El ejército ocupa las pampas de «Yauca» (15 de enero). — Ataque a «Puquillihue».— Las tropas avanzan hacia las alturas de Bellavista y Pudeto.— La derrota (14 de enero de 1826).— Algunas noticias sobre Quintanilla.

Después de trece días de navegación, la escuadra arribaba al puerto de Corral, en donde se unieron al grueso de las tropas expedicionarias los batallones 1 y 6 con sus comandantes don Pedro Godoy y don Manuel Riquelme, respectivamente, que habían llegado a bordo de los transportes Ceres e Infatigable. Incorporose también el sargento mayor don Manuel Velásquez, aquel plenipotenciario y compañero del capitán Pérez de que hablamos antes. Por el conocimiento que tenía del terreno, personas y cosas del archipiélago, Velásquez fue agregado al estado mayor con el encargo de mandar las avanzadas de vanguardia. Datos más o menos exactos hacen subir a tres mil trescientos y tantos hombres el efectivo del ejército independiente.

A intento de corregir los errores de la primera campaña e impresionar al enemigo, Freire se propuso esta vez entrar de improviso a San Carlos, desafiando todo peligro. El plan era tanto más audaz cuanto que las baterías flotantes y fortalezas que

rodeaban la bahía hallábanse bien provistas de cañones y metralla. Blanco y Borgoño lo desaprobaron de plano y propusieron en cambio otro más hacedero y seguro; pero no menos problemático. Según él las tropas desembarcarían en puerto Inglés, sobre la extensa y abrigada playa de Yuste, desde donde daríanse comienzo las operaciones.

Por diversos motivos, la escuadra retardó su salida de Corral, y sólo pudo hacerse a la vela a principios de enero. Dispersos los buques en el trayecto, reuniéronse el ocho en las cercanías de Huechucuicuy y el nueve pusieron anclas en la bahía del Inglés. A causa de la marea contraria, la corbeta Independencia, que marchó a la cabeza de los demás barcos para señalarles fondeadero, sufrió los disparos de un cañón emplazado en Huapacho, lengua de tierra con que terminaba la península de Lacuy y el punto más septentrional de la Isla Grande que se interna en el océano. A su vez los cañones de Punta Corona obligaron a la escuadra quedarse en Huechucuicuy. Para eliminar aquel obstáculo, se dispuso el desembarco de una compañía del número 8 y veinte hombres de la tropa de marina, al mando del capitán Frijolé. Unos cuarenta realistas acantonados allí abandonaron el campo y la flota pudo abrigarse en puerto Inglés.

Con todo, el desembarco del ejército no se pudo hacer el mismo día. Esta circunstancia y la de hallarse el castillo de Agüi allí cerca, al abrigo de cuyos fuegos esperaba la flota de cañoneras. Influyó para que el general acordara atacar a Ancud directamente, según el plan propuesto en Valdivia. En cumplimiento de esta idea, aquella misma tarde levaría anclas, entrando al puerto a despecho de los cañones. Una junta de guerra celebrada en seguida puso en evidencia lo peligroso de este plan. Excepto algunos oficiales de Marina que acompañaron a Freire, Blanco, Borgoño y Beauchef, militares experimentados, opusiéronse tenazmente. Las razones eran obvias y el Director Supremo las oyó, acordándose en definitiva el desembarco inmediato. A las cuatro de la madrugada ya estaban listos todos los botes de la escuadra; y si estas órdenes no se oponen con las que se tenían dadas de antemano no se habría lamentado el retardo considerable que se produjo en seguida. Afortunadamente, el estado mayor corrigió en cuanto pudo los defectos.

A las cuatro de la tarde el general Borgoño tenía en pie de

guerra una columna de doscientos hombres, compuesta de dos compañías del número 6 y cuarenta del número 8, que puso al mando del coronel don José Santiago Aldunate. La orden de Borgoño era que Aldunate siguiera a espaldas de la fortaleza para caer en seguida sobre Balcacura. La marcha, por en medio de la selva enmarañada, fue harto difícil. Detrás iba el comandante don Pedro Godoy con el batallón de su mando encargado de vigilar e impedir una salida sorpresiva de los defensores de Agüi. Y avanzando en seguida hasta el empalme de los caminos que unen los dos centros fortificados, quedaríase allí en espera de las otras fuerzas.

La distancia que hay entre Agüi y Balcacura es relativamente pequeña; pero las dificultades que ofrece ese trayecto cuando el mar cubre la ribera, lo hacen temible. Para no ser visto por las lanchas cañoneras que mantenían apegadas a la costa una constante vigilancia, le fue preciso quedarse oculto en el bosque hasta el anochecer. El camino de la playa de Núñez se hallaba a esa hora cubierto por la alta marea y los soldados, oficiales y jefes trepáronse sobre las rocas puntiagudas para salvar casi a nado, tajamares peligrosos, ocupándose en esta operación toda la noche. Marchaban a la cabeza de la columna el mayor Velásquez y el teniente del número ocho don Felipe La Rosa. El ataque fue instantáneo y vigoroso. El enemigo no tuvo tiempo para nada, huyendo atropelladamente. De resultas, el comandante y algunos soldados cayeron prisioneros. Después de aquel golpe maestro, Agüi quedaba aislado. La toma de Balcacura, posición defendida por ocho grandes cañones, celebrose entre los independientes con vivo entusiasmo.

Habíase dado un paso certero, y ahora era muy oportuno que la escuadra dejara puerto Inglés, para no perder el contacto del ejército. Pero los buques necesitaban pasar frente a los castillos de Agüi y San Antonio, los más temibles entonces, cuyos fuegos podían cruzarse causando grandes daños en las naves. Blanco, mientras tanto, disponía los últimos aprestos a bordo del bergantín Aquiles, al cual se trasladó con las insignias de almirante y a las ocho y media del once, a velas desplegadas, hizo su entrada al puerto con la Independencia, Chacabuco y bergantín Galvarino, que eran las cuatro naves más ligeras. Por espacio de media hora, los fuertes de tierra y las lanchas dispararon sus cañones, particularmente sobre el

Aquiles. Agüi, San Antonio, El Carmen y Puquillihue cruzaban sus fuegos y los efectos habrían sido desastrosos si los proyectiles de a bordo no desmontan algunas cureñas de Agüi. Con eso y todo, el Aquiles sufrió la fractura del bauprés y del mastelero de gavia antes de ganar el fondeadero.

Ahora el formidable castillo de Agüi quedaba aislado y reducido a la impotencia, el ejército ocupando una posición ventajosa protegido por los ocho grandes cañones de Balcacura y parte de la escuadra en condiciones de favorecer el desembarco, que luego se efectuaría en las cercanías de Lechagua. Por eso cuando las cañoneras, ocultas en los recodos de la costa, pretendieron hacer fuego sobre el ejército en los instantes en que éste apareció en la playa, la batería funcionó en el acto y las lanchas se alejaron para abrigarse en la costa opuesta.

Fue grande la sorpresa de los realistas en presencia de estos hechos, ya que Quintanilla y demás jefes estaban seguros que la escuadra enemiga no podría entrar al puerto sin correr graves riesgos. La causa del rey, sostenida con fidelidad, agravábase visiblemente. En cambio, la de los independientes, mostraba perspectivas halagüeñas. Era ese el momento propicio de tentar un arreglo. Freire lo creyó así también, y en nota que condujo un emisario propuso a Quintanilla una capitulación honorable. No fue posible. Hallábase Quintanilla empeñado en una lucha desesperada, jugando el todo por el todo, lo cual demostró con órdenes impartidas apresuradamente. En los momentos mismos en que el parlamentario permanecía aún en San Carlos, dos lanchas cañoneras procuraron unirse a las seis que se ocultaban bajo las defensas del muelle. Observada la maniobra, tres botes de la escuadra fueron en su persecución arrebatando al enemigo una de ellas. Habríanse también apoderado de la otra, si el teniente Oxley no cae herido de muerte al intentar el asalto con los doce hombres que le acompañaban. Fue sin duda una dolorosa pérdida la del valeroso oficial; pero la toma de una de las lanchas importaba para los chilenos un triunfo más en aquellos instantes de suprema ansiedad.

Un cambio brusco del tiempo produjo algún retardo en las operaciones. El recio temporal, con lluvia copiosa, que sobrevino, duró hasta el día doce. El armamento sufrió considerablemente; y por precaución fue necesario llevarlo a bordo para limpiarlo y

secarlo sin exponerse a sorpresas. Hízose todo esto con alguna premura a fin de iniciar luego el embarque de la tropa y proceder a su acarreo hasta la playa de Lechagua. Esa misma noche, auxiliados por la oscuridad, cuatro de los buques chilenos que permanecían en puerto Inglés penetraron en la bahía y el 13 al amanecer comenzaba el desembarco del ejército. El batallón número uno y el escuadrón Guías, que habían quedado en Balcacura vigilando los alrededores, fueron los últimos en cruzar el golfete para unirse a los demás cuerpos en la costa opuesta.

Divididas las fuerzas en tres columnas, pusiéronse en marcha. La vanguardia, compuesta de dos columnas de granaderos y cazadores con ocho compañías, la mandaba el coronel Aldunate. A la distancia de cien pasos iba la primera división a cargo del coronel Beauchef, formada por los batallones ocho y nueve; la segunda por el uno y el siete a cargo de Rondizzoni. Tras éstos marchaban la reserva que la componían el número seis y escuadrón Guías al mando del comandante Riquelme. La artillería y los cuatro cañones se distribuyeron por mitades entre la vanguardia y primera división.

Señalose como objetivo a estas fuerzas el castillo de Puquillihue, reforzado en esos días con defensas formidables. A la derecha mostraba una trinchera a prueba de cualquier ataque. Detrás colocó Quintanilla la infantería. Cinco lanchas cañoneras, protegidas por los fuegos de las fortalezas, podían desplegarse en una larga extensión a la orilla de la costa amagando el flanco izquierdo de los chilenos. Libres de los disparos de la escuadra. Levantábase aquel reducto como un fantasma, y pretender tomarlo en un asalto habría sido temerario. Pero era de todo punto indispensable recurrir a otro arbitrio.

Encargose entonces a don Santiago Ballarna, comandante de los zapadores, buscar un sendero a espaldas del baluarte, mientras el ejército acampaba en la loma de «Cuadros». Pero el bosque era tan enmarañado y las quebradas tan profundas que fue imposible abrir una senda.

Ante tamaño obstáculo, el Director dispuso un ataque al puerto con la escuadra y sin más trámites confió al coronel Beauchef el comando de mil hombres. La empresa era temeraria y Borgoño así lo hizo notar. El almirante Blanco, que en la tarde había bajado a tierra, concibió la idea de emprender esa misma noche un asalto

contra las cañoneras. El trece por la mañana entró al puerto el resto de la escuadra. Excepción hecha del O’Higgins, que recibió cuatro balas en un costado, los otros buques no sufrieron ningún desperfecto. Para disponer el ataque, trasladose Blanco al O’Higgins. A la una y media de la noche se echaron al agua catorce botes al mando de don Guillermo Bell, capitán de la fragata Lautaro. El golpe fue valeroso y sostenido. Tras un vivo cañoneo, tres de las lanchas, sin más pérdida que un hombre muerto y diez heridos, quedaban en poder de los marinos chilenos.

Un falso miraje o un exceso de confianza hizo presumir a Quintanilla que aquellas descargas eran una treta de los independientes. Pero las primeras luces de la mañana lo sacaron del error.

Temeroso de que las otras corran igual suerte las hizo hundir, concentrando sus esfuerzos en otra parte.

Reanudáronse las operaciones al amanecer del día quince. El ejército chileno inició su marcha por un sendero del lado derecho, con el fin de evitar los fuegos de Puquillihue, excepto el 6 y el Guía que con dos cañones quedaron en el mismo punto. Antes de dos horas de marcha las fuerzas independientes ocupaban las pampas de «Yauca» con gran sorpresa de los realistas. El movimiento fue inesperado y lo suficientemente rápido para que el cuerpo de reserva avance por la playa y se coloque detrás de las fortificaciones.

Ahora las fuerzas chilenas se hallaban reunidas en un solo haz y procedía a disponer su colocación. Las cuatro compañías que mandaba Aldunate ocuparon una pequeña altura del lado derecho y las cuatro de Maruri un bosquecillo en el lado izquierdo. A retaguardia, el resto del ejército y a espaldas cuatro cañones.

Si bien los patriotas quedaban relativamente seguros, en cambio la situación del ejército realista era incomparablemente más ventajosa. Apoyaban su derecha en Puquillihue, baluarte que podía ser reforzado aún con otros cañones, haciendo dificultosa la marcha de los independientes por la orilla de la playa, sembrada de rocas y cantos sueltos. Sosteníase la izquierda en un bosque impenetrable y

el centro en una quebrada cubierta de tupida maleza en donde ocultó partidas de buenos tiradores que habrían podido ocasionar grandes daños en las columnas de los chilenos, si éstos atacan de frente. El ejército de Quintanilla contaba además con seis piezas de artillería ligera, destinadas a reforzar los puntos amagados en un momento de apuro.

El general Freire y jefes se impusieron de todos estos pormenores; y tras una corta deliberación resolviose atacar por la izquierda, tomando en cuenta que este flanco era el más vulnerable. Pero antes era prudente conocer la opinión del comandante de ingenieros don Santiago Ballarna, que fue comisionado para explorar el bosque. Descartado un ataque de frente a causa del informe adverso, no quedaba otra disyuntiva, según Freire, que reembarcar las tropas por la noche y desembarcarlas luego en Pudeto para de allí venir en busca del enemigo y atacarlo por la espalda. El plan era de ejecución lenta; pero segura. Y se habría puesto en práctica si el almirante Blanco, al conocer la determinación del Director, no propone otro. Consistía éste en cañonear con las lanchas la derecha de Quintanilla que se hallaba apoyada, como queda dicho, en Puquillihue y el mar. Pensábase que el enemigo, amenazado en el centro mismo de su resistencia, cedería en poco tiempo. El plan era sencillo. Borgoño lo aceptó con entusiasmo, prometiendo romper la línea siempre que los realistas retrocedan un paso. También fue del agrado de Freire. Quedaba un arbitrio aún: seguir al día siguiente el plan del general, si fracasaba el del almirante.

Concertado el ataque, a eso de las doce las lanchas cañoneras se separan de los buques con toda velocidad y rompen un fuego nutrido sobre Puquillihue, al propio tiempo que la artillería de tierra secunda el movimiento con decisión, colocándose sobre una altura, desde donde dirige certeros disparos a las líneas enemigas.

Luego los realistas notan los efectos. Habían ya caído varios soldados y un oficial de apellido Olivares. El fuego de los patriotas continuaba intenso, sin que los españoles pudieran contestarlo. La situación del ejército real se hizo insostenible, y antes de una hora dejó las trincheras y la quebrada para replegarse a Bellavista, preparando allí una segunda resistencia con la rapidez que exigía el caso.

Con toda precaución, Quintanilla se apodera de una altura que tiene por delante una quebrada profunda y por la espalda un espeso bosque. Para prevenir contingencias, apoyó el flanco derecho en el camino Caicumeo y el izquierdo en las selvas, que dan a Mechaico. El terreno del frente se hallaba cruzado de cercos e interrumpido por troncos de árboles y una quebrada. Las piezas de artillería se situaron sobre la cuesta, por la cual los patriotas ascenderían a pecho descubierto, sacrificando muchas vidas.

Vease por esta rápida descripción que la marcha en medio de tantos obstáculos estaba llena de peligros. Pero ante una probable retirada de Quintanilla hacia los lados de Caracoles que lo dejarían aislado del puerto, no fue posible detenerse un solo instante. Borgoño dispuso el avance de frente, que Maruri inició en el acto a la cabeza de cuatro compañías de cazadores protegidas por un cañón a cargo del capitán Martínez, al mismo tiempo que el resto del ejército corría para tomar al enemigo por la derecha, ocupando las alturas de Pudeto en los mismos puntos en que cruza el camino público que va a Castro.

A la orden de ataque general, rompió la marcha el coronel Aldunate con su columna de granaderos, castigando a su paso las avanzadas realistas. Desde las pampas de Puquillihue pudo ver Aldunate que las fuerzas de Quintanilla, en su despliegue hacia el este, se habían posesionado de las alturas de Bellavista. Para Borgoño aquel movimiento no pasó inadvertido y era necesario contrarrestarlo ocupando las laderas que miran al río Pudeto; lo que en efecto hizo con sus granaderos y primera división. Ya había desplegado allí el enemigo su derecha resguardada por partidas de tiradores ocultos entre los matorrales y un escuadrón de jinetes al mando del comandante Islas. Pero Maruri, rápido y audaz, tomoles la delantera, extendiendo en guerrillas sus cazadores frente al centro realista para impedir que las fuerzas de Quintanilla ocupen las cumbres y se parapeten detrás de los árboles. Fue entonces cuando la acción se empeñó de veras. Los soldados de Maruri cumplían resueltos las órdenes recibidas, a despecho de la artillería enemiga que hacía estragos en las filas independientes. Para contrarrestar siquiera en parte esa ventaja, los patriotas llevaron hasta aquel sitio el único cañón de que disponían.

Los momentos eran supremos. Jugaba Quintanilla la última

partida y Freire la independencia de Chiloé. Los bandos peleaban con sin igual bravura. Eran chilenos. Los unos, defensores del rey; los otros, del patrio suelo. Borgoño, con el grueso del ejército, seguía su marcha con el visible intento de tomar a los contrarios por la izquierda. Nada lo detuvo. El esfuerzo de los jinetes comandados por Islas, que procuró oponerse al avance de los independientes, fue contenido y deshecho en desordenada dispersión por una compañía del número cuatro. Atenta a su objetivo, la columna de granaderos marchó sobre las líneas españolas, al paso que Tupper, que iba a la vanguardia con dos compañías de granaderos, diose tal presteza que fue el primero en llegar a las orillas del Pudeto en los momentos en que el enemigo se replegaba hacia el sur [6].

La acometida de los independientes no fue menos impetuosa que la defensa realista y Quintanilla comenzó a ceder a las cargas sucesivas, retrocediendo hacia el camino que va a Castro. Cuatro cañones quedaban abandonados. En seguida fue a situarse en las cumbres de Bellavista, posición soberbia que se halla a la entrada del camino Caicumeo.

Reanudose de nuevo allí la lucha. Maruri atacó con sus compañías, seguido de cerca por el resto del ejército que iba rápido en su ayuda y por el mayor Tupper, que acomete contra el flanco. El empuje fue recio e irresistible. Desalojados de aquellas posiciones, los realistas emprendieron la retirada hacia Mechaico y San Antonio, perseguidos por sus vencedores hasta entrada la noche. Cincuenta prisioneros quedaron en poder de los independientes, entre otros el coronel don José Hurtado.

Al mismo tiempo que se desenvolvía entre Puquillihue, las alturas de Pudeto y Bellavista la batalla que queda descrita, fuerzas de la marina, combinadas con las del ejército, apoderáronse de la plaza. Rendido Puquillihue, las cuatro cañoneras arrebatadas días antes cerca del muelle avanzaron sobre San Carlos. Este movimiento coincidió más o menos con las órdenes que Borgoño impartió al capitán Arengren de dejarse caer sobre las fortalezas. La operación, en tales circunstancias fue fácil. Formada en seguida la tropa, Arengren hizo reconocer, con las solemnidades de estilo, la autoridad de la república. Momentos después, la enseña chilena ondeaba en lo más alto de los fuertes y en la casa de gobierno.

Tanto el almirante Blanco, que mandó a reembarcar la tropa

antes del anochecer, como Arengren, tomaron una serie de providencias para prevenir desmanes. San Carlos de Ancud pasaba de manos españolas a manos chilenas.

La victoria alcanzada por las fuerzas expedicionarias el 14 de enero de 1826, podía considerarse definitiva. Al ejército chileno costó, entre muertos y heridos, ciento veinte hombres más o menos. Vencida por el cansancio, peleando desde el amanecer, la tropa pernoctó en el mismo campo de batalla. Sólo hasta el día siguiente hizo su entrada a la ciudad una parte, para reponerse de sus fatigas y emprender en seguida las operaciones en el interior del archipiélago. En Castro dominaba Ballesteros y era necesario atacarlo pronto, obligándolo a rendirse.

Por temor a las emboscadas, considerose aventurado seguir picando la retirada de Quintanilla. Freire, en cambio, propuso que el viaje se hiciera por los canales. Pero al frente, enclavada sobre una eminencia de la península de Lacuy, quedaba en pie aún la gran fortaleza, el temible y temido castillo de Agüi, erizado de cañones y a cargo de una guarnición aguerrida, cerrando por el norte la boca del puerto. Era necesario apoderarse de ese baluarte, para las seguridades mismas del puerto y evitar cualquier sorpresa del exterior. Freire despachó fuerzas, exigiendo del comandante su entrega inmediata, y obtenida ésta fue reemplazada la guarnición española por una chilena.

En San Carlos volvía la tranquilidad merced al buen comportamiento de la tropa y rectitud de los jefes. Los habitantes que huyeron a los bosques y estancias en las primeras horas del veinticuatro, tornaban a sus hogares seguros de no ser molestados con el cambio de régimen. La circunstancia de no haberse producido ningún reclamo, influyó sobremanera para que los chilenos fueran recibidos en todas partes sin resistencia ni temores.

La retirada de Quintanilla a Tantauco, si bien de acuerdo con sus planes de última hora, no carecía de inconvenientes y peligros. La tropa, que se consideraba defraudada en sus esperanzas y aún traicionada por sus propios jefes, comenzó a protestar sin hacer misterio de su enojo. Fue inútil que oficiales de alta graduación se empeñaran en disuadirla y reanimarla. Desatendiéronse las órdenes y partidas numerosas tomaron el camino a Castro, sembrando a su paso el desaliento e indisciplina. Ballesteros fue impotente para

contener la exasperación de los soldados, que ya se trocaba en amenaza.

Quintanilla y algunos oficiales vieron que aquellas muestras de rebeldía, conocidas por los independientes darían alas a éstos para exigir una rendición dura e inaceptable. Y antes que esto ocurriera, Quintanilla se propuso capitular y dar por terminada la guerra mediante un arreglo honroso, redactando al efecto una nota que puso en manos de Freire por intermedio de don Antonio Manuel Garay [7] , comandante de tropas ligeras del real de Chiloé. Proponía en ella la celebración de un armisticio por el término de tres días y daba a entender que su retirada al interior de la isla se hubiera hecho de acuerdo con el plan de campaña trazado de antemano.

Freire, que no tenía otro anhelo que incorporar cuanto antes el archipiélago al dominio de la república, se impuso de la nota con marcadas muestras de regocijo. Sobre la marcha se puso al habla con el coronel don José Santiago Aldunate a fin de que este jefe, trasladándose a Tantauco, concierte las bases del armisticio, propuesto. A la nota oficial agregó Freire una carta muy atenta en la que ofrecía a Quintanilla las seguridades de su amistad y todos aquellos servicios que fuesen necesarios mientras el jefe español permaneciese en Ancud o en cualquier otro punto de Chile. Pero dominado éste por la pesadumbre que le produjo la derrota y con la idea de ocultar la verdadera situación de sus tropas, habíase retirado a Butalcura en espera de los acontecimientos.

Iniciados los preliminares del arreglo con tan buenos propósitos, era de suponer un resultado rápido y satisfactorio. No bien hubo conocido el pensamiento de su adversario, Quintanilla comisionó al comandante don Saturnino García y al alcalde de primer voto de la ciudad de Castro, don Antonio Pérez, para tratar con el jefe chileno o con los que éste comisionara. A su vez don Ramón Freire propuso al coronel don José Francisco Gana y al auditor de Guerra y secretario general en campaña don Pedro Palazuelos Astaburuaga. Reunidos en Tantauco, el mismo día quince redactaron el documento pertinente compuesto de trece artículos, que suscribieron en seguida. Como preliminar de lo anterior, se convino en un armisticio por cuatro días que firmaron don José Santiago Aldunate y don Antonio Manuel Garay en el lugarejo denominado San Antonio, acaso sobre el puente del río de este mismo nombre.

El tratado a que dio origen el arreglo final se firmó en Ancud, según parece en el fuerte San Antonio el día 19 de enero de 1826 por los señores José Antonio Quintanilla y don Ramón Freire.

En virtud de él se declaraba que la provincia y archipiélago de Chiloé, armas, municiones, banderas, baterías y pertrechos en poder del ejército real quedaban incorporados a la república de Chile.

Terminadas las últimas diligencias que se siguieron a los preliminares de la paz y ratificadas las bases del tratado suscrito en Tantauco, no quedaba otro trámite pendiente que la jura de la independencia de Chiloé como parte integrante de la república, lo que se hizo el 22 de enero de 1826 con las formalidades del caso, firmándose al efecto el respectivo documento «bajo los auspicios de la Divina Providencia», cuyo texto dice:

> *1.º —Que de hecho y por derecho somos naturales ciudadanos de la república de Chile.*
>
> *2.º—Que por consiguiente somos independientes del dominio del rey de España, su nación y cualesquiera otra potencia extranjera.*
>
> *3.º —Que nos obligamos a sostener esta declaración con nuestras vidas y propiedades. Y para que sea pública, y a todo el mundo conste esta nuestra justa y firme determinación, lo firmamos en la provincia de Chiloé. —(Siguen las firmas).*

Los acuerdos anteriores fueron comunicados a todas las autoridades para su conocimiento y para que civiles y militares, deponiendo rencores y malquerencias, los cumplan y obedezcan al gobierno constituido. Para recoger las armas, bagajes y otros elementos de guerra existentes en el resto de la provincia, el general Freire dispuso que el sargento mayor don Gregorio Amunátegui, se traslade a Castro.

El orden y coordinación de los servicios públicos, requerían una labor intensa y sostenida. Freire, por lo mismo que necesitaba regresar pronto al norte, no ahorró tiempo ni esfuerzos en dar solidez a las instituciones isleñas, resolviendo una serie de problemas administrativos y sociales de gran importancia. Al

mando de la provincia dejó a don José Santiago Aldunate, hombre de alta situación social, patriota, sereno, recto, suficientemente conocido por sus servicios militares prestados en el curso de la campaña. Puso al mismo tiempo a su disposición fuerzas de infantería, artillería y marina para cubrir las guarniciones.

En cuanto al cumplimiento del tratado, nada hay que observar. Freire quiso que se respetase en todas sus partes, mostrándose clemente y caballeroso, no sólo con los vencidos, sino también con ciertos militares que por «su pasada conducta merecían castigos severos». Quintanilla y demás jefes españoles fueron tratados con todo género de atenciones.

Barros Arana, de quien hemos tomado, principalmente para este capítulo, muchas de sus noticias, y demás historiadores nacionales que han escrito acerca de la independencia de Chiloé, están contestes en la forma heroica y bizarra con que los hijos de estas islas defendieron los derechos del monarca. El erudito escritor español, don Mariano Torrente, en su «Historia de la Revolución hispanoamericana», dice acerca de esto:

> *«Así sucumbió esa famosa llave del Pacífico, en la que fue sostenida la autoridad real hasta mediados de enero de 1826, es decir, trece meses y once días después de la batalla de Ayacucho y hasta el mismo día próximamente en que capitularon las fortalezas del Callao. Los servicios que prestaron a la causa española, Quintanilla, su segundo don Saturnino García y los demás jefes, oficiales y soldados, y aún los chilotes en general, no podrán borrarse de la memoria. Nueve años de una guerra activa y penosa, nueve años de continuas privaciones y duros padecimientos, nueve años en fin durante los cuales ha quedado bien acrisolada la decisión, bizarría y heroísmo de los jefes peninsulares, y la lealtad, constancia y sufrimientos de dichos chilotes, forman el mejor panegírico de todos los individuos que han tenido una parte activa en tan gloriosa defensa».*

Quintanilla, con las facilidades que se le dio, pudo trasladarse a España desde uno de los puertos de Chile, acompañado de otros oficiales. El resto de sus días no nos interesa gran cosa y pasaría

inadvertido el famoso ex-gobernador de estas islas si Vicuña Mackenna no recogiese un episodio digno de ser rememorado al tratar de la heroica defensa que hizo en la noche del 7 de octubre de 1841 el coronel chilote, don Santiago Barrientos y Ruiz de Toledo, en el propio palacio real, salvando la constitución del Estado español y el trono de doña Isabel II.

> *«Cuando el coronel Barrientos, después de su bizarra trasnochada fue a desquitarse con el sueño de la gloria en su aposento en las afueras de palacio, bulliciosa turba entróse por la escalera de su alojamiento, y por sobre el estruendo de la alegría resonaba cierta voz conocida que gritaba: ¡Viva el chilote! El que así felicitaba a un chileno con el acento particular de su boca herida por una bala, era el valeroso y taimado general Quintanilla, el mismo que en Chiloé quemó el último grano de pólvora contra la república y por su rey».*

No quedaría este capítulo sin vacíos apreciables, si no se llenasen, en parte siquiera, con algunas noticias más sobre Quintanilla. Las ofrece el paleógrafo del Archivo Histórico Nacional, señor Gustavo Opazo Maturana en un artículo que publicó en «La Nación» el 17 de enero de 1926 en homenaje al centenario de la Batalla de Bellavista y Pudeto celebrado en Ancud. En resumen, dicen así:

II

> *«Los triunfos de las armas de los patriotas no eran definitivos. En Talcahuano, Valdivia y Chiloé, ondeaba todavía el estandarte real. Desde 1813, el gobernador de esta isla don Ignacio Yuste, hombre de carácter suave y de espíritu poco belicoso» que ante el peso de grandes responsabilidades y exigencias, presentó su renuncia al Virrey don Joaquín de la Pezuela.*
>
> *Se necesitaba un hombre que reuniese las cualidades de buen gobernante y de buen capitán. El Virrey encontró en*

Antonio de Quintanilla, el temple del esfuerzo, como gobernante y la visión del triunfo como capitán, y a fines de 1817, llegaba al archipiélago, tomando posesión del mando que se le había confiado.

Chiloé se había mantenido fiel a la dominación española, había abrazado la causa del rey desde los primeros momentos de la resolución.

Apenas llegó a la Isla Grande, Quintanilla comenzó a desplegar una gran actividad en la organización de las milicias, en su provisión de armamentos y municiones y hacerles ciertos pagos atrasados.

Durante su gobierno principia a mostrarse la verdadera personalidad de Quintanilla. Se ve al hombre de acción, generoso, firme y resuelto, luchador de buena fe por una causa que él creía santa. Como militar había sido «un apasionado por el ejercicio de las armas, bastante audaz y de sangre fría, ojo certero y previsor para atacar con ventajas al enemigo» y ahora como gobernante ponía en relieve todas sus grandes cualidades al servicio de sus conciudadanos. Tarea de responsabilidad era esta de defender uno de los últimos baluartes de la grandeza colonial. Su gobierno debía durar nueve años, nueve años de administración complicada y difícil; de su política interna podemos decir que fue templada y regular, desplegó buen sentido, gran seriedad de carácter y una notable honradez. Se atrajo el cariño de sus conciudadanos de los cuales él decía sin mentir «que era el dueño de sus corazones». En sus relaciones con los patriotas, fue franco, caballeroso y hombre de buena fe, lo que le trajo también la estimación de sus adversarios.

José Hurtado, José Ballesteros, José María Artigas fueron sus principales colaboradores, Hurtado y Ballesteros eran sus lugartenientes; Artigas el asesor de sus tareas administrativas. Este último como todos los miembros de su

familia, era realista; había llegado a Chiloé junto con Quintanilla y se mantuvo a su lado hasta los últimos días de su gobierno. Personaje complicado y político, desempeñó al lado de su jefe un papel de difícil clasificación; porque aunque se mostraba ardiente partidario, fuertes convencionalismos y frías reflexiones, lo hicieron inclinarse poco a poco al lado de los patriotas y ponerse en comunicación con ellos. Quintanilla ignoró todo esto, quizá hasta el día de su muerte.

Quintanilla se vinculó estrechamente a sus gobernados al casar previa licencia provisoria del virrey del Perú[8]*, con doña Antonia Álvarez y Garay, joven criolla que apenas tenía diez y seis años, perteneciente a la más rancia aristocracia de esas islas, uniendo las armas de su árbol genealógico a los primeros conquistadores y pobladores de esas tierras vinculaba a todo ese grupo de fuertes terratenientes y ricos poseedores. Era hija legítima del capitán don Francisco Álvarez y Cárcamo Andrade y de doña Bartola Garay y Pérez de Vargas*[9].

La mantención del poder real, en Chiloé era un peligro para la tranquilidad de la república y una incomprensión de la integridad territorial.
O'Higgins,
que había subido al poder poco antes que Quintanilla, en 1817, principió a ejercer en la política de barrida de los restos realistas después del triunfo de Maipú; esta acción siguióse con paso firme y resuelto. Derrotados los últimos restos del ejército realista en la provincia de Concepción, tomada Valdivia en 1820 por Cochrane, no quedaba más que Chiloé, y de esta época principian los esfuerzos patriotas para conquistar esa Isla.
O'Higgins
sentó su política diciendo: «La conquista de Chiloé es el complemento necesario de nuestra independencia»; tenazmente se esforzó por cumplir este programa y todos

los años de su gobierno luchó por esta idea.

Después de las capitulaciones, el Brigadier don Antonio de Quintanilla pasó al campamento patriota, en donde recibió la más generosa acogida; comía diariamente en la mesa del Estado Mayor, conversaba con los oficiales chilenos, muchos de los cuales habían sido sus compañeros de juventud, les recordaba las incidencias de la guerra y con profundo cariño hablaba de esta tierra que pensaba dejar para siempre. Su conversación era franca y agradable; en toda ella nunca se notó la menor vacilación ante la desgracia de la causa real, por el contrario, se mostraba un ardiente realista. Muchos fueron los ofrecimientos que se le hicieron para que se estableciera en Chile, él los rehusó cortésmente y se empeñó desde el primer momento en salir del país y dirigirse a España.

Hallándose en Valparaíso, conoció al Almirante francés Rosamel, el cual le dio pasaje en su buque de guerra que regresaba a Europa. En él se embarcó con su esposa, doña Antonia Álvarez y Garay y sus dos pequeños hijos, nacidos en las lejanas tierras de Chiloé. En donde pasaron sus primeros años. Niños aún, cuando apenas tenían siete años, abandonaban para siempre esta tierra, tierra hospitalaria y buena que había recibido a su padre tan pequeño como ellos se iban. ¡Cuán doloroso sería para el Brigadier español despedirse de este caro suelo! El buque pasó frente a Chiloé, Quintanilla hizo el último saludo y las frías regiones del Cabo de Hornos lo separaron para siempre de esta América que él soñó mantenerla para su rey y ahora la dejaba para las nacientes democracias.

Había llegado por el Oriente, y sin ponerse como el vencido sol por la obscuridad de la noche, volvía a alzarse y tomaba la misma ruta, cuando navegó en la inconsciencia de niño; perdido en la inmensidad de los mares, desolado en la obscuridad de la negra noche.

Quintanilla llegaba a España en un momento poco favorable. Los jefes españoles que habían hecho la guerra en América eran objeto de una ingrata prevención, porque se les acusaba de haber vendido la causa del rey en el Perú. De nada sirvieron los grandes méritos al Brigadier Quintanilla y con esa injusticia que imprimen siempre los hombres que no han tomado parte en los acontecimientos, los que divulgan la crítica y arrancan de las responsabilidades, cayó su limpio nombre bajo el furor de las pasiones políticas y vino a confundirse en esa masa de soldados que depresivamente denominaron «los de Ayacucho».

Para justificar su conducta, presentó al Gobierno en 1828, una memoria sobre su defensa y Gobierno de Chiloé. Su figura no podía apagarse ante la alternativa de los tiempos. Por real decreto, fue nombrado el 17 de diciembre de 1830, Mariscal de Campo, reconociéndosele así algo de sus grandes méritos militares y de hombre de honor; llegando a la más alta graduación en su carrera. Ocupó varios puestos civiles y militares de importancia en Madrid, Murcia y Cataluña, en donde fue dos veces gobernador de Tarragona.

En los acontecimientos políticos que dividieron a su patria, la guerra carlista, abrazó el partido isabelino, mostrándose un gran partidario de Doña Isabel II.

Algo de paz principiaban a traer sus largos años de actividad; desde 1847 se retiró a Santander, de donde era originaria su familia, a la cual volvía después de tan largos años de ausencia. Allí fijó su hogar y al calor de él, descansó sus últimos años. En la tranquilidad de esos días, escribió una rápida reseña de los sucesos revolucionarios de Chile hasta 1817.

En la apacibilidad de su retiro recibió la visita de don José Manuel Borgoño, enviado por la República a celebrar

un tratado de paz y amistad con España. Durante la estada, Borgoño reanudó sus relaciones con el Mariscal, las cuales duraron hasta su partida, después de haber dado cumplimiento a su misión. Quintanilla en recuerdo de su vieja amistad, le obsequió su Memoria.

Al viejo militar sólo debía doblegarlo el dolor, la muerte de su esposa ocurrida el año 1858, lo separaba para siempre de aquella mujer que se le había unido a su destino y a su muerte. El año 1860 su hijo Antonio de Quintanilla y Álvarez, tomó parte en un conato de insurrección carlista y su vida fue perdonada por doña Isabel II gracias a los méritos de su padre. Todo esto lo contristó sobremanera y amargaron los últimos días de su vida.

Falleció en Madrid en 1863.

(Fdo). G. O. M.

El Tratado de Tantauco

Su texto

El Excmo. Señor Supremo Director de la República de Chile don Ramón Freire, General en Jefe del Ejército expedicionario sobre Chiloé.

Sensible a los clamores de la humanidad, y especialmente interesado en razón de la autoridad suprema, que le han confiado los pueblos en hacer cesar los males de la guerra que ha afligido a los habitantes del Archipiélago, invitado por el general en Jefe del ejército real don Antonio de Quintanilla para celebrar una capitulación, a que es movido por el sentimiento de la imposibilidad de sostener por más tiempo a esta provincia en la dependencia del rey de España, después de los muchos esfuerzos que inútilmente ha practicado con este fin: y determinado últimamente por la necesidad de conciliar su honor y el de todos los individuos de su ejército con la situación a que le ha reducido la victoria conseguida en Bellavista por las armas de la patria el 14 del

corriente, ha nombrado el primero a los infrascritos el coronel del batallón N.º 4 don José Francisco Gana, y el auditor de guerra y su secretario general don Pedro Palazuelos Astaburuaga, para que examinados los artículos que propusieron los nombrados por el segundo, que son el coronel de infantería de línea don Saturnino García y el coronel de milicias y alcalde de primer voto de la ciudad de Castro don Antonio Pérez, verificasen el tratado contenido, concediendo cuanto sea compatible con el bien común y dignidad de la República de su mando, lo cual después de canjeados sus poderes, dichos comisionados han cumplido suscribiendo los artículos siguientes:

1.º—La provincia y archipiélago de Chiloé con el territorio que abraza y se hallan en poder del ejército real, será incorporado a la República de Chile como parte integrante de ella, y sus habitantes gozarán de la igualdad de derechos como ciudadanos chilenos.

2.º—Serán entregados a disposición del general en jefe del ejército expedicionario de Chile, todo el armamento, municiones y banderas como también las baterías y pertrechos que se hallan en los almacenes del archipiélago pertenecientes al ejército real.

3.º—Para llevar a efecto la entrega del armamento, municiones, banderas, y demás que se expresan en el artículo anterior, el general en jefe del ejército real ordenará, que sean conducidos, por los mismos individuos a los almacenes de Castro y puestos bajo la custodia de dos comisionados, quienes verificarán la entrega con las debidas formalidades a los que nombrase el general en jefe del ejército expedicionario.

4.º—Todos los jefes, oficiales y tropa que componen el ejército real quedarán libres para dirigirse, y fijar su destino en donde más les acomode, sujetándose a las leyes de la República a los que quisiesen radicarse en ella.

5.º—Aquellos jefes y oficiales que quisiesen salir del archipiélago en virtud de la libertad concedida por el artículo anterior, deberán verificarlo en el término de dos meses contados desde la fecha de la ratificación de este tratado, pudiendo conservar el uso de sus

uniformes, espadas y sirvientes, durante este término y no más.

6.º—Los equipajes, propiedades y demás bienes, así muebles como raíces, de todos los individuos del ejército real serán inviolablemente respetados.

7.º— Lo serán igualmente los bienes y propiedades de todos los habitantes que se hallan actualmente en esta provincia.

8.º—Será de cuenta del Gobierno de Chile el transporte a cualquiera de sus puertos de todos los jefes y oficiales, empleados y tropa del ejército real que lo solicitare con sus familias y equipajes, según sus rangos y clases, siempre que lo verificasen en el término de un mes.

9.º—Serán inmediatamente puestos en libertad todos los prisioneros hechos por ambos ejércitos, y gozarán de los beneficios de esta capitulación.

10.º—Se echará en olvido y correrá un velo a la conducta que por razón de las opiniones políticas se haya observado hasta el presente por todos y cada uno de los comprendidos en este tratado.

11.º—Los empleados, corporaciones políticas y eclesiásticas, los jefes y oficiales, los cuerpos de milicias de esta provincia en posesión de sus respectivos grados y empleos que actualmente obtienen, si quieren continuar en ellos, como reúnan a juicio del Gobierno la virtud y aptitudes necesarias para desempeñarlos.

12.º— La guarnición o tropas de continuo servicio, que existan en adelante en esta provincia, serán mantenidas a expensas de la República de Chile.

13.º—Todas las dudas que ocurran sobre la inteligencia del presente tratado serán interpretadas a favor del ejército real. Cuyos artículos para la ratificación de las partes contratantes firmaron dichos señores comisionados en el fuerte de San Antonio a 13 de enero de 1826. José Francisco Gana. — Pedro Palazuelos Astaburuaga. — Apruebo este tratado en los trece artículos que contiene. — Tantauco, enero 15 de 1826. — Antonio Quintanilla. — Aprobado. — Ramón Freire.

CAPÍTULO 19

Chiloé en la época de la independencia.— Desenvolvimiento administrativo.— Estado en que lo dejó la guerra.— Chiloé una de las ocho provincias en que se dividió el territorio chileno.— Límites primitivos.— Gobernaciones marítimas.— Nuevas divisiones territoriales. — Medida inconsulta y altamente perjudicial.— Don Santiago Aldunate, primer intendente de Chiloé.— Su obra administrativa.— Movimiento revolucionario en Ancud.— Sometimiento al régimen constitucional.— Intendentes que gobernaron la provincia.— Gobernadores de la Colonia.— Don Domingo Espiñeira.— La goleta Ancud y la expedición a Magallanes.— Don Luis Martiniano Rodríguez.— Gobernadores que tuvo Chiloé desde 1567 hasta 1826.— Algunos corregidores.

Había caído por fin el último reducto español en el sur de Chile y el archipiélago era incorporado a las leyes de la república; pero se hallaba convertido casi en un cadáver. Peleó con entereza defendiendo la causa del rey dentro y fuera de las islas; y aún cuando las fuerzas ni la voluntad le faltaron en los momentos más críticos, sintiose desfallecer a la postre.

Obra previsora y patriótica era venir en su auxilio, sacándolo del estado mísero a que lo condujo su propia buena fe. Por desgracia, los hombres de gobierno, ocupados en problemas que dejó pendientes la guerra, no vieron en estas islas sino algunas pulgadas más de suelo con que se ensanchaba el patrimonio chileno y ciudadanos que ahora respetarían las autoridades republicanas con la misma lealtad con que antes respetaron la autoridad del rey.

Pero era de presumir que al fin terminarían los conatos revolucionarios, las montoneras, el hervor araucano, las pasiones de los caudillos y la política de encrucijada, pequeña, egoísta, llena de ardides y disimulos que trajo consigo más tarde muchas inquietudes. Desaparecieron realmente los movimientos subversivos, las asonadas de cuartel, las aventuras y la república recobró sus fueros constitucionales, iniciándose una era de progresos.

Por ley de 30 de agosto de 1826, Chiloé formó una de las ocho provincias en que se dividió el territorio chileno, con los departamentos de Ancud, Carelmapu, Castro, Chacao, Chonchi, Dalcahue, Lemuy, Quenac y Quinchao. Por ese mismo decreto quedaba establecido que Castro sería la capital, no obstante la recomendación del intendente Aldunate a favor del puerto de San Carlos y de las razones que adujo en oficio dirigido al gobierno.

Primitivamente, Chiloé limitó por el norte con la provincia de Valdivia, límite que fue formado por el río de las Damas en todo su curso hasta una legua de la ciudad de Osorno; al oeste, una línea recta trazada desde ese punto a la confluencia del Río Negro con el Rahue y el curso del primero de estos ríos hasta Maipué y Río Frío; al este, la Cordillera de los Andes.

Dividiose asimismo la costa chilena en once gobernaciones marítimas, correspondiendo dos a Chiloé. La primera, con asiento en Ancud, abarcó hasta la extremidad meridional de la península de Tres Montes, por el sur; la segunda, la de Magallanes, con asiento en Punta Arenas, desde Tres Montes hasta el Cabo de Hornos. Años más tarde se dispuso que aquel territorio dependiera directamente del Presidente de la república y quedara regido por un gobernador especial.

Con fecha 27 de junio de 1853 se formó un territorio de colonización alrededor de la laguna de Llanquihue con suelos pertenecientes a la provincia de Valdivia y Chiloé. Un año más tarde el límite de ese territorio fue modificado y por decreto de 28 de febrero de 1855 los diez departamentos en que estaba dividida esta provincia quedaron reducidos a cuatro: Ancud, Castro, Quinchao y Carelmapu.

Un decreto dictado el 27 de octubre de 1861 creó la provincia de Llanquihue con el departamento de Osorno, el territorio de

colonización y Carelmapu. Decretos posteriores modificaron sus límites. Una nueva división territorial del año 1927 hizo de Llanquihue, Carelmapu y archipiélago de Chiloé una sola provincia con su capital Puerto Montt. Esta medida, a todas luces inconsulta, acarreó graves perjuicios a los habitantes de las islas.

Terminadas las campañas de la independencia, fue designado intendente de esta provincia el coronel don Santiago Aldunate. El coronel Aldunate fue, al mismo tiempo que un militar idóneo, un mandatario caballeroso y prudente. Comenzó por reglamentar la policía y restablecer el orden en toda la provincia, nombrando comandantes militares en los diversos partidos a sujetos de reconocido influjo social y probada adhesión al régimen republicano. Atendió los servicios de beneficencia, el cuidado de los enfermos e inválidos, de los pobres, huérfanos y viudas; el estado sanitario del puerto y la entrada y salida de naves. Impulsó la instrucción pública con medidas acertadas.

Pero Aldunate no quiso concretarse solamente a San Carlos. Extendiéronse sus actividades a todos los pueblos de la provincia, para lo cual formó una sociedad constituida por ciudadanos respetables, con el fin de promover el adelanto donde fuera posible, sin exclusivismos odiosos. Las defensas de la bahía de Ancud fueron revisadas y el castillo de Agüi convertido en una fortaleza de gran poder ofensivo.

Desgraciadamente, Aldunate no gozó mucho tiempo de la tranquilidad a que tenía derecho. Un suceso harto desagradable vino a detener su obra administrativa en el archipiélago, introduciendo la anarquía y el mal ejemplo entre los militares y civiles, que fueron requeridos y obligados a mezclarse en un movimiento subversivo descabellado.

Los desterrados chilenos en el Perú, movidos por odios implacables al gobierno, procuraron ganarse la voluntad de O'Higgins, que vivía en su hacienda de Montalbán, alejado de todo bullicio. Habláronle de Chile con profunda amargura. Tan a lo vivo le pintaron el cuadro y tan insinuantes fueron las instancias por obtener su apoyo que al fin cedió prestando su nombre para un levantamiento que se efectuaría en Ancud. En mayo de 1836, en efecto, el general chileno se trasladaba a Lima con el fin de ponerse

de acuerdo con sus amigos.

Hallábase de paso en la ciudad de los virreyes, por asuntos comerciales, un nieto del conde de la conquista, don Pedro Aldunate y Toro, antiguo oficial del ejército de Chile y hermano del entonces coronel don Santiago Aldunate, intendente, de Chiloé. Don Pedro era un hombre de temperamento ardoroso, dado a las aventuras y, por lo mismo, algo irreflexivo. Iniciado en los secretos revolucionarios de sus compatriotas, introdújose en las reuniones que éstos celebraban proponiendo medidas que a su juicio eran oportunas. Ofreciose venir a Ancud y obtener que su hermano Santiago convoque a una asamblea semejante a las que existían en Coquimbo y Concepción. La idea fue acogida con entusiasmo y desde los primeros momentos los expatriados chilenos cifraron en esta empresa halagüeñas esperanzas. Constituida la asamblea, O'Higgins sería repuesto en el cargo supremo de la nación y todos los pueblos aceptarían el movimiento. Tales eran los propósitos de don José Miguel Zañartu, don José Antonio Rodríguez Aldea y otros corifeos de la revuelta que desde el Perú la dirigían con su dinero e influencias.

El 24 de marzo zarpaba Aldunate del Callao hacia estos mares a bordo de la goleta inglesa Alejandro Adams. La presencia de ese buque no produjo aquí sorpresa alguna. Era uno más entre los muchos que llegaban a este puerto continuamente. Don Pedro Aldunate traía una carta de O'Higgins para su hermano Santiago, en la que el general le recordaba sus relaciones de amistad, cuidándose de no hablarle del movimiento en proyecto.

Por desgracia o por fortuna, al arribo de la goleta el gobernador se hallaba ocupado en visitar la provincia. Reemplazábalo en el mando el mayor don Manuel Fuentes, jefe de la brigada de artillería y oficial de reconocidos méritos que hizo, entre otras, la campaña del archipiélago al lado de Freire.

De su trato con O'Higgins en el Perú conservaba el mayor Fuentes gratas impresiones. Por eso cuando se impuso de los desórdenes políticos de Santiago, no tuvo inconveniente en aceptar un cambio de gobierno. Y sin más antecedentes que los expuestos,

comprometió en la empresa a todos los oficiales que estaban a sus órdenes y algunos del batallón de infantería número 4. Mientras tanto los dos complotados, seguros de que el gobernador se plegaría al movimiento, resolvieron esperarlo hasta su regreso. El 3 de mayo estaba de vuelta, reasumiendo su cargo esa misma fecha. Horas más tarde, don Pedro Aldunate se puso al habla con su hermano. Las circunstancias, al parecer, eran favorables, y estas mismas condiciones de tiempo y de lugar fueron parte para que la conferencia se celebrara sin ningún inconveniente. El delegado no calló nada. Dijo que la idea de un cambio de gobierno era aceptada por todos los pueblos de Chile. Las resistencias, en caso de presentarse, fácilmente serían anuladas por Bolívar con el ejército de cuatro mil colombianos que estaban dispuestos a seguirlo. A lo dicho agregó la entrega de la carta ya mencionada de O'Higgins, asegurándole que le había confiado la comisión de revelarle esos planes seguro de hallar apoyo en su antiguo amigo. Don Santiago oyó a su hermano sin inmutarse. Pero herido en sus sentimientos de honradez, rechazó de plano la oferta rogándole que deje el puerto al día siguiente.

Por desgracia, el movimiento estaba acordado y era imposible volver atrás. En la noche de ese mismo día tres, el mayor Fuentes puso sobre las armas toda la guarnición, arrestando o separando a los oficiales que no quisieron secundarlo. Tras esto se presentó a casa del intendente para rogarle que se ponga al frente de los insurrectos. Negose don Santiago. Por lo cual fue arrestado y trasladado en seguida a bordo de un barco que se hallaba al ancla en la bahía. La revolución quedaba declarada. Un cabildo abierto reunido con fecha 4 aceptó lo hecho y confirmó los poderes de Fuentes. El 5 se publicaba un bando llamándose a elecciones para constituir una asamblea provincial. Se suprimía el estanco de tabacos y se tomaban diversas medidas de orden interno. En un manifiesto explicó Fuentes que el cambio gubernativo se debía a los desaciertos políticos, a la desaparición de caudales contratados en Londres, a la disolución sucesiva de tres cuerpos legislativos, a la prisión y destierro de ciudadanos, entre los cuales se contaba el obispo Rodríguez. La asamblea provincial de Chiloé, reunida el 12 de mayo, quedó compuesta por los señores Lorenzo Cárdenas,

presidente, José Ignacio Herrera, Basilio Andrade, Benito Garay y José Gómez Carrillo, diputados; secretario, don Manuel Romero. Después de la misa de gracia se pronunciaron los discursos de estilo, tomándose en seguida varios acuerdos.

Entre otros se declaraba al archipiélago libre e independiente de las demás provincias hasta que un congreso general restableciese la unión sobre bases sólidas: el que reconocía a O'Higgins como jefe supremo del Estado y general del ejército que gobernaría de acuerdo con la constitución de 1818; el que nombraba a Fuentes gobernador de la provincia con facultades para entenderse con las otras a fin de que secunden el movimiento. Encargose por último a don Pedro Aldunate poner en manos de O'Higgins una copia del acta respectiva en que se estamparon estos acuerdos. La oportunidad movió a oficiales de la guarnición, a miembros del cabildo y a no pocos vecinos suscribir actas, oficios y cartas en que expresaban al ex-Director Supremo su adhesión, pidiéndole el pronto regreso a Chile. También el general Aldunate escribió a O'Higgins una carta, si bien respetuosa en la forma, severa y digna en el fondo por la ofensa de que se le hizo víctima creyéndolo capaz de ponerse a la cabeza de un movimiento revolucionario.

En atención a los acuerdos tomados, dirigiose Fuentes a las autoridades de Valdivia instándolas a declararse en favor de la causa revolucionaria. Reunidos el cabildo, los oficiales de la guarnición, las corporaciones y vecinos a pedido del gobernador interino don Cosme Pérez de Arce, rechazáronse las insinuaciones de Fuentes, concretándose a decir que la provincia de Valdivia dependía de un gobierno constituido.

Los acontecimientos ocurridos en Ancud, sólo se conocieron en Santiago el 28 de mayo. El comandante interino del batallón número 4, don Jerónimo Valenzuela y dos oficiales del mismo, consiguieron fugarse en el pequeño bergantín «Levante», que hizo rumbo al puerto de San Antonio, en donde desembarcaron para dirigirse a Valparaíso y de ahí a Santiago. En el ánimo de Freire se produjo gran desconcierto.

Una serie de medidas atropelladas demuestran la falta de calma.

El Ministro del Interior, don Ventura Blanco Encalada, dirigió circulares a los gobernadores recomendándoles mucha vigilancia y los medios para obtener que los diputados recientemente electos concurran al congreso que luego se instalaría en Rancagua. Ordenose que el gobernador de Valparaíso abra la correspondencia llegada del Perú y someta a un riguroso registro a los pasajeros procedentes de ese país. Mientras tanto se hacían repartir fogosas proclamas.

Las autoridades habían dejado libre al intendente y el 12 de julio llegaba a Valparaíso en el bergantín «Livonia». Luego que hubo desembarcado escribió, para el Ministerio de la Guerra, una relación prolija de los acontecimientos ocurridos en Ancud y en seguida se trasladó a Santiago. Interrogado por el gobierno, dijo que el pueblo de Chiloé era absolutamente extraño al movimiento y, por tanto, la obra de someter a los revolucionarios no ofrecía mayores dificultades. Nadie puso en duda la sinceridad de su palabra; pero no era razón para que se prescindiera de las formalidades de un consejo, al cual fue sometido con los tres oficiales que le acompañaban. Declarados inocentes, el gobierno confirió a don Santiago Aldunate la comisión de pacificar Chiloé. Con doscientos cincuenta hombres, seis mil pesos en dinero, el bergantín «Aquiles» y el transporte «Resolución» se hizo a la vela en Valparaíso el 24 de julio. Comandaba la tropa don Guillermo de Vic Tupper, aquel valeroso oficial inglés que combatió en la jornada de Mocopulli. Venía también a bordo el coronel Picarte, con orden de reasumir el gobierno de Valdivia.

El conato revolucionario quedaba reducido solamente a Osorno y Ancud. Aislada Osorno por sus cuatro costados, casi sin caminos de acceso, no fue difícil mover allí la opinión provocando una nueva tentativa para hacer entrar a Valdivia en la aventura. Pero las autoridades se negaron.

Las cosas en el Perú no andaban mejor. Los enemigos de Prieto discutían sin ponerse de acuerdo. Unos eran de opinión que el coronel don José Santiago Sánchez se trasladara a Chiloé para dirigir la campaña. Otros, como Rodríguez Aldea, querían que viniera O’Higgins. Pero éste, sin rechazar la idea, aún cuando deploraba con todas las

veras de su alma el desgobierno de Chile, vacilaba sin atreverse a tomar una resolución definitiva. En presencia de tantas dificultades, todos los argumentos fallaron, conformándose los expatriados con la publicación de «El Chilote», periódico de batalla que comenzó a editarse en Lima el cuatro de julio. Concretose a muy poca cosa: a la revolución de Chiloé y a las disensiones políticas ocurridas en Santiago. Después del tercer número, «El Chilote» desaparecía del mundo de los vivos.

Aldunate sufrió fuertes tempestades, luego que se hizo a la vela en Valparaíso. Separadas las naves, sólo el 9 de julio pudieron reunirse en la bahía de Huechucuicuy. El tiempo se mostraba contrario aún. En la noche del 11 de julio se acercó a la fragata «Resolución» una lancha cañonera al mando de don Juan Williams, capitán del puerto, tripulada por unos cuantos marineros y once soldados. Al enterarse Williams que aquellos buques venían por orden del gobierno de Chile, hizo entrega de la lancha y de sus tripulantes, ofreciendo incondicionalmente sus servicios a la pacificación del archipiélago.

El 13 de julio, favorecidos por tiempo bonancible, los buques hicieron rumbo hacia los canales, yendo a poner anclas junto al islote de Lacao. En las altas horas de la noche, el comandante Tupper bajó a tierra con cien soldados dispuestos a tomar por la espalda dos baterías que tenían emplazadas los rebeldes no muy lejos de la costa, sobre una prominencia. La operación se efectuó sin otros inconvenientes que los opuestos por las quiebras del suelo, los pantanos y el bosque enmarañado. Sólo en una de las empalizadas resultaron heridos cuatro defensores. En cambio quedaban prisioneros tres oficiales y unos cuarenta hombres, entre soldados de línea y milicianos. Pasada la refriega, acercáronse a los expedicionarios numerosos pobladores de los campos vecinos haciendo presente que ellos se hallaban libres de responsabilidad. Resultados idénticos obtuvieron los agentes y destacamentos que Aldunate despachó hacia Castro para cortar toda comunicación con Osorno. Oficiales, soldados y milicianos acataron las órdenes superiores. El teniente coronel don Fermín Pérez Barrientos y el sargento mayor don Manuel Velásquez Vargas, lo mismo que don José Antonio Riveros, ofrecieron gustosos su ayuda. Sólo después de estos preliminares, Aldunate determinó venir en demanda de

Ancud. Pero no fue necesario, porque la marcha misma de los sucesos, la falta de comunicaciones, la defección de algunos ya habían introducido el desaliento entre los rebeldes.

El 16 de julio, los sargentos y soldados que guarnecían el castillo de Agüi se amotinaron apresando a los oficiales. Llegada la noche, una pequeña embarcación salió del puerto en busca de la escuadrilla, con noticias de lo ocurrido. Otros oficiales ausentes, al presentarse por la mañana, fueron desarmados y entregados a Aldunate.

Todo eso era indicio para suponer que el movimiento revolucionario de Ancud estaba ya para extinguirse. Pero Aldunate no quedó conforme hasta que las llaves mismas del puerto y de la ciudad no estuvieron en sus manos.

Para el mayor Fuentes y los pocos oficiales adictos al movimiento, ya no hubo discrepancia en el resultado final. Estaban perdidos y esa idea los movió a deponer las armas antes de hacerlo por la fuerza.

El general Aldunate desempeñó su comisión con serenidad y cordura; pero con ánimo resuelto. Sus disposiciones fueron bien meditadas y cumplidas oportunamente. Sin dejar de ser recto, se esforzó por suavizar la suerte de los vencidos y aún intercediendo por los oficiales que envió a Santiago para ser ajusticiados.

INTENDENTES DE CHILOÉ DESDE EL AÑO 1826

En el orden cronológico han sido intendentes de Chiloé don José Santiago Aldunate - 18 de enero de 1826—; don Elías Guerrero -21 de junio de 1829—; don Remigio Andrade (vicegobernador) - 21 de junio de 1829—; don Juan Felipe Carvallo - 13 de abril de 1830; don Lorenzo Cárdenas (vicegobernador) - 13 de abril de 1830; don Ángel Argüelles – 1.º de octubre de 1831 —; don Juan Felipe Carvallo - 13 de octubre de 1833—; don Eugenio Necochoa - 22 de septiembre de 1836—; don Juan Agustín Vives - 27 de diciembre de 1836—; don Isaac Thomson - 24 de agosto de 1837—; don Mariano Rojas (suplente) - 30 de septiembre de 1840—; don Domingo Espiñeira – 1.º de abril de 1842—; don

José Salamanca (suplente) - 6 de marzo de 1844—; don Cipriano Palma - 13 de noviembre de 1846—; don Ramón Lira - 29 de abril de 1848—; don Juan Miguel Riesco – 1.º de febrero de 1852;— don Juan Vidaurre Leal (interino) - 4 de mayo de 1852; don Ignacio Navarrete (interino) - 5 de julio de 1852; don Francisco Bascuñán Guerrero - 13 de julio de 1852; don José Castillo, (interino) - 9 de diciembre de 1852; don José Rondizzoni - 3 de enero de 1853; don Francisco 2.º Puelma - 17 de noviembre de 1855; don Javier Rengifo - 5 de noviembre de 1856; don Juan Vicente Blest – 14 de febrero de 1860; don Manuel José Olavarrieta - 24 de octubre de 1861; don Basilio Urrutia – 14 de enero de 1864; don Emilio Sotomayor - 11 de abril de 1865; don Virginio Sanhueza - 13 de abril de 1868; don Luis Plaza de los Reyes - 7 de diciembre de 1870; don Ramón Escobar - 16 de enero de 1872; don Rafael de la Cruz – 3 de enero de 1874; don Felipe Santiago del Solar - 5 de enero de 1877. No alcanzó a hacerse cargo de su puesto por haber fallecido.

Don Luis Martiniano Rodríguez - 1.º de marzo de 1877; don Alfredo
Coc-Port
- 9 de abril de 1883; don Manuel Salinas - 21 de agosto de 1885; don Ricardo Ahumada M.— 4 de marzo de 1887; don Reinaldo Castro - 17 de octubre de 1888; don Domingo Toro Herrera—; don Ricardo Silva A. - 28 de enero de 1891; don Eugenio Allende - 2 de julio de 1891; don Luis Martiniano Rodríguez (interino) - 9 de septiembre de 1891; don Luis Martiniano Rodríguez (propietario) - 7 de enero de 1892; don Camilo Menchaca; don Luis Alejandro Guarnan; don Pedro Mena Larraín; don Enrique Lyon Otaegui; don Octavio Astorquiza; don Vicente del Solar; don Luis Dávila; don Ignacio Franco; don Néstor Larenas; don Rubén Bustos; don Manuel Martínez; don Marcial Drago; don Guillermo Nielsen; don Marcos Gilchrist.

Interinamente ocuparon el puesto varias veces los señores José Daniel Sánchez, Pedro J. Díaz, Juan Burr, Teodoro Kamann, Oliverio Garay, Antonio Gómez Bórquez, Nicanor Bahamonde Mansilla, Augusto Kamann, Nicanor Bahamonde Vidal. Con don Manuel Barrios Gajardo comienza en Ancud la era de los gobernadores, a causa de haberse hecho de Llanquihue y Chiloé una sola provincia con su capital Puerto Montt, en virtud de la nueva

división territorial del año 1928 a que hicimos antes referencia.

Con pocas excepciones, todos estos mandatarios fueron personalidades políticas que dignificaron el cargo. Por desgracia, no son muchos los que hicieron obra provechosa en bien de la provincia. Mencionaremos en este número a don Emilio Sotomayor que gobernó a Chiloé por los años 1865, a don Juan Agustín Vives, don Domingo Espiñeira y don Luis Martiniano Rodríguez. Tocole a Sotomayor desempeñar el cargo en los días azarosos de la guerra con España y atender las defensas del puerto contra ulteriores ataques. Aún se conservan en la fortaleza de Agüi las grandes cureñas artilladas en reemplazo de los cañones inutilizados.

La administración del intendente Vives fue beneficiosa para la provincia. En su tiempo se introdujo el uso del arado. Las prácticas rutinarias que se seguían en la agricultura sufrieron un cambio favorable, obteniéndose cosechas más abundantes, productos más seleccionados y, por tanto, rendimientos más en armonía con las bondades del suelo. Vives se adelantó a su época y vino a Chiloé, no sólo para hacer carrera administrativa y política, como otros mandatarios, sino para honrar el cargo con obras efectivas.

No seríamos justicieros si no agregáramos también algunas líneas en homenaje a don Domingo Espiñeira, gobernante honesto y patriota, oficinista de raras aptitudes que dejó aquí bien puesto su nombre. Fue él quien tuvo a su cargo los preparativos de la goleta «Ancud», a bordo de la cual salieron de este puerto el 23 de mayo de 1843 los comisionados que tomaron posesión del Estrecho de Magallanes por orden del gobierno de Chile. La tarea que le cupo desempeñar fue difícil, y ciertamente que la cumplió en forma satisfactoria.

Don Luis Martiniano Rodríguez sale de lo común y puede decirse que hizo honor a Chiloé, particularmente en los primeros años de su gobierno. Sus esfuerzos en beneficio de la ciudad de Ancud son dignos de mencionarse. Empedró y delineó las calles, transformando casi totalmente la parte urbana que se extiende al sur de la calle Prat. Combatió los robos, persiguió a los «machis» y brujos con castigos ejemplares. Promovió la apertura de caminos y escuelas, el establecimiento de colonias, convencido de que el suelo isleño, particularmente el de la Isla Grande, se presta para cultivos y crianzas de ganado vacuno y lanar. En cambio, en los últimos años

de su gobierno levantó en torno suyo ruda oposición. Dejóse seducir por la política; introdujo el compadrazgo en desmedro de la tranquilidad ciudadana. Acusósele en el congreso y en la prensa de haber provocado el éxodo de numerosos pobladores, para hacerse propietario.

A nuestro juicio, pesados los bienes que hizo con los males de que se le moteja ser causante, los primeros inclinan la balanza a su favor. Fue hombre de pasiones fuertes y amigo de sus parciales en todo momento. Acalladas las protestas, muerto los enconos, la figura de Rodríguez aparece ahora con relieves de estadista. Chiloé no puede olvidarlo.

En los últimos años acertó a llegar aquí un hombre poseído de los más nobles propósitos, don Octavio Astorquiza, espíritu selecto y con grandes deseos de trabajo. Había sido diputado al congreso y dirigente dentro de las filas de un partido histórico. Sin embargo, dicho sea en honor de la verdad, como mandatario diligente, nada hay que reprocharle. Los intereses del fisco pocas veces estuvieron más bien resguardados. Por desgracia, las luchas electorales en aquellos días, vivas y apasionadas, exigían hombres de otro cuño y contra toda conveniencia se le substituyó por otro. Cosa análoga había ocurrido con dos de sus antecesores, los señores Pedro Mena Larraín y Enrique Lyon Otaegui, igualmente dignos y honorables.

Quedan enumerados los intendentes que gobernaron la provincia de Chiloé desde don José Santiago Aldunate y Toro hasta don Néstor Larenas, el último de la serie no interrumpida de mandatarios que tuvo la «muy noble y leal provincia» hasta que fue deshecha en jirones y rebajada de categoría su antigua capital por decreto ley número 8582, de 30 de diciembre del año 1927, que la convirtió en simple gobernación.

Vamos ahora a transcribir la nómina de los gobernadores desde el año 1567 hasta 1826, con algunas modificaciones que no fue posible llenar a causa de la falta de datos.

Gobernadores que tuvo Chiloé desde el año 1567 hasta 1826

1567 Alonso Benítez, 1599 Francisco del Campo, 1601 Francisco Hernández Ortiz, 1604 Jerónimo de Pedraza, Baltasar Ruiz de Pliego, Luis Pérez de Vargas, Barrera Chacón, 1614 N. Geraza, 1617

Juan de Pedraza Polanco, 1618 Florín Girón de Montenegro, 1621 Luis Castillo Velasco, 1622 N. Lores, 1626 Tomás Contreras Lazarte, 1627 Pedro Páez Castillejo, 1628 Francisco Avendaño, 1630 Fernando Alvarado, 1638 Pedro Sánchez Mejorada, 1639 Bartolomé Galaez Alfaro, 1640 Javier Cosme Cisterna, 1641 Dionisio de Rueda Lara, 1643 Francisco Espejo, 1642 Andrés Muñoz Herrera, 1643 Fernando Alvarado, 1644 Ambrosio Urra Beamonte, 1646 Antonio Vidal Lazarte, 1647 Dionisio de Rueda Lara, 1649 Martín Uribe López, 1650 Ignacio La Carrera, 1652 Francisco Pérez Valenzuela, 1653 Ignacio Carrera Iturgoyen, 1654 Cosme Cisterna Carrillo, 1658 Martín Erice Salinas, 1660 Juan Alderete, 1662 Fernando Cárcamo Lastra, 1666 Juan Verdugo de la Vega, Rodrigo Navarros, 1670 Juan Obando Morgado, 1670 Juan de Olavarría, 1673 Agustín Gallardo del Águila, 1676 Francisco de Morontes, 1678 Hernando López Varela, 1680 Antonio Manríquez Lara, 1684 Antonio Ibáñez Echeverri, 1687 Bartolomé Díez Gallardo, 1688 Juan Esparza, 1692 Pedro Molina Vasconcelos, 1695 Baltasar Gozay Gallo, 1698 Francisco Zamorano Pocostales, 1702 Antonio Alfaro, 1706 Manuel Díaz, 1709 Lorenzo Cárcamo Olavarría, 1711 José María Velasco, 1713 Blas Vera Ponce de León, 1714 Pedro Molina Vasconcelos, 1717 José María Velasco, 1719 Nicolás Salvo, Alejandro Gazón Corricochea, 1724 Juan Dávila Herzelles, 1729 Francisco J. Sotomayor, 1731 Bartolomé Carrillo, 1734 Alonso Sánchez Pozo, 1739 Martín 2.º Uribe Gamboa, 1741 Francisco Gutiérrez Espejo, 1743 Juan Victorino Martínez Torres, 1749 Antonio de Santa María Escobedo, 1761 Juan Antonio Garretón Pibernat, 1765 Manuel Fernández Castelblanco, Agustín Santana, 1767 Carlos Beranger, 1780 Antonio Martínez Espada, Tomás Jauregui, Francisco Hurtado, 1786 Francisco Garros, 1790 Pedro Ganaberal, 1813 Ignacio Yustis, 1818 al 26 Brigadier Antonio Quintanilla.

El Rvdo. Padre Luis Mansilla en su «Relación Genealógica», aparte de la anterior nómina, da la siguiente de los que hicieron la campaña de Chiloé: Martín Ruiz de Gamboa, Alonso Benítez, Juan Fernández de Almendras, Domingo de Hermua de Zárate, Joaquín de Rueda, Diego de Bustamante, Cristóbal de Arévalo, Antonio de Lastur, Antonio de Ibazcozábal, Antonio de Montiel, Juan Montenegro, Guillermo Ponce, Luis González, Tomás Obres, Juan de Oyarzún, Sebastián Carrera, Rodrigo de los Ríos, Cristóbal

Rodríguez, Martín Irízar, Salvador Martín, Francisco Luján, Pedro Diego de Lara, Diego Cabral de Melo, Juan de Molínez, Gómez de Lagos, Bartolomé Maldonado, Josepe Rodríguez, Luis Vásquez, Diego de Alvarado, Andrés Aguado, Hernando de Ampuero, Alonso de Herrera, Diego Muñoz, Alonso de Góngora Marmolejo, que fue corregidor en 1569, Hernán Pérez, Juan de Ayala y otros.

Entre los gobernadores que ha tenido Castro y que son hijos de la provincia figuran los siguientes: José Vargas Andrade, Fructuoso Sánchez García, Pedro Andrade Arteche, Juan José Moreno, Francisco Coral, Patricio Díaz Sánchez y J. Oliverio Garay Henríquez.

Entre los que ha tenido Quinchao, hijos también de la provincia, debemos mencionar los que siguen: Jacinto Cárdenas García, Manuel Gómez, Marciano Navarro Sánchez, Felipe Navarro Andrade, Agustín Bórquez Pérez, José Antonio Morales Bontes, Ignacio Díaz Oyarzún, Manuel García Gallardo.

Aparte de los mandatarios citados figuran los siguientes corregidores: Don Fernando de Cárcamo y Oyarzún (14 de julio de 1724); don José de Andrade y Barrientos (7 de enero de 1725); don Fernando de Cárcamo y Oyarzún (31 de diciembre de 1725 y 8 de enero de 1726); don Miguel de Barrientos (28 de enero de 1727, 8 de marzo y 8 de agosto de 1727); don José Andrade y Barrientos (20 de enero de 1728, marzo de 1730 y 25 de septiembre de 1731); don Lorenzo de Cárcamo (1.º de julio de 1733-1734 a 1.º de febrero de 1737); don Bartolomé Gregorio Gómez (8 de marzo de 1737 a 1738); don Ignacio de Vargas (8 de agosto de 1745 a 29 de agosto de 1746).

En el tomo IV de la extensa crónica escrita por don Abraham de Silva y Molina figura una larga lista de corregidores y gobernadores que tuvo Chiloé en la época de la colonia. En sección aparte aparecen las encomiendas y el nombre de los favorecidos. La citada obra puede consultarse en el Archivo Nacional.

CAPÍTULO 20

Desterrados chilenos en Lima.— Empresa revolucionaria.— El bergantín Orbegoso.— Don Ramón Freire patrocina un movimiento en contra de Prieto.— Sus coadyuvadores.— Indecisión del intendente Carvallo.— La goleta Elisa.— Conducta de Williams.— La fragata Monteagudo.— El comandante Díaz se apodera de Agüi, de la Orbegoso y goleta Elisa.— La escuadrilla se dirige a Valparaíso.

Después de la batalla de Lircay, no pocos chilenos eminentes emigraron al Perú empujados por los acontecimientos políticos. Ahí, lejos del suelo patrio, siguieron conspirando y alimentando ambiciones, con la ayuda de los caudillos peruanos. El grupo de chilenos que reconocía en Freire a su jefe, anheloso por conquistarse adeptos, valiose de la intriga para crear recelos al general Prieto, a la sazón presidente de la república. Decíase que Chile se hallaba dominado por la anarquía y era necesario venir pronto en su ayuda. Don Ramón Freire mismo, excesivamente crédulo e iluso, vio también que había llegado la hora de proceder. Y desde ese instante surgió en su mente la idea de una expedición armada. Ya no se hizo misterio, ni se economizaron medios.

Hallábase surto en la bahía del Callao el bergantín Aquiles, portador del pacto de amistad, comercio y navegación celebrado en esos días entre Chile y el Perú. Freire, sin medir las consecuencias, pretendió apoderarse de ese buque por sorpresa.

Mientras tanto, en Chile seguían propalándose rumores contradictorios, que producían desconcierto. Unos aseguraban que los desterrados se dejarían caer sobre Valparaíso; otros, sobre Valdivia y Chiloé. La verdad es que el gobierno de Chile había

recibido una serie de denuncias, obligándolo a tomar las precauciones del caso y declarando en estado de sitio a Santiago, Valdivia, Chiloé y a toda provincia que no obrase según órdenes del gobierno constituido. Despachose al mismo tiempo desde Valparaíso la goleta mercante Elisa con pliegos para el intendente de esta provincia. Decíasele que estuviese prevenido contra los revolucionarios.

Las denuncias tuvieron al fin su cumplimiento. Gobernaba don Juan Felipe Carvallo, cuando el puerto de San Carlos de Ancud se vio súbitamente conmovido con la presencia inopinada de un buque de guerra peruano, el bergantín Orbegoso, a bordo del cual venía el general don Ramón Freire con el intento de levantar en armas el archipiélago en contra del presidente Prieto.

Por este tiempo, incluyendo Carelmapu, Llanquihue y la cordillera, Chiloé contaba con unos cuarenta y cinco mil habitantes y San Carlos con una sección de artillería de línea y cincuenta hombres acuartelados dentro del recinto urbano. Los castillos que rodeaban el puerto no eran ya los de antes, a causa del descuido en que se les dejó después de la salida del brigadier Aldunate. En estas condiciones, el 4 de agosto de 1836 hizo su aparición el Orbegoso. Cuatro días se mantuvo volteando entre Punta Corona y Carelmapu, antes de penetrar al puerto. No es fácil describir la sorpresa que produjo en tierra la presencia de esta nave. El comercio cerró sus puertas. Esa misma noche el alférez de artillería, don José M. Contreras, a insinuación de don Diego Loaiza, salió de su casa para hablar con alguien que lo esperaba en la calle. Todo era obscuridad en torno suyo. De pronto, un hombre embozado se acerca y le dice que lo siga porque el general Freire quiere verse con él. Niégase Contreras y sin más que esto recibe un balazo a quema ropa, que por fortuna no fue mortal. Acto seguido, un grupo de doce a quince hombres resueltos asaltan el cuartel de artillería, seguros de ser secundados por algunos adeptos que tienen en la tropa. Con eso y todo, la intentona quedó frustrada en el mismo momento en que el teniente don José María Núñez y algunos soldados se opusieron en la entrada, hiriendo a don Remigio Andrade, que los capitaneaba.

Al día siguiente esa misma tropa, que en la noche anterior se mostró digna y altiva, dio muestras de insubordinación, rechazando los vales con que se hacían los ajustes. La guardia cívica tampoco

ofrecía seguridades. Súpose luego que grupos de individuos, así de la parte urbana como de los alrededores, comenzaban a reunirse en la costa y castillos con el intento de plegarse a los revoltosos.

Carvallo, buen gobernante en tiempo de paz, como lo expresa Sotomayor Valdés, no supo a qué atenerse. La alternativa era cruel. Decidiose al fin por citar un consejo de oficiales. Desde los primeros momentos faltó la calma y hubo apremio entre los asistentes. Y como para demostrar energía y hacer ver que se contaba en tierra con los medios de defensa, se propuso la idea, que fue aceptada, de exigir a Freire la capitulación lisa y llana. El capitán Molina, yerno de Carvallo, no tuvo parte en el consejo y se opuso al conocer el acuerdo.

Mientras tanto, los días transcurrían en la incertidumbre y Freire, molesto con tanta demora, dispuso que el joven Manuel Irigoyen, sobrino del intendente, que vino acompañándolo del Perú, saliera a tierra con una carta y un oficio para Carvallo. En esos documentos el general exigía la entrega inmediata de la plaza. Efectuáronse nuevas reuniones y consultas, sin atinar con lo que debiera hacerse. Por fin el intendente, después de muchas idas y venidas, exigió, de acuerdo con los oficiales de la guarnición, que un comisionado del gobierno, trasladándose a bordo, o al castillo de Agüi, pase revista a las tropas rebeldes a fin de proceder con conocimiento de causa. Aceptada la idea designose para ello al marino inglés don Juan Williams. La tarea no fue difícil. Williams, al cabo de pocas horas, informó haber visto sobre la cubierta del bergantín sesenta hombres de tropa y en las murallas del castillo de Agüi [10], ciento veinte, armados unos y desarmados otros. Agregó que en Balcacura, según aseveración del mismo Freire, había unos ciento cincuenta, aparte de los doscientos con que contaba en cada uno de los departamentos de Castro, Chonchi, Lemuy y Quenac. Aún cuando se produjo alguna resistencia, por lo vago del informe, el hecho de haberse sublevado la fuerza cívica obligó a la junta acordar la entrega de la provincia, con ciertas condiciones.

Hasta esa fecha las autoridades de Chiloé no sabían de fijo a qué atenerse. La falta de noticias oficiales era la causa principal de las indecisiones de Carvallo. Por fin el día diez, procedente de Valparaíso, fondeaba en el puerto la goleta Elisa con despachos del gobierno. Botes desprendidos del Orbegoso la asaltaron y

capturaron. Por suerte, el capitán don Roberto Henson, en una chalupa, ganó la playa cercana protegido por el fuerte San Antonio y pudo entregar los pliegos de que era portador. Freire, sin desanimarse, desembarcaba el doce y se apoderaba de la plaza. De los hechos y documentos que se conservan, se infiere que el proceder de Williams en todas estas incidencias no aparece muy claro. Debemos hacer notar que continuó como capitán de puerto y fue designado jefe de la escuadrilla revolucionaria, compuesta ahora del Orbegoso, de la goleta Elisa y bergantín mercante Horacio. En los fuertes, los rebeldes montaron nuevas cureñas y cañones bajo las órdenes del comandante de artillería don Rafael Dueñas. El capitán Henson, que se dejó sugestionar con promesas y halagos fue nombrado segundo jefe de la escuadrilla con el mando de la Elisa.

Es bueno saber que el general Freire había salido del Callao con el Orbegoso y la Monteagudo para dirigirse al norte, simulando un viaje comercial. Sólo los jefes, oficiales y parte de la tropa estaban en el secreto. A la altura de Huacho, los buques detuvieron su marcha y con gran asombro de los tripulantes hicieron rumbo al sur, después de haber trasbordado a la Monteagudo unos veinticinco hombres, entre oficiales y empleados, armas, aparejos y otros elementos bélicos. En el bergantín se quedó Freire y en la fragata el coronel Puga, que fue dado a conocer como comandante general de la expedición. Una tormenta que sobrevino al norte de Juan Fernández puso en fuga a los dos barcos perdiéndose de vista. El Orbegoso, como queda dicho, arribó sólo a Chiloé sin noticias del compañero. Veamos lo ocurrido.

A bordo de la Monteagudo navegaban los marineros chilenos José Rojas y Manuel Zapata, quienes al conocer los propósitos del general sublevaron la tripulación y se apoderaron de Puga y de los oficiales mientras éstos dormían en sus camarotes. Y sin más pormenores hicieron proa a Valparaíso, en donde se celebró la hazaña[11] con mil muestras de regocijo[12]. Ahora los ilusos del Orbegoso podían ser burlados y castigados con sus propias armas, merced a una genial estratagema que se atribuye a Portales. Ordenose para esto la salida inmediata de la Monteagudo con destino a San Carlos, bien provista de cañones, armamento de desembarco y gente de línea, comandada por el hábil marino don

Fernando Cuitiño [13] .

El 28 de agosto al presentarse en este puerto una vela peruana, los revolucionarios vieron en ella a la tan esperada fragata y celebraron su arribo. Díaz y Cuitiño supieron arreglárselas de tal modo que no sólo en tierra sino en la misma Orbegoso, que estaba fondeada a poca distancia, y en los fuertes creíase que el comandante Puga era el que había llegado. Tan ciertos estaban en ello, que Freire envió una felicitación a su comandante y del bergantín se despachó un práctico para señalar fondeadero a la Monteagudo. Con exquisita prudencia, Díaz y acompañantes demostraron el gusto de hallarse en puerto seguro. En seguida dispusieron el regreso de los botes a su destino con parabienes para los jefes, teniendo cuidado de encerrar a los comisionados, mientras llegaba la noche para ir sobre el fuerte de Agüi y apoderarse del Orbegoso y goleta Elisa. La operación fue rápida y fácil. Los que guarnecían la fortaleza y buques vinieron a darse cuenta cuando ya no había remedio.

> *«Mientras los partidarios de la revolución se entregaban a la más loca alegría en la ciudad, dice Sotomayor Valdés, el comandante de la Monteagudo, con el disfraz que el mismo buque le ofrecía, imponíase del estado de la plaza y preparaba las cosas para un asalto. Del Orbegoso fue despachado un práctico que se presentó delante de la fragata y, después de mandar algunas maniobras que se ejecutaron puntualmente, subió a bordo, donde por sus indicaciones se disparó un cañonazo, para evitar que la fragata fuese ofendida por la fortaleza de Agüi, que tenía diez cañones montados y cien hombres de guarnición. La señal fue dada al grito de ¡"viva Freire"! Que la tripulación repitió sin vacilar. Muy cerca de aquella fortaleza se hallaba ya la fragata, cuando fue arrebatada por la corriente y puesta en la necesidad de buscar abrigo en la caleta de un islote que próximo al puerto se muestra. Vino la noche; el cielo estaba sereno y alumbraba una hermosa luna. Como a las doce se hacían los últimos aprestos en las embarcaciones menores de la Monteagudo para asaltar las*

fortalezas y los buques de los revolucionarios, cuando llegó un emisario de parte del general Freire con una carta de felicitación para el coronel Puga, a quien suponía sano y salvo a bordo. El emisario fue detenido, y las embarcaciones partieron a su destino. Dos botes tripulados por doce marineros y doce soldados a las órdenes de los oficiales Espejo, Arancibia y Bustos y el piloto Mebán, fueron destinados para abordar los buques; y una lancha en que se embarcó el comandante Cuitiño con cuarenta y dos hombres de tropa y los oficiales Hinojosa y Díaz y un empleado entusiasta y amigo de empresas arriesgadas, llamado Rafael Rodríguez, se dirigió a tomar la fortaleza de Agüi, empresa que se efectuó con extraña felicidad. Los jefes y oficiales del Orbegoso y de la Elisa estaban en tierra celebrando todavía el arribo de la Monteagudo, y las escasas tripulaciones de aquellos dos buques fueron sorprendidas y rendidas fácilmente. No fue menos feliz la empresa de Cuitiño, el cual se aproximó al Castillo de Agüi hasta ponerse al habla con sus guardianes, a quienes hizo creer que hablaban con el coronel Puga. Loaiza, que estaba allí, hizo bajar a la playa algunos soldados para que ayudasen a varar la lancha y protegieran el desembarco de los recién venidos. Cuitiño y los suyos llegaron al recinto del castillo y, rodeando a la desprevenida guarnición, la obligaron a rendirse. A las tres y media de la mañana todo estaba concluido. Eran las últimas del festín en la ciudad y algunos velaban todavía. A la luz de la luna viose entonces que el Orbegoso y la Elisa eran sacados del fondeadero y que la Monteagudo estaba allí como en actitud de proteger la retirada. Junto con esto se difundió el rumor de que la fortaleza de Agüi había sido tomada por sorpresa. El rayo cayó en el corazón de los revolucionarios. Williams y el capitán Dueñas corrieron a la batería del muelle e hicieron un vivo fuego a los buques que se retiraban, dando algunos balazos, aunque sin gran daño, al Orbegoso y la Elisa, y echando a pique dos embarcaciones menores. El comandante Díaz puso los buques en lugar seguro y quedó en expectación de los sucesos de tierra».

«En la noche del 29, fueron a la Monteagudo Williams y Henson, y contando el primero con que el comandante Díaz ignorase, como ignoraba en efecto, quienes habían hecho fuego con la batería del muelle, le instó para que atacase la ciudad y la tomase a viva fuerza. El comandante se guardó bien de aceptar la proposición, no viendo en ella sino un ardid empleado para proteger la evasión del general Freire en un buque ballenero francés que había en el puerto. Los hechos consumados autorizaban a esperar que la tropa que existía en el pueblo se reaccionara de un momento a otro. En efecto, la misma noche del 29 de agosto, un batallón de doscientos veinticinco milicianos, que estaban acuartelados, se amotinó y salió de su cuartel echando vivas al gobierno y al general Prieto, y fue a situarse en el alto de Bellavista, en donde entregó las armas y equipo a dos comisionados de la municipalidad, dispersándose en seguida. Al siguiente día la tropa de línea volvió a la subordinación del gobierno de la república. La municipalidad llamó a Carvallo, que dejó su retiro y asumió de nuevo el mando de la provincia».

Horas más tarde, al conocer Freire la verdad, sintiose desorientado. Oculto en casa de don Francisco Antonio Bustamante, viose en la precisión de huir, refugiándose en un buque ballenero francés al ancla en el puerto. El treinta de agosto supo el comandante Díaz que las milicias se habían pronunciado en favor de Prieto y que Freire se hallaba a bordo próximo a emprender viaje al extranjero. Díaz hizo inmediatamente el reclamo del caso y en posesión del reo, el cinco de septiembre dirigíase la escuadrilla a Valparaíso.

En Chiloé volvía la tranquilidad y sólo se turbó por algunas horas el año noventa y uno al presentarse en este puerto el crucero de guerra Esmeralda, al servicio del Congreso. Un acto imprudente provocado desde tierra estuvo a punto de producir sus víctimas.

CAPÍTULO 21

Noticias trasmitidas de Europa sobre el territorio de Magallanes.— Miras del gobierno francés.— El Presidente Bulnes ante el peligro.— Los intereses australes olvidados. — O'Higgins y las tierras magallánicas.— Marinos extranjeros, geógrafos y naturalistas.— Tratado de Tordesillas.— Pedro Sarmiento de Gamboa.— Pretensiones de los gobiernos europeos.— El Presidente Bulnes resuelve tomar posesión del Estrecho.— El intendente Espiñeira.— La goleta Ancud. — Expedición a Magallanes.— Los peligros del viaje.— La goleta Ancud arriba al Estrecho (21 de septiembre de 1843). Ocupación de Magallanes. — El fuerte Bulnes.

Era intendente de Chiloé don Domingo Espiñeira y presidente de la república el general don Manuel Bulnes. Noticias alarmantes referentes al territorio de Magallanes, transmitidas desde Europa, llegaron a Santiago en los momentos en que el país salía de un periodo convulsionado por luchas políticas y tumultos de cuartel. Según esos informes, el gobierno francés habría resuelto ocupar el Estrecho, enviando al efecto un buque de guerra que se hallaba de estación en el Atlántico.

Los testimonios no dejaban la menor duda. Por fortuna, el ciudadano que regía los destinos de Chile, sobre ser un gran estadista era también un gran patriota. El caso era realmente crítico, y para conjurar el peligro, necesitábase proceder con tino y prontitud.

Concretadas las atenciones de nuestros gobernantes casi sólo a

Santiago y a ciertas provincias del centro, el resto de la república pasó inadvertido para ellos, sin importarles poco ni mucho su adelanto. Chile mantenía abandonadas las tierras magallánicas, tantas veces recomendadas por don Bernardo O'Higgins antes y después de su ostracismo. El sur de Chile, desde el seno del Reloncaví hasta la tierra del Fuego, fue recorrido por marinos ingleses, noruegos y aun argentinos, por geógrafos y naturalistas que estudiaron su flora y su fauna, las condiciones de su suelo y la riqueza de sus mares. En los centros científicos de Europa se hablaba del valor de estos archipiélagos con lujo de pormenores y poco a poco se abría paso la idea en Inglaterra y Francia de venir a fundar colonias en el Estrecho.

En el año 1493, los soberanos españoles obtuvieron del Papa Alejandro VI un título de propiedad que los hizo dueños de los países descubiertos por Colón. Una línea imaginaria trazada de polo a polo que pasaba cien leguas al poniente de las islas Azores, los dejó en posesión de las tierras que quedaban al oriente de dicha línea. Pero en la práctica surgieron dificultades con los soberanos del Portugal y para resolverlas se firmó el tratado de Tordesillas.

Pero aquel título de propiedad no debía quedar perdido en los archivos. Era necesario que el gobierno de la Península lo utilizara en seguida. Y así fue. Felipe II resolvió entonces tomar posesión del Estrecho de Magallanes y hacer construir en él algunas fortificaciones, para lo cual comisionó a Pedro Sarmiento de Gamboa. El 5 de febrero de 1584 desembarcaba éste al norte de la bahía «Posesión» al mando de trescientos hombres y fundaba el pueblo «Nombre de Jesús».

Pedro Sarmiento de Gamboa no se detuvo con lo hecho. Siguió explorando la región, y el 25 de marzo del mes siguiente ponía en la parte oriental de la península de Brunswik las bases de un segundo pueblo llamado «Rey Felipe».

Triste fin esperaba a aquellas dos colonias. Faltaron luego las provisiones y casi todos los pobladores perecieron de hambre y frío. Cuando en enero de 1587 pasó por ahí el corsario inglés Tomas Cavendish halló cadáveres diseminados. Muy pocos eran los sobrevivientes que quedaban. Cavendish, falto de conmiseración, recogió sólo uno de los colonos como muestra y al lugar lo

denominó «Puerto Famine» o «Puerto del Hambre».

Tras estos acontecimientos, la región del Estrecho quedó abandonada. Nadie se acordó de esa inmensa zona. Marinos de diversas nacionalidades comenzaron a visitarla, levantando planos, fijando derroteros y marcando puntos de referencia.

El naturalista Darwin demostró las ventajas que el Estrecho ofrece al comercio del mundo. El marino francés Mr. Dumont d'Urville exploró las regiones cercanas al polo, terminando por recomendar en 1837 a su gobierno la inmediata ocupación de Magallanes y fundación de una colonia. El conocido geógrafo Lacroix, hizo ver la necesidad de que las potencias europeas se apoderaran de esas regiones que estaban sin dueño.

La propaganda siguió sin descanso hasta que al fin el gobierno francés, rendido a la evidencia, resolvió ocupar el Estrecho. Por suerte, esa determinación no pasó inadvertida y los agentes chilenos en Europa lo comunicaron al gobierno. Fue así como en marzo de 1843, el buque de guerra «Salamander» reconoció con detenimiento todos los puertos del Estrecho, circunstancia que produjo verdadera alarma entre nuestras autoridades.

El presidente Bulnes, enterose de todos estos particulares, y sin más trámite dispuso tomar posesión oficial del Estrecho antes que se precipitaran los acontecimientos o sobrevinieran complicaciones.

Descartados Valparaíso y Talcahuano, centros comerciales y marítimos expuestos a las miradas de todo el mundo, en ningún punto del litoral podía prepararse la expedición en mejores condiciones que en Ancud. De aquí o de los canales saltan empresas para la caza de ballenas, huillines y chungungos; pescadores para las Guaitecas, archipiélagos de los Chonos y cordillera del este, en chalupas, lanchas o goletas. Por tanto, no era posible suponer que la «Ancud», estuviera destinada para tan peligrosa travesía.

El representante del gobierno era un oficinista de reconocidos méritos, cuya rectitud y buen juicio le hacían merecedor de la confianza que en él se depositó al confiarle el mando de esta provincia. Aunque falto de elementos en que fue necesario improvisarlo todo, desde los arreglos y transformaciones de la pequeña nave, hasta los aparejos y tripulantes, no se desanimó sin embargo. A mediados del mes de mayo ya tenía armada en guerra

la «Ancud», redactadas las órdenes e instrucciones, escogidos y seleccionados veintidós hombres de equipaje al mando del capitán de fragata graduado don Juan Williams. Acompañaban a éste el mayor de ingenieros don Bernardo E. Philippi, joven prusiano que se hallaba en Chiloé recogiendo objetos de historia natural; el teniente de artillería don Manuel González Hidalgo; el piloto segundo de la armada don Jorge Mabón; el sargento distinguido don Eusebio Pizarro; el cabo de artillería José Hidalgo; los artilleros Cipriano Jara, Valentín Vidal, Manuel Villegas, Pascual Riquelme y Lorenzo Soto; los marineros Lorenzo Arro, Ricardo Didimus, José Santana, Remigio González, Jerónimo Ruiz, José Víctor, José María Yáñez, Manuel Alvarado y Horacio Luis Williams, hijo del comandante. Iban también las mujeres de los artilleros Jara y Vidal: Venancia Elgueta e Ignacia López.

La «Ancud» zarpó el lunes 22 de mayo de 1843. En Curaco de Vélez embarcó al marino inglés don Carlos Müller Norton, en calidad de práctico. Müller conocía a palmos las rutas que conducen al Estrecho; y lo citamos con gusto por haber sido en Chiloé el fundador de una familia honorable que ha dado a la patria marinos, profesores, poetas, periodistas de nota, oficinistas y a la iglesia un sacerdote de talento, el recordado Pbro. Don Carlos Müller. Como quiera que sea, el viaje no fue, ni con mucho, una excursión agradable. Una serie de contratiempos detuvo en el camino a los expedicionarios.

La «Ancud» llevaba provisiones para siete meses, un práctico hábil; pero tenía en contra la estación y, por tanto, las borrascas, las neblinas, las tempestades que ya en el mes de abril se desatan violentas en los canales patagónicos. A la altura de las Guaitecas perdió un bote, viéndose obligado el comandante a recalar a un puerto cercano para construir otro. Quedáronse allí los expedicionarios en una inmovilidad forzada desde el 12 de junio hasta el 3 de julio. Durante este tiempo entraron en relaciones con dos buques norteamericanos que pescaban lobos, en uno de los cuales Philippi descubrió un mapa del Estrecho trazado por Fitz-Roy, mapa desconocido en Chile. Con la diligencia y espíritu práctico que caracterizaba al joven prusiano, se propuso sacar una copia de él; y la obtuvo valiéndose de los escasos elementos disponibles a

bordo.

El 28 de julio, próximos ya a doblar el cabo «Tres Montes», los asaltó una furiosa tempestad en la que los navegantes corrieron serios peligros. Sin timón, despedazada la regala de estribor, inundadas las bodegas y mojados los víveres, arribó de nuevo a las Guaitecas la pequeña nave.

La situación de los nautas era por demás apremiante, y no había tiempo que perder. Philippi se vino en un bote a Ancud en demanda de provisiones. Veinte días después, embarcado en una lancha, llevando víveres, materiales y herramientas para reparar los desperfectos, estaba de regreso, pudiendo la «Ancud» hacerse a la vela el 6 de septiembre, con un tiempo ya mucho más benigno.

Después de tres meses, en la madrugada del 21 de septiembre de 1843, divisaron a la distancia, medio borrada por la bruma, un asta de bandera en la punta «Santa Ana», que forma el extremo más visible del puerto «San Felipe» o del Hambre. Momentos después de las doce del día, el comandante Williams desembarcaba con el mayor Philippi, el teniente don Manuel González Hidalgo y cuatro artilleros. Acto continuo bajaron el poste enterrado en el suelo y extrayendo del fondo un tarro con un documento escrito en que pudo comprobarse que en 1840 estuvieron allí los vapores «Chile» y «Perú», procediose a tomar posesión solemne del Estrecho y territorios adyacentes en nombre de Chile, tras lo cual se fundó el «Fuerte Bulnes».

El acta levantada dice así:

> *«Dios salve a la Patria.— Viva Chile.— En cumplimiento de la orden del Supremo Gobierno, el día 21 del mes de Septiembre de 1843, el ciudadano Capitán de Fragata, graduado, don Juan Guillermo (Williams), asistido con el teniente de artillería don Manuel González Hidalgo, el piloto 2.º de la Armada don Jorge Mabón, el naturalista prusiano voluntario don Bernardo E. Philippi y el sargento 2.º distinguido de artillería, don Eusebio Pizarro, que actúa de secretario, con todas las formalidades de costumbre, se tomó posesión de los Estrechos de Magallanes y de su territorio en nombre de la República de Chile, a quien pertenece conforme está*

declarado en el artículo 1.º de su Constitución Política, y, en el acto, se afirmó la bandera nacional con salva general de 21 tiros de cañón».

«Y en nombre de la República de Chile, protesto en el modo más solemne, cuantas veces haya lugar, contra cualquier poder que hoy, o en adelante, trate de ocupar alguna parte de este territorio».

«Y firmaron conmigo el presente acto el 21 de Septiembre de 1843, tercero de la presidencia del Excmo. Señor General don Manuel Bulnes».

A las once y media de la mañana siguiente, 22 de septiembre, apareció, por el lado del Atlántico, un barco a vapor que resultó ser la fragata de guerra francesa Phaeton, comandada por el teniente de navío Mr. Maissin aparentemente en viaje a Talcahuano para proveerse de combustible; pero en realidad para posesionarse del Estrecho en nombre de su gobierno. El día 24 saltaron a tierra todos los tripulantes de la fragata y armaron carpas, enarbolando previamente el pabellón francés. Un misionero que iba a las islas «Marquesas» celebró misa de campaña.

El día 25 continuaba flotando al viento esa insignia, con gran sorpresa de los expedicionarios. El comandante Williams creyó oportuno hacer tremolar la bandera chilena, y al mismo tiempo que colocaba una guardia alrededor del poste, despachaba un oficio al comandante Maissin manifestándole que se atentaba contra la integridad del suelo patrio, manteniendo izado el pabellón francés.

En su contestación Mr. Maissin hizo ver que aquellos territorios no se hallaban sometidos a ninguna posesión regular, ni se habían visto hasta esa fecha cubiertos por bandera alguna. Antes bien, marinos de todas las nacionalidades, en sus visitas al Estrecho, desplegaron como quisieron sus respectivos pabellones. En todo caso, su intento no era ir contra la soberanía de la república chilena.

El incidente que queda descrito pudo haberse complicado, dando origen a no pocas dificultades. Por fortuna, las cosas terminaron ahí, zarpando la nave francesa el día 27 para Talcahuano. En la misma fecha el comandante Williams hizo grabar

en el poste, con letras de molde, dos inscripciones, una de las cuales decía; «República de Chile», y la otra: «Viva Chile». La «Ancud» dejó el «Fuerte Bulnes» el 12 de octubre para estar de vuelta en este puerto el 5 de diciembre de 1843, demorándose en todo seis meses y dieciocho días.

Según lo expuesto, en la ocupación oficial y definitiva de Magallanes cupo desempeñar a Ancud un papel importantísimo; y sin el oportuno arribo al Estrecho de la histórica goleta, actualmente esa zona ganadera acaso estuviera en poder de Francia.

Desde entonces acá, el progreso de Magallanes ha venido incrementándose con obras de carácter local emprendidas por el municipio y por los particulares. Se han invertido sumas considerables de dinero en la construcción de valiosos edificios. Se han abierto calles y trazado plazas, carreteras para comunicarse con las estancias; pero a los obreros se les ha descuidado dejándolos a merced de los embaucadores.

Al ilustre mandatario que ordenó tomar posesión oficial de ese extenso y rico territorio habíasele dejado en el olvido. Por fin en enero de 1938 asistió la ciudad de Magallanes a la solemne inauguración de una estatua al Presidente Bulnes. A ese acto cívico y de reparación histórica concurrieron cuatro Ministros de Estado, políticos de alta figuración, militares, marinos, periodistas. Hubo recepciones, banquetes, paseos, discursos elocuentes y no pocas promesas en favor de aquella rica zona. Pero faltó un recuerdo para Ancud, para Philippi, para Williams, para Müller.

Capítulo 22

El conflicto con España (1865). — La Esmeralda en Huito. —Declaratoria de guerra. — A las islas Chinchas. Williams emprende viaje al sur.— Apresamiento de la Covadonga.— Arturo Prat y Manuel J. Thomson.— Las escuadras aliadas en Abtao.— El combate de Abtao (7 de febrero de 1866). — Arturo Prat y Miguel Grau.— Traslado del Apostadero. — Las defensas de Huite.— La Numancia y la Blanca.— Retirada de los buques españoles.— El Huáscar en Ancud.

El conflicto bélico suscitado entre Chile y España el año 1865 dio origen a una serie de episodios marítimos que tuvieron por teatro los canales de Chiloé. Aquí puede decirse que se resolvió al fin la contienda, después del combate de Abtao el 7 de febrero de 1866, y concentración de las escuadras aliadas, chilena y peruana, en el estuario de Huito. Era intendente de Chiloé don Emilio Sotomayor y presidente de la república don José Joaquín Pérez.

El 18 de septiembre de ese año se presentaba, en efecto, en Valparaíso el almirante Pareja con la fragata «Villa de Madrid» exigiendo que en el término de cuatro días se salude la insignia española con veintiún cañonazos. En el puerto se hallaban fondeados la corbeta Esmeralda en un estado lamentable de conservación y los vapores mercantes Maipú e Independencia que podrían servir, en caso de necesidad, como cruceros auxiliares. Esa era toda nuestra fuerza naval, y habría sido una verdadera locura ponerla al frente de la escuadra enemiga que contaba con buques tan poderosos como la «Numancia», «Blanca» y «Villa de Madrid».

Medida previsora fue la del gobierno postergar la contestación a Pareja y hacer que la Esmeralda salga para los canales de Chiloé, y

que por el momento no podía unirse a la escuadra peruana. El entonces capitán de navío, don Juan Williams Rebolledo se encargó de la operación, y diose tal prisa que a la media noche del dieciocho ya pudo levar anclas y pasar, en zafarrancho de combate, a medio cable de la «Villa de Madrid». El 23 de septiembre arribaba a Ancud y el 26 a Huito, en cuyo surgidero fue a carenarse con el Maipú.

Limpiábanse allí sus fondos nuestros buques, cuando el 3 de octubre de 1865 llegó la «Independencia» con la noticia de haberse declarado la guerra y la orden para que Williams se dirija inmediatamente a las islas Chinchas a fin de concertar con los marinos peruanos las operaciones de la campaña.

Hallábase dispersa en esos momentos la escuadra española bloqueando los puertos del litoral, y en esas condiciones no era difícil atacarla y aún vencerla. Dándose prisa, el 28 del mismo mes, al cabo de algunos contratiempos, arribaba el marino chileno a aquellas islas, en circunstancias que el día anterior el poderoso blindado «Numancia» había salido para el Callao.

La división peruana se había dirigido a Chilca, y allá fue Williams a buscarla con sus dos buques. Puesto al habla con el almirante Montero, éste le expresó que los comandantes de la «Unión» y «América» no eran de parecer que se atacara por el momento a los buques españoles, por cuanto la contienda civil en que se hallaban empeñados aún no se había resuelto.

Don Domingo Santa María, comisionado por el gobierno de la Moneda para cooperar a la revolución de Arequipa, juntamente con don Rafael Sotomayor y don Francisco Puelma, según Montero, hallábase en Pisco. El jefe peruano fue de parecer que Williams se pusiera de acuerdo con el diplomático chileno y los dos resolvieran en definitiva. Pero Santa María, anheloso por adelantar en sus gestiones, habíase ido la noche anterior al Callao. Nuevo contratiempo y nueva demora. El viaje, sin embargo, no fue del todo perdido, pues ahí supo Williams que a Chinchas se le habían enviado instrucciones; y hacia allá hizo rumbo para saber a qué atenerse. Decíasele que regresara a Chiloé, ya que no era posible concertar un ataque como lo deseaba Chile.

Williams se vino al sur. En el camino concibió la idea de tomarse a la «Berenguela»; pero desistió siguiendo a Lebu, a donde llegó el 19 de noviembre sin haber adelantado casi nada. Los víveres y

combustible embarcados para dos meses se habían consumido en gran parte y, lo que es peor aún, la Esmeralda, golpeada por el oleaje, hacía hasta diez y más pies de agua cada veinticuatro horas, a tal punto que las bombas apenas podían extraerla. Más aún, con el fin de mantener el equilibrio del buque, Williams hizo colocar seis cañones en la estiba.

De Lebu pasó a Lota para de allí seguir al norte en busca de algún buque enemigo. Después de algunos cruceros y tentativas infructuosas entre Pichidangui y Valparaíso, encontrose con la Covadonga, que atacó y tomó en Papudo el 26 de noviembre de 1865. La presa no era despreciable y con ella se vino a Chiloé.

Entre los jóvenes oficiales que demostraron cualidades sobresalientes en aquel combate figuran Arturo Prat, el futuro héroe de Iquique y el bizarro teniente primero Manuel J. Thomson, quien fue comisionado para tomar posesión del buque rendido. En premio se le ascendió a comandante. El 4 de diciembre de 1865 fondeaba Williams en Ancud con la Esmeralda, la Covadonga y el Maipo y el 9 de diciembre en la ensenada de Chayahué, en donde estableció su apostadero que denominó «Abtao».

La revolución peruana con el presidente Pezet, había ya triunfado, y a la alianza ofensiva y defensiva celebrada entre Chile y el Perú, contra España, uníase en seguida el Ecuador y un poco más tarde Bolivia.

Ahora podían las dos escuadras iniciar conjuntamente la campaña bajo una sola dirección. Pero los buques peruanos que llegaron para este fin a Ancud eran tan viejos, que aquello no fue posible. El «Apurimac» arribó a este puerto el 10 de enero de 1866; el «Amazonas», el 14 del mismo mes y el vapor «Lautaro», ex-Lerzundi, el primero de febrero. Éste venía en tan mal estado que dos días después estallaron sus calderas, matando a diez individuos de su tripulación.

Nombrado Williams comandante en jefe de la escuadra aliada, el 14 de enero salía de Ancud en dirección a Abtao con las fragatas «Apurimac» y «Amazonas». Los marinos peruanos eran poco conocedores de los canales, y así se explica que antes de llegar al apostadero sufrieron dos serios percances. Por no seguir las aguas de la Esmeralda, el Apurimac tocó fondo en el bajo «Inglés», quedando con algunas averías. En el canal de Abtao, la «Amazonas»

se varó sobre unas rocas, perdiéndose para siempre.

Venía a bordo desde el Perú, con dos o tres amigos más, el joven estudiante don Carlos Walker Martínez, que más tarde se distinguió en el foro, en el parlamento, en los consejos de gobierno como Ministro del Interior, en la diplomacia, en las letras y en la política. Su biógrafo y crítico notable, señor Pedro N. Cruz, explica la presencia de Walker en los siguientes términos:

> *«Se había declarado la guerra con España, y don Carlos dejó su hogar y sus estudios por servir a la patria».*
>
> *«En compañía de dos o tres amigos resolvió partir a Lima y de ahí a Estados Unidos, para ver modo de embarcarse en algún buque de esta nación que quisiera tomar patente de corso; la guerra había de ser, como fue en efecto, exclusivamente marítima. Estaba de Ministro de Chile en Lima don Domingo Santa María, quien disuadió a don Carlos de su propósito porque creía práctico que se embarcase con sus compañeros en el "Amazonas", nave peruana que nuestros aliados enviaban a Chiloé a reunirse con la escuadrilla chilena. Díjoles que a bordo podrían prestar muy útiles servicios, porque abrigaba cierto recelo de que el comandante de la nave, señor Sánchez Logomarsino, no llevara instrucciones de proceder resueltamente sino volverse aprovechando cualquier contratiempo para no arriesgar el barco.*
>
> *»Don Carlos y sus compañeros aceptaron con entusiasmo la proposición. Embarcáronse en el Amazonas y formaron el atrevido plan de alzarse con el buque si el comandante intentaba volverse: para ello contaban con la ayuda de los marineros chilenos que componían la mayor parte de la tripulación.*
>
> *»Al comandante no le hizo mucha gracia tener tales compañeros de viaje, tan jóvenes y de aspecto tan resuelto, y bien pronto comenzó a mirarlos con desconfianza al notar los conciliábulos que solían tener. Quizás por esto no llevó a cabo su intento, si es que eran ciertas las sospechas*

de Santa María, y bien pudo ser que éstas no tuviesen fundamento. El comandante se manifestó después bastante obsequioso con los jóvenes chilenos, y ocasiones de volverse no le faltaron, porque el viaje fue difícil y peligroso por defectos del buque, al cual se le descubrieron vías de agua abundantes».

«Cuando ya faltaba muy poco para que el Amazonas se uniese con la nave chilena Esmeralda en los canales de Chiloé chocó en unos escollos. Por suerte el mar se hallaba tranquilo. El señor Logomarsino, al ver que su nave corría inminente riesgo de perderse, envió un bote para que fuese a pedir auxilio a la Esmeralda que se divisaba no muy lejos, y encargó a don Carlos que llevase la comisión. Éste la cumplió de una manera muy satisfactoria, de suerte que el comandante de la Esmeralda, señor Williams Rebolledo, le instó para que se quedase a su lado en calidad de secretario. Aceptó don Carlos y lo acompañó hasta la víspera del combate de Abtao, día en que el comandante Williams lo envió a Santiago con una comisión reservada para el gobierno, cuyo fin era conseguir municiones para la escuadra que ya estaban escaseando. No tuvo ocasión de volver a embarcarse, porque el gobierno determinó ocuparlo en un puesto de más autoridad e importancia».

Del Amazonas sólo pudieron salvarse algunos cañones para la defensa del puerto y elementos accesorios de fácil manejo. Afortunadamente llegaron a Chayahué el 4 de febrero de 1866 las corbetas peruanas «América» y «Unión» al mando del capitán de navío don Manuel Villar. Si los anteriores buques resultaron de escaso valor, éstos, por el alcance de su artillería, representaban un poder efectivo para los aliados. Esto no obstante, la flota que mandaba Alvargonzález era muy superior con sus noventa cañones de diverso calibre frente a la de los aliados que sólo tenía cincuenta y siete, sumados los de la Esmeralda, Covadonga, Maipú, Apurimac, América y Unión.

Un buque con carbón para la escuadra esperaba ser convoyado desde Ancud. Aunque el momento no era propicio, por cuanto los barcos españoles no tardarían en presentarse, Williams determinó ir

a buscarlo con la idea de arreglar el aprovisionamiento de víveres y disponer el traslado del batallón naval para guarnecer el apostadero. La determinación aquella dio margen a posteriores censuras, y habrían sido más acres si no se tratara de un marino tan valeroso como lo era el comandante en jefe de la escuadra aliada. Pudo la opinión indocta acusarlo, con temeraria injusticia, en un momento de exagerado enojo; pero no hay antecedente alguno en su larga y brillante carrera que lo haga reo de un acto punible, ni se le suponga capaz de haber querido rehuir el encuentro de aquel día.

Preparábase Williams para regresar a Abtao cuando recibió la noticia de que la Blanca y Villa de Madrid penetraban a Huito. Sobre la marcha destacó un bote con aviso para el jefe peruano, advirtiéndole que quedaba en la boca del canal esperando el momento oportuno para seguir viaje.

A los españoles no les fue difícil descubrir el escondrijo de la escuadra. El siete de febrero al amanecer hicieron proa hacia las islas de Tabón y Quigua para alcanzar luego a la ensenada de Quidihue, que se halla al frente de Abtao. A las seis de la mañana se avistaron los humos y a las cuatro de la tarde, más o menos, estaban a mil metros. El encuentro era inevitable. Dispuestos a defender caras sus vidas, allí esperaron en sus puestos, desde capitán a paje, el comienzo del drama. Acodados los barcos chilenos y peruanos popa con popa, para presentar sus baterías formando una columna cerrada al puerto[14], el Apurimac fue el primero en romper los fuegos. Notose incertidumbre en los contrarios desde un principio, sin querer aventurar un ataque en regla; y manteniéndose los buques sobre sus máquinas, los disparos hechos en tales condiciones sólo produjeron escasas averías. No así los que ellos recibieron.

Hay una serie de circunstancias que concurren en el combate de Abtao. Desde luego conviene saber que en esa fecha, 7 de febrero de 1886 nuestro héroe máximo, Arturo Prat, recién ascendido a teniente segundo, combatió con su amigo y émulo en gloria, Miguel Grau, en defensa de una causa común. Prat en la Covadonga y Grau en la Unión, éste en calidad de comandante.

En lo más recio del combate la espía de la América se cortó y la nave, movida por la corriente, presentó la proa al enemigo. La Covadonga, comandada por el bravo Thomson, al notarlo, pasa un remolque, que también se corta. Entonces la goleta gobierna sobre

la Blanca, que en ese momento había recibido un disparo bajo la línea de agua y se retiraba detrás de una punta para repararse. Los enemigos, para contrarrestar el ataque, concentraron todos sus fuegos sobre la cañonera y ésta regresó por hallarse cerca de un bajo [15] .

El cañoneo seguía mientras tanto, con intermitencias. Al cabo de hora y media, más o menos, viose que la Blanca y Villa de Madrid suspendían sus disparos y se alejaban hacia el golfo cercano, en donde se quedaron voltejeando hasta el amanecer del ocho, fecha en que emprendieron viaje al norte por la ruta del Corcovado. Williams, que había permanecido en la boca del canal, penetraba a Abtao el nueve.

El fallo definitivo sobre el combate de Abtao, aún permanece indeciso. El parte peruano, firmado por el capitán de navío don Manuel Villar, describe la acción haciendo ver las circunstancias que concurrieron hasta la retirada de los buques españoles. Para ese jefe, la victoria de los aliados es clara e indiscutible. En cambio, el testimonio de los contrarios difiere notablemente. En la nota respectiva se habla de catorce balazos que dejaron huellas insignificantes en los dos buques, de seis heridos y tres contusos. No cabe duda que hay exageración, tanto en las declaraciones del marino peruano como en las del español. La historia aún no ha dicho la última palabra; y si bien es verdad que la «Blanca» y la «Villa de Madrid» sacaron la peor parte, no es menos cierto que nuestros buques combatieron a la defensiva protegidos por un mar sembrado de arrecifes. Lo que está fuera de duda es que los aliados batiéronse con denuedo. De Arturo Prat se dice que demostró serenidad y valor, siendo el único oficial que permaneció en pie sobre cubierta ante la granizada de la «Blanca» y el que después fue almirante, don Constantino Banen, presenció el combate desde la cofa de la Covadonga. Los tenientes don Basilio Rojas, don Jorge Montt y el guardia-marina Garrao, desde la isla como vigías.

El comandante en jefe, con los antecedentes que pudo reunir, dirigiose en oficio al Ministerio de Guerra y Marina, asegurando que el enemigo había sido rechazado y, por tanto, vencido.

Era de presumir que Méndez Núñez quisiera vengar el rechazo

de Abtao y encomendara esa tarea a la «Numancia», fragata de primera clase armada con cuarenta cañones de gran poder y alcance. Williams lo entendió así también y viendo que Abtao no era sitio apropiado, se vino a Ancud con toda la escuadra para guarecerse bajo las fortificaciones de esta plaza. Una rápida visita a los fuertes, hiciéronle ver que tampoco eran suficientes para la «Numancia» y demás buques que la secundarían. Urgía entonces buscar abrigo en otra parte.

Hay entre Calbuco y Puerto Montt una embocadura que penetra varias millas tierra adentro, el llamado estero de Huito, protegido por la naturaleza y con fondo para naves de alta mar. Williams, que conocía esa posición estratégica, la recomendó no sólo para defenderse, sino para prevenir un desastre; y aún cuando los aliados no fueron del mismo parecer, se allanaron a las razones aceptando la idea del jefe chileno. El dieciocho de febrero todos los buques se hallaban en Huito.

Los trabajos de defensa comenzaron con gran empeño. Lo estrecho del canal de entrada permitió a los aliados tender las cadenas de la corbeta «Amazonas», que se sostuvieron con balizas de madera semihundidas para que el enemigo no pudiera verlas. A la izquierda se colocaron cuatro piezas de artillería de a 68 y en sitio prominente de la costa cercana una de 110 para arrojar bombas. A trescientos metros de este bombero, dos cañones rayados de a 32 y dos baterías que podían cruzar sus disparos con piezas de a 32 cada una. Hacia el fondo e izquierda del surgidero una pieza de a 32 y una rayada de 12. En las inmediaciones se tenía listo el vapor Lautaro, reflotado para hundirlo en la boca en momento oportuno.

Después de una labor ardua y constante en que fue necesario trabajar día y noche, la obra quedó terminada. El primero de marzo ya podían los aliados valerse de estas defensas. Esa misma fecha, por rara coincidencia, la «Numancia» y la «Blanca» entraban a los canales en busca de nuestros buques. Al pasar por Huito, un piquete de tropa chilena del 3.º de línea, a cargo del capitán don Luis Acuña Quintana, oculto entre los árboles de las colinas cercanas al puerto, hizo fuego sobre los botes que salían en busca de víveres, contestando la «Blanca» con una andanada al caserío.

De Huite siguieron las naves españolas a Chayahué. Bueno es

hacer notar aquí que Huite es una caleta situada al norte de Quemchi, en la Isla Grande, y no debe confundirse con Huito, que se halla en el continente, entre Puerto Montt y Calbuco.

Era el día dos de marzo de 1866. El almirante Méndez Núñez, jefe de la división, gobernó al norte en demanda del apostadero. Ahora el puerto de Abtao estaba desierto. Por Vicente Picol, indígena de los alrededores, supieron los marinos españoles el paradero de los aliados. Con las precauciones que es de suponer, la «Numancia», piloteada por la «Blanca», continuó avanzando por entre sirtes y canales. El vigía, apostado en un punto dominante de la costa, las vio al norte de la isla de Tabón, favorecidas por un cielo despejado y sereno. El humo de nuestros buques guió al enemigo, fondeando éste a unas cinco millas del nuevo apostadero, dispuestos a pasar allí la noche. El ataque se efectuaría en pocas horas más. Williams lo creyó así e hizo hundir al Lautaro.

Sin embargo, los planes de Williams eran discutidos a bordo y considerados peligrosos. Algunos jefes peruanos propusieron alejarse del archipiélago, efectuando una retirada sigilosa antes del amanecer. Tampoco faltaron quienes manifestaran la idea de hundir otros buques y cerrar totalmente la entrada. Williams insistió y defendió con firmeza su plan, que al fin todos aceptaron alejarse del archipiélago, efectuando una retirada sigilosa antes del amanecer.

El combate era cosa resuelta, y aunque con elementos desiguales, se empeñaría reñido. Distribuidas las Fuerzas, todos, desde el comandante en jefe abajo, esperaron en sus puestos el momento supremo. La que ahí se iba a sostener era una lucha a muerte, entre unos cuantos buques casi inservibles contra dos naves formidables.

Así las cosas, súpose al amanecer del día 3 de marzo que los buques españoles habían levado anclas para dirigirse hacia el golfo de Ancud, perdiéndose de vista un poco más tarde. Aquella inesperada resolución de Méndez Núñez quedó como un punto interrogante. Ni a bordo de los buques aliados, ni en tierra pudo resolverse el enigma. Sólo más tarde fue posible establecer la verdad de lo ocurrido, leyendo el documento en que el marino español explicaba a su gobierno las razones que lo movieron para retirarse. En ese parte habla de las corrientes y neblinas, del peligro de los escollos y bajíos que le impidieron acercarse al enemigo,

atrincherado fuera del alcance de los cañones.

Méndez Núñez siguió al norte y las escuadras chilena y peruana, a las órdenes ahora del almirante Blanco Encalada, quedáronse en Ancud esperando el arribo de los blindados Huáscar e Independencia, recién construidos, que venían de Europa, al mando del almirante don José María Salcedo. En los primeros días de junio fondeaban en este puerto, libres de las sorpresas que naves españolas les preparaban a la salida del estrecho. Por cierto que abordo nada sabían del combate de Abtao, ni del ataque de que pudieron ser víctimas antes de su llegada a San Carlos de Ancud.

El combate naval de Abtao es uno de los episodios más interesantes ocurridos en los mares del archipiélago, no sólo por las características que lo adornan, sino por las circunstancias concurrentes. En ese día, oficiales chilenos y peruanos pelearon con valor defendiendo principios de alta política americana, sin pensar que años más tarde pudieran hallarse, no unidos como ahora por ideales comunes, sino separados por intereses opuestos, por odios que las mismas contiendas crean y fomentan. Allí aparecen Miguel Grau y Arturo Prat, la Esmeralda y la Covadonga; en Ancud, el Huáscar y la Independencia. No necesitamos agregar que la Esmeralda fue aquel buque que se cubrió de gloria en la rada de Iquique juntamente con la Covadonga, ni repetir lo que sabemos de la Independencia, Huáscar y Punta Angamos.

Capítulo 23

Chiloé insular.— Descubrimiento y conquista.— Su incorporación al Virreinato del Perú (1776).— Independencia.— Límites primitivos— Ancud.— División inconsulta.— Progresos locales.— Salubridad y moralidad. — Evolución de las costumbres.— Vida urbana y vida rural.— Comercio e industrias.— Vías de comunicación.— Colonias.— Progreso económico.— Agricultura.— Pesca y caza.— Cultura general.— Periodismo y letras.— Extranjeros ilustres.— Chilotes de nota.— Castro y Quinchao.— La capital de Chiloé.— Problemas insulares. — Política.— Sentimiento regional.

Chiloé insular. —Ancud. — Chiloé es tal vez una de las provincias que han sufrido más vicisitudes y transformaciones en el curso de su vida histórica, social y política. Descubierto el archipiélago el 8 de noviembre de 1553 y conquistado en 1567 dejaba de pertenecer a la capitanía general de Chile en 1776 para incorporarse al Virreinato del Perú. Devuelto por real cédula de 1.º de octubre de 1780, obtuvo su independencia en 1826, constituyendo desde entonces hasta 1853 una de las ocho provincias en que fue dividido el territorio chileno. Confinó por el norte con la provincia de Valdivia y por el sur con el cabo de Hornos; pero a contar de esta última fecha una serie de decretos la redujeron a sus límites naturales.

La división inconsulta que se hizo del territorio chileno por decreto N.º 8582, de 30 de diciembre de 1927, con fuerza de ley, alteró substancialmente su fisonomía administrativa y política, refundiéndolo con Llanquihue en una sola entidad con el nombre de

«Chiloé». Mezquina concesión, por cierto, que no logró acallar las justas quejas provocadas por ese decreto, ni satisfacer la ofensa inferida contra toda una provincia, digna de ser respetada. Ancud quedó convertido en simple gobernación, con sus servicios públicos desquiciados, destruida su unidad geográfica, porque no solamente sufrió con esta medida el mecanismo administrativo, político y social, sino también la enseñanza con el alejamiento de muchas familias, el comercio, las industrias, la economía propiamente dicha. La reforma hecha con tanta premura y sin un estudio serio, produjo desconcierto. Luego que se puso en práctica, aparecieron los vacíos y con ellos las dificultades de todo género, creadas por el cambio de categoría de Intendencia a Gobernación de departamento, de Gobernación Marítima a Subdelegación, de Aduana a Tenencia, de Juzgado de Letras a Juzgado de cuarto orden. El departamento de Quinchao, las comunas de Quemchi, Curaco de Vélez, Quenac y algunas subdelegaciones desaparecieron totalmente refundidas con otras entre los nuevos límites. Fue un verdadero despojo que nos arrebató muchas cosas queridas que hacían honor a la república y a la provincia. Para darle vida a Puerto Montt, pretendió unirse lo que la naturaleza ha desunido. Por hacer de dos provincias, una sola, no se tomaron en cuenta las graves dificultades; que con ello se creaba a los cien mil habitantes del archipiélago. Se les alejaba de su centro geográfico y los empleados públicos que antes podían trasladarse a Ancud en pocas horas para tramitar el despacho de sus peticiones o acudir al llamado de sus jefes, ahora quedaban sujetos a un viaje largo con las molestias y gastos consiguientes. Y es que Chiloé, propiamente dicho, no es otra cosa que el archipiélago de este nombre formado por la Isla Grande y demás que se hallan diseminadas dentro de la zona ocupada por los golfos de Ancud, de la Cordillera, de Talcán y Corcovado, desde el canal de Chacao al norte hasta la península de Tres Montes por el sur, incluso los archipiélagos de los Chonos y Guaitecas.

Progresos locales.— La ciudad de Ancud data del año 1768, fecha en que la fundó el gobernador español don Carlos Beranger con los pobladores de la Villa de Chacao, bajo la denominación de «Villa de San Carlos de Chiloé». Punto esencialmente estratégico, situado a la

entrada del canal y abocado al océano, convirtiose luego en el primer puerto de estas islas y en una de las plazas más importantes del Pacífico. Fue asiento del gobierno militar, de las oficinas de hacienda y uno de los centros comerciales más activos e importantes de Valparaíso al sur. El 4 de julio de 1834 cambió su nombre por el de Ancud con el título de ciudad, pasando a ser la capital de la provincia y en 1840 asiento del actual Obispado. El 14 de enero de 1826 obtuvo su independencia, después de la batalla de Bellavista y el 19 del mismo mes Quintanilla capitulaba entregando la plaza a las huestes victoriosas. El 10 de agosto de 1826 fue elevado Ancud al rango de puerto mayor y abierta su aduana a los mercados extranjeros.

Ancud fue la capital del archipiélago hasta el 30 de diciembre de 1927. Antes de esa fecha ya había perdido sus escuelas de pilotines, de agricultura y profesional, su regimiento, su liceo de niñas y una serie de servicios anexos que representan sumas considerables de que se halló desposeído el comercio cuando más lo necesitaba. Estas medidas atropelladas acarrearon el cierre del banco y la respectiva liquidación de cuentas.

Situado Ancud al pie de las laderas de Guaigüén y Bellavista, ofrece al viajero que lo observa desde el mar un panorama realmente espléndido. Por el oeste la península de Lacuy se extiende hasta Punta Corona en un arranque soberbio, impidiendo que los vientos del cuarto cuadrante hagan sentir sus efectos sobre el puerto.

La planta de la ciudad es algo quebrada; pero las mismas fallas del suelo, los altibajos que aparecen en sucesión interminable, le dan un aspecto de belleza riente que no se ve en ningún otro pueblo del sur de Chile. Los forasteros son los que hacen resaltar esta característica que domina en los cuadros panorámicos de Ancud y alrededores. En la parte baja, en lo que se llama el «comercio», sus calles corren de poniente a oriente, suaves, rectas, con aceras de cemento y calzadas bastante espaciosas.

La edificación evoluciona; y a pesar de que no se han podido cubrir aún todos los espacios vacíos que dejaron los incendios, surgen construcciones valiosas de cemento armado que, como el templo episcopal, el que ocupa el periódico «La Cruz del Sur», el de la Curia Eclesiástica, el del Liceo, los de la calle Prat, y otros de

material mixto pueden lucirse en ciudades mucho más importantes que la nuestra. La Intendencia, el cuartel de Carabineros y de Bombas, el Seminario Conciliar, el Colegio de María Inmaculada, la aduana, el asilo de huérfanos y algunos más son edificios de un valor arquitectónico efectivo.

La población urbana de Ancud ha sufrido alteraciones notables. Allá por los años de 1850 al 70, época de resurgimiento en los negocios, subió de seis mil habitantes; pero en el censo de 1895 decreció un poco alcanzando a 5 311. Las supresiones de establecimientos públicos, el cierre del banco y el traslado de la capital al continente, produjeron más tarde un nuevo y rápido descenso.

Una estación radio aérea potente facilita las comunicaciones telegráficas con la Isla Grande, haciendo de Ancud el centro de tan importante servicio en el archipiélago. El ferrocarril de Corte Alto a Lepihué de Maullín será otro lazo de unión con tierra firme y un agente de progreso que ha de ir entonando poco a poco la economía de las islas. Pero antes que ese ferrocarril, lo será el camino plano entre Puerto Montt y el canal de Chacao.

Salubridad y moralidad. — La región del archipiélago es una de las más pintorescas del sur de Chile. Favorecida por un clima suave y templado, no se notan aquí los excesos de calor y frío que marca el termómetro en otras partes. Rara vez en el invierno baja la temperatura a cero grado. En el verano se mantiene entre los quince y veinte, siendo excepcionales aquellos días en que sube de veintisiete. Si bien el clima es húmedo, en cambio no es propenso a las enfermedades contagiosas ni a las epidemias endémicas. Es verdad que la viruela y el tifus hicieron estragos en la época de la colonia; pero aquello se debió a la escasez de elementos y de facultativos para combatirlos. También suele visitarnos la tos convulsiva, la alfombrilla, la gripe, que ataca de preferencia a los niños; pero procediendo con cuidado se observa que el mal cede luego. En otras regiones de Chile la mortalidad es subida. En Chiloé, aún cuando los hábitos higiénicos no están difundidos, la proporción de los nacimientos es algo más alta que en muchos puntos de la república. Y es agradable ver que esta situación se mejora con las transformaciones que se introducen en las viviendas

y con el alcantarillado. En los campos la habitación ya no es lo que fue en otra época. Desaparecen gradualmente las antiguas chozas pajizas y se levantan en su reemplazo casitas con aspecto moderno, de suelo entablado, pintadas, con piezas independientes y suficientes ventanas para el aire y la luz.

El alcohol, antes más que ahora, se consumió en grandes cantidades, y esto produjo un descenso notable en la moralidad y costumbres. Los individuos, dominados por este vicio degradante, sufrieron las consecuencias del tóxico. Por fortuna, la organización sanitaria se ha extendido por toda la república y aquí, como en otros puntos, han alcanzado también los beneficios. La Dirección de Sanidad imparte sus instrucciones, que se ponen en práctica con el auxilio de los facultativos y personal dependiente.

En Ancud la beneficencia está servida por un hospital que fue considerado por mucho tiempo como una de las mejores casas de salud de Valdivia al sur. Desde el 1.º de enero de 1875 lo regentan Religiosas de María Inmaculada. Ahora el hospital posee un edificio moderno de cemento armado.

El promedio de enfermos diarios en el hospital incendiado era de cuarenta a cincuenta, cifra que subía de ochenta en invierno. El policlínico atendía alrededor de cien consultas al mes; sesenta a ochenta tratamientos dentales y más de cien inyecciones y curaciones.

Es honroso constatar el hecho de que la moralidad pública no ha sufrido en Chiloé graves quebrantos. La sociedad, la familia, el pueblo mantienen su antiguo recato y los desmanes en el vestir, las demasías en las costumbres aún son casi desconocidos. Si bien la mujer acepta las modas reinantes, tiene buen cuidado de no exagerarlas. Y como no existen los salones públicos en que se baila sin decoro, el balneario en que se exponen trajes indecentes, la juventud conserva el santo rubor que provoca el descoco.

El obrero de Chiloé es tranquilo y morigerado. Sabe respetarse y respetar a los demás. Mantiénese de su trabajo, sin ocuparse en disturbios ni huelgas. Vive en habitaciones propias o arrendadas, generalmente en buena armonía con la familia y el vecino. Los matrimonios mal constituidos son escasos y dentro de estas condiciones en que permanece aún la clase humilde, la vagancia de los niños no presenta los caracteres alarmantes de un problema.

Merced a la ley de la habitación barata, cuyo autor y propulsor fue el Senador por Chiloé don Alejo Lira Infante, se han venido construyendo viviendas para obreros. Se halla ya en servicio la población «Antonio Bórquez Solar». Las leyes sociales, con sus exageraciones y todo, se practican. El descanso dominical se observa, con algunas excepciones. El ahorro se hace en pequeña escala por falta de propaganda y las disposiciones que prohíben el expendio de las bebidas alcohólicas se observan, si bien será difícil poner coto al negocio clandestino.

Evolución de las costumbres. — *Vida urbana y vida rural.* — Las costumbres en Chiloé se han ido transformando con el correr de los tiempos. Pocas huellas quedan de la época pasada, austera, sencilla, profundamente religiosa. En la ciudad la vida transcurre tranquila. Las representaciones teatrales, los actos académicos, el cine, las carreras, el deporte, el paseo público atraen a la juventud. Los colegios son frecuentados por todas las clases sociales, sin excepción y tanto los de arriba como los de abajo demuestran deseos de instruirse. Las oficinas de correos y telégrafos, las tesorerías, notarías y juzgados atraen a los hombres como a las mujeres. Es raro el servicio fiscal en donde falte el elemento femenino. En oficinas de poca labor, este hecho tal vez no constituye un peligro; pero en centros urbanos densos en donde se ven departamentos llenos de muchachos jóvenes, impertinentes, jefes descuidados, creemos que el decoro de la mujer decae.

El profesorado sigue siendo la carrera preferida para las jóvenes. En el campo se han introducido cambios en las costumbres, tanto en el modo de vivir como en la alimentación. La niña que concurre a la escuela sale con nociones de economía doméstica, cose sus trajes, dibuja, borda, lava, plancha, prepara guisos y dulces, pastas, fiambres, embutidos y otras golosinas de repostería.

La lectura de libros, revistas y periódicos se extiende considerablemente; y hoy día la novela, la historia, el libro de cuentos, la hoja diaria se vende y propaga sin ninguna restricción. Por fortuna, las ideas comunistas, tan divulgadas en toda suerte de escritos, en Chiloé no prende o prenden con dificultad por la razón de que aquí el número de propietarios es muy subido. En algunas regiones del archipiélago casi no hay quien no sea dueño de una,

dos, tres, cuatro o más cuadras de terreno, de una casita, de una yunta de bueyes y algunas ovejas a lo menos.

Sin embargo, no faltan quienes pretendan introducir la cizaña, engañando a gente sencilla, con promesas que no podrán cumplirse. Dícenles que el comunismo reparte tierras. Pocos son los que lo creen. Los cuerdos que no se dejan engañar, se ríen o se burlan. Y el embaucador deja la plaza y se va con su música a otra parte.

La subdivisión de la propiedad en parcelas tan exageradamente pequeñas, constituye hoy día en Chiloé un verdadero problema. Ni la economía pública, ni la economía privada ganan con ello, habiendo, como hay en efecto, no muy distante de la costa, considerables extensiones de suelos que nadie cultiva por falta de caminos.

No sabemos hasta qué punto sería oportuno dictar una ley que dispusiera, con cierta parsimonia, la venta de esos pequeños retazos y la formación a la vez de predios comerciales que no bajen de diez hectáreas ni suban de cien, según las distancias que los separen de los centros de consumo, con la promesa de devolver a los desposeídos una parcela mayor en los lugares que ellos mismos pudiesen elegir, pagadera a largo plazo.

Este sería un medio fácil y práctico de poblar campos desocupados e impedir la emigración de brazos útiles que anualmente salen del archipiélago.

Comercio e industrias. — Vías de comunicación. — Desde larga data, la provincia de Chiloé ha venido soportando postergaciones y olvidos de todo género. En poder del Perú, los virreyes la ambicionaron por sus condiciones estratégicas; pero la explotaron comercialmente desatendiendo los servicios públicos. Incorporada a la república, no fue menos irritante el abandono.

La guerra de la independencia, dejó a Chiloé esquilmado. Los gobernantes que vinieron a regir sus destinos, con raras excepciones, traían ideas peregrinas sobre el archipiélago, convencidos de que la región era de un clima insoportable y los suelos improductivos. Por eso ni el gobierno de la Moneda, ni el congreso, ni los intendentes mismos quisieron interesarse poco ni mucho en favor de estas islas. Por eso las industrias de la madera y tejidos, en otro tiempo tan prósperas, soportaron las consecuencias

de esa imprevisora política. Por eso también el territorio de Magallanes, víctima de la negligencia dejósele expuesto a la ambición de naciones extranjeras.

La exportación de maderas en grande escala movió, desde los tiempos lejanos de la colonia, capitales considerables. Las islas, la cordillera y Guaitecas proveyeron a los pueblos del norte y del Perú con millares de piezas al año. El puerto de Ancud sirvió de centro en donde las naves de alto bordo efectuaban el carguío con un considerable número de obreros. En Balcacura, Nal, Punta Arenas se hallaban los grandes depósitos que se iban acumulando a medida que las embarcaciones menores hacían el acarreo desde los astilleros. Veinte, treinta, cuarenta, cincuenta buques a la carga veíanse fondeados constantemente en la rada y golfete de Quetalmahue, aparte de las naves balleneras de diversas nacionalidades. Pero se abrió la frontera araucana; penetró el ferrocarril hasta Temuco y Osorno para alcanzar luego a Puerto Montt, y Ancud comenzó a decaer, sin que el gobierno parara mientes en ello.

Chiloé, por ser la provincia más distante del centro administrativo y político de la república, fue quedando postergada con sus servicios fiscales en condiciones detestables, con sus esperanzas y promesas que jamás se cumplían. Los ferrocarriles, los caminos, los vapores carecieron aquí de un valor efectivo, por razones que sería largo enumerar. El primero y único carril de hierro que al fin se construyó en la Isla Grande después de una larga y tenaz campaña periodística, ha llevado desde el primer día una vida vegetativa. Quiso hacerse un experimento y para el caso los técnicos imaginaron una trocha de sesenta centímetros. Existía en esos días, arrumbado, como cosa inútil, un ferrocarril al Volcán, una especie de juguete, bueno en su tiempo para ascender alturas y salvar cajones de cordillera a paso de buey. Para Chiloé aquello era un hallazgo. ¡Tender una línea de montaña para el acarreo de maderas en un valle que mide desde Ancud a Quellón ciento cuarenta y tantos kilómetros! Y ahí está ese ferrocarril, sujeto a mil obstáculos. Sólo en la estación de Mocopulli desemboca una carretera inconclusa que viene de la costa cercana. Las otras, como las de Puntra y Butalcura se hallan aisladas, sin comunicaciones con los predios colindantes. Horas enteras se demora el tren en salvar

distancias y el cuadro no cambia. El viajero se extasía observando la naturaleza virgen, el desfile interminable del bosque, las quemazones que consumieron, en los días ardientes del verano, la hojarasca y el musgo que tapizan el suelo; pero no descubre la vida generosa que crea el esfuerzo humano.

El ferrocarril no tiene contacto con el puerto. Una simple variante habría sido suficiente para que el trazado, siguiendo desde Pudeto por detrás del cerro Guaigüén viniera a rematar a pocos metros del muelle de pasajeros, punto en que debió haberse construido la estación y no en el sitio donde actualmente se levanta. Detrás de la aduana, con haberle quitado a la playa lo que ahí tiene sin uso, había espacio de sobra para un gran malecón, maestranza, bodegas y demás edificios que la empresa requiere. En cambio, se cometió el error de tender un ramal hacia Lechagua pasando por el centro de la ciudad y hacer en esa playa un muelle costoso para que algunos años más tarde, en vista de lo inútil que resultó la obra, se levante la línea, se deshaga el muelle y se desarmen los edificios. Perdíase de este modo, sin provecho ninguno, una suma crecida con la cual se habría construido un rompeolas para el abrigo de los vapores correos y escampavías de la armada.

Con estas mejoras el puerto de Ancud pudo haber quedado en muy buenas condiciones, por lo que mira al movimiento de la carga y abrigo de las naves, libre de las molestias que ocasionan los trasbordos y la pérdida de tiempo, sin las quebrazones y recargo considerable en los precios de la mercadería.

En la Isla Grande, las vías de comunicación son escasas e inadecuadas. Puede decirse que aún no tenemos una red de caminos porque los pocos que se han construido se ponen intraficables en el invierno. El camino Caicumeo abierto el año 1781 para los viajes entre Ancud y Castro, no quedará en buenas condiciones sino en muchos años más, si las obras que en él se ejecutan no se aligeran.

Progresos económicos. — El florecimiento comercial que en Ancud comenzó después del año 1845, no tuvo al principio base más sólida que la industria de las maderas, la pesca y la caza de lobos finos. Otros valores económicos, que las riquezas naturales de la zona ofrecen en abundancia, eran desconocidos por falta de aliciente y capitales para crearlos. Por eso cuando el ferrocarril de

la frontera avanzó hasta Valdivia, Osorno y Puerto Montt, notose luego que la producción de los aserraderos isleños disminuían tanto cuando aumentaban las exploraciones de bosques a lo largo de esa línea.

Para detener el decaimiento de los negocios en esta plaza, ya que no contaba con otra fuente de entradas que las antedichas, otro gobierno previsor habría venido luego en su auxilio, protegiendo la pequeña industria. Pero esto era mucho pedir para aquellos tiempos en que un centralismo despótico y una política egoísta dominaban sin contrapeso en las alturas.

La Isla Grande, cubierta en sus tres cuartas partes de bosques inexplotados, con una población que no corresponde a su superficie, pudo haber sido un campo de activas labores industriales para no pocas empresas. Pero faltaban los medios y el estímulo. Sólo buques balleneros norteamericanos, noruegos, ingleses, etc., con las bodegas repletas de marisco seco y plumas acopiados en los archipiélagos patagónicos y canales de Chiloé, recalaban en este puerto en busca de refugio o para proveerse de víveres antes de emprender el regreso.

Si no el gobierno, que casi siempre nos negó su ayuda, desentendiéndose con meras disculpas, empresas particulares comenzaron a estudiar los negocios de Chiloé e interesarse por ellos. La compañía alemana «Kosmos» nos envió cada mes uno de sus vapores. La «Inglesa» en el Pacífico y la «Sudamericana» dispusieron viajes hasta Puerto Montt con escala en Ancud de ida y vuelta, al principio cada quince días, semanalmente después. Esta última, a despecho de los armadores de goletas y balandras que tenían monopolizado desde antiguo el comercio de cabotaje en los canales, dispuso que el «Limarí», primero, el «Pudeto» más tarde, iniciaran la carrera entre Ancud, Castro, Melinka y caletas intermedias.

Y como si este impulso que recibía el comercio isleño estuviera destinado a marcar orientaciones en los actos del gobierno, abriéronse a continuación una serie de establecimientos de verdadera importancia para esta zona. Por ley de la república creose para Ancud una «Escuela de Pilotines» en donde debían formarse los futuros pilotos y capitanes de naves mercantes. Con el fin de poblar los campos y promover nuevos cultivos, estableciose

una «Escuela Agrícola». Para la explotación científica de la ostra, riqueza inagotable que se halla diseminada en los bancos de esta bahía principalmente, se dispuso la apertura de una «Escuela Ostrífera». A renglón seguido se abrió una «Escuela Profesional».

Por desgracia, las condescendencias políticas, los influjos, el compadrazgo comenzaban a entorpecer la obra de progreso en la Isla Grande. A pretexto de que en Ancud llovía mucho en el invierno y los temporales molestaban a profesores y alumnos, el director de la Escuela de Pilotines obtuvo que se la llevase a Talcahuano y de ahí a Coquimbo. Por economías fueron suprimidas las Escuelas Agrícola, de Ostricultura y la Profesional. Un Ministro complaciente nos privó del Liceo de Niñas, en circunstancias que un año antes se habían llevado el «Regimiento Chiloé».

Estas medidas atolondradas no obedecían a ningún plan administrativo serio. Hacíanse economías en los gastos fiscales de Chiloé para continuar los dispendios en las otras provincias. La Escuela de Pilotines estaba aquí en su propio elemento. La Escuela Agrícola producía lo suficiente para vivir con sus entradas. Hasta diez mil injertos salían cada año del criadero de manzanos. La producción de miel era notable. El pedido de animales finos no sólo se concretó a la provincia; fueron enviados toritos bretones y de otras razas, lo mismo que lanares y caprinos, a diversas crianzas del país.

Para el fomento agrícola se establecieron colonias de extranjeros en Huillinco, Chacao, Pumanzano, Camino Nuevo, Laja Blanca y Quetalmahue. S. E. don Pedro Montt, que conocía la zona isleña, dispuso que se construya el ferrocarril de Ancud a Castro con un ramal a Lechagua. Bajo la administración de don Germán Riesco se creó el «Regimiento Chiloé» y el Banco de Chile abrió una agencia. Todo esto, como es de suponerlo, produjo un gran resurgimiento comercial, no obstante las restricciones de la agencia bancaria en los giros, que prefirió llevar hasta 1922 una vida pasiva y meramente orgánica.

La exportación de productos que en 1894 alcanzó por esta aduana a $1 112 011 bajó algunos años más tarde a $200 000. Con los créditos concedidos subió a $683 000. En 1925 alcanzó a $810 700. En 1926 a $935 500; en 1927 a $1 077 033; en 1928 a $1 665 130, sin tomar en cuenta el valor de los productos

embarcados por Dalcahue, Quetalco, Tocoihue, Tenaún, Mechuque, Quicaví, Quemchi, Huite, Linao y Chacao. Desgraciadamente, en 1928 el banco cerró sus puertas.

El movimiento marítimo por el puerto de Ancud alcanzó en 1894 a 287 naves con 180 558 toneladas, distribuidas así: buques a vapor, chilenos, 131, con 66 032 toneladas; buques de vela cargados, 32, con 17 226 toneladas y 40 en lastre con 24 459 toneladas. En todo 203 buques chilenos con 111 417 toneladas. Extranjeros: 70 vapores con 60 387 toneladas y un buque de vela en lastre con 510 toneladas. En todo 71 buques con 60 897 toneladas. Hay que agregar además 13 buques de guerra con 11 844 toneladas. Salieron por el mismo puerto 281 buques con 169 295 toneladas. En 1928 subió a 502 naves para bajar en 1930 a un promedio de 632 entrados y salidos con un tonelaje de 146 272. En cambio, en 1932 marca un resurgimiento evidente.

Según el censo industrial de 1928, el capital invertido en pesos de seis peniques alcanzó en Ancud a $2 330 049. El valor de la producción a $1 547 352 y el de las ventas a $1 519 806. La producción de trigo, cebada, avena, centeno, papas y arvejas alcanzó en 1930 a 211 120 toneladas. El valor de las mercaderías entradas el mismo año por el puerto de Ancud a $2 817 700 y las salidas a $1 789 400.

Agricultura, Pesca y Caza. — La riqueza verdadera del archipiélago se halla seguramente en sus campos y en sus mares. Por mucho tiempo se creyó que las tierras isleñas, cultivadas en forma rudimentaria, carecían de un valor agrícola efectivo. El establecimiento de colonias extranjeras en los alrededores de Ancud nos vino a probar lo contrario. Los terrenos del archipiélago no ceden en bondad a los más fértiles de Llanquihue y Carelmapu.

La pesca y la caza constituirán ramos valiosos de la economía pública y privada, cuando se les dé el valor que tienen y se establezcan escuelas con base industrial. Sólo la ostra, que desde hace más de un siglo se viene extrayendo, representa para Ancud una riqueza inagotable. Datos estadísticos que tenemos a la vista nos permiten asegurar que el año 1898 se remitieron a Valparaíso 4 940 fanegas.

Colonias. — No se concibe cómo se han podido dejar sin cultivo las grandes extensiones de suelos boscosos que existen en la Isla Grande. Tampoco se concibe el retardo en abrir el camino hasta Quellón, sabiendo la enorme importancia que él tiene para el adelanto agrícola de toda la zona isleña.

El ensayo hecho el año 1896, harto desacertado por la falta de preparación, no ha sido estéril, como se creyó en los primeros momentos. La parte sana que hoy día vive contenta en las colonias de Laja Blanca, Camino Nuevo, Senda de Chacao y, particularmente en Huillinco, progresa a ojos vistas. Cierto es que de las ochenta y siete familias francesas, inglesas, alemanas, belgas, suizas, españolas, austríacas y holandesas de que se componía la masa de emigrantes traídos, no pocas se fueron a otros puntos de Chile, por desconocer absolutamente las labores agrícolas y haber sido internadas en terrenos cubiertos de bosques, faltos de casas y caminos. Los colonos que quedaron haciendo frente a una naturaleza esquiva, vieron luego que debajo de la selva se ocultaba un suelo fecundo. Con el empuje del propio brazo y ayudados por los nativos del lugar, fue cayendo en retazos el bosque y apareciendo a la vista el terreno fértil, que luego se cubría de pasto y siembras. Los resultados no se dejaron esperar. Cosechas abundantes fueron el fruto inmediato y la recompensa de tantos esfuerzos.

Enseñanza fiscal y privada. — Por razones explicables, la enseñanza adelantó aquí muy poco en la época colonial. Fueron los misioneros casi los únicos quienes se ocuparon de instruir al pueblo. Incorporado el archipiélago al territorio de la república, el gobierno se propuso difundir los conocimientos elementales entre los habitantes. Viose que el insular se mostraba apasionado por el libro, que los padres de familia pagaban maestros y construían escuelas con sus propios recursos, ahorrando al fisco sumas considerables.

Con la creación de la primera escuela normal de Santiago, la enseñanza primaria en Chiloé puede decirse, inicia sus mejores adelantos. No fueron pocos los aspirantes de esta provincia que ingresaron a aquel instituto, atraídos por el amor al estudio. Más tarde, las Escuelas Normales de Chillán y Valdivia, recibían cada año jóvenes del archipiélago, del mismo modo que las de Santiago,

Concepción y Angol para el elemento femenino. A medida que los titulados iban llenando las vacantes y ocupando las nuevas escuelas, propagaban por campos, ciudades y aldeas, la buena semilla. Muchos se quedaron en el norte; otros se fueron a Magallanes. Y donde quiera que sentaran plaza de maestros o profesores, sentíanse estimulados por el recuerdo de la tierra nativa y el amor al estudio.

Con la creación del Liceo de Hombres efectuado el 4 de enero de 1869 bajo el gobierno de don José Joaquín Pérez, se inicia en Chiloé la enseñanza secundaria. Comenzáronse las labores con dos cursos de humanidades y cincuenta y seis alumnos en un edificio estrecho y falto de condiciones pedagógicas. Catorce años más tarde, en 1883, era elevado a Liceo de primera clase. Sus progresos habían sido evidentes.

Por orden cronológico fueron rectores los señores Liborio Manterola, Francisco García, Alberto Euth, Eulalio Vargas, Bernardino Quijada, Julio Roberto Pizarro, José María Bello, Manuel J. Cárdenas, Juan Antonio Alvarado, Emiliano Figueroa C., Darío Cavada C., Rafael Cavada R., Álvaro Rivera Matte, Roberto Ochoa Ríos, José Silva, Rolendio Soto B., Luis Mardones, Benedicto Labarca y Lorenzo Espinoza.

La suerte del Liceo ha sido variada. En su ya larga existencia, muestra épocas de gran resurgimiento y otras menos afortunadas en que el retroceso es visible, por culpa de ciertos rectores y profesores que introdujeron en las aulas la política ardiente de los partidos y un sectarismo crudo. Esto no obstante, en ningún momento ofreció el peligro de un fracaso. Entre sus alumnos hay nombres que figuraron y figuran con honor en la medicina, abogacía, enseñanza, ejército, marina, comercio, periodismo y letras. He aquí algunos: Aureliano Oyarzún Navarro, Manuel 2.º Beca, Juan B. Miranda, Carlos Fernández, Narciso, Liborio y Rogelio Sánchez, Francisco García C., Francisco y Darío Cavada, Antonio y Humberto Bórquez Solar, Belisario y Agustín García, Roberto Burr Vidal, Aureliano y Bernardino Quijada Burr, Roberto Maldonado C., Braulio Bahamonde, Nicanor Bahamonde Vidal y muchos otros que, para citarlos todos, se necesitaría llenar algunas páginas.

Un instituto de educación secundaria que vive del favor público, al cual concurren niños que serán los ciudadanos de mañana, necesita apoyarse en normas fijas y eternas. Si no se cumplen estos

requisitos, los fines que se propone la sociedad y la familia, confiando a los maestros la cultura de sus hijos, resultarán ineficaces; y en vez de preparar elementos sanos que le hagan honor no habrán hecho otra cosa que devolverle jóvenes desequilibrados y petulantes.

El departamento de Castro, por su mayor superficie y población, es el que tuvo siempre más escuelas. Por desgracia, los edificios en que funcionan, como en Ancud y Quinchao, son inadecuados y faltos de higiene. En todas las ciudades de Chile se han construido locales excelentes y costosos. En el norte y en el centro se han gastado muchos millones de pesos para escuelas que son verdaderos palacios. En el archipiélago apenas sumas insignificantes para afirmar casas que amenazaban desplomarse de puro viejas. Puede decirse que el fisco no tiene aquí otros edificios que aquellos donados por particulares a costa de muchas privaciones.

A comienzos de 1931 abrió sus puertas la Escuela Normal. Fue una medida administrativa digna de aplauso. La enseñanza primaria, en estos territorios australes, necesita un cuerpo de profesores acomodado a la zona. El público se mostró complacido, prestando apoyo al establecimiento desde los primeros momentos ya con donativos de libros para la biblioteca, con madera, semillas y animales. Tanto la dirección como el profesorado y alumnas se esmeran en corresponder estas muestras de benevolencia.

Desde el año 1927 funciona en los alrededores de Ancud un Campo de Ensayos Agrícolas. En él se estudian los suelos, los abonos, las variedades de semillas que más conviene al agricultor para sus siembras, las enfermedades que atacan a la papa y el medio de combatirlas. Abarcan los ensayos la crianza de animales finos, los forrajes y la formación de praderas.

El departamento de Quinchao contribuye también en forma efectiva al progreso intelectual de Chiloé con sus cuarenta y tantas escuelas diseminadas en las diversas islas, con sus marinos, profesores y sacerdotes. Nadie podrá olvidar que Curaco de Vélez meció la cuna del ilustre Riveros, de Carlos Müller y otros.

Estas son más o menos, a grandes rasgos, las muestras de la enseñanza fiscal en Chiloé. En cuanto a la enseñanza privada, como ya se dijo, fue la primera aquí que comenzó a producir frutos, fundando escuelas de primeras letras, pagando maestros y

construyendo enseñanza fiscal en Chiloé. En cuanto a la enseñanza privada, como ya se dijo, fue la primera aquí que comenzó a producir frutos, fundando escuelas de primeras letras, pagando maestros y construyendo edificios.

En el año 1845 se estableció el Seminario Conciliar, merced a los esfuerzos del Excmo. Obispo señor Justo Donoso. Aunque ha pasado por notables vicisitudes, el establecimiento ha seguido su marcha progresiva. Declarada la guerra con España el año 1865, el intendente de la provincia obtuvo que se facilitara el edificio para el acuartelamiento de la guardia nacional. En el incendio del 22 de julio de 1867 fue reducido a cenizas y reconstruido en 1869 después de grandes sacrificios, para ser devorado de nuevo por las llamas el 15 de febrero 1879 en la mayor de las catástrofes de que hay memoria en Ancud.

La feliz circunstancia de haberse designado para esta Diócesis a Obispos eminentes, decididos partidarios de la educación científica y moral de la juventud, favoreció su desenvolvimiento, así en los métodos como en el régimen interno. Siempre mantuvo un cuerpo de profesores idóneos que hizo honor al cargo y obtuvo de sus enseñanzas frutos copiosos. Los bachilleres que han salido de sus aulas y los profesionales, médicos, abogados, ingenieros, arquitectos, marinos, militares, profesores, oficinistas, industriales, sacerdotes, aparte de dos príncipes de la iglesia, los Excelentísimos señores Augusto Klinke y Teodoro Eugenín, son los mejores heraldos que difunden por todo Chile el buen nombre del Seminario en que hicieron sus estudios [16] .

El Colegio de la Inmaculada Concepción, fundado el primero de abril de 1875, es otro de los representantes genuinos que en Ancud tiene la enseñanza privada. Funciona en un edificio propio de dos pisos con capacidad para más de trescientas educandas. Las alumnas disponen de un gimnasio cubierto, de patios extensos, de salas espaciosas y aireadas. Desde 1928 cuenta con exámenes válidos rendidos ante comisiones que nombra la universidad. Anexo al establecimiento existe una escuela para niñitos y otra de mujeres que reúne a niñitas del pueblo.

El Asilo de Huérfanas es un establecimiento modelo en su género, que dirigen las Religiosas de la Inmaculada Concepción. Cuenta con un colegio de primeras letras, secciones de cocina y

agricultura, costura y tejidos donde las alumnas practican en las horas libres que le dejan las clases.

Atención preferente del Obispado de Ancud fue también la enseñanza primaria. Con los escasos medios de que dispone, mantiene escuelas parroquiales en diversos puntos de la Diócesis, dando así una prueba cierta del cariño que profesa a la clase desvalida. Con el fin de formar obreros y jefes competentes, a la vez que despertar el cariño por las labores del campo, abrió en otro tiempo una escuela industrial con una sección agrícola. Por desgracia, la escasa subvención que recibía del fisco le fue negada y el establecimiento cerró sus puertas.

CULTURA GENERAL, PERIODISMO Y LETRAS

Las obras de escritores franceses e ingleses que entraron clandestinamente a Chile en los albores de la independencia y que alcanzaron también a Chiloé, dejando aquí algunos vestigios, dieron origen a letrillas, romances, décimas, corridos, etc. que se aprendían de memoria y que han llegado hasta nosotros en simples copias o en hojas mal impresas.

Son renglones inconexos, pobres muestras de una literatura incipiente, hiperbólicos, desgarbados, que versificadores de circunstancias componían y recitaban en los aniversarios para despertar entusiasmos dormidos o mantener odios latentes.

Al recordado juglar, ciego y tocador de rabel, conocido generalmente con el nombre de «Chauques», le oímos declamar algunas de esas producciones en que a vueltas de enfáticas vulgaridades, propias de manifiestos políticos, aparecen los nombres de Víctor Hugo, Voltaire, Rousseau, Montesquieu, etc.

En Chiloé se cantó al rey de España, a Quintanilla y Freire; a la Numancia, Williams y Méndez Núñez. Barajáronse, sin orden ni concierto, los nombres de Agüi, Abtao, Mocopulli, Bellavista y Pudeto, en arengas, brindis y discursos.

Con la fundación del Liceo de Hombres, del Seminario y Colegio de la Inmaculada Concepción para señoritas comienza en Ancud el verdadero movimiento intelectual de la juventud y a diseñarse aptitudes y vocaciones hasta entonces desconocidas. De ahí para adelante se nota que los padres de familia se interesan porque el

hijo siga alguna carrera universitaria o ingrese, ya a la marina, a la Escuela Militar, a la de Artes y Oficios, o bien siga pedagogía. Tanto el Liceo como el Seminario y Colegio de las monjas se pueblan de estudiantes; y a medida que los cursos de humanidades aumentan se establecen academias literarias, estudiantinas, centros dramáticos y advienen los primeros poetas y literatos, estimulados por rectores y profesores, ya facilitando salas para sus juntas, ya acordando premios a los más sobresalientes. Luego aparece el periódico manuscrito en que no falta el consabido artículo de fondo, el ensayo de crítica sobre tal o cual obra, la poesía, el cuento, la crónica, la miscelánea y hasta el folletín. Los muchachos saborean esas producciones con los correspondientes comentarios y se entusiasman por ciertas firmas. De esa hoja insignificante se pasó a la impresa. En ella hacen sus primeras armas los futuros periodistas con que contó la provincia de Chiloé. Unos tras otros fueron saliendo, con programas más o menos idénticos, «El Estudiante», «El Colegial», «El Marino», «La Bandera», «El Pudeto», etc.

Desde antiguo gustaron aquí las representaciones teatrales en que se interpretó el sainete cómico, la comedia patriótica, el drama y aún la zarzuela. El centro dramático «Ignacio Domeiko», vivió largos años e hizo obra de difusión intelectual, despertando el amor al estudio, a la oratoria y lectura de buenos autores. A él pertenecieron jóvenes de la buena sociedad de Ancud, alumnos y ex-alumnos del Liceo y Seminario; y las representaciones atraían un público numeroso, que pagaba con aplausos el valor y el sacrificio de esos espectáculos.

Los actos de fines de año en el Colegio de la Inmaculada, hicieron época; los del Seminario en los días patrios; los del Liceo de hombres y niñas; los de las escuelas públicas y, particularmente, los que siguen dándose en el salón del Cuerpo de Bomberos, en la Escuela Normal y en el teatro Ancud.

LA PRENSA EN CHILOÉ.

El 14 de junio de 1884, a las cinco de la tarde, se repartía profusamente por las calles de Ancud el primer número de «El Católico», periódico semanal del Obispado que alcanzó desde los primeros momentos un tiraje de más de mil ejemplares, logrando

despertar el interés de una gran masa de lectores y, lo que vale más aún, el aprecio unánime de los habitantes. El público, ansioso por conocerlo, lo arrebató a los suplementeros, siendo necesario hacer una segunda edición para poder satisfacer los pedidos.

Director responsable fue el señor Carlos Figueroa, primer telegrafista que tuvo la Oficina de Ancud y que poco después dejaba el puesto para dedicarse al comercio, sin dar de mano a las tareas de la prensa. En 1869 había ya salido a luz «El Chilote» fundado por don José María Mujica, periodista oriundo de Valdivia, y cuatro años antes que «El Católico», y «El Liberal», redactado por don José Luis Moreno.

Redactores de «El Católico» fueron los presbíteros Cristián Haus, Gaspar Bohle y el ya citado señor Figueroa. Los ardores de la política, que dominaba los ánimos en Chile, se comunicaron a la prensa de Ancud, produciéndose un cambio en el personal. El abogado de Concepción, don Darío Verdugo Urrejola, entró a substituir a los señores Haus y Bohle. El joven Verdugo comenzó su tarea lleno de entusiasmo. Luego el seudónimo «Adán y Eva», con que firmaba sus chispeantes artículos, se hizo imponer. Con frase cáustica, no exenta de buen humor, fustigó a los adversarios, y el público, atraído por el ruido de la polémica, leía entusiasmado el periódico.

A «El Liberal», había sucedido mientras tanto «El Imparcial», cuya redacción y dirección tomó a su cargo el abogado don Ricardo Passi García. Dos hombres de talento, animosos y convencidos, mantendrían ahora, sin apagarse, el fuego de las discusiones y de la charla en mentideros y corrillos. En aquellos tiempos de polémicas teológicas estas bizarrías, estos dimes y diretes constituyeron el pan de cada día con que se alimentaba la insaciable curiosidad de los prosélitos. Con todo, observose un espectáculo digno de notarse. Verdugo y Passi no dejaron de ser nunca buenos amigos y colegas. En la prensa discutían con calor los principios que profesaban; pero en público tuvieron especial cuidado de no herirse, ni siquiera por broma. En los paseos se les veía departir con espontáneo despejo; y aún cuando la conversación recayó sobre materia en boga, nada pudo perturbarlos. Tal es el poder de la cultura.

«El Católico» continuó en condiciones halagüeñas sosteniendo, como en el primer día, los principios de orden y justicia que

informaban su credo. En 1891, a causa de los trastornos revolucionarios, cambió su título por el de «El Austral» y el 1.º de enero de 1899 bautizósele con el simbólico nombre de «La Cruz del Sur», que aún conserva.

Más tarde aparecieron «El Marino», «La Probidad», «El Imparcial», «La Voz de Ancud». Dueño y redactor de los dos primeros fue el conocido periodista don José Eduardo Díaz, que empezó su carrera en la prensa de Santiago como reporter de «El Ferrocarril», al mismo tiempo que cursaba leyes en la Universidad. El señor Díaz se caracterizó por sus ataques agresivos y por la campaña tenaz que sostuvo contra el intendente don Luis Martiniano Rodríguez, a quien fustigó en forma desusada.

Más tarde aparecieron otros periódicos de circunstancias que alcanzaron una vida efímera, como «La Alianza», «El Independiente» y «La Provincia». El primero de éstos se singularizó por sus ataques personales y sectarios. Distinguiose el segundo por su estilo festivo y liviano, por sus sátiras picantes y mordaces en que puso a prueba la insignificancia de ciertos tipos, ridiculizándolos acremente. Fue duro con los ambiciosos y truhanes, compasivo con los humildes e indefensos. Atacó de frente los actos gubernativos contrarios al bien público, sin descuidar la crónica social, los hechos criminosos, la miscelánea y el chiste de buena ley. «La Provincia» fue un periódico esencialmente regional. Desde el primer número hasta el último se le vio campear por el progreso isleño. Los vapores, los caminos, las comunicaciones telegráficas le dieron materia para numerosos artículos. Abriose paso en todos los círculos. Merced a sus llamados oportunos, el centenario de Bellavista y Pudeto pudo celebrarse con cierto brillo, aunque no en la forma práctica como era de suponerlo. «La Provincia» alabó lo bueno y criticó lo malo, sin exageraciones. Fue el primer periódico en Ancud que adornó sus páginas con ilustraciones de actualidad.

Frente a estos seguía «La Cruz del Sur» haciendo obra moralizadora y de bien público. Sin descuidar sus ideales, atendiendo los intereses agrícolas y del comercio, dedicó a la enseñanza estudios interesantes. Plumas como las de los Presbíteros Miller y Cavada, y otras que empezaban a darse a conocer en el campo de las letras, trataron materias importantes.

Al lado de estas hojas periodísticas, formáronse jóvenes de

talento con fuertes inclinaciones a la literatura, como Joaquín Amarante, Ángel Ríes, tal vez el más espontáneo y original, Darío, Francisco Javier, Daniel y Juan Alberto Cavada, Belisario García, Antonio y Humberto Bórquez Solar, Miguel A. Garay Burr, Narciso Sánchez y muchos otros que más tarde han ocupado puestos públicos de gran importancia.

CASTRO Y QUINCHAO. — No hemos de poner término a este capítulo sin referirnos, siquiera en forma sucinta, a los departamentos de Castro y Quinchao que contribuyen con sus medios de vida, con sus producciones, con su comercio, al progreso del archipiélago. Nuestro propósito era darlos a conocer en sus diversos aspectos tan extensamente como hubiera sido posible, en atención a la importancia histórica que ellos tienen, a sus tradiciones sociales y de otro orden. Lamentamos que la falta de datos nos impidiera satisfacer sino en parte tal deseo.

Castro es la ciudad más antigua de Chiloé y el término de la expedición que penetró al archipiélago en febrero de 1567 al mando del general don Martín Ruiz de Gamboa. Fue la capital del gobierno civil hasta el 4 de julio de 1834. De Castro partieron expediciones marítimas hacia la cordillera, Guaitecas y archipiélagos patagónicos, Aysén, istmo de Ofqui y canal de Moraleda, en busca de indios que evangelizar y de los perdidos «Césares».

Castro tuvo el primer colegio regentado por jesuitas y el primer cuerpo militar; su heroína en la persona de doña Inés de Bazán y su héroe en el bravo defensor de la naciente colonia, el capitán don Luis Pérez de Vargas. Fue el pueblo que más sufrió con los piratas, cuando aún no contaba con cañones para contrarrestar los ataques. En 1600 lo redujo a cenizas Baltazar de Cordes y experimentó casi totalmente su población. En 1643, Enrique Brouwer, corsario tanto o más inhumano que el primero, lo saqueó e incendió, al mismo tiempo que llevaba la desolación y ruina por los campos vecinos. Y como si la naturaleza quisiera también dejar estampadas sus huellas en aquel pueblo que empezaba a reponerse, el gran temblor de tierra que sobrevino el 7 de noviembre de 1837 la dejó en ruinas.

El 30 de diciembre de 1737, cuatro días después de haberse sentido un fuerte remezón del suelo, el pueblo de Castro vio

consternado sobre el horizonte una bola de fuego o meteoro ígneo que por suerte fue a caer lejos, en las islas Guaitecas, en cuyos bosques de ciprés se produjeron violentos incendios. También se menciona el temblor del 4 de octubre de 1786; pero, según parece, sin consecuencias.

Aún no habían terminado sus calamidades. Cuando el comercio ya sentía el alivio de mejores días, dos incendios, los de 1859 y 1895, terminaron en pocas horas con lo más importante de la población. Negocios cerrados, casas con todo su menaje, el gran templo franciscano, el convento y la rica biblioteca desaparecieron entre las llamas. Pero el que causó mayores estragos y, por tanto, más dolorosas pérdidas es el ocurrido en la noche del 4 de marzo de 1937, que arrasó totalmente la parte más comercial, desde la plaza de armas hasta la playa sin quedar en pie ni un solo edificio a lo largo de la calle Blanco y Lillo. El golpe fue rudo, y las pérdidas hecho el balance, resultaron muy subidas. Con todo, hoy día renace de sus cenizas. La planta de la ciudad ha sido transformada y edificios modernos de materiales sólidos se construyen en reemplazo de los destruidos, gracias a una ley de ayuda dictada por el Congreso.

La ciudad de Castro se levanta sobre una meseta aireada que mira al puerto y lo domina en una extensión considerable. Posee una hermosa plaza, un liceo de niñas, dos escuelas superiores, dos templos, un convento franciscano que mantiene un noviciado y una escuela pública, un salón para espectáculos, un cuerpo de bomberos y un municipio que se esfuerza por mantener en buenas condiciones los servicios comunales.

La planta de la ciudad es plana, excepto aquella parte que se extiende por las laderas que dan a la playa. La calle más importante que sube del puerto constituyó por mucho tiempo un verdadero obstáculo para el comercio, a causa de su gran declive. En la forma como se habían constituido allí las propiedades, no quedaba otro remedio que hacer un corte desde la plaza, rebajando la calzada y aceras cuanto fuera posible a fin de facilitar el movimiento, no sólo de los peatones, sino también de los vehículos.

En 1895 la población de Castro era de 1 522 habitantes y en el censo de 1930 alcanzó a 3 181. Diversas razones favorecieron su rápido crecimiento. La apertura de caletas en el archipiélago y la

línea de vapores establecidas entre Ancud y los canales impulsó el comercio de cabotaje en beneficio de esa plaza.

Nuevos agentes de progreso vinieron en seguida a favorecer este movimiento hacia el interior de la provincia. El ferrocarril de la frontera al descender hasta las riberas del Reloncaví, facilitó no poco el acarreo de la carga, merced a la nueva línea de vapores establecida entre Puerto Montt, Castro y Melinka. Mientras tanto las compañías inglesa y sudamericana, que comenzaban a sentir los efectos de un rival poderoso, retiraban sus buques para ser substituidos por los de Braun y Blanchard.

Los negocios agrícolas, paralizados y sin expectativas, comenzaron a reanimarse poco a poco, al mismo tiempo que las siembras de papas y cereales aumentaban. El campesino vio que su trabajo era recompensado y no quiso permanecer estacionario. Mejoró sus métodos de labranza, con lo cual pudo ver prácticamente que el rendimiento de las cosechas sobrepasaba sus cálculos.

La producción de papas en el departamento fue en 1930 de 532 480 toneladas y la de trigo, cebada forrajera y cervecera, avena y centeno de 44 000. El comercio de cabotaje alcanzó a 6 517 900 pesos (mercaderías entradas); las salidas a 3 083 400. El promedio de buques fue, en el mismo año, de 973 con 307 050 toneladas. Las escuelas reunieron una matrícula de 12 030 alumnos.

Dentro de la comuna la propiedad rural se halla subdividida como en pocas partes de la Isla Grande, particularmente en la zona de Curahue, Rilán, San José, Quilquico, Putemún, Llau-Llau y Nercón. Al oeste se extienden terrenos algo quebrados que no será muy fácil colonizar, si no se construye un buen camino que los cruce y facilite el cultivo de suelos desocupados.

Por la distancia en que se hallaba del océano, los virreyes la desatendieron; y aún cuando su población crecía lentamente, ese mismo aislamiento en que se la mantuvo fue parte para que sus hijos se mostrasen siempre dignos y señores de sus actos. Cuando el holandés los atacó cobardemente, prefirieron morir antes que doblegarse a la fuerza bruta.

Tanto Ancud, como Quinchao, mucho ha tenido que sufrir a causa de los olvidos de que fue víctima desde antiguo por los

gobiernos que se han sucedido en Chile, por los políticos que explotaron su buena fe con falacias. Pero se levanta merced a sus propios esfuerzos. El comercio progresa; la beneficencia cumple su apostolado en la medida de sus recursos [17]; la instrucción primara y secundaria cimenta su influjo social; la agricultura se extiende. Chonchi, Queilen, Quellón son centros en donde el comercio vive y prospera.

Al sur, frente a Lemuy, en una eminencia pintoresca, se halla la villa de Chonchi fundada por Guill y Gonzaga el año 1764 con el título de San Carlos de Chonchi. Constituye uno de los puntos más comerciales del departamento de Castro y ha de ser con el tiempo la zona agrícola de mayor importancia que se extiende hacia el sur.

A las espaldas del pueblo, se hallan las lagunas de Huillinco, las sierras de «Piuché» abundantes en alerce y las playas de Cucao, en donde existen ricos lavaderos de oro y yacimientos de platino. Pero lo que será para Chonchi una fuente de riquezas son sus terrenos y bosques.

Más al sur aún, en las medianías de una pequeña y pintoresca península, se levanta el pueblecito de Queilen, asiento de un municipio, una parroquia, de dos escuelas y de un comercio bastante activo.

Quellón, frente a Cailín, es un puerto extenso y abrigado a todos los vientos reinantes. Tocan en él varias líneas de vapores y por su situación geográfica, por su comercio, por sus terrenos y bosques es acaso el puerto de mayor porvenir en el extremo sur de la Isla Grande.

Quinchao, antes de la división territorial verificada en 1927, contaba con las comunas de Achao, Curaco y Quenac. Tiene actualmente unos 20 000 habitantes diseminados en las diversas islas de Quenac, Linlin, Meulín, Llingua, Tac, Apiao, Alao, Caguach, Chaulinec, el grupo de las Desertores y Quinchao, la mayor y más importante de todas. Con ocasión del restablecimiento del departamento de Quinchao, se anexó a esa entidad administrativa el archipiélago de Chauques. La tal medida en nada ha beneficiado a los numerosos habitantes de esas islas.

El pueblo de Achao, que es la capital del departamento, tiene un juzgado, tres escuelas, una municipalidad, una tesorería, una circunscripción del registro civil y una población de 24 000

habitantes con cerca de 5 000 contribuyentes.

La administración de correos de Achao tuvo en el año 1926, antes del decreto de división territorial, el siguiente movimiento: Giros emitidos: $ 1 031 629,30 Giros pagados: $ 271 349,93 Sobrante enterado en Tesorería: $ 765 639,50 Derechos de emisión: $ 5 771 Ingresados por trasmisión de telegramas: $ 10 189,90.

La instrucción primaria cuenta ya con más de treinta escuelas. Casi todos sus edificios son de propiedad fiscal, y fueron donados por los vecinos con el terreno correspondiente.

Allá por los años 1734, en el mismo punto en que se levantó el pueblo de Achao, existía una capilla que era visitada por el Padre Antonio Friedl, a cargo entonces de las misiones circulares del archipiélago. En 1754, con el traslado de la misión de Chequián a ese lugarejo, puede decirse que se ponen los fundamentos del pueblo, que llegó a ser más tarde la capital del departamento de Quinchao. En diversos puntos de las cercanías se establecieron encomiendas y tanto los habitantes de las islas circunvecinas como los de los alrededores acudían a menudo a aquel centro de enseñanza catequística, principalmente en las conmemoraciones anuales y demás días festivos.

Tuvo el privilegio esa isla de ser visitada desde los primeros tiempos de la conquista española. Terminada la campaña de Castro, el general Ruiz de Gamboa se hizo a la vela dirigiéndose a Quinchao, con el propósito de reconocerla y explorarla.

No pocos de los habitantes de Osorno que huían perseguidos por los naturales vinieron a establecerse en Quinchao, Quenac y otras islas de ese departamento. El suelo y las playas les ofreció abundantes recursos para su manutención. Los filibusteros hallaron allí franca hospitalidad y víveres abundantes. En 1753 se produjo un conato de sublevación entre los indígenas de Linlin, Llingua y Meulín, que fue sofocado con suma dureza. Unos trescientos y tantos naturales pagaron con su vida aquel acto sedicioso.

La política fue en otro tiempo la niña mimada y la deidad que conquistó en Chiloé más admiradores. Por la política vivieron muchos hombres y se malgastaron muchas energías, sin otro provecho ni fin práctico que satisfacer intereses particulares.

CAPÍTULO 24

Chiloé continental.— San Javier de Maullín.— San Antonio de Carelmapu y San Miguel de Calbuco.— Levantamiento de indios.— Colonización y creación de la provincia de Llanquihue.— Puerto Montt.— Progresos industriales y agrícolas.— Beneficencia e higiene.— Enseñanza.— Comercio.— Puerto Varas.

En la época colonial, los límites de la provincia de Chiloé continuaron, por el norte, con los de Valdivia y por el sur con el cabo de Hornos. Obtenida su Independencia después del Tratado de Tantauco, formó una de las ocho provincias en que fue dividido el territorio patrio según ley de 30 de agosto de 1826, con los departamentos de Ancud por capital, Calbuco, Carelmapu, Castro, Chacao, Chonchi, Dalcahue, Lemuy, Quenac y Quinchao. Por decreto supremo de 28 de febrero 1855, los diez departamentos anteriormente mencionados quedaron reducidos a cuatro, a saber: Ancud, la capital, Castro, Quinchao y Carelmapu. Creada la provincia de Llanquihue por decreto de 22 de octubre de 1861 con el departamento de su nombre, el de Carelmapu y el Territorio de Colonización, Chiloé quedó reducido a sus islas, separado del continente por el canal de Chacao.

Como se ve, todos los territorios mencionados pertenecieron a la provincia de Chiloé hasta el año 1861 y su historia, por tanto, está íntimamente ligada al archipiélago. La vida civil y militar en los primeros tiempos, como en el resto de la provincia, quedó reducida en esas zonas a pequeños centros poblados. San Javier de Maullín, San Antonio de Carelmapu y San Miguel de Calbuco se desenvolvieron a la par que los otros pueblos isleños, sujetos a las

mismas dificultades, a causa de la falta de comunicaciones marítimas y terrestres.

Nada más insignificante que el comienzo de estos centros, donde quiera que se estableciesen. Las más de las veces los constituyó un simple fuerte a la vera de un lago, río o montículo; una empalizada para defenderse, ya de las incursiones indígenas, ya de los corsarios, o bien una caleta de pescadores con abrigos naturales. San Javier de Maullín es de época posterior a los dos anteriormente mencionados. Noticias sobre él hallamos muchos años más tarde, con ocasión de haberse ordenado la apertura del camino entre Valdivia y Carelmapu.

> *«El quince de enero de 1789, dice don José de Moraleda al respecto, llegaron al "fuerte" de Maullín el teniente don Pedro Asenjo, el sargento Teodoro Negrón, el cabo Pascual Miranda, doce soldados y algunos caciques abriéndose paso por el monte en una extensión de casi cien leguas».*

Más adelante hallamos en crónicas, diarios y otros documentos reminiscencias sobre Maullín. Desde los días de la colonia hasta la independencia, fue el punto elegido en donde hicieron escala las tropas españolas que venían en socorro del archipiélago, o los tercios patriotas que llegaron a la Isla Grande para enarbolar las banderas de la república. Con el traslado de la parroquia al sitio en que hoy se halla y que desde el diecinueve de enero de 1835, fecha en que se creó, venía funcionando en la villa de Carelmapu, Maullín comienza a progresar rápidamente. Sus extensas zonas agrícolas que baña el río de su nombre; el ferrocarril de Corte Alto a Lepihué le llevará movimiento y riqueza.

Carelmapu fue descubierto en septiembre de 1558 por Francisco Cortés Ojea, sólo algunos meses más tarde de haberlo visitado don García Hurtado de Mendoza. Lo denominó «Paz», por el buen recibimiento que le hicieron los indígenas. Instalose allí la primera población en 1602, por orden del gobernador de Chiloé don Alonso de Rivera, con los fugitivos de Osorno. Su historia es larga y está llena de peripecias. Saqueáronla los holandeses en sus primeras incursiones por estos mares, y el sucesor del almirante Brouwer, Elías Erckmans, la redujo a cenizas el 25 de mayo de 1643. A causa

del poco fondo de su bahía y de los bajos que hay a la entrada, el acceso de naves es peligroso. En un tiempo Carelmapu gozó de cierta fama por sus lavaderos de oro.

Hoy día están casi abandonados y sólo una vez al año, el dos de febrero, cobra vida, merced a las festividades religiosas de Nuestra Señora de Candelaria. Como punto de tránsito, levantaríase de su postración uniéndolo con un buen camino a Maullín.

San Miguel de Calbuco data del año 1602. Como en Carelmapu, los primeros pobladores fueron familias que huían de Osorno perseguidas por los indígenas, en abierta rebelión contra los españoles. Para su seguridad, construyeron un fuerte en la parte norte de la isla que perduró por largos años. El doctor Fonck, en sus interesantes comentarios a los viajes del Padre Francisco Menéndez, hácese eco de la leyenda que corre sobre el nombre y significado de Calbuco. Después de un mes, errando por bosques impenetrables, pantanos y ríos caudalosos, dice, divisaron el mar a lo lejos y llenos de alegría exclamaron:

Cal-bu-co,

que quiere decir «agua azul». Esto es el mar.

Calbuco, a la entrada del golfo de Reloncaví, ofrece en su bahía fondeadero para buques de alto tonelaje. Guarecida al este y al oeste, en cambio está expuesta a los vientos del norte y el sur. Dista de Puerto Montt veinte millas y por tierra 34 kilómetros. De Ancud, 42 millas. Desde antiguo fue un punto de recalada entre los canales de Chiloé y la cordillera del este. El famoso explorador y misionero franciscano, Padre Francisco Menéndez, en sus viajes a Comao, Reloncaví y Nahuelhuapi solía tocar allí para proveerse de víveres; y si los corsarios que recorrieron los mares de Chiloé no lo saquearon, como hicieron con Castro y Carelmapu, fue sólo porque los canales y costas que lo circundan creían que estuvieran sembrados de escollos.

Allá por los años 1710 lo atacaron e incendiaron los indígenas, sublevados a causa del mal trato que recibían. Ocurrió que el gobernador de Chile, don Juan Andrés de Ustáriz, habiendo confiado a uno de sus allegados, Alejandro Garzón Garricoichea, el cargo de capitán del fuerte, con facultades para asumir el gobierno de la provincia en caso necesario, extralimitose de tal modo en sus atribuciones que el gobernador de Castro, don José Marín de

Velasco, ordenó su arresto. El ambicioso capitán, seguro de hallar apoyo en Ustáriz, abandonó la plaza con cuarenta soldados para trasladarse a Concepción. Calbuco quedaba indefenso y expuesto a cualquier ataque.

Los trabajos forzados, particularmente la corta de maderas en la cordillera, mantenían a los naturales con el ánimo intranquilo, esperando ocasión para libertarse. Aquel desacuerdo provocó la revuelta, que se produjo en forma sangrienta el diez de febrero del ya citado año. Los rebeldes cayeron sobre la indefensa plaza, dando muerte a unos quince españoles y a una mujer, con el consiguiente incendio y saqueo. Para Chiloé, que siempre se mostró pacífico, aquel hecho era insólito y el gobernador Marín de Velasco quiso reprimirlo con ejemplar dureza, ayudado por los mismos aborígenes. Alrededor de ochenta pagaron con su vida el delito de sedición. Los indígenas que permanecieron fieles fueron premiados y exonerados de ciertas cargas.

La verdadera importancia de Calbuco comienza con la explotación en grande escala de maderas, mariscos y pescado. Nunca faltó en esa bahía algún velero de alta mar con las bodegas repletas de laurel, luma, muermo, alerce o ciprés para los puertos del norte.

Situada la ciudad de Calbuco en el centro geográfico de una zona muy poblada y rica en productos naturales, es y será la proveedora de todas las islas que se extienden entre el seno del Reloncaví y golfo de Ancud. Conocidas casas de comercio concurren en forma electiva con sus capitales al movimiento de los negocios.

El incendio del 28 de febrero de 1943, el más horroroso de cuantos se conocen en ese pueblo, redujo a cenizas casi toda la población, quedando muy pocas casas en pie. Se la reconstruye actualmente. El decreto Nº 8582, de 30 de diciembre de 1927, que hizo de Chiloé y Llanquihue una sola entidad política y geográfica, suprimió el departamento de Carelmapu, ocasionando con ello a sus habitantes, al comercio, a los servicios fiscales, a la administración del Estado, serios trastornos administrativos, judiciales y económicos.

Junto con restablecerse la provincia de Llanquihue, restableciose también el departamento de Carelmapu con su antigua capital y creáronse los de Puerto Varas y Maullín. Osorno, que aspiraba a una

mayor categoría por sus riquezas naturales e industrias, vio cumplidos sus sueños con la ley N.º 6605 de 14 de enero de 1940.

EL TERRITORIO DE LLANQUIHUE

Llanquihue, con ser zona de tanto porvenir y poseer suelos tan apropiados para la agricultura, fue una de las regiones del antiguo Chiloé que permanecieron improductivas hasta poco antes de la llegada de los alemanes a Melipulli. Sólo en algunos puntos de la costa vivían pobladores que se dedicaban a la corta de maderas, pesca y cultivos de papas en reducida escala. Los viajeros de la época colonial la visitaron de paso cruzando el seno del Reloncaví en busca de los perdidos Césares.

Don García Hurtado de Mendoza, en su expedición al sur de Chile, la descubrió el 24 de febrero de 1558. Pasan muchos años y la historia nada nos dice de esos inmensos territorios que quedan sumidos en un silencio de muerte. Los españoles ocupan el archipiélago; a medida que se fundan algunos pueblos, los misioneros levantan capillas y emprenden viajes hacia el este y el sur. Por el lado del Reloncaví, Calbuco y las islas cercanas marcan el límite de las actividades coloniales. Sólo de tarde en tarde cruza el seno alguna piragua cargada con alerce, tripulada por viajeros que van a Nahuelhuapi, Comau u otro punto de la cordillera. Lo que hoy día es Llanquihue se concretó a eso por espacio de largos años. La importancia comercial y el vuelo agrícola que ha ido tomando después proviene particularmente de sus colonias. El elemento extranjero que allí penetró y logró radicarse a firme, merced a la propaganda y esfuerzos de don Vicente Pérez Rosales y don Bernardo Philippi, pudo al fin demostrar que el sur de Chile encerraba territorios valiosos.

Los pobladores alemanes, repartidos en diversos sectores, comenzaron en seguida la ruda empresa de abatir la selva. Fue aquella una lucha titánica y sin cuartel, trabada entre el hombre y la naturaleza bravía en que se puso a dura prueba la constancia férrea del brazo germano y el vigor que no siente fatigas del hachero insular.

Necesitáronse muchos esfuerzos para que el público y los políticos se convencieran de que el gobierno había procedido con

patriótico acuerdo al establecer en aquellos «desiertos lugares» colonias alemanas, que se transformarían, con el correr de los años, en centros agrícolas valiosos, a despecho de voces agoreras. Por fortuna, los encargados de esta obra de engrandecimiento no eran hombres que se dejaran vencer.

Tampoco el gobierno escatimó su apoyo decidido, y como un medio de procurar el adelanto de las colonias, creose la provincia de Llanquihue por ley de 22 de octubre de 1861, con su capital Puerto Montt, la ciudad fundada por don Vicente Pérez Rosales el 12 de febrero de 1853.

Los progresos de Puerto Montt, datan de poco tiempo atrás; y aún cuando carece de tradiciones históricas propiamente tales, sus comienzos tienen todos los caracteres de una empresa colonizadora y agrícola situada en el corazón mismo de una inmensa y rica zona. Fue el ferrocarril, en último término, el que llevó la savia que le hacía falta. Su porvenir económico es risueño.

Tendido el riel y unidas las riberas del Reloncaví con la frontera araucana, con los campos feraces de Osorno y la Unión, el comercio del archipiélago se orientó hacia ese puerto. Viose de pronto que la vecina capital daba un salto adelante, merced a la rapidez de sus comunicaciones con Valdivia, con el centro y norte del país. Redujéronse los viajes a Santiago a poco más de un día; y si bien el gobierno continuaba con su política egoísta de centralizarlo todo, en desmedro de las provincias australes, su ayuda a Llanquihue no fue tan pobre como la otorgada a Chiloé. Junto con el ferrocarril se inició la construcción de caminos. Aunque abiertos al principio en forma rudimentaria, luego alcanzaron las trazas de una vía moderna.

Más de cuatrocientos kilómetros miden los que se han abierto hasta la fecha. El de Puerto Montt a Puerto Varas es un camino plano excelente recorrido por un gran número de vehículos. Los que van de Ensenada a Puerto Rosales, Octay, Estación Llanquihue, Todos Santos, de Puerto Montt a Las Quemas y Salto de Maullín, prestan servicios de considerable importancia. La carretera que llegará hasta el canal de Chacao, será con el tiempo una de las más valiosas.

Puerto Montt está destinado a ser un centro comercial de gran importancia, con las obras marítimas. Las naves que recorren la

costa chilena, así las que proceden del norte como las de Aysén, Magallanes y Europa, hallarán allí abrigo contra todos los vientos y facilidades para la carga y descarga de mercaderías. Sin embargo, la transformación del puerto no es definitiva, ni puede serlo mientras no se estudie un proyecto amplio que satisfaga los anhelos regionales.

La edificación urbana progresa a ojos vistas. Grandes construcciones de cemento armado se levantan en diversos puntos de la ciudad, dando un aspecto moderno al comercio y mayores seguridades a los capitales invertidos. El pavimento de las calles y aceras, demuestra que el municipio no pierde su tiempo y sabe emplear sus rentas con criterio honrado. Los servicios de beneficencia se extienden, a medida que los recursos aumentan. El gran hospital que se construyó en el sitio más sano de la población, ofrece a los enfermos las seguridades de una asistencia médica esmerada.

Puerto Montt se moderniza y transforma. Lo que veinte o treinta años atrás eran bosques y tremedales intransitables, hoy día se hallan convertidos en calles espaciosas donde hormiguea la gente y prospera el comercio. Los barrios Veintiuno de Mayo, Miraflores y Angelmó serán probablemente los más importantes. Seis excelentes compañías de bomberos resguardan la ciudad contra los incendios, que suelen azotarla con alguna frecuencia. Para solaz del pueblo y clases dirigentes, funcionan dos teatros.

La enseñanza pública y privada se desenvuelve al compás de los procedimientos pedagógicos modernos. Los liceos de hombres y mujeres, lo mismo que las escuelas primarias, atienden una población numerosa de educandos. Los padres jesuitas imparten las humanidades y la enseñanza comercial desde el colegio «San Francisco Javier». El colegio de humanidades que regentan las religiosas de María Inmaculada se recomienda por la solidez de sus estudios. El internado que las mismas religiosas mantienen en las afueras de la población y el Asilo de Huérfanas son otros centros en donde se educa a la mujer y se le inculcan conocimientos prácticos para la vida. Las Hijas de María Auxiliadora atienden la enseñanza del pueblo en el barrio de Cayenel con un colegio internado para niñas y un oratorio festivo. El colegio alemán para hombres y mujeres, el de primeras letras que mantiene la congregación

Mariana en el barrio Miraflores, son otros tantos elementos que ayudan y procuran a levantar el nivel moral e intelectual de la juventud.

El comercio tal vez se ha extendido más de lo necesario, en desmedro de las industrias fabriles propiamente tales, particularmente el comercio menudo. Esto no es un buen indicio, ni lo que más recomienda a un pueblo nuevo.

Capítulo 25

Servicios religiosos. — Creación del obispado de Ancud. — Obispos y vicarios. — Seminario Conciliar. — Cooperadores.

La fuerza espiritual de la iglesia se ha hecho sentir en Chiloé desde los días distantes de la colonia. Con los misioneros franciscanos y jesuitas empezó aquí la enseñanza catequística.

El archipiélago se hallaba sumido en las supersticiones del gentilismo. Afortunadamente el campo era favorable, mirado desde cierto punto de vista. Los indígenas del suelo, hospitalarios por natural instinto, recibieron a los religiosos en son de paz, los ayudaron desde los primeros momentos, acompañándolos en los viajes por los canales e islas con sus pequeñas embarcaciones.

Pero los trabajos apostólicos de la iglesia, atendidos desde Imperial, primero, y desde Concepción, después, necesariamente debían sufrir retardos a causa de hallarse tan distante el asiento del Obispado. A este respecto se dice en el «Catálogo de los Eclesiásticos de ambos cleros»:

> *«El 22 de marzo de 1563, Su Santidad Pio* IX *erigió la Diócesis de la Imperial, que comprendía toda la región de Chile desde el río Maule. Imposible era que los Obispos de la Imperial pudieran visitar el extenso territorio de más de cuatrocientas leguas de longitud que abarcaba aquella Diócesis, y por esto no cesaron de elevar repetidas preces al Papa y al rey de España a fin de que se desmembraran de la Imperial las tierras de Valdivia y Chiloé. Su Santidad Gregorio VI accedió, y el primero de julio de 1840 erigió por la Bula "Ubi primum" el Obispado de San Carlos de*

Ancud, desmembrándolo del de Concepción y señalándose como territorio propio las provincias de Valdivia y Chiloé, con el archipiélago de Guaitecas y la isla de la Mocha, dándola por capital la ciudad de San Carlos de Chiloé y elevando al honor y dignidad de iglesia Catedral la iglesia parroquial de esta ciudad. Por la misma Bula antedicha el nuevo Obispo fue declarado sufragáneo de la Iglesia Metropolitana de Santiago de Chile».

«En 1837 el gobierno chileno había pedido a la Santa Sede que instituyera Obispo de Ancud al Padre franciscano, Fr. José María Bazaguchiascúa; pero éste falleció en Santiago en enero de 1840, poco antes de llegar las Bulas».

«El gobierno fijóse entonces en el religioso dominico, Fr. Ramón Arce, para solicitar de la Santa Sede que lo eligiera Obispo. No aceptó. En mayo de 1844 el gobierno acordó pedir al Papa que instituyese Obispo de la nueva Diócesis al Dr. D. Justo Donoso, y en junio requirió al Excmo. Señor Elizondo, Obispo de Concepción, para que lo pusiese a cargo de la Diócesis. Elizondo accedió a la indicación del gobierno y delegó en el señor Donoso la jurisdicción espiritual en calidad de Vicario suyo hasta la llegada de las Bulas pontificias. En virtud de esta delegación y de la presentación hecha a la Santa Sede por el gobierno, el señor Donoso se creyó autorizado para ejecutar las disposiciones de la Bula "Ubi Primun" y con fecha 27 de octubre de 1844, dictó el auto de erección canónica del Obispado de San Carlos de Ancud, al cual se trasladó a principios de 1845».

«Con fecha 19 de junio de 1910, el Excmo. y Revdmo. Dr. D. Ramón Ángel Jara, Obispo entonces de La Serena y Administrador Apostólico de Ancud, erigió la Gobernación Eclesiástica de Valdivia, señalándole como territorio la provincia de Valdivia, el departamento de Osorno y la parte de la provincia de Cautín que pertenecía a la

Diócesis. Fue designado Gobernador Eclesiástico el Excmo. Dr. D. Augusto Klinke, Obispo de Proconeso».

Ancud ha tenido los siguientes Obispos: Dr. D. Justo Donoso, Dr. D. Francisco de Paula Solar, Dr. D. Agustín Lucero, Dr. D. Ramón Ángel Jara, Dr. D. Pedro Armengol Valenzuela, Dr. D. Antonio Castro, Dr. D. Abraham Aguilera, Dr. D. Ramón Munita Eyzaguirre, Dr. D. Hernán Frías Hurtado, Dr. D. Cándido Rada. Las características que han adornado a estos príncipes de la iglesia ancuditana, han sido muy variadas. Expongámoslas rápidamente, incluyendo a los vivos.

El señor Donoso sobresale como escritor y canonista. Versado en las leyes positivas y especialmente filosóficas, sus obras llevan marcado el sello de sus estudios favoritos. La formación de sacerdotes, se presentó como uno de los problemas que se propuso resolver. Puso las bases en 1845 de un edificio provisorio para Seminario; pero la falta de profesores idóneos y otras causas postergaron su instalación hasta mediados de 1849. Primer rector del establecimiento fue el Padre franciscano Fr. Miguel Toro.

Trasladado a la Serena, continuó allí hasta su muerte, dejando un nombre que es recordado con cariño.

Finiquitadas las tramitaciones canónicas de regla, arribaba a Ancud, su sucesor, Rvdo. P. mercedario Fr. Francisco de Paula Solar, religioso que gozó de merecido respeto entre los individuos de su orden, por sus virtudes, por su ciencia, por sus escritos, por sus cualidades de maestro y orador; dice de él el prebendado don Francisco J. Cavada:

«La humildad del Obispo Solar fue uno de sus rasgos más sobresalientes. Le vimos repartir en sus salones con pobres mendigos, a los cuales enseñaba personalmente el catecismo; le vimos desafiar el temporal y la lluvia bajo su pobre paraguas para correr en ayuda de los que reclamaban su apoyo».

Y sin embargo, jamás pensó que su autoridad resultase menoscabada con estos rasgos de rendimiento cristiano, que tanto bien hacen a las almas que esperan consolación y una mano piadosa

que las guíe. Es que el señor Solar tuvo cuidado de no encerrarse en su torre de marfil, ni mirar a nadie con desvío. Fue prudente sin exageraciones meticulosas. Es fama que nunca despidió a sus sacerdotes en forma desabrida y seca.

Honroso fue para él asistir al concilio Vaticano en que se proclamó la infalibilidad pontificia y en cuyas discusión y acuerdos le cupo desempeñar papel importante. Tuvo la desdicha de ver consumidos por las llamas el Seminario y la gran catedral en construcción, a causa del incendio del 15 de febrero de 1879. En cambio de esa pérdida podía considerarse resarcido con haber llamado en 1859 a los Padres Jesuitas, que tantos bienes han hecho y hacen en Puerto Montt, Puerto Varas, Octay y Ancud. Con gran pesar de los católicos, estos maestros de la juventud dejaron el Seminario el año 1938. Merced a sus gestiones, el 3 de noviembre de 1874 arribaban a este puerto doce religiosas de la Inmaculada, que luego se repartieron por todo Chile, regentando colegios, asilos, hospitales, etc. Su pontificado fue largo, y entre sus disposiciones testamentarias hay una que es particularmente grata para Chiloé: la de que quedase su corazón entre los hijos de su grey. Luego de haber muerto fue cumplida, y actualmente se guarda en una urna de cristal en el subterráneo de la capilla mortuoria que poseen las religiosas de María Inmaculada. Por sus obras de caridad mereció ser llamado Padre de los pobres.

Después de su muerte, ocurrida en Santiago, siguióse un interregno de cinco años, poco más o menos, durante el cual gobernó la Diócesis como Vicario Capitular el canónigo don Rafael Molina hasta la consagración del nuevo príncipe, que lo fue el Padre dominico Dr. D. Agustín Lucero, orador de no escasos méritos. Como aquél, éste hizo obra efectiva en bien de la enseñanza eclesiástica. Fruto de sus estudios y detenidas lecturas, se menciona una obra de filosofía que dejó inédita, pláticas y sermones. Celebrose en sus días el primer Sínodo Diocesano. Los restos mortales del Excmo. Señor Lucero descansan en la cripta que las religiosas de la Inmaculada poseen anexa al colegio que aquí regentan.

Dificultades entre la Santa Sede y el gobierno chileno impidieron que se proveyera la vacancia de este Obispado, quedando acéfalo por más de cinco años. Durante este tiempo gobernó la Diócesis,

como Vicario Capitular, el canónigo de la catedral de Concepción, prebendado don Domingo Benigno Cruz, sacerdote versado en las ciencias teológicas.

La figura de don Ramón Ángel Jara, que vino a suceder al obispo Lucero es demasiado conocida en Chiloé y América. Sobresalió en la tribuna sagrada como orador de gran vuelo. De estilo abundante, de dicción clara y empapada en las doctrinas evangélicas, sus panegíricos y cartas pastorales, sus discursos patrióticos, sus conferencias y hasta sus improvisaciones muestran de cuerpo entero a este príncipe de la iglesia y avaloran su alma, encendida siempre en los más puros afectos del corazón. Las glorias nacionales cautivaron su espíritu, y cantó a la patria ensalzando el nombre de nuestros héroes, en discursos, en panegíricos y oraciones fúnebres.

Trasladado a la Serena rindió allí el tributo de la vida, después de una labor considerable al servicio de la causa de Dios y de Chile. La construcción de la catedral, monumento arquitectónico de gran valía, es obra suya.

Para ocupar el cargo vacante fue consagrado el general de los mercedarios. Rvdo. P. Pedro Armengol Valenzuela. Filólogo y lingüista, continuó aquí sus estudios predilectos a medida que sus ocupaciones se lo permitían hasta terminar su diccionario de las lenguas americanas, que es un monumento de investigación científica. El mal estado de su salud y las inclinaciones de su espíritu que le pedían reposo, le indujeron a hacer la renuncia de su cargo, retirándose a la soledad de su convento, en donde falleció algunos años más tarde. En atención a sus méritos, la Santa Sede, junto con aceptarle su renuncia de Obispo de Ancud, le confirió el título de Arzobispo de Gangra. Compartió las tareas episcopales con el señor Valenzuela, en calidad de Vicario, el presbítero don Braulio Guerrero.

Monseñor Antonio Castro, de los Sagrados Corazones, vino a reemplazarlo. Cualidades poco comunes reunía en sí el señor Castro: educador, conferencista, en quien la claridad y la doctrina resaltan antes que el adorno retórico. Supo hermanar el principio filosófico a una expresión liviana y ágil, el argumento macizo y la fuerza persuasiva al tono de voz, dejando entre sus oyentes impresión agradable. Sus ejercicios doctrinales en el Seminario, en

el colegio de María Inmaculada, en la capilla episcopal a señoras, jóvenes y caballeros, reanimaron la fe de los católicos. Como lo expresa muy acertadamente el Pbro. D. Francisco J. Cavada en unos perfiles biográficos, su gobierno fue fructífero y pasará a la historia de la iglesia chilena.

Enfermo del ánimo, el señor Castro dejó la Diócesis para recogerse a su convento de Santiago y seguir como consultor técnico del Arzobispado.

Sucedió al Excmo. Señor Castro un miembro de la comunidad salesiana, el Dr. D. Abraham Aguilera. Desde su llegada demostró las más felices aptitudes. Inspirado en las obras de su santo patrono, el esclarecido Don Bosco, redobló sus energías en beneficio de la juventud que estudia, de sus seminaristas, clero y huérfanos. Consagrado a propagar la fe, enseñar el respeto, la puntualidad, el decoro, la obediencia cristiana, ya se le veía visitando parroquias, ya la capilla de campo, ya ocupándose de las necesidades y diarios quehaceres del culto, de la vida espiritual o económica del Seminario.

Al frente de una Diócesis pobre, oprimido por las pérdidas que ocasionó el incendio del palacio episcopal, sin tener casa donde guarecerse, imploró la protección del cielo y confiado en las almas caritativas, pudo iniciar una serie de obras que perpetuarán su nombre. Puerto Montt y Ancud vieron surgir, en poco tiempo, tres grandes edificios de cemento armado. El de aquella ciudad, para enseñanza primaria. Los de aquí, uno para la prensa, el otro para oficinas de la Curia y habitaciones. Este último, en construcción aún en los días de su fallecimiento, fue surgiendo al compás de las limosnas recogidas; y es ahora en Ancud uno de los edificios de mayor mérito arquitectónico. Su transformación en departamentos de arriendo para oficinas públicas, débese a Monseñor Frías Hurtado. Con ello se pusieron las bases económicas de la Diócesis, de que ésta carecía casi en absoluto a causa de sus escasas entradas.

Muchas son las obras que Chiloé debe a sus Obispos; y si las materias expuestas en esta historia no estuvieran limitadas por la misma extensión que abarcan los diversos capítulos que las forman, ciertamente que nos habríamos detenido un poco más dando a conocer los méritos que avaloran la personalidad de los prelados que hemos tenido. Quienes quieran conocer la labor sostenida y

benéfica de la iglesia en Chiloé, necesitarán recurrir a otras fuentes.

Hicieron labor positiva, como Vicarios Capitulares, el canónigo y polemista don Domingo Benigno Cruz y el Excmo. y Rvdmo. Obispo de Proconeso, Dr. D. Augusto Klinke, exprimer Gobernador Eclesiástico y exprimer Administrador Apostólico de Valdivia, exalumno del Seminario de Ancud y uno de los sacerdotes más dignos y queridos que tuvo Chiloé. El Excmo. Señor Klinke prestó a la Iglesia valiosos servicios. Su obra dentro de la Diócesis aún permanece. Mesurado y sereno, supo entremezclar la rigidez del mando con la benevolencia. Unió a los católicos con el ejemplo de sus virtudes. El señor Klinke quiso a Chiloé con toda el alma. Y este es otro de los títulos que le conquistaron en el archipiélago admiradores entusiastas.

En la época del Excmo. Señor Lucero aparece el prebendado don Gabriel Flores, que sirvió como Vicario General por espacio de catorce años. Sacerdote de talento y recto juicio, versado en cánones, leyes, decretos y reglamentos, siempre fue oído y consideradas sus opiniones con respeto. Dentro de la Diócesis se le recuerda, no sólo por la autoridad moral de que dio pruebas, sino por sus donaciones y limosnas. Pariente cercano del Obispo Solar, heredó de él virtud y ciencia. Alejado del mundo y desprendido de cuanto poseía, trasladose a Puerto Varas para servir como capellán en el colegio que ahí mantienen las Religiosas de la Inmaculada. Sorprendiole la muerte en el silencio de ese convento.

Sucediole en el cargo el presbítero don Augusto Klinke. La labor de este sacerdote fue intensa y acertada, ya como oficinista o redactor del periódico «La Cruz del Sur», que dirigió por algunos años, ya como consejero en el gobierno de la Diócesis.

Consagrado Obispo y nombrado para desempeñar la Gobernación Eclesiástica de Valdivia, ocupó su puesto el presbítero don Ambrosio Scholz. Atendió éste el cargo y las colonias de Huillinco, Senda de Chacao y Laja Blanca en calidad de capellán. Resentida su salud, trasladose al norte por vía de descanso y poco después ingresó al ejército como capellán.

El canónigo don Fidel Alvarado ha sido otro coadyuvador en las tareas eclesiásticas, ya como Vicario General, cura párroco, administrador de «La Cruz del Sur», o tesorero diocesano. En materias económicas mostrose competente y experimentado.

Con el señor Castro aparece el que más tarde había de ser Obispo de Yeriso, Administrador Apostólico de Valdivia y Vicario General Castrense, el Excmo. y Rvdmo. Dr. D. Teodoro Eugenín, sacerdote joven, ilustrado, estudioso. Fue un Prelado que se hizo querer por sus condiciones de carácter y buen juicio. Hijo de Chiloé, es ya más que una esperanza, es una realidad.

Junto a Monseñor Aguilera colaboró el M. I. Pbro. don Juan Elgueta, sacerdote que gozó de reputación envidiable.

El fallecimiento de Monseñor Aguilera, elevó a la dignidad de Obispo de Ancud a un sacerdote joven, lleno de vida y entusiasmo, el Excmo. Señor Ramón Munita Eyzaguirre. En poco tiempo el señor Munita dio a conocer el temple de su alma y el ardor con que se sentía estimulado por colocar a la Diócesis a la altura de sus aspiraciones. De carácter jovial, si de algo pudiera criticársele, sería del excesivo celo de que dio muestras por atender las labores de su cargo. Para organizar la nueva Diócesis de Puerto Montt, la Santa Sede dispuso su traslado.

Vino en su reemplazo otro sacerdote joven, Mons. Hernán Frías Hurtado, expárroco de Renca y Vicerrector del Seminario Pontificio de Santiago.

No sabríamos decir si el señor Munita o el señor Frías fue el más diligente en atender y servir el cargo a que fueron llamados. Los dos visitaron Aysén hasta el límite argentino y los dos también ocupáronse en organizar la parte económica de la Diócesis.

Poco más de cinco años permaneció aquí, al fin de los cuales pasó a Antofagasta, por disposición del Romano Pontífice. Su salida fue muy lamentada por los católicos.

Vino a reemplazarlo otro sacerdote que se formó en la milicia salesiana.

Animado de los mejores propósitos, con miras de hacer el bien espiritual y material a la vez, sirve de este modo los intereses de la Iglesia y de la provincia, convencido de que sus feligreses necesitan el pan del alma que alienta el espíritu y el pan del cuerpo que fortifica la vida material.

En poco tiempo ha transformado el viejo e incómodo edificio del Seminario. Ahora aparece rejuvenecido, con un gran patio para el recreo de los alumnos seglares y un extenso gimnasio cubierto, dormitorios, comedor, salas de clases y demás dependencias.

Ha hecho de «La Cruz del Sur» una publicación moderna que todo Chiloé lee de preferencia. El conocido periódico aumentó su formato, sus páginas y su tiraje. Una linotipia moderna, probablemente lo convierta en diario.

A intento de facilitar la labor del personal, extendiose el edificio. En los nuevos departamentos se instalaron las máquinas y los almacenes de materiales. El director y familia disponen de casa habitación.

El Obispado de Ancud marchó en todo momento de acuerdo con la Santa Sede, sin tropiezos canónicos de ninguna especie, ni conflictos con el gobierno.

«La Cruz del Sur», periódico que ya cuenta con más de cincuenta años de existencia, tuvo su época de brillo y fue la voz viva e insinuante de los católicos en toda la Diócesis y el propulsor de cuanta idea se propuso en bien de Chiloé. Firme en sus juicios, acertada y valiente para decir la verdad, jamás descendió al terreno del adulo y alabanzas inmerecidas. Dirigiéronla por largos años plumas expertas como las de los señores Carlos Miller, Francisco J. Cavada y Augusto Klinke. Más tarde tomaron la redacción los señores Ambrosio Scholz, Braulio Guerrero, Roberto Bahamonde, Pedro J. Barrientos Díaz, Luis Foncea y Héctor Arcos Z. Con la construcción de un edificio de cemento armado y la adquisición de prensas modernas, ha recibido nuevo impulso.

La Iglesia fue aquí desde antiguo, como en todas partes, la que en forma desinteresada propagó las letras y las ciencias, levantando el nivel moral de la juventud, despertando alicientes y vocaciones dormidas. Sin alardes ni ostentaciones vanas, imparte sus enseñanzas, a cargo de profesores competentes, en escuelas primarias, en colegios de humanidades, en el Seminario.

LA PRENSA EN CHILOÉ

Por la lista que va en seguida, se verá que la prensa en Chiloé ha sido cultivada con especial cariño.

Empezó a dar señales de vida con «El Chilote», semanario de cuatro páginas que apareció el 3 de septiembre de 1868 para dejarse de publicar el 12 de septiembre de 1886. Su primer redactor fue don José María Mujica, originario de Valdivia y entusiasta por el progreso regional. Le siguió en el cargo don Enrique Chatterton, hijo de Ancud e inclinado como el anterior en campañas regionales.

Con el mismo título de «El Chilote» aparecieron dos periódicos más, en 1891 y 1917. El primero de éstos terminó con el número 5 y el segundo con el número 122. Fue fundado este último el 9 de noviembre de 1917 y dejó de publicarse el 22 de junio de 1920.

Todos estos periódicos eran de tendencia liberal.

«El Católico», apareció para contrarrestar las tendencias políticas de «El Chilote» el 14 de junio de 1884. Su fundador fue el Vicario Capitular Pbro. Don Rafael Molina. En los días de la revolución de 1891 cambió su título por el de «El Austral» y el primero de enero de 1899 por el de «La Cruz del Sur», que ha seguido publicándose tres veces por semana.

«El Liberal», 1878-1885. — Apareció el 13 de diciembre de 1878 y su redactor fue el talentoso periodista don Luis Moreno. Trocó su nombre por el de «Imparcial» que redactó el abogado don Ricardo Passi García.

«La Voz de Ancud». — De 1893 a 1897.

«La Juventud». — 8 de agosto de 1886 a 1887.

«El Independiente». — 10 de junio de 1905 al 27 de diciembre

de 1906.

«El Faro». — 1910 a 1911.

«El Faro Austral». — 1907 a 1919.

«El Estudiante». — 1917 a 1918.

«El Clarín». — 1919 a 1920.

«La Alianza Liberal». — 1924 a 1925.

«El Liberal». — 4 de noviembre de 1890, terminó el 13 de diciembre del mismo año.

«El Liberal Democrático». — 1903.

«El Liberal». — 1915 a 1923.

«La Libertad». — 1890.

«La Luz». — 1918.

«El Marino». — 1892 a 1901.

«El Mentor». — 1886.

«La Opinión». — 1926 a 1928.

«La Opinión de Chiloé». — 1901.

«El Pacífico». — 1888.

«El Ideal». — 1931 a 1934.

«La Probidad». — 1885 a 1891.

«El Progreso». — 1888.

«La Provincia». — 11 de octubre de 1924 al número 16 del 21 de enero de 1926. — Imp. «La Provincia».

«El Chiloé». — 1912.

«El Pueblo». — 1891.

«El Pudeto». — 1875 a 1876.

«El Pudeto». — 1889 a 1890.

«El Pudeto». — 1909 a 1910.

«La Quincena». — 1921.

«El Soldado Chilote». — 1917 a 1918.

Todos estos periódicos fueron editados en Ancud.

PERIÓDICOS DE CASTRO.

«El Ahorro». — 1918 a 1920.

«El Archipiélago». — 1888 a 1890.

«La Autonomía Municipal». — 1822 a 1823.

«El Regional». — 1929 a 1930.

«La Voz Insular». — 3 de julio de 1936. — Antes se llamó «La Voz de Castro».

«El Cometa». — 1908 a 1909. — De Chonchi.

Bibliografía

BARROS ARANA. — *Historia General de Chile* (1884-1902). — *Las Campañas de Chiloé.*

SOTOMAYOR VALDES. — *Historia de Chile.*

CRESCENTE ÉRRAZURIZ. — *Seis años de Historia de Chile. Pedro de Valdivia. Francisco de Villagra. Don García Hurtado de Mendoza.*

GONZALO BULNES. — *Guerra del Pacífico.*

DOMINGO AMUNATEGUI. — *Historia de Chile.*

TOMAS THAYER OJEDA. — *Francisco de Aguirre.*

LUIS GALDAMES. — *Estudio de la Historia de Chile.*

MIGUEL LUIS AMUNATEGUI. — *Descubrimiento y Conquista de Chile.*

SCHWARZENBERG Y MUTIZABAL. — *Monografía geográfica e histórica de Chiloé.*

FRANCISCO J. CAVADA. — *Historia Centenaria de la Diócesis de San Carlos de Ancud.* «Chiloé y los Chilotes».

VICENTE PÉREZ ROSALES. — *Recuerdos del Pasado.*

ROBERTO MALDONADO. — *Anuario Hidrográfico*.

DOMEIKO. — *Revista de Historia y Geografía*.

Apéndice

Como un dato curioso y para demostrar lo que es la estadística en nuestro país, damos a continuación un cuadro que señala los productos exportados por el departamento de Ancud, aproximadamente, en el año 1948, productos y valores que no aparecen en la estadística respectiva.

Estos datos nos los ha facilitado persona seria que conoce perfectamente el movimiento comercial e industrial de Ancud.

3 Mil sacos de ostras c/u $ 1 300	$ 3 900 000.—
5 Mil cabezas de vacuno c/u $ 2 000	$ 10 000 000.—
300 Cerdos c/u $ 1 000	$ 300 000.—
1 000 Ovejas c/u $ 300	$ 300 000.—
100 Mil kilos de quilineja c/u $ 5	$ 500 000.—
50 Mil kilos de queso c/u $ 30	$ 1 500 000.—
5 Mil kilos de mantequilla c/u $ 55.	$ 275 000.—
120 Toneladas de chuño. $ 11. — k.	$ 1 320 000.—
20 Mil sacos de papas c/u $ 60	$ 120 000.—
Suela	$ 1 000 000.—
500 Mil pulgadas de madera c/u $ 10	$ 5 000 000.—

Mariscos, secos y frescos, muebles, miel y cera, etc. más o menos	$ 1 000 000.—
Total:	$ 25 215 000.—

TOTAL: veinticinco millones doscientos quince mil pesos.

ANEXOS

Datos Biográficos del Autor

—

Hijo de Segundo Barrientos y María de los Ángeles Díaz, Pedro José Barrientos Díaz nació el 20 de octubre de 1867 en el poblado de Dalcahue (en aquel entonces perteneciente al Departamento y Comuna de Ancud, provincia de Chiloé), y falleció en Ancud, el lunes 10 de marzo de 1958, a las 23:00 hrs.

Contrajo matrimonio con Candelaria Oyarzún, hija de Miguel Oyarzún (el primer farmacéutico que ejerció en Ancud). De esta unión nacieron Miguel, Rosario, Luis, Carlos, Laura, María Luisa, Marta, Lavinia, Adriana y Eduardo.

Hizo sus estudios primarios en la escuela pública de Dalcahue, luego las humanidades en el Liceo de Ancud, y los superiores en Santiago, en el Instituto Pedagógico de Chile, a contar de abril de 1891, figurando entre los alumnos del primer curso en las cátedras de Castellano, Filosofía e Historia y Geografía.

Ingresó a la instrucción pública iniciando una brillante carrera en la docencia. Fue profesor de castellano en el Instituto alemán de Osorno, Subdirector del Instituto de Sordomudos de Santiago; y entre los años 1894 y 1903, profesor de castellano en el Liceo de Aplicación de Santiago, anexo al Instituto Pedagógico, y Primer Inspector de Medio Pupilaje; profesor de castellano, filosofía, historia y geografía del Liceo de Ancud, Visitador de Escuelas de las provincias de Chiloé y Malleco y del Primer Distrito Escolar de Santiago.

Tuvo alumnos destacados, entre los que figuran Héctor y Enrique Zañartu Prieto, quien fuera en varias oportunidades

candidato a la Presidencia de la República; Manuel Gaete Fajalde, académico y notario de la ciudad de Santiago; Fanor Velasco V., académico y primer Director a partir de 1925 del Archivo Histórico Nacional; José Manuel Balmaceda, hijo del Presidente de Chile; Aurelio Núñez Morgado, académico; José Maza, Senador de la República; y muchos otros. Mención especial merece también su ahijado Nibaldo Bahamonde Navarro, profesor de Ciencias biológicas y Química de la Universidad de Chile, y Premio Nacional de Ciencias (1996).

Después de 35 años de incesante labor educacional, obtuvo la jubilación por servicios distinguidos.

Durante el año 1931 asumió el cargo de Intendente (S) de Chiloé, bajo la presidencia de Juan Esteban Montero Rodríguez.

Fue elegido Regidor de la Ilustre Municipalidad de Ancud desde el 7 de abril de 1935 hasta mayo de 1938; y desempeñó el cargo de Alcalde de la misma municipalidad entre los años 1937 y 1938. Durante su gestión, obtuvo los recursos para la construcción del gimnasio municipal en calle Los Carrera (esquina Errázuriz), planos que fueron trazados por el arquitecto Ernesto Núñez; también destaca la apertura y mejoramiento de avenidas y calles de la ciudad, como la asignación a éstas de nombres de próceres, héroes y batallas de nuestra historia patria, debiendo considerarse también el nombre de la calle Los Cavada en honor de los hermanos Francisco y Darío Cavada, académicos nacidos en Chiloé y cuyas obras han alcanzado renombre nacional.

En 1924 y en 1949 integró la lista de precandidatos a Diputado por Ancud, Castro y Quinchao.

La Academia Chilena de la Lengua, perteneciente a la Asociación de Academias de la Lengua Española, en atención a sus méritos literarios y filológicos, con fecha 12 de agosto de 1937, acordó otorgarle el título de «Miembro correspondiente a la Academia Chilena». La ceremonia fue verificada en su sede de la ciudad de Santiago, siendo presidida por su director, Miguel Luis Amunátegui Reyes, y contando con la asistencia de todos los académicos.

Como escritor e historiador, es autor de textos de historia universal, de América, de Chile y de Chiloé, los que, en conformidad a los derechos pertinentes del Ministerio de Educación, fueron adoptados para los establecimientos de enseñanza del país.

Además, escribió novelas, obras de teatro, gramaticales, ensayos, conferencias y discursos; siendo también autor de publicaciones breves relacionadas con la educación escolar, temas culturales, del quehacer y necesidades de Chiloé.

Siendo incansable escritor, la principal actividad de su vida la constituyó el periodismo, a la que dedicó sus mayores esfuerzos y mejores desvelos. Sus editoriales y crónicas, sobrepasan las mil quinientas y fueron publicadas en diarios, periódicos y revistas nacionales.

Fue colaborador constante de «El Mercurio», «El Diario Ilustrado», las revistas «Zig-Zag» y «En viaje» de Santiago, «La Unión» de Valparaíso, «El Austral» de Temuco, y «La Prensa» de Osorno.

En «El Llanquihue» de Puerto Montt, desde septiembre de 1922 hasta mayo de 1926, desempeñó el cargo de redactor, y desde esta última fecha hasta 1929 asumió como director.

Fue fundador propietario, redactor y director del periódico «La Provincia», editado en Ancud a partir del sábado 11 de octubre de 1924 hasta el jueves 21 de enero de 1926.

Redactor y director del diario «La Cruz del Sur» de Ancud entre los años 1935 y 1947. Una vez que entregó la dirección del diario, siguió colaborando a través de crónicas, en una batalla permanente por el progreso de Chiloé, con conocimientos de los problemas y necesidades, con claridad en el razonamiento y una constancia excepcional hasta poco antes de su fallecimiento.

Fue condecorado con la «Medalla del Centenario de la Independencia de Chiloé» durante la ceremonia de dicha fecha efectuada el 19 de enero de 1926 en la batería de San Antonio de Ancud; ceremonia a la que asistieron autoridades gubernamentales, unidades del Ejército, la Escuadra Nacional al mando del Contralmirante Braulio Bahamonde y la comunidad toda.

Los funcionarios municipales, en ceremonia pública realizada el 4 de julio de 1937, le entregaron el «Diploma de Honor» de la Ilustre Municipalidad de Ancud. Lo mismo hizo el personal de «La Cruz del Sur» de Ancud, el 2 de enero de 1942, en la ceremonia de aniversario del diario.

S. S. el Papa Pío XII lo honró confiriéndole la condecoración

«Orden de San Silvestre» en el grado de «Caballero», cuyas insignias le fueron impuestas en solemne ceremonia el día 25 de diciembre de 1954, por el obispo de la diócesis San Carlos de Ancud, Augusto Salinas Fuenzalida.

Entre los homenajes póstumos, destacan el de «La Cruz del Sur» de Ancud, edición del 12 de marzo de 1958, que bajo el titular «Patriarca de Chiloé don Pedro J. Barrientos Díaz ha muerto», le dedicó sus dos primeras páginas a reseñar su vida y obra. La cámara de Diputados en sesión solemne, le rindió homenaje, en cuya ocasión usó la palabra el diputado Héctor Correa Letelier y que con fecha 1.º de abril de 1958 publicó «La Cruz del Sur». La I. Municipalidad de Puerto Montt otorgó su nombre a una calle de dicha ciudad; mientras que la de Ancud, por su parte, hizo lo mismo con una calle del sector de Fátima de Ancud.

Años más tarde, el diario «La Cruz del Sur», en su editorial del día 9 de marzo de 1968, bajo el título de «Diez años», señala:

> *«Se han cumplido, pues, diez años desde el día de su fallecimiento, y su nombre y su figura, a través de los años transcurridos desde entonces, aparece como la imagen más auténtica y pura del isleño ciento por ciento. Su amor apasionado por su provincia y su patria grande orientaron sus actividades, en el plano social, educacional e intelectual (…) Su fe en el progreso de la provincia y de la zona fue firme y arraigada, y por él luchó sin descanso, por más de cincuenta años de ininterrumpida actividad periodística (…)».*

Durante su existencia noble y cabalmente cumplida, integró y participó activamente en numerosas instituciones y agrupaciones, destacando:

- Asociación de la Prensa de Chile. Socio desde el 4 de julio de 1897.
- Academia Chilena de la Lengua. Miembro a contar del 12 de

agosto de 1937.

• Comité de Defensa Regional de la Intendencia de Chiloé, dependiente del Ministerio del Interior. Vicepresidente a contar del 18 de diciembre de 1937.

• Centro Social Conservador «La Unión» de Ancud. Socio y Presidente desde el 15 de octubre de 1914.

• Federación Nacional de las Congregaciones Marianas de Chile. Presidente de la Junta Directiva de Ancud desde el año 1925.

• Archicofradía de la Catedral de Ancud. Designado Presidente mediante Decreto Diocesano de 24 de mayo de 1931.

• Asociación de Hombres de la Acción Católica Chilena. Presidente del Consejo Diocesano de Ancud a contar de 1936.

• Comité Centenario del Seminario Conciliar de Ancud. Presidente desde el 13 de abril de 1945.

• Partido Conservador Unido. Presidente Provincial de Chiloé por varios periodos, y hasta su fallecimiento.

Ancud, septiembre de 2012
Jaime Barrientos Eisele

Bibliografía del Autor

Libros

1905. *Parónimos*. Colección de voces de dudosa ortografía. Santiago: Librería, Imprenta y Encuadernación Guillermo E. Miranda, Editor.

1910. (2.ª Edición). *Compendio Elemental de Historia de América*. Santiago: Imprenta y encuadernación Chile.

1913. (2.ª Edición). *Compendio de Historia de Chile. Santiago*: Imprenta y encuadernación Claret.

1916. *Triste jornada*. Novela. Ancud: Imprenta «El Independiente».

1920. *Algunos aspectos de la vida social isleña. Notas al vuelo*. Santiago: Imprenta y encuadernación Claret.

1921. *El Carácter*. (Contiene las conferencias «El carácter. En procura de hombres de carácter, creyentes, honrados y patriotas» y «La campaña de Lord Cochrane»). Santiago: Imprenta y encuadernación Claret.

1931. «Para la Historia». Homenaje al Presidente de la República Carlos Ibáñez del Campo, con motivo de su visita a Chiloé el 13, 14 y 15 de marzo de 1931. Ancud: Imprenta «Asilo de Huérfanas», 2 de abril de 1931.

1932. (1ra Edición). *Historia de Chiloé*. Ancud: Imprenta «La Provincia», 17 de enero de 1932.

1936. (1ra Edición). *Mónica*. Comedia en tres actos; argumento tomado del francés. Ancud: Imprenta «La Cruz del Sur».

1937. *Un naufragio*. Ancud: Imprenta «La Cruz del Sur». (1.º lugar en el certamen «La Crónica»).

1942. *Lo inesperado*. Novela. Ancud: Imprenta «La Cruz del Sur», 15 de julio de 1942.

1943.*Antonio*. Novela. Ancud: Imprenta «La Cruz del Sur», 15 de febrero de 1943.

1948. (2.ª Edición). *Historia de Chiloé*. Ancud: Imprenta «La Cruz del Sur».

S/f. *El día insular*. Novela de ambiente regional.

S/f. *Gabriela*. Novela de contenido emocional.

Opúsculos

1927. *El destacamento «Chiloé debe establecerse en Ancud»*. Ancud: Imprenta «La Provincia».

1930. *Servicio de navegación entre Puerto Montt, Ancud y Maullín*. Ancud: Imprenta «Asilo de Huérfanas», 10 de septiembre de 1930.

1934. *Memoria que el pueblo de Ancud eleva a la honorable representación parlamentaria acerca de las necesidades de este Departamento.* Ancud: Imprenta «La Cruz del Sur», 25 de mayo de 1934.

1936. *Circular sobre educación cristiana de la niñez y propagación de la buena prensa.* Ancud: Imprenta «La Cruz del Sur».

S/f. *Excelencia, Ancud necesita…* Ancud: Imprenta «Asilo de Huérfanas».

S/f. *Por qué debe continuar siendo Ancud la Capital de Chiloé.* Ancud: Imprenta «La Cruz del Sur».

S/f. *Discurso pronunciado por el Sr. Pedro J. Barrientos en la velada de Acción Católica.* Ancud: Imprenta «La Provincia».

S/f. *El camino Internacional. Cruce del canal de Chacao.* Ancud: Imprenta «La Cruz del Sur».

Artículos publicados en revistas

1930. «La navegación en los canales de Chiloé». En *Luz Insular*, en homenaje al Cuerpo de Bomberos de Quemchi en su 25 aniversario. Pp.: 35 y 36. (26 de marzo de 1930).

1931.«Fecha memorable», «Por qué Ancud debe ser la capital del archipiélago», «La ciudad de Ancud», «¿Pueblo muerto?», «La provincia de Chiloé», «El camino a Quetalmahue y el Turismo», «Ataque al castillo de Agüi». En Homenaje al Cuerpo de Bomberos de Ancud en su septuagésimo quinto aniversario. Santiago: Imprenta y Encuadernación C. y M. Molina Lackington, 12 de febrero de 1931.

1956. «Ancud, centro de recuerdos históricos». En Homenaje al centenario del Cuerpo de Bomberos de Ancud. Edición especial de «La Cruz del Sur», 12 de febrero de 1956.

Prólogos

«Flores de Primavera», poesías en versos de Conrado Oyarzún Ampuero. Padre Las Casas: Imprenta y Editorial «San Francisco», 2 de abril de 1946.

Publicaciones sobre el autor

Cavada, Francisco 1934. «Pedro J. Barrientos». En *Apuntes biográficos de personas y familias de Chiloé insular*. Santiago: Editorial Nascimento.

Recepción de la 2.ª Edición de la obra

• Barrientos Oyarzún, Miguel 1949. «Historia de Chiloé». En diario «La Cruz del Sur», 30 de marzo de 1949.

• Cavada C., Darío 1949. «Historia de Chiloé». En diario «La Cruz del Sur».

• C. P., M. «Historia de Chiloé» 1949. En Revista de Libros «El Mercurio», y publicada por el diario «La Cruz del Sur», 25 de abril de 1949.

• Dotor, Ángel. «Una Historia de Chiloé. El Hoy, hijo del ayer. Especial para la Cruz del Sur». En diario «La Cruz del Sur», diciembre de 1949. (Madrid, 14 de noviembre de 1949).

• García Bahamonde, Agustín. «Historia de Chiloé». En diario «La Cruz del Sur», 27 de agosto de 1949.

• Morales, Raimundo. «La Historia de Chiloé juzgada por un escritor y académico ilustre». En diario «La Cruz del Sur», 13 de agosto de 1949. (La Granja, 23 de julio de 1949).

• Oyarzo C., Pedro 1949. «Un escritor y un libro que honran a Chiloé». En diario «La Cruz del Sur», mayo de 1949.

• Salzmann R., J. F. «Historia de Chiloé por don Pedro José Barrientos Díaz». En diario «La Cruz del Sur», 3 de septiembre de

1949. (Valparaíso, agosto de 1949).



PEDRO JOSÉ BARRIENTOS DIAZ, escritor y político chileno, (Dalcahue, 20 de octubre de 1867 - Ancud, 10 de marzo de 1958).

Nació el 20 de octubre de 1867 en la localidad de Dalcahue, siendo hijo de Segundo Barrientos y María de los Ángeles Díaz.

Inicia sus estudios primarios en su ciudad natal, para luego trasladarse a la ciudad de Ancud para cursar estudios secundarios. Posteriormente en 1891 se desplaza a Santiago para cursar estudios superiores en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde asiste a las cátedras de Castellano, Filosofía e Historia y Geografía.

A partir de 1894 se dedica a la labor pedagógica en distintos establecimientos del sur de Chile, obteniendo la jubilación al cumplir los 35 años de servicio en 1929 a la edad de 62 años.

Luego del fin de sus labores docentes, inicia su carrera política en el ámbito local, donde destaca como intendente subrogante de Chiloé en 1931, y posteriormente como regidor de Ancud entre 1935 y 1938, posición donde también ocupa el cargo de alcalde de la comuna entre los años 1937 y 1938. Entre 1924 y 1949 integró la lista de candidatos a diputados del Partido Conservador sin llegar a ser electo.

En paralelo a sus labores docentes y luego políticas, Pedro Barrientos también lleva adelante una fructífera carrera como escritor e historiador local, que lo llevan a ser incorporado como miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua el 12 de agosto de 1937. Entre sus obras destaca «Historia de Chiloé», primera obra dedicada a compilar la historia del archipiélago desde la colonización española hasta el siglo XX.

Falleció en Ancud el 10 de marzo de 1958 a la edad de 91 años.

OBRAS:

NOVELAS: *Triste jornada* (1916); *Mónica,*comedia en tres actos (1936); *Un naufragio* (1937); *Lo inesperado* (1942); *Antonio* (1943); *El día insular* (s/f); *Gabriela* (s/f).

MATERIAL DOCENTE: *Parónimos. Colección de voces de dudosa ortografía* (1905); *Compendio elemental de historia de América* (1910); *Compendio de historia de Chile* (1913).

HISTORIA DE CHILOÉ: *Algunos aspectos de la vida social isleña*. Notas al vuelo (1920); *Historia de Chiloé* (1932).

Notas

[1] Biblioteca Nacional: 3 ejemplares, 1 de 1932 y 2 de 1949; Biblioteca Pública de Punta Arenas: 1 ejemplar de Editorial Andujar (1999); Biblioteca Pública de Porvenir: 1 ejemplar de Editorial Andujar (1999); Biblioteca Especializada Museo Regional de Ancud: 1 ejemplar de la 2 edición. <<

[2] Nota de los editores: En la 2.ª edición del libro, debido a la repetición de ciertas palabras, esta frase se presenta confusa. Tras revisar la 1ª edición, se logró incorporar la palabra «mañío», pero dados los cambios de una edición a otra, fue imposible deducir qué podría decir antes de «se dedicaban a la instrucción de los niños en escuelas públicas, sin los útiles más necesarios». < <

[3] Nota de los editores: Si bien este párrafo presenta claros problemas de redacción, al no contar con una fuente que nos permita mejorarlo, decidimos mantenerlo tal cual. < <

[4] En este último se quemaron más de quinientas casas; todos los edificios públicos y la gran catedral. < <

[5] Barros Arana. — Campañas de Chiloé, pág. 12. < <

[6] «Uno de mi sangre, el comandante de granaderos don Manuel Díaz Vargas, a las órdenes del rey, estrechado allí, lanzóse al río, que pasó a nado llevando en ancas a su asistente que había perdido el caballo». < <

[7] Ascendiente directo de la conocida familia ancuditana Garay Burr. < <

[8] Barros Arana se equivocó al decir que casó con una señora Pérez, véase R. de Hist. y Geografía, tomo 49, y Genealogías de Chiloé, por Mancilla, página 54. < <

[9] La licencia provisoria vino sólo a ser confirmada por el Consejo Superior de Guerra y Marina el 21-XII-1829 cuando Quintanilla ya estaba en España. < <

[10] Nota de los editores: La frase fue completada de acuerdo a la 1.º edición, tras evidenciar que en la 2.º presentaba incoherencias. < <

[11] Nota de los editores: Esta frase también fue modificada de acuerdo a la 1ª edición, por presentar incoherencias. < <

[12] A Rojas y Zapata se les acordó una pensión. Sotomayor Valdés. (Nota de los editores: Esta nota al pie fue omitida en la 2.ª edición, pero se encontraba presente en la lª (1932: 171)). < <

[13] Nota de los editores: La frase siguiente que aparecía en la 2.ª edición fue omitida por pertenecer a otro capítulo. Esta corrección fue realizada tras comparar las ediciones 1 y 2. < <

[14] Influencia del poder Naval. Luis Langlois. (Nota de los Editores: A diferencia de la 1.º edición del libro (1932:176), esta nota al pie fue omitida en la 2.º edición, aparentemente por error, pues sólo nos encontramos con el número entre paréntesis. Esta situación se repite en la siguiente nota). < <

[15] Influencia del poder Naval, por Luis Langlois. Esta situación se repite en la siguiente nota. < <

[16] En el año de 1945 cumplió cien años de existencia. < <

[17] Nota de los editores: Corrección de acuerdo a la lª edición. < <